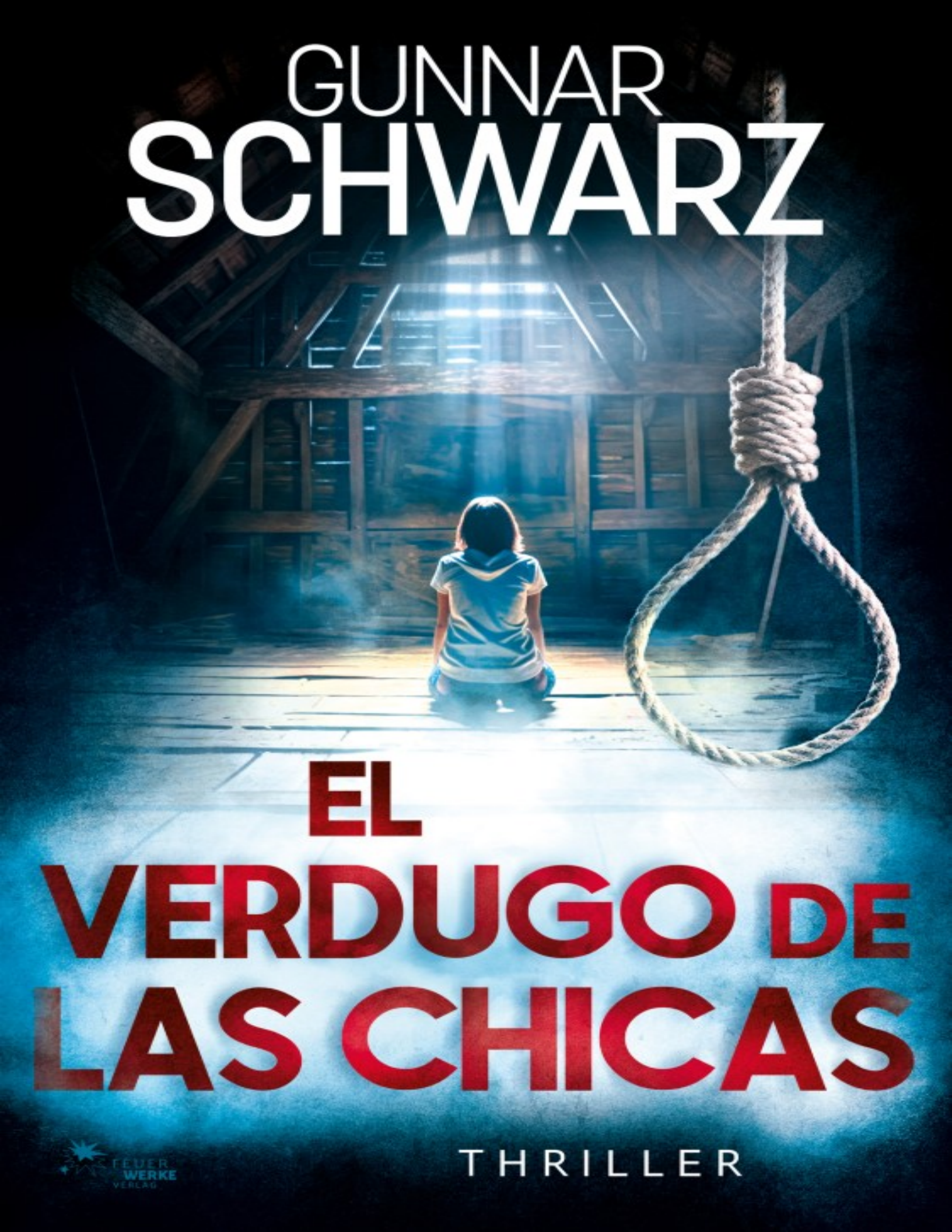
GUNNAR
SCHWARZ



EL VERDUGO DE LAS CHICAS

THRILLER

FEUER WERKE VERLAG

El libro

Un vídeo en directo se publica en varios canales de redes sociales: en él se ve a una mujer joven siendo humillada, torturada y, finalmente, asesinada de forma brutal. Una vez confirmado que las imágenes son reales, los inspectores Emma Bajetzky y Alex Kuper son asignados al caso. Sin embargo, no hay ni rastro de la escena del crimen ni de la víctima. Cuando poco después aparece un segundo vídeo con otro sangriento asesinato, los investigadores se convencen de que se enfrentan a un asesino en serie. Pero ¿cuál es el móvil de las muertes? ¿Y qué tienen en común estas jóvenes que, a primera vista, parecen completamente inocentes? Comienza una carrera contrarreloj mientras el culpable ya tiene a su próxima víctima en el punto de mira…

El autor

No podría haber sido de otra manera. Nací a finales de los setenta en una familia de escritores, así que mi camino hacia la literatura estaba, en cierto modo, predestinado.

Inspirado por mis padres y mis hermanas, empecé a escribir mis primeros relatos cuando era adolescente y desarrollé un estilo literario lleno de matices. El género en el que me siento más en casa es el thriller. El deseo de crear, con mis propias palabras, una tensión palpable me impulsa a trabajar en mis historias cada día.

Cuando dejo el escritorio, es para dar largos paseos con mi perro. La tranquilidad de la vida rural del norte de Alemania me inspira y deja espacio para nuevas ideas. Me gusta la calma y la soledad. Y aunque no soy precisamente tímido ni poco agraciado, he decidido mantener mi rostro en secreto… por ahora.

El verdugo de las chicas

Un thriller de Bajetzky & Kuper

Libro 2

Gunnar Schwarz

Edición original de enero de 2024
© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados
Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Alemania
info @ feuerwerkeverlag . de

Diseño de cubierta: Chris Gilcher (Buchcoverdesign.de) utilizando Adobe Stock ID 65191792 y freepik.com

Corrección de estilo: Ulrike Rücker, Leipzig

Traducción encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial a cargo de Gunnar Schwarz

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Todos los textos e imágenes de este libro son material sujeto a derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso explícito del autor, el titular de los derechos y la editorial.

Índice

Antes de empezar a leer
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Antes de empezar a leer

Una historia cambia cuando viaja — pero su tensión permanece.

Esta nació en alemán y ahora habla español.

He hecho todo lo posible por conservar su filo, su ritmo y su pulso.

Si encuentras alguna frase que no suene del todo bien, por favor escríbeme a feedback@gunnarschwarz.de — tus comentarios marcan la diferencia.

Espero que disfrutes de la lectura.

Capítulo 1

Anna Nowak se balanceó de un lado a otro de forma casi imperceptible una última vez, y entonces la imagen se congeló. La grabación había terminado y Anna estaba muerta. Miraba más allá de la cámara con ojos vidriosos. Y aunque ya no ocurría nada más, el vídeo seguía resonando en la joven inspectora jefa Emma Bajetzky. Emma nunca había tenido que ver cómo izaban a alguien a unos buenos tres metros de altura hasta una viga transversal con un sistema de poleas, solo para que muriera asfixiada lenta y dolorosamente. La mujer de unos cuarenta y tantos años, la fiscal Aufderheide —que, a pesar de las temperaturas estivales, vestía traje de chaqueta—, apartó la vista de la pantalla para mirar hacia ella y hacia su colega, Alex Kuper, los únicos investigadores de la policía judicial en la amplia sala de reuniones. También estaba presente su jefe, el inspector jefe Krüger, sentado dos asientos más allá. Para Emma, tenía el aspecto exterior de un gorila curtido al que nada podía perturbar fácilmente. Sin embargo, los años en el cuerpo y los casos difíciles habían dejado huellas claras en su rostro; en consecuencia, a pesar de estar presumiblemente en la cincuentena, parecía tener unos sesenta y largos. Nadie en la comisaría conocía su edad exacta. Incluso había un bote en el que cada recién llegado tenía que aportar cincuenta euros; quien descubriera algo privado sobre Krüger, como su edad, se llevaría el importe íntegro. Este juego interno llevaba funcionando cinco años; Alex, el compañero de Emma, había sido uno de los últimos en incrementar el premio.

En cuanto al vídeo, ahora estaban tan a oscuras como en el caso de su jefe. Emma y Alex solo disponían de la información de que Anna Nowak, de veinticinco años, no había regresado a casa tras una fiesta. Esto no había preocupado mucho a sus padres hasta que la madre encontró esta grabación en el perfil de TikTok de su hija por la mañana.

—Se subió a las ocho en punto —explicó Aufderheide.

Emma lanzó una mirada fugaz al reloj de pared que había sobre la puerta. El vídeo solo llevaba tres cuartos de hora en línea y ya se había visto y comentado varios miles de veces. Y nadie lo había borrado todavía. —Los colegas de informática ya están en proceso de analizar el vídeo. Así que, por el momento, solo podemos trabajar con lo que hemos visto y oído.

—¿SNE? —preguntó Emma, mirando las letras de color verde neón emborronadas en el bañador de Anna, que parecían haber sido pintadas con un espray.

—Ahora llegamos a eso —dijo Aufderheide.

—He oído una voz —la interrumpió Alex—, justo al final.

Emma y los otros dos se quedaron mirándolo. Parecía ligeramente distraído, casi como si solo estuviera pensando en voz alta, pero de repente se incorporó, miró a su compañera y preguntó: —¿No han oído eso? —Los tres negaron con la cabeza—. Es muy impreciso, y no he estado seguro de inmediato... —Miró sus notas—. Por favor, rebobine diez segundos.

Aufderheide lo hizo, y el inspector jefe Krüger se volvió hacia la grabación con interés. Todos aguzaron el oído. Era difícil oír algo más que los últimos sonidos de Anna mientras colgaba de la viga e intentaba en vano liberarse del lazo. Incluso por segunda vez, esos ruidos penetraron hasta los huesos de Emma.

—¿Lo han oído ahora? —preguntó Alex, cuando el vídeo llegó de nuevo al final, y miró al grupo. Pero, una vez más, solo hubo negaciones con la cabeza. Para ser un antiguo guitarrista y cantante de una banda de punk, tenía un oído realmente bueno. Quizá los músicos lo tenían por lo general, aunque estuvieran plagados de tinnitus como Alex y ya no pudieran oír tan bien otras cosas.

—¿Me permite? —preguntó Alex, que ya estaba medio levantado y señalaba el portátil sobre la mesita junto a Aufderheide.

—Por favor —dijo ella, haciéndole sitio.

Él arrastró el cursor con el ratón hasta tres segundos antes del sonido al que se refería. Luego abrió un menú que parecía una mesa

de mezclas simplificada. Deslizó algunos de los controles hacia arriba y otros hacia abajo. Qué estaba ajustando exactamente allí seguía siendo un misterio para Emma.

Luego reprodujo el vídeo de nuevo. Los ruidos que hacía Anna eran ahora más agudos y lastimaban los oídos de Emma. Alex le hizo una señal para que escuchara con atención. Y entonces todos pudieron oírlo. —Ahora... el siguiente. Lo que se dijo entre medias no pudo entenderse. Poco después, Alex detuvo la grabación y miró al grupo.

¿Había sido la voz de una mujer o de un hombre? El distorsionador de voz utilizado por el perpetrador le impedía a Emma clasificarla correctamente, pero esperaba que los colegas de informática pudieran averiguarlo durante su análisis. En ese momento, sin embargo, a Emma le interesaba más el contenido. —¿Ahora... el siguiente? —repitió con tono interrogante.

—¿Ahora voy por el siguiente? —especuló Krüger.

—O: «Ahora vamos por el siguiente» —dijo Alex.

—¿Dos perpetradores? —preguntó Aufderheide.

—Podría habérselo susurrado a alguien que estuviera a su lado —dijo Alex.

—Sea como sea —dijo Emma—, deberíamos asumir que Anna ha sido solo la primera víctima.

—Vaya, qué buenas noticias —dijo Aufderheide—. Gracias.

Alex asintió y volvió a sentarse junto a Emma. —¿Y el vídeo no es un montaje seguro? —preguntó—. Quiero decir, parece bastante real. Pero no sería la primera vez que nos venden algo así como auténtico y acaba costando tiempo y recursos.

—Todo eso se aclarará tras las evaluaciones. De momento, no partimos de la base de que sea una falsificación. A continuación, me gustaría mostrarles algo más; tiene que ver con las letras del bañador. —Aufderheide se volvió hacia la pantalla y navegó hasta otro vídeo con el mando a distancia. Lo inició y, en los primeros

segundos, Emma oyó un llanto amortiguado, presuntamente de una mujer. Sonaba como si alguien le estuviera tapando la boca con la mano. La luz del teléfono móvil se encendió y Anna Nowak, de pie desnuda en una ducha comunitaria, se sobresaltó por la impresión. Giró la cabeza hacia un lado, apartándola de la cámara. Aparentemente era de noche, por lo que Emma dedujo debido a los oscuros tragaluces visibles en el borde del plano. La boca de Anna estaba envuelta con varias vueltas de cinta americana gris. Se tapaba los pechos con el brazo derecho y la zona púbica con la mano izquierda. Qué decía exactamente bajo la mordaza, Emma no podía entenderlo, pero sonaba como los ruegos y súplicas que habían oído en el vídeo anterior.

—Toma —dijo la voz, de nuevo disfrazada por un distorsionador. Algo voló hacia el encuadre desde la izquierda, golpeó a Anna en la cara y cayó al suelo a sus pies. ¿Una toalla mojada? —Recógelo y póntelo —ordenó la voz.

Anna gritó bajo la cinta y se encogió. Fuera lo que fuese lo que había aterrizado junto a ella, parecía causarle un asco absoluto.

—Recógelo o te mato aquí mismo —dijo la voz distorsionada.

Anna volvió a gritar, mucho más débilmente esta vez. Sus fuerzas ya estaban flaqueando, pero al parecer había comprendido el significado de sus palabras. Sabía que la mataría hiciera lo que hiciese. En la mayoría de los casos, sin embargo, las víctimas seguían haciendo lo que se les exigía. Ya fuera con la esperanza de salir con vida de la situación después de todo, o porque querían retrasar su muerte inevitable tanto como fuera posible.

—Recógelo y póntelo. Incluso a través del distorsionador, la última frase sonó más insistente y aterradora que las precedentes. Claramente, el perpetrador estaba perdiendo la paciencia. ¿Era eso un problema general? A los psicópatas maníacos a menudo se les atribuía el rasgo de ser impacientes.

Emma se preguntó cuánto más iba a durar esto. Ver la muerte de Anna, siempre que fuera real —cosa que Emma suponía—, era ya bastante malo, y esta tortura resultaba difícil de soportar.

Luchando por mantener sus pechos cubiertos, Anna se agachó. Torció las piernas de forma antinatural, seguramente para proteger su zona púbica, mientras alcanzaba el bulto del suelo con la mano izquierda. Justo antes de agarrarlo, dudó.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz distorsionada—. Se supone que me he meado encima, ¿verdad?

Anna se desplomó un poco, cerró los ojos con fuerza y lloró en silencio.

¿Cómo puede un ser humano hacer algo así?, se preguntó Emma.

—En el vídeo... ya sabes, el que tienes en el móvil, entonces te pareció divertido. Ahora no me digas que es diferente cuando te toca a ti, cuando eres tú a la que humillan y de la que se ríen.

Anna abrió los ojos y miró desesperadamente el bulto que tenía delante. Luego miró hacia arriba y a la izquierda, más allá de la cámara. Presuntamente a su atormentador. Lo miró con aire inquisitivo, como si quisiera asegurarse de que la dejaría en paz si hacía lo que decía. Pero eso contradecía lo que él había dicho antes. Y Emma se dio cuenta de que el perpetrador o los perpetradores querían vengarse de algo.

Anna volvió a mirar el bulto del suelo y lo agarró con la mano izquierda. Se levantó y sostuvo un bañador amarillo chorreando —el mismo que llevaba en el primer vídeo— frente a la cámara con ambas manos. Lentamente, se lo puso. Su zona íntima estaba ahora desprotegida. Emma habría preferido apartar la vista.

Anna tardó un rato en embutirse en aquella prenda húmeda y ajustada, en la que las letras SNE aún no eran visibles. Todo el tiempo miró al suelo, más allá de la cámara, y se movió de forma extraña, como si intentara tener el menor contacto posible de la piel con la prenda empapada de orina.

Cuando terminó de ponérselo, juntó las manos delante del abdomen como si rezara y miró con humildad hacia sus pies. Estaba temblando, de forma más perceptible con cada respiración.

—Es extraño cuando nadie se ríe —dijo la voz distorsionada—, ¿verdad? —Siguió una breve pausa—. En eso podemos estar de acuerdo —dijo entonces la voz, más bajo que antes, antes de volver al volumen anterior—. ¿Cómo se siente?

Anna miró sumisamente en su dirección. Su respiración se volvió pesada de repente. ¿Había visto algo que la asustaba aún más? Emma oyó el chasquido de hebillas metálicas al abrirse. Quizá se estaba abriendo un maletín de herramientas, consideró. Luego sonó como si alguien estuviera buscando algo en su interior; metal chocó contra metal, algo fue extraído. Entonces Emma oyó un sonido que le resultaba familiar. El clic de un bote de espray al ser agitado, seguido del estallido que hacía el tapón al abrirse. Una figura negra apareció directamente frente a la cámara, tapando el objetivo. Ahora, solo podía oírse lo que estaba ocurriendo. Aparentemente, el autor estaba pulverizando algo sobre los azulejos o presumiblemente sobre la propia Anna, que gritaba tan fuerte como podía bajo la mordaza. En el proceso, los sonidos del espray quedaban casi ahogados.

—¡Estate quieta, zorra! —Algo retumbó. La figura chocó contra la cámara, que ahora proyectaba su luz hacia el techo, captando dos tubos fluorescentes paralelos—. Vas a arruinarlo todo. —El sonido del espray se oyó unas cuantas veces más mientras él seguía hablando—. Si sigues retorciéndote así, todo el mundo se enterará de lo que hiciste. —Anna dejó de gritar, y el bote de espray fue lo único que pudieron oír durante unos segundos—. Ya está. Estate quieta o te mato.

Se oyó un gemido silencioso. Emma pudo oír cómo lanzaban el bote a una esquina. Poco después, la figura se asomó a la cámara y se hizo visible una máscara hecha de papel grueso con la cara de Anna, que llevaba el autor. En la foto, la víctima sonreía, pero se la veía de todo menos feliz. El autor la había pintado como la cara de un payaso; recordaba al maquillaje corrido del Joker de *Batman*. Había agujeros donde deberían estar los ojos; los del autor parecían negros como el carbón. ¿Llevaría lentillas como las que usa la gente

en Halloween o en fiestas góticas? ¿O era el juego de luces y sombras?

El teléfono volvió a su posición original y, una vez que enfocó de nuevo a Anna, Emma pudo ver el resultado de la acción del espray, de la que Anna había pasado a formar parte. En su vientre, «SNE» estaba escrito en pintura roja. A su izquierda, en la pared de azulejos, ponía «PIS», y a la derecha, «LKE». Hacía mucho tiempo que Emma no oía el término «Pissnelke» —una mosquita muerta, pero en un sentido mucho más grosero—.

La voz distorsionada se rió. —¿No es gracioso?

Anna negó con la cabeza de forma apenas perceptible.

—Lo del espray ha sido demasiado, ¿verdad?

Emma se sobresaltó cuando la máscara de Anna-payaso se metió bruscamente en el encuadre, ocultando a medias a su víctima. —¿Qué pensáis vosotros?

La grabación terminó con esa imagen tan extraña y los ojos negros.

Por fin, pensó Emma, creyendo sentir el alivio de todos los presentes en la sala.

Aufderheide y Krüger, por supuesto, habían visto el vídeo con antelación, al igual que los colegas del servicio de guardia de la policía judicial que no estaban presentes pero que habían atendido la llamada preocupada de la madre de Anna.

Usando el mando a distancia, Aufderheide apagó el proyector del techo y se dirigió a los tres. —Obviamente, este vídeo no es una prueba definitiva de la autenticidad del primero. No obstante, no creemos que sea una falsificación. Anna Nowak y el autor tendrían que ser unos actores excepcionalmente dotados.

—Esta vez, no estoy tan seguro de lo de los susurros. Me gustaría volver a escucharlo con calma dentro de un rato —dijo Alex.

Aufderheide asintió.

—Creo que he oído algo —dijo Emma—. Y ese «En eso podemos estar de acuerdo» no parecía ir dirigido a Anna Nowak.

—Así que también podrían haber estado allí en pareja —especuló Alex.

Krüger gruñó conforme. —Echen un vistazo a las primeras reacciones en los comentarios de ambos vídeos —dijo Krüger, entregándoles un fajo de impresos a los dos. Alex los cogió y los colocó entre él y Emma. Ojearon los comentarios. La mayoría condenaba lo que se veía allí y anunciaba que dejaría de seguir la cuenta de Anna. Algunos creían saber dónde se había grabado el primer vídeo. Se mencionaba con frecuencia la piscina al aire libre Hillegossen.

Emma miró a su jefe y preguntó si se había comprobado eso.

—Sí —respondió Krüger—. Llamamos y nos enteramos de que los azulejos de la ducha de mujeres de esa piscina han aparecido esta mañana pintarrajeados con las letras que vimos en el vídeo. Enviamos un equipo allí, pero no esperamos gran cosa. En verano, abren a las seis para los nadadores madrugadores. Bastante gente había pasado ya por las duchas antes incluso de que nos enteráramos.

—Aun así deberíamos ir a echar un vistazo —dijo Alex.

—Calculo —Krüger miró su robusto reloj de pulsera— que los técnicos habrán terminado en tres horas.

—De acuerdo —dijo Alex, anotando la hora en su cuaderno. Alex tenía una letra de médico, pero al menos Emma aún podía descifrar sus números.

Ella miró los demás comentarios. La mayoría consideraba los vídeos falsos, y algunos incluso afirmaban ver lo mal hechos que estaban en ciertos puntos. Ojalá tuvieran razón. Pero fue la pequeña parte de los comentarios lo que preocupó a Emma. «Se lo tiene merecido», «Si necesitas ayuda con el siguiente, avísame». Luego había cosas como: «Yo habría usado un cable de acero», o: «Podrías

haberle hecho mucho más», lo que hacía que Emma esperara que solo fueran fanfarronadas de algunos idiotas enfermos.

Emma levantó la vista de los papeles hacia Aufderheide, que al parecer había esperado pacientemente hasta que se hubieran hecho una idea general. —La cuestión es —reflexionó Emma, señalando los impresos— si el autor o los autores se sienten envalentonados por esto.

—Desgraciadamente, debemos asumirlo. —Aufderheide guardó sus documentos en un maletín de cuero negro—. Sugiero que consigan el informe del servicio de guardia de la policía judicial y hablen con los padres de Anna Nowak. Si las grabaciones resultan ser auténticas a través de eso y de las investigaciones informáticas, formaremos un grupo especial de investigación.

—Creo que eso es sensato ya mismo —intervino Krüger, y Emma asintió.

Capítulo 2

En las oficinas del servicio de guardia de la policía judicial en la planta baja, Mesud Avci acababa de terminar el informe sobre Anna Nowak. Alex se apoyó en su escritorio y Emma se colocó detrás de él para echar un vistazo a la primera página del informe en la pantalla mientras esperaban a que se imprimiera. El nombre y el domicilio aparecían arriba del todo.

Extenuado, Avci estaba encorvado frente al monitor, con los hombros caídos como si apenas pudiera mantenerse erguido por el cansancio.

—¿Noche ajetreada? —preguntó Emma.

—Desde luego, estoy deseando pillar la cama.

—Siento que le hayamos retenido tanto tiempo.

—Oh, no se preocupe. No habría salido puntual de todos modos, así que un informe más no cambia mucho las cosas ahora.

Emma se apartó para dejar paso a Avci, que pasó rodando junto a ella en su silla, giró ciento ochenta grados y puso la mano sobre la impresora láser que había en la mesa tras su escritorio, como si fuera a atrapar una pelota de béisbol.

—¿Crees que los vídeos son reales? —le preguntó Emma a su compañero.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que te hace dudar?

—La dirección.

Los Nowak vivían en el barrio de Musikerviertel, en Bielefeld, muy conocido incluso para los forasteros. Nadie compraba una propiedad en la Furtwänglerstraße a menos que tuviera un patrimonio de al menos unos cuantos millones.

—Puede que sea un poco tópico —continuó Alex—, ¿pero y si Anna Nowak solo busca llamar un poco la atención de sus padres?

—¿De esta manera? ¿No crees que se daría cuenta de la que se iba a liar? Solo con los costes que tendría que afrontar si todo acaba siendo un montaje.

—Desde luego, eso no va a arruinar a los Nowak.

La impresora escupió el informe en la mano abierta de Avci. —Aquí tiene —se lo entregó a Emma.

—Gracias —dijo ella, cogiendo las hojas, que aún estaban calientes. En lugar de mirar el impreso, observó a Alex inquisitivamente, instándole a continuar.

—Quiero decir que no es nada nuevo que los padres ricos descuiden a sus hijos. Claro, eso no se aplica a todo el mundo. Pero podría ser que Anna esté intentando provocar a sus padres así. Quiere que se preocupen. No quiere que piensen en su trabajo, sino únicamente en ella. Con estos vídeos lo conseguiría, y tendría la atención de sus más de cien mil seguidores. Estoy seguro de que esa cifra al menos se duplicará a lo largo del día.

—No lo sé —dijo Emma, dirigiéndose a la puerta, y Alex la siguió —. ¿Todo eso solo por un poco de atención?

—¿De qué otra cosa se trata hoy en día? —rebatió él.

Una triste conclusión a la que Alex parecía haber llegado, pensó Emma, que no quería verlo de esa manera. Sin embargo, no pudo evitar pensar que sin duda había algo de verdad en ello. Quizá incluso más de lo que le gustaría admitir.

Capítulo 3

En el Musikerviertel de Bielefeld, aparcaron el coche camuflado de Emma frente a una imponente villa moderna en la Furtwänglerstraße. Ella no tenía ni idea de qué estilo arquitectónico se trataba. Por un momento, sintió el impulso de preguntarle a Alex, pero sospechó que él no tendría ningún interés en tales símbolos de estatus. En realidad, no importaba mucho, pero el edificio impresionó a Emma. Quienquiera que lo hubiera diseñado debía de ser increíblemente creativo.

Mientras atravesaban las puertas de hierro forjado, estas se cerraron tras ellos de forma casi silenciosa. Se detuvieron frente a la casa y bajaron. Emma estaba rodeando el coche para reunirse con Alex cuando la puerta principal se abrió. Una mujer apareció en el umbral, tan impecable como si estuviera a punto de participar en una importante sesión de fotos en cualquier momento. Parecía una versión algo mayor de Anna; quizá su hermana, conjeturó Emma.

—Gracias por venir tan rápido —dijo ella, tendiendo la mano a modo de saludo—. Marie Nowak. La madre de Anna.

Emma no dejó que se notara su sorpresa. Nunca habría adivinado que esta mujer tenía una hija adulta. Le estrechó la mano y los dos investigadores se presentaron.

—Por favor, pasen —dijo Marie Nowak, apartándose y haciendo un gesto cortés y acogedor hacia el interior.

Desde el amplio vestíbulo, una ancha escalera de mármol conducía a la primera planta. Desde allí abajo, Emma podía ver hasta la cúpula de cristal del techo. Por un instante, sintió una punzada de inquietud al recordar el techo abierto del antiguo hospital psiquiátrico de Eckardtsheim, seguida de la expresión del rostro de Stefan Bauer mientras atravesaba el suelo y chocaba contra las baldosas de la entrada. De aquello hacía ya nueve meses. Y aunque aquella caída lo había matado, Emma a veces sentía como si su atormentador todavía la estuviera acechando. Como si estuviera

oculto a la vuelta de una esquina, caminando hacia ella por la calle, o esperando ante la puerta de su piso a que ella saliera. Emma apartó su paranoia; sabía que era irracional y, sin embargo, seguía manifestándose de vez en cuando.

Apartó la mirada fija del suelo, que era del mismo mármol que las escaleras. Emma y Alex siguieron a Marie más allá de la escalera hasta la zona de estar de planta abierta. Todo era muy minimalista. Aparte de unas cuantas fotos profesionales de Anna y Marie, no se veían cuadros ni obras de arte, como Emma habría esperado en una casa tan grandiosa.

—Salgamos a la terraza; se está un poco mejor fuera con este calor.

Emma estaba desconcertada; toda la casa tenía claramente aire acondicionado, las habitaciones estaban casi tan frescas como una mañana de primavera y, al cruzar la puerta corredera de cristal abierta, sintió como si chocara contra un muro de calor.

En una elegante mesa, ya preparada con tres vasos con cubitos de hielo y una jarra de té helado, estaba sentado un hombre con lo que claramente era un traje a medida; presumiblemente el padre de Anna. Estaba bebiendo café y fumando un cigarrillo.

—Este es mi marido —dijo Marie Nowak, al ver que él no hacía ademán de presentarse ni de saludar a los dos investigadores—. Richard Nowak —añadió.

—Ya era hora de que llegaran —dijo él con severidad, mirándolos con desaprobación. Dio una larga calada a su cigarrillo y expulsó el humo por la nariz.

Sin preguntar, Marie Nowak llenó los vasos. —Lo he preparado esta mañana. Tomen. —Les entregó un vaso a cada uno por turno, lanzando una mirada breve y aparentemente insegura a su marido, cuyo comportamiento era evidente que la avergonzaba. Emma no se lo tuvo en cuenta. Al fin y al cabo, su hija estaba desaparecida y, si había visto los vídeos —cosa que Emma suponía—, tenía todos los motivos del mundo para estar resentido. En medio de toda la

preocupación que Marie Nowak también debía de estar soportando, estaba haciendo un trabajo impresionante manteniendo su fachada de dama refinada.

Emma y Alex tomaron asiento.

Alex bebió medio vaso y lo dejó sobre la mesa junto al posavasos, como por accidente. Richard Nowak pareció molestarse por ello, y Emma estaba segura de que Alex solo fingía no haber notado la mirada que ahora recaía sobre él. Marie Nowak sonrió a Alex, cogió su vaso y lo colocó sobre el posavasos.

—Gracias —dijo Alex, sacando su cuaderno de notas.

Emma siguió la mirada de Richard Nowak hacia el jardín, que contaba con una gran piscina rodeada por un césped inmaculado. Unas palmeras altas se alzaban bastante por encima del muro blanco. Unas plantas tropicales, que Emma ya había visto antes pero de las que no sabía el nombre, completaban la escena.

—¿Son reales los vídeos? —preguntó Marie Nowak con ansiedad.

—Todavía no lo sabemos —respondió Emma.

—¿Y qué es lo que saben entonces? —intervino Richard Nowak.

—Han dicho —empezó Alex, ignorando la interrupción— que su hija no volvió a casa de una fiesta anoche.

—¿No tienen ya esa información? —preguntó Richard Nowak.

—¿Saben dónde era esa fiesta? —volvió a preguntar Alex, como si el hombre de enfrente no hubiera hablado. La única respuesta del hombre fue otra calada a su cigarrillo.

—Bueno —comenzó Marie Nowak—, no lo sabemos con exactitud. Solo que salió con Melina.

—¿Quién es Melina? —preguntó Emma.

—Melina Wagner. Su mejor amiga desde octavo —añadió con una sonrisa incierta—. En realidad, Anna nunca va a ningún sitio sin Melina.

—Más bien al revés —comentó Richard Nowak—. Desde que los Wagner quebraron, Melina ha estado merodeando por aquí constantemente.

—No es así en absoluto —dijo su mujer, picada—. Al menos a nuestra hija no le importa si alguien está arruinado o tiene éxito.

—Por eso está en esa facultad de artes.

—Desde luego, no voy a impedirle que cumpla sus sueños.

—Claro que no. Igual que tú siempre has ido tras los tuyos.

—Soy feliz.

—Bueno, algo es algo, supongo. —Apagó el cigarrillo y se puso de pie—. Tengo que irme a trabajar.

—Faltaría más.

—Resuelvan esta broma pesada y encuentren a mi hija —dijo él, dirigiéndose al interior de la casa.

Emma y Alex permanecieron en silencio. Le dieron a Marie Nowak el tiempo que necesitaba para calmarse un poco. Una vez que la puerta principal se cerró con un clic, miró a Emma. —Lo siento. Ha sido de mala educación airear esto delante de ustedes. —Se limpió rápidamente el ojo izquierdo, como si hubiera habido una mosca molesta allí—. Estamos muy preocupados por Anna. —Su voz se volvió inestable—. Podría ser que esas grabaciones sean reales… —Otro suspiro profundo, seguido de un sollozo—. Por favor, discúlpenme un momento.

—Desde luego —dijo Emma con simpatía.

La madre de Anna se levantó de un salto y entró apresuradamente.

Emma miró por encima del hombro hacia el interior de la casa y la vio en la cocina abierta, arrancando un trozo de papel de cocina y sonándose la nariz.

Alex apuró su vaso y volvió a dejarlo en el posavasos. En ese momento, Marie Nowak volvió a salir, sonriendo de nuevo. El dolor y la preocupación estaban claramente grabados en su rostro.

—¿Quieren beber algo más? —preguntó.

—No, gracias. —Emma se aclaró la garganta y Marie volvió a sentarse—. Ha mencionado que su hija es estudiante.

—Sí —dijo Marie con una sonrisa soñadora—. Medios y Comunicación en la FMK. Mel también estudia allí.

—¿Hacen alguna otra cosa juntas?

—Mejor pregunte qué no hacen juntas. A menudo juegan al tenis en el *BTTC*, por ejemplo.

—¿Es un club o algo parecido? —preguntó Emma y, después de que Marie asintiera, inquirió—. ¿Dónde está?

—En la Voltmannstraße. Pero no habrá nadie allí ahora, por si pensaban pasarse.

Emma esperó un momento a que Alex terminara sus notas, aprovechando la oportunidad para tomar un poco del té helado. Estaba realmente bueno y era muy refrescante. —¿A qué se dedican usted y su marido?

Marie Nowak miró a Emma con escepticismo. —¿Por qué lo pregunta?

—Es posible que el autor busque su dinero.

—¿Ya están hablando de un autor?

—En este momento, tenemos que considerar todas las posibilidades.

—Oh, Dios —dijo ella.

—Necesitamos saber si hay alguien que quiera hacerles daño —dijo Alex.

Ella respiró hondo antes de responder. —Hay unos cuantos. No por mi parte; yo no trabajo. Lo cual no significa que me limite a pasearme toda arreglada sin nada que hacer. Hago mucho trabajo voluntario. Fiestas de verano y eventos benéficos. Me encanta organizar. No fue nada fácil cuando Anna era pequeña. No hasta que pude convencer a mi marido para que contratara a una niñera.

—¿Por qué se oponía él? —preguntó Alex.

—No se fía de los extraños.

—¿Sigue trabajando para ustedes esa niñera?

—No. Desde hace diez años que no.

—¿Sigue en contacto con ella? Estoy segura de que podría contarnos mucho sobre Anna.

—Bueno, para eso necesitarían a una médium. ¿O cómo se llama a esa gente que contacta con los muertos?

—Entiendo —dijo Emma. Luego añadió—: ¿Así que estuvo usted siempre muy ocupada durante la infancia de Anna?

—Si está intentando decir que no cuidé de mi hija adecuadamente, se equivoca.

—No me refería a eso. ¿Hay quizá alguien de su trabajo voluntario que pueda estar intentando chantajearla? ¿Alguien que necesite dinero urgentemente?

—¿Quién no lo necesita? Además, ¿qué tipo de clientela espera encontrar en mis círculos? —Sacudió la cabeza—. Pero mi marido... no lo sé. Está en la junta ejecutiva de Dr. Oetker y no solo ha hecho amigos en su camino hacia la cima. Es un hueso duro de roer y no siempre puede desconectar de eso en su vida privada, como acaban de notar. Pero no siempre es así. —Hizo una pausa antes de continuar—. Ha tenido que despedir a mucha gente y estoy segura de que, a ojos de algunos, no siempre ha actuado de forma justa. Pero supongo que eso va con el cargo. No tendría un puesto así de otro modo, ¿verdad?

—Presumiblemente —dijo Emma—. Quizá nos ayudaría que su marido pudiera enviarnos una lista de aquellos que pudieran guardarle rencor. Solo por si necesitáramos recurrir a ella.

—No creo que lo haga. Se lo transmitiré, de todos modos.

—¿Por qué cree eso? —preguntó Alex.

—Política de empresa.

—Entiendo —dijo él.

—Otra pregunta —dijo Emma, cambiando de tema—. ¿Tiene Anna novio?

—Si lo tiene, no lo sabemos.

—¿Y exnovios?

—Sé que suena extraño, pero cuando Anna ha sacado a gente de su vida, yo suelo haber hecho lo mismo inmediatamente. Hubo alguno que otro por aquí y por allá, pero nada duradero. La verdad es que no recuerdo ningún nombre.

—¿Hay otros amigos además de Melina? —preguntó Emma.

—Toda una multitud. Anna es popular en todas partes. Por eso no podemos entender por qué alguien le haría algo así. El vídeo no puede ser real.

—¿Puede darnos algunos nombres de sus amigos y quizá también sus datos de contacto?

—Lo siento. Anna rara vez invita a nadie aquí excepto a Melina. Melina podrá ayudarles con eso sin duda.

—¿Tiene su dirección al menos? —preguntó Alex.

La pregunta pareció incomodar un poco a Marie. —Sé dónde vivía antes. Antes de la insolvencia de su padre... su padrastro, para ser precisos... —Continuó con una sonrisa incierta—. Pero estoy segura de que en la FMK tendrán su dirección actual en sus archivos.

Capítulo 4

La decana Britta Hamann les sostuvo la puerta del aula a los dos investigadores en la FMK, la Escuela Superior Privada de Medios y Comunicación, que contaba con aire acondicionado en todas sus instalaciones. Hacía una temperatura agradable, no tanto frío como en la mansión de los Nowak.

—Perdonen que los interrumpa —dijo la decana Hamann, dirigiéndose a los alumnos. Era un grupo pequeño, de apenas trece personas. No había punto de comparación con las abarrotadas aulas de la universidad donde Emma había estudiado, en las que tenías suerte si conseguías un sitio donde sentarte.

—Les presento a la inspectora jefa Bajetzky y al inspector jefe Kuper, de la policía judicial de Bielefeld —los presentó Britta Hamann formalmente.

El profesor era un joven que pasaba desapercibido, vestido con camiseta y pantalones cortos tipo cargo; perfectamente hubiera podido pasar por un alumno más. No pareció especialmente sorprendido por la aparición de los dos investigadores, y tampoco los demás presentes. Era como si hubieran estado esperando a que apareciera la policía.

—¿Se trata de Anna? —preguntó desde la última fila una morena de pelo corto, con pequeños dilatadores en las orejas y los brazos completamente tatuados.

La decana Britta Hamann miró a Emma con incertidumbre, como si no supiera qué responder. Emma asintió con la cabeza en señal de que ella se encargaría y dio un paso al frente. —Nos gustaría hablar con Melina Wagner.

Emma recorrió la sala con la mirada. Nadie dijo nada. —¿No ha dicho que estaba en esta clase? —preguntó Emma, dirigiéndose a Britta Hamann.

—Sí, lo está. Al igual que la persona desaparecida, la señora Nowak. —Se mordió la lengua de inmediato.

En realidad, Emma había querido evitar mencionar a Anna ante toda la clase. La autenticidad de los vídeos aún no se había confirmado y, por lo tanto, Anna no era considerada oficialmente víctima de un delito. Pero ahora que a la decana Hamann se le había escapado, todos los presentes darían eso por hecho.

—¿Está desaparecida? —preguntó un hombre con barba tupida y un moño masculino, que estaba sentado justo delante de Emma.

—Entonces, ¿los vídeos son reales? —intervino otra voz.

El secreto ya estaba a voces. Emma no podía fingir que la decana Hamann no había dicho nada. Antes de que pudiera volverse hacia la clase, Alex tomó el relevo. —Todavía no hay nada confirmado —explicó con una sonrisa encantadora.

—Bueno, yo creo que es posible que sea un montaje —especuló otro estudiante—. Anna y Melina nunca supieron cuándo parar.

—Hasta me las imagino haciendo novillos y deleitándose con el hecho de que todo el mundo las busca —dijo la morena—. Apuesto a que ya han grabado otro vídeo que subirán pronto.

—Probablemente hayan instalado cámaras ocultas por todas partes para observar las reacciones. —Un joven escuálido con una camiseta de un grupo de metal y pelo largo y negro escudriñó las esquinas de la sala. Algunos otros siguieron su mirada. Incluso Emma se sintió tentada a hacerlo, pero resistió el impulso al pensar en lo descabellado que resultaría algo así. —¿Qué le hace pensar eso? —preguntó ella en su lugar.

—Su actitud en general —dijo él—. Anna y Melina siempre han hecho lo que les ha dado la gana; no les importa nadie más que ellas mismas.

—Especialmente a Melina. De todas formas, se cree superior a los demás —dijo una joven con un poncho.

—Y tampoco lo oculta —añadió la morena—. La fiesta de ayer fue el mejor ejemplo.

—Querrás decir el ejemplo más reciente —añadió la mujer del poncho.

—¿Qué pasó exactamente allí? —preguntó Emma.

—Anna y Melina tuvieron una bronca, y Melina se pasó de la raya —dijo la morena—. Fue por un trabajo. —Miró al profesor como si estuviera a punto de decir algo que él mejor no oyera—. No sé si es cierto. Al parecer, Anna copió el último trabajo de Melina sin que ella lo supiera y lo entregó antes que Melina. Anna sacó un sobresaliente, y Melina no terminó su nuevo trabajo a tiempo y suspendió.

—Vaya, vaya —dijo el profesor, claramente molesto porque nadie se lo hubiera contado.

—Melina arremetió de verdad contra Anna, y al final Anna se marchó hecha una furia.

Aquella discusión podría ser un móvil. Y una razón por la que Melina no estaba allí.

—¿Alguien sabe dónde podrían estar las dos ahora mismo? —preguntó Alex.

Silencio en el aula.

—Voy a buscarles la dirección de la señorita Wagner —dijo Britta Hamann y salió presurosa de la sala.

Entonces el joven del moño habló con timidez: —Para ser sincero, ninguno de nosotros tenía nada que ver con esas dos. No queríamos.

—Anna intentaba relacionarse con nosotros un poco de vez en cuando —añadió la morena—. Pero Melina siempre se interponía de alguna manera.

—De todos modos, no es más que la sombra de Anna —dijo una voz nueva—. Estaba celosa de ella.

Resultaba interesante la imagen de la joven que se estaba perfilando allí. —¿Hubo algún otro incidente de este tipo? —preguntó Emma.

La morena soltó una carcajada amarga. —¿De cuánto tiempo dispone?

En ese momento, la decana Hamann volvió a entrar en el aula. —Aquí tengo su dirección.

—Gracias —dijo Alex y volvió a mirar a los estudiantes—. Por favor, no se muevan de aquí. Volvemos enseguida. —Sonrió y le hizo una señal a Emma para que lo siguiera fuera.

Emma cerró la puerta tras ella. —¿Qué pasa? —susurró.

—Anna no es tan popular como creen sus padres —dijo Alex en voz baja—. Deberíamos interrogar a los estudiantes individualmente.

—¿Y qué hay de Melina?

—No podemos dejar que pase mucho tiempo ahora que la gente tiene ganas de hablar. El público está entregado. No dejas los instrumentos y te tomas un descanso en mitad de una canción.

—Sugiero que tú termines el concierto y yo vaya a la dirección de Melina. Así no perdemos tiempo.

—A menos que quieran un bis. —Alex miró su reloj. Eran casi las nueve. ¿Quedamos a la una en el balneario de Hillegossen?

—¿Invitas tú?

Alex sonrió. —¿A un chapuzón?

—A pica-pica y botellas de cola de gominola.

—Creo que mi paga me llegará justo para eso —dijo él.

Emma soltó una carcajada, agradecida una vez más por su carácter a menudo jovial.

Los dos se despidieron y Alex volvió a entrar en el aula del seminario.

Mientras Emma recorría el pasillo, pensó en los últimos meses, en los que ella y Alex se habían conocido mucho mejor; a estas alturas

sentía que no solo había encontrado un nuevo compañero de trabajo, sino también a un buen amigo.

Capítulo 5

Alex había pedido una sala pequeña donde poder interrogar a algunos de los compañeros en paz, y de inmediato habían puesto todo un salón de actos a su disposición. Había seleccionado para un interrogatorio más exhaustivo a aquellos que ya de por sí se mostraban comunicativos, y decidió empezar por la que había puesto todo el asunto en marcha.

Beatrice van Drissen, la morena tatuada, estaba sentada con aire despreocupado en su silla frente al atril del profesor, dándole a Alex la sensación persistente de que, para ella, todo aquello era una completa pérdida de tiempo. El propio Alex aún no había perdido la esperanza de que resultara ser exactamente eso. No obstante, tenía que tratar el asunto como si Anna hubiera sido víctima de un loco de verdad. En cuanto el pensamiento cruzó su mente, se alegró de no haberlo pronunciado en voz alta, ya que el término «loco» no estaba muy bien visto en los círculos profesionales. Pero a veces la gente era exactamente eso: dementes.

—Gracias por dedicarme su tiempo —comenzó Alex la conversación, sentándose frente a ella. Abrió su bloc de notas, lo colocó delante de él y cogió un bolígrafo.

—No es molestia —dijo Beatrice van Drissen.

—Ha dicho hace un momento que no cree que las grabaciones sean auténticas.

—No lo creo.

—¿Y a qué se debe eso?

—Melina y Anna hicieron un cortometraje a principios de año. Una especie de *slasher* de cine de autor, o lo que fuera que pretendía ser. No me gusta admitirlo, pero en realidad les salió muy bien. Lo cual no es ninguna sorpresa, ya que los padres de Anna contrataron a profesionales para los SFX.

—¿SFX? —insistió Alex.

—Efectos especiales.

—¿Hay algún sitio donde se pueda ver esa película?

—En internet no. Ese tipo de cosas las bloquean inmediatamente en YouTube. Pero la escuela debería tener una copia en Blu-ray.

—¿Aparece Anna en esa película?

—Oh, sí. Interpreta a la asesina, y es tan buena en ello que nos preguntamos si realmente solo estaba interpretando un papel o mostrando su verdadero yo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No quiero que se malinterprete. No pensamos que sea una asesina desquiciada ni nada por el estilo. Pero sí creemos que es una psicópata. ¿Sabía que una buena mitad de los psicópatas trabajan en puestos de alta dirección? No todos van por ahí matando mujeres.

Alex era consciente de ello e incluso sospechaba que era más de la mitad. ¿Sería el padre de Anna también uno de ellos, y le habría transmitido ese rasgo a su hija? Era posible. O tal vez solo fueran las palabras de una joven que sentía envidia del trasfondo económico de Anna o que simplemente sentía que la habían tratado injustamente. Al fin y al cabo, Anna no tenía que preocuparse por el dinero y, por lo tanto, no tenía que preocuparse por financiar sus proyectos.

—¿Qué papel desempeñó Melina en la película?

—Guion y dirección, que yo sepa. Sigo pensando que Anna debió de tener mucho que decir en eso. La libertad artística solo pertenece a quienes aflojan la pasta.

Por un breve momento, sus declaraciones le recordaron a su antiguo yo. Se preguntó si, al igual que él entonces, ella tendría una camiseta con la frase «Cómete a los ricos» guardada en el armario, y si seguiría viendo las cosas de la misma manera al envejecer, o si su opinión habría dado un giro radical. Pudo extraer dos cosas más de su declaración: a ojos de Beatrice, Anna era una psicópata y,

además, una buena actriz. Pero entonces era posible que los vídeos que había visto no fueran reales. Con suficiente dinero, aquellas grabaciones también podrían haberse hecho para que parecieran auténticas. La pregunta entonces era de dónde había sacado Anna el dinero para ello. ¿No tendrían sus padres que estar enterados de tales gastos, o disponía Anna ya de una cierta fortuna propia?

—Ha mencionado otros incidentes como el de ayer. ¿Podría darme más detalles al respecto?

—¡Buf! —Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos, y pareció reflexionar un momento. Sinceramente, no sabría decirte un ejemplo concreto ahora mismo. En realidad, no sé nada seguro. Ni sobre Anna ni sobre Melina. —La forma en que lo dijo despertó las sospechas de Alex. Sabía más de lo que dejaba entrever.

—¿Cómo describiría su relación con Anna Nowak?

—No lo sé. —Parecía un poco demasiado insegura para el gusto de Alex. Volvió a reclinarse y miró a un lado antes de continuar—. Probablemente te habrías acabado enterando de todos modos. —Volvió a mirarlo. Su expresión había cambiado. Parecía triste y daba la impresión de que habría preferido guardarse para sí lo que tanto le costaba expresar—. Por favor, no se lo digas a nadie más.

—Desde luego que no —le aseguró Alex con voz suave.

—Supongo que se lo puedes decir a tu colega. Seguramente tengas que hacerlo. —Era obvio que estaba dando rodeos, pero Alex no la presionó. En su lugar, esbozó una sonrisa comprensiva, asintió y esperó pacientemente a que continuara. Ella tiró de su falda, pero luego cuadró los hombros y dijo: —El año pasado tuvimos este estúpido proyecto grupal. Anna quiso volver a dictarlo todo y no hizo nada más. Excepto atribuirse nuestro trabajo como propio.

—¿Y los profesores no se dan cuenta de eso?

—Creo que sí lo notan, pero lo ignoran. Cada año los padres de Anna donan sumas enormes para algún evento, si es que no cubren

los gastos totales ellos mismos, o nos consiguen profesores invitados de alto nivel.

—Ya veo —dijo Alex, y aunque no le había sorprendido, le molestó de todos modos—. Por favor, continúa.

—Yo escribí los textos para aquel proyecto. Trataba sobre algunos análisis cinematográficos. Obras influyentes de la era muda. *Asalto y robo de un tren*, *Intolerancia*, *Metrópolis* y demás.

—¿No vive Superman en Metrópolis? —preguntó Alex.

Beatrice sonrió. —Sí, pero la película no tiene nada que ver con los superhéroes.

—¿Es buena? —preguntó Alex, aunque sabía perfectamente de qué trataba la película. Se hizo el ignorante, creyendo que al halagar su ego podría encontrar una vía de entrada.

Beatrice habló sobre varios aspectos y luego concluyó con las palabras: —Tiene algunos conceptos realmente interesantes. Debería verla.

—Eso haré.

—Si quieres, te la enseño yo.

Aquello se estaba volviendo un poco demasiado informal para el gusto de Alex. —Seguro que puedo apañármelas solo para verla. Pero gracias por el ofrecimiento. —Alex sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y se reclinó. —En fin, yo escribí los textos de nuestro proyecto, pero Anna no estaba precisamente encantada con ellos y acabó sacando pegas a cada frase. ¿Y sabes qué era lo peor? Ella no tiene ni idea de si los textos están bien escritos o no y, sin embargo, en un momento dado, le creí. No sé cómo lo hace, pero puede convencer a la gente de su opinión tan a fondo que acabas dudando de tus propias capacidades. Me llevó al punto de estar en casa escribiendo entre un mar de lágrimas. Estuve a punto de dejar la carrera.

—¿Se lo dijo a alguien? ¿A alguno de sus profesores, quizá?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no soy una mocosa rica con padres influyentes.

—¿No es eso un poco demasiado simple?

—No, y creo que tú también lo sabes.

Alex ya no estaba tan seguro de si se trataba simplemente del dinero o si la propia Anna Nowak había manipulado a los profesores hasta el punto de que realmente la consideraban una de las mejores de su promoción y pensaban que algo como copiar o influir negativamente en sus compañeros de estudios estaba fuera de toda duda.

—Cuando Anna se enteró de que yo estaba dispuesta a dejarlo, me dejó en paz. Entonces caí en la cuenta de que no debía hacerle ese favor bajo ningún concepto. Incluí mis textos en su versión original, lo que por supuesto la puso furiosa. Dijo que me arruinaría y me amenazó con más basura de la misma calaña. Lo ignoré en su mayor parte. Hasta anoche. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía una impresión completamente equivocada de Melina y de que ella está mucho peor que yo. Sobre todo porque no es que haya tenido mucho dinero desde hace unos años. No es ningún secreto que sus padres están en la quiebra.

—¿Crees que Anna lo consiguió todo solo con dinero?

—Cualquier cosa es posible con dinero. Es decir, no estoy sugiriendo que pagara por sus buenas notas. Nadie la pilló nunca copiando en los exámenes tampoco, pero ahora ya no estamos tan seguros. Especialmente Jan, que nunca la vio estudiando para nada.

—¿Quién es Jan?

—Nuestro hípster de manual.

Eso no ayudó a Alex ni lo más mínimo. Para él, la mitad del curso encajaría en esa descripción.

—El chico con la barba tupida y el moño que está sentado frente a tu compañera —dijo ella con una sonrisa, notando lo despistado que estaba—.

—¿Estuvo involucrado con Anna personalmente?

Ella soltó una risa amarga. —Podría decirse que sí. Estuvieron juntos. No por mucho tiempo, pero aun así. No acabó bien para ellos.

***

Alex se acercó a Jan Hausmann sin muchos preámbulos sobre la relación íntima entre él y Anna Nowak. No parecía gustarle el tema. Su expresión facial hablaba por sí sola. Alex conocía esa mirada demasiado bien. Alex la había visto en sí mismo, en el espejo, después de descubrir que su ex le había engañado hacía un año.

—Hace un momento ha dicho que nadie tenía mucha relación con esas dos, refiriéndose a Anna y Melina. Ahora me entero de que usted mantenía una relación íntima con Anna.

—¿Te divierte hablar de relaciones fracasadas?

—No soy su colega; soy un agente de la policía judicial. Debería tener claro que prestar una declaración falsa siempre resulta un tanto sospechoso. —Alex se guardó para sí el hecho de que esto también convertía a Jan Hausmann en un sospechoso potencial. Al fin y al cabo, todavía no había pruebas claras de que realmente se hubiera cometido un delito. Y, por lo tanto, no había sospechosos. Oficialmente.

—Nadie sabía lo de Anna y yo. No tengo ni idea de cómo se ha enterado Beatrice. Aunque no me sorprende, la verdad. Ella se entera de todo.

Alex se preguntó si todos en el curso tenían tan mala opinión los unos de los otros. Beatrice no sentía mucho aprecio por Anna, eso estaba claro, pero al final de su interrogatorio tampoco había tenido ni una buena palabra para el resto de los estudiantes. En última instancia, se consideraba la única artista verdadera entre ellos.

—¿Cree que las grabaciones son reales? —preguntó Alex.

—No lo sé. Melina podría haberlas preparado.

—He oído hablar del cortometraje —dijo Alex, con la esperanza de tener tiempo suficiente tras las entrevistas para verlo antes de quedar con Emma en la piscina municipal.

—No es precisamente una obra maestra, pero tampoco está mal hecho. Y Anna actúa muy bien. —Se le escapó una carcajada burlona—. Demasiado bien.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que nos ha engañado a todos con su numerito. A mí, a ti —si es que llegas a conocerla alguna vez—, a tus padres y al tal Max.

—¿Max?

—Es su otro tío. O lo era, al menos. Ni idea de si también ha cortado con él.

—¿Estaba con usted y con ese Max al mismo tiempo?

—Es patético, ¿verdad? Crees que eres feliz con alguien y, en realidad, solo eres el segundo plato.

Aquello le resultaba a Alex más familiar de lo que le habría gustado. Tenía que llevar cuidado para dejar sus propios sentimientos fuera del asunto. Jan Hausmann no debía pensar que había encontrado a un aliado. Porque quién sabía si decía la verdad o si era tan manipulador como Anna. Al fin y al cabo, ella le había roto el corazón.

—¿Conoce a ese Max personalmente?

—Si lo conociera, ya habría tenido unas palabras con él hace tiempo. Ni siquiera sé si ese es su nombre real.

—Entonces, ¿cómo sabe de su existencia?

—Está en su agenda de contactos. Los mensajes son más que evidentes. Por supuesto que le escribí, le expliqué quién era yo, pero no obtuve respuesta.

—¿Revisó usted su teléfono?

—Tenía sospechas razonables, ¿o cómo es que lo llamáis?

—En relación con un hecho delictivo, sí.

—¿Es que poner los cuernos no es un delito entonces?

—No en este siglo.

—Estás anticuado. Mucha gente lo ve de otra manera hoy en día.

Hoy en día, pensó Alex. Dentro de diez años, Jan Hausmann se daría cuenta por sí mismo, con suerte, de lo obsoleta que resultaba su «moderna» forma de pensar. —¿Cómo reaccionó cuando se enteró? —preguntó Alex, interrumpiendo sus propios pensamientos.

—Como lo haría cualquiera. Me puse furioso y la enfrenté. Y todo lo que dijo fue: «El hecho de que lo sepas me facilita la decisión». Luego recuperó su teléfono y me echó a patadas.

—¿Así es como se hacen las cosas *hoy en día*?

—No, en realidad lo que se lleva es el ghosting.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me habría gustado hacer tantas cosas... pero simplemente me fui a casa.

—¿Por ejemplo?

—¿A ti nunca te han dejado?

—Como ya le he dicho, no soy su colega.

—Qué lástima... Reconozco que no me deja en muy buen lugar, pero me hubiera encantado darle un buen bofetón.

—¿La violencia suele ser una vía de escape para sus problemas?

—Ya he dicho que no me deja en buen lugar. Pero sí, a veces me parece que la violencia es perfectamente apropiada.

—¿Violencia como la de los vídeos?

—¿Cree que los utilicé para dar rienda suelta a mi fantasía de venganza?

—Dígamelo usted.

—No. Y si lo hubiera hecho, por supuesto que no sería tan estúpido como para contarle esa historia.

—También podría ser una táctica para transmitir precisamente eso.

—¿Te has vuelto loco?

Alex ignoró aquel desplante a su autoridad. Algo habitual *hoy en día*, presumiblemente. —En cualquier caso, me parece que usted es un tipo bastante celoso. ¿Por qué si no iba a leer los mensajes de su novia?

—Exnovia —escupió entre dientes—. Porque sospechaba que me estaba engañando.

—En esencia, ella llevaba una vida doble. Le engañaba por todas partes y usted no pudo dejarlo pasar. Es más, incluso le envió un mensaje a ese otro hombre y le contó lo que estaba pasando. ¿Es correcto?

—Claro que lo hice.

—¿Para advertirle o para vengarse de Anna?

—Escuche. Yo...

—Ahora me va a escuchar usted a mí. Esto puede ir por dos caminos a partir de aquí, porque creo que no me está diciendo la verdad. O bien me lo cuenta todo aquí mismo y ahora, o me lo llevo para comisaría.

—No tiene permiso para hacer eso.

—Vaya, parece que es usted el que se ha quedado anticuado —dijo Alex con brusquedad—. Tengo permiso y lo haré.

Jan Hausmann ya no pudo sostener la mirada de Alex. Se encogió un poco, respirando profundamente. —Está bien —dijo, apenas audible—. De acuerdo... Fue una estupidez por mi parte, pero después de la fiesta seguí a Anna. Quería hablar con ella.

—¿Por qué?

—¿No es obvio? Porque todavía la quiero. Joder, ni siquiera sé por qué.

Alex sabía exactamente de lo que hablaba el joven. No obstante, no insistió en el tema.

—Ella no quiso hablar conmigo y me hizo quedar como un auténtico idiota.

—¿Qué dijo exactamente?

—No me acuerdo. Cuando lo pienso, me da la sensación de que no dijo nada en absoluto y que fui yo el que estuvo rogando y suplicando para que lo intentáramos de nuevo. Le dije que lo sentía. ¿Se lo puede imaginar? *Yo* pidiéndole perdón a *ella*. Hasta ese punto me tiene enganchado. —Su expresión se ensombreció—. Menuda zorra.

—¿Estaba usted muy borracho?

—No, la verdad es que no.

—¿Y Anna?

—A ella le gusta beber de vez en cuando, pero nunca hasta el punto de no poder valerse por sí misma.

—¿Qué hizo usted cuando ella le rechazó?

—Ni siquiera fue ella quien lo hizo. Fue Melina. Se mantiene totalmente sobria en todas las fiestas para cuidar de Anna. Nos siguió, me dio un empujón y me amenazó con los abogados de sus padres si no me largaba y dejaba a Anna en paz.

A Alex aquello no le sonaba como si Anna fuera la que llevaba las riendas. Se preguntó si era posible que solo se lo pareciera a todo el mundo, y que fuera Melina quien manipulara a Anna, y con ello a todos los demás. La duda era: ¿con qué fin?

—¿Qué hizo entonces, al darse cuenta de que no llegaba a ninguna parte con Anna?

—Al principio quise volver a la fiesta, pero luego decidí no hacerlo. Ya no tenía ganas de celebraciones. Me fui a casa.

—¿Hay alguien que lo pueda confirmar?

—No lo creo. Mis padres ya estaban durmiendo.

—¿Sabe si Anna se fue a casa con Melina?

—¿Yo cómo voy a saberlo?

—¿De verdad la dejó en paz esa noche, o tal vez le envió más mensajes que ella respondió?

Jan parecía nervioso. Alex buscó su mirada, pero Jan la evitó. *Realmente no se le da bien guardar un secreto ni mentir.*

—Sí, de acuerdo. Lo hice. Unos cuantos. Pero ella no respondió. Ni siquiera ha leído los últimos.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el doble check azul de WhatsApp. En los últimos mensajes siguen de color gris. Todavía. Respecto a si se fue a casa con Melina, de verdad que no lo sé. Solo sé que Melina no va a ninguna parte sin Anna. Y estoy seguro de que ella conoce a ese tal Max.

Capítulo 6

En Heeper Straße, frente al parque Ravensberger —un lugar que por la noche era mejor dejar para los sintecho y los traficantes de drogas—, Emma empujó la puerta principal mientras sonaba un zumbido errático. Al mirar los timbres, se fijó en que allí había muchos pisos compartidos. Ver tres apellidos en un solo botón no era algo inusual. Los Wagner estaban entre los pocos que vivían allí como una familia.

En la segunda planta, una mujer joven esperaba en el umbral con aspecto de no haber dormido en toda la noche. Emma subió los últimos peldaños de la vieja escalera de madera con su gastada alfombra roja y sonrió. —¿Melina Wagner?

—Sí. ¿Y usted quién es? —La joven se cruzó de brazos sobre el pecho.

Emma le mostró su placa, lo que hizo que Melina pusiera cara de incertidumbre.

—Tengo algunas preguntas sobre su amiga Anna Nowak.

—No pensará en serio que esos vídeos son reales, ¿verdad?

—¿Los ha visto?

—¿No los ha visto todo el mundo?

—¿Le importaría que continuáramos dentro?

Melina abandonó su postura defensiva y le sujetó la puerta a Emma. —¿Quiere un café?

—Por favor —dijo Emma, entrando.

Melina cerró la puerta tras ellas, la guio por el pasillo estrecho y giró a la izquierda hacia la cocina. Había una mesa pequeña con tres sillas arrimada a la pared, entre los muebles y el frigorífico. A diferencia de la mayoría de los alojamientos estudiantiles, el lugar estaba limpio y ordenado. Apenas se veía ni una mota de polvo. La cocina estaba equipada solo con lo esencial, y si había otros

electrodomésticos o utensilios de cocina además de la cafetera en la encimera junto a la pequeña ventana, estaban bien guardados en los armarios.

—Siéntese —dijo Melina, sirviendo café recién hecho en dos tazas grandes.

—Gracias. —Emma se sentó.

—¿Leche o azúcar?

—Solo, gracias.

Melina se sentó frente a Emma y dejó el café. —¿Por qué está aquí?

—Podría preguntarle lo mismo.

—Yo vivo aquí.

—No ha ido hoy a sus clases en la FMK.

—No me apetecía tropezarme con Anna.

—Ella tampoco ha ido hoy.

Melina miró a Emma, confusa. —¿No? ¿Por qué no?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. Sus padres dicen...

—Espere —la interrumpió Melina—, ¿son reales los vídeos?

—Todavía no podemos decirlo con seguridad.

Melina se levantó y caminó de un lado a otro con ansiedad, café en mano. —A ver, ¿dónde podría estar? ¿Seguro que no está en casa?

—Sabemos por sus padres que no volvió a casa después de la fiesta de anoche. Los vídeos fueron el motivo por el que los padres de Anna contactaron con nosotros.

—Típico. Si gente como los Nowak llama, todos ustedes vienen corriendo.

—Venimos cuando la gente necesita nuestra ayuda.

—Ya.

—No parece tener una opinión muy buena de los padres de Anna.

—Porque solo les interesábamos mientras todavía teníamos dinero. —Se apoyó de espaldas contra la encimera, bloqueando media ventana—. Cada vez que el padre de Anna está en casa, que la verdad es que no ocurre a menudo, me mira con un desprecio... Como si fuera un trapo sucio.

—Así que no se siente bienvenida allí y, aun así, visita a Anna con regularidad.

—¿Qué otra opción tengo? Es mi única amiga.

—Con la que tuvo una bronca ayer.

—La gente discute. ¿Y qué?

—Mucho, cuando una de las personas implicadas en esa discusión desaparece al día siguiente.

—Eso me preocupa más a mí que a usted. Si los vídeos fueran falsos y Anna hubiera querido gastarnos una broma con ellos, yo lo sabría.

—¿Está segura?

—Bueno —dijo, sonando ahora más pensativa—, la verdad es que no del todo, supongo. Para ser sincera, estaba furiosa de narices cuando vi esos vídeos.

—¿Porque pensó que ella no se lo había contado?

—Sí. Hasta que usted ha aparecido por aquí.

Emma estaba a punto de replicar algo cuando recibió un mensaje en su móvil del trabajo. —Perdone un momento —dijo, abriendo el texto.

—Claro. —Melina bebió su café, con la mirada perdida más allá de Emma.

En el mensaje, Alex le contaba lo que había pasado con Jan y Max y le preguntaba si Emma podía interrogar a Melina sobre ese tal Max. También le informaba de que, según las declaraciones

obtenidas hasta el momento, Melina había sido la última persona en ver a Anna.

Emma se guardó el móvil en el bolsillo de los vaqueros. —¿Sabe si Anna tiene novio?

Melina dirigió la mirada hacia Emma y enarcó una ceja. —¿Solo uno?

—¿A qué se refiere?

—Se estaba viendo con un chico de nuestro curso y con otro más.

—¿Sabe sus nombres?

—Jan Hausmann y Max... no sé su apellido.

—¿Mantenía una relación abierta?

—¿Yo qué voy a saber?

«Como su sombra que es, según dicen sus compañeros, debería saberlo perfectamente», pensó Emma. ¿O es que le resultaba incómodo hablar de ello? —Mi compañero acaba de informarme de que, según nuestra investigación, se fue usted de la fiesta junto con Anna. ¿Es así?

—No. Quiero decir, nos fuimos de la fiesta al mismo tiempo. Más o menos. En realidad, ella desapareció primero y yo fui tras ella.

—¿Por qué?

—Había bebido bastante, algo que no es propio de ella, y de repente Jan tampoco estaba. Me preocupé. El tío es raro, y Anna le había dado calabazas de mala manera. Me temía que la siguiera y la acosara, o algo peor. De hecho, los intercepté en la calle y le dije que la dejara en paz. Él hizo caso y se volvió a la fiesta. Creo. No estoy del todo segura.

—¿Qué pasó después?

—No estoy muy segura. Me habría ido con ella, pero estaba tan enfadada con ella que simplemente me largué a casa. Ahora me gustaría no haberla dejado sola.

—¿Cree que podría haberse citado con ese Max?

—No me lo imagino. Rompió con él poco después que con Jan. Ella no es de las que suspiran por nada ni por nadie. Y menos por exnovios. Aunque todavía los quisiera. Aunque no creo que quisiera de verdad a ninguno de los dos. Simplemente no le gusta estar sola.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a ese tal Max?

—No, ni idea. —La forma en que lo dijo despertó las sospechas de Emma. Sonó como si estuviera mintiendo. Le dio la espalda a Emma y se sirvió un poco más de café. Solo un chorrito; no cabía más en la taza que apenas había probado—. Lo vi quizá dos o tres veces. Bajito, un poco rechoncho. Una cara de lo más común, nada distintivo que pudiera señalar, y desde luego no era gran cosa.

—Entonces, ¿se fue a casa después de eso?

Melina se dio la vuelta de nuevo y asintió.

—¿Por qué no volvió a la fiesta?

—Ya se lo he dicho. Estaba cabreada. Y sinceramente, ¿habría vuelto usted a una fiesta donde todo el mundo había presenciado una bronca monumental entre su mejor amiga y usted?

—Probablemente no —dijo Emma—. ¿De qué fue la discusión exactamente?

—Plagio. Me robó un ensayo y lo entregó como si fuera suyo. Solo me pidió leerlo para sacar algunas ideas para su propio trabajo. Lo peor es que ya me la había jugado varias veces antes, si es que se puede llamar así. Y ayer, simplemente ya tuve suficiente. De alguna manera volvió a salir el tema y ella ni siquiera quiso disculparse.

—¿Puede alguien testificar que pasó la noche aquí?

—¿Sospecha que tengo algo que ver con los vídeos?

—Seguimos todas las pistas.

—Lo entiendo. Por desgracia, nadie puede dar la cara por mí. Mis padres ya estaban dormidos.

—¿Siguen durmiendo?

—Ya se han ido a trabajar.

—¿Tiene algún trabajo además de sus estudios?

—Ah, ya veo por dónde va esto... Pero mire, no soy, ni nunca he sido, una niña rica y mimada. Nunca he ido con la mano extendida. Claro que tenía mi propia tarjeta de crédito y todo eso, pero nunca pedí más dinero del que mis padres me daban. Además, Klaus no me habría pagado más de todos modos.

—¿Klaus es su padre?

—Padrastro. Mi padre murió poco después de que yo naciera.

—Lo siento.

—No pasa nada. No vivió lo suficiente como para que lo eche de menos.

—Ya ha visto los vídeos esta mañana. ¿Cuánto tiempo pasa en las redes sociales?

—Demasiado.

Emma la miró, esperando una respuesta más concreta.

—Seguramente cuatro o cinco horas al día, y un poco más anoche —dijo finalmente—. Simplemente no podía dormir. Estaba demasiado alterada. Y en cuanto al tiempo en las redes sociales, no lo hago solo por diversión. Intento construir algo. Pequeños clips aquí y allá. En mi perfil también puede encontrar fragmentos de mis cortometrajes. Excepto el último.

—¿Por qué?

—Supuestamente por apología de la violencia. Sé qué aspecto debe de tener eso. Pero no es más que una película.

Emma era consciente de ello. Entendía la libertad artística y sabía que las personas que hacían películas sangrientas no eran automáticamente asesinos en serie. No obstante, tenía la sensación de que Melina se justificaba con una frecuencia inusual. Y tal vez no siempre tenía bajo control su vena violenta. Quizá incluso creía, a través de ese prisma, que todo era solo una película. Puro teatro. Incluyendo los vídeos con Anna.

El teléfono de Emma sonó. Era de la comisaría. Emma se disculpó con Melina y salió al pasillo antes de responder a la llamada.

—¿Bajetzky? Soy Schwarz —dijo el compañero de informática, sin dar tiempo a Emma para respuestas o preguntas—. Ya hemos terminado con los vídeos. Son reales.

Capítulo 7

Emma no había podido encontrar un sitio libre en el aparcamiento frente a las piscinas de Hillegossen, así que aparcó a un lado de la carretera. Alex acababa de terminar de candar su bicicleta cerca de la entrada. Lo observó mientras caminaba hacia ella, con gafas de sol y una camisa veraniega entallada, con esa sonrisa tan suya en la cara. No parecía en absoluto un agente de la policía judicial; más bien un tipo surfero. Emma también iba vestida para el calor, aunque su estilo era más de una elegancia informal. Al echar un vistazo al retrovisor, vio un destello de Jodie Foster en *El silencio de los corderos* y esperó ser la única que viera el parecido.

—Hola —dijo Alex al llegar a su altura, tendiéndole un vaso de café para llevar. Llevaba otro en la otra mano, y ella se preguntó cómo no se había fijado antes—. ¿De dónde has sacado esto?

—Los había reservado.

—¿En serio?

—No. Llevo un soporte especial en la bici para ellos.

Emma cogió el café con gratitud. —¿Te queda suficiente paga semanal para comprar algo de papel comestible y platillos volantes de caramelo?

Caminaron hacia las piscinas, que estaban abarrotadas. La cola en la entrada era larguísima, y el nivel de ruido que venía del interior sugería lo lleno que estaba el lugar.

Alex sonrió y sacó un paquete abierto de caramelos Cola-Kracher del bolsillo lateral.

Emma se rió. —¿Esos también los habías reservado?

—Quería ir sobre seguro. Hace siglos que no voy a una piscina pública y no tengo ni idea de lo clásicas que son.

Alex le ofreció uno.

—Gracias, pero es un poco pronto para mí.

A Alex no parecía importarle qué hora fuese. Se echó dos caramelos a la boca y volvió a meter la bolsa en el bolsillo del pantalón.

—Aunque no he podido localizar nada de papel comestible.

—Por lo que sé, a los niños les sigue encantando.

—A diferencia de nosotros.

—¿Tanto te ha hecho sentirte viejo el FMK? —preguntó Emma.

—No necesariamente. ¿Has averiguado algo sobre ese tal Max?

—Nada que nos haga avanzar.

—He visto el cortometraje que hicieron Wagner y Nowak.

—¿Ese que no le dejaron subirlo a Instagram porque hace apología de la violencia?

—Ese mismo. Y es comprensible. Es bastante fuerte.

—¿A qué te refieres?

—Es un slasher bien hecho, y la actuación de Anna es muy convincente. Deberíamos verlo juntos luego.

—Quizá después de comer.

—Me parece bien. Pero una cosa es segura: una vez que veas la película, entenderás por qué sigo pensando que los vídeos podrían ser falsos.

—Los técnicos dicen lo contrario.

—Aun así. El hecho de que los vídeos en sí sean reales no significa que el contenido no esté montado.

Emma y Alex se abrieron paso entre la cola de la entrada, pidiendo disculpas mientras aguantaban miradas de desaprobación, hasta que una mujer joven con un niño pequeño en brazos les bloqueó el paso.
—¿No pueden esperar su turno al final de la cola? —preguntó ella con una mirada de desdén.

Alex sonrió y mostró su placa. —La justicia ya va bastante lenta de por sí, ¿no cree?

—Oh, perdón. —Se apartó de inmediato.

—No se preocupe. Disfrute de su día al sol.

Esta pequeña exhibición hizo que todo el mundo les cediera el paso. Si había algo en lo que se podía confiar en Alemania, era en que la gente se apartaba ante la autoridad.

Alex mantuvo su credencial fuera y la apoyó contra el cristal de la taquilla. Emma hizo lo mismo.

La mujer mayor de dentro, que con más de sesenta años realmente no debería estar intentando broncearse más, les dedicó un gesto hosco con la cabeza y volvió a ocuparse de los clientes que pagaban.

Un momento después, los dos investigadores fueron interceptados por un hombre joven en bañador. —¿Son de la policía?

—Policía Judicial de Bielefeld. Bajetzky. Este es mi compañero.

—Kuper —se presentó Alex.

—Soy Jerome. Trabajo aquí. —Se inclinó hacia ellos de forma conspiratoria—. Vienen por lo de la ducha, ¿verdad?

—Sí —respondió Alex con el mismo tono de conspiración.

El joven pareció perplejo por un segundo antes de darse cuenta de que Alex le estaba tomando el pelo. Emma no pudo evitar sonreír.

—Pasen el edificio de la izquierda y verán las duchas.

Los dos le dieron las gracias y siguieron caminando.

—¿Así que sigues pensando que los vídeos podrían ser falsos? —dijo Emma, retomando la conversación.

—He echado un vistazo rápido a sus perfiles de TikTok e Insta. Anna sube un montón de cosas personales sobre ella y lo que hace. Melina, por el contrario, parece más centrada en que se la vea como una artista a través de sus publicaciones.

Dos niños pasaron corriendo a su lado gritando, blandiendo pistolas de agua y empapando a Emma por accidente. Los chicos o no se habían dado cuenta o no les importaba, hasta que uno de

ellos vio el arma reglamentaria de Emma en el cinturón. —¡Perdón! —gritó, y salió pitando tan rápido como pudo. Emma les gritó en broma—: ¡La próxima vez os arresto!

Alex sonrió con sorna. —Podría imaginarme —continuó— que Melina lo planeó todo. Piensa en el truco publicitario que supondría. Los dos vídeos de Anna ya se están volviendo virales. No es nada comparado con el contenido que han subido antes.

—¿Cuánto suelen tardar en retirar los vídeos?

—Los vídeos tan flagrantes como estos no duran mucho tiempo. En nuestro caso, puede que pasen unas horas más.

—Suponiendo que no sean reales. ¿Cómo financiaron todo esto?

—No a través de los padres de Anna. Ellos no sabían nada.

—Anna podría tener su propia cuenta a la que pueda acceder. Quizá los padres nos dejen echar un vistazo a los extractos bancarios.

—Si se han retirado o transferido grandes sumas, eso podría ser una buena pista.

—Por otra parte, ¿qué nos dice realmente una suma desaparecida? Podría ser fácilmente que la obligaran a retirar dinero antes de desaparecer, o que se lo gastara en la fiesta, o en una tarde de compras.

—O lo usó para pagar al equipo después del rodaje.

—Aun así, sería una operación muy bien pensada para filmar y publicar ambos vídeos en cuestión de pocas horas.

—No sé lo suficiente de esto como para juzgarlo. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva algo así o cuánto trabajo conlleva. Melina sin duda sabrá más.

—Nos ocuparemos de eso más tarde. Veamos cuántas preguntas más surgen —dijo Emma, deteniéndose ante un grupo de personas. A través de los huecos, podía ver el cordón policial y la puerta abierta de las duchas de señoras.

—Perdón, tenemos que pasar —dijo Alex, ganándose aún más miradas de desaprobación. Emma dio las gracias cortésmente a los de la izquierda y la derecha; al menos esta vez nadie quiso ver sus placas. Eran reconocibles como policías por el simple hecho de ser los únicos que no llevaban traje de baño.

Entraron en la sala de duchas abierta. —¿Meyer? —gritó Emma al forense.

—¡Bajetzky! —respondió él, apareciendo ante ellos con un traje protector blanco—. No os cortéis en presentaros a la fiesta sin disfraces. Solo estamos barriendo los restos.

—Gracias —dijo Emma, dando un paso adelante. Tras saludar al otro colega, Südhoff, que como de costumbre no consiguió articular nada más que un «Buenos días», Emma volvió a prestar atención a Meyer—. ¿Qué tenemos?

—Bueno —comenzó él, mirando su portapapeles y bajándose la mascarilla por debajo de la barbilla—. Nada realmente concluyente. Quiero decir, estas son duchas públicas y, para cuando llegamos, la escena ya había sido contaminada por varias mujeres. Espero que encontremos bastantes muestras de orina diferentes. Aquí —Meyer señaló el suelo entre las letras pintadas donde Anna había estado de pie en el vídeo—, esperábamos encontrar rastros claros.

—Donde tiraron el bañador —concluyó Emma.

—Exacto —dijo Meyer—. Pero no ha sido así. Tendremos que esperar a ver qué dice el laboratorio. Por supuesto, hemos encontrado docenas de huellas dactilares, escamas de piel, tiritas usadas e incluso un tampón por toda la sala. Seguramente esto último no tenga nada que ver con la persona desaparecida, pero lo analizaremos de todos modos. Parece que nadie ha limpiado aquí en al menos veinticuatro horas. Bajo la luz ultravioleta, la habitación prácticamente brillaba.

—¿Por qué nos lo iban a poner fácil? —dijo Emma, señalando el bote de spray en la bolsa de plástico que el colega Südhoff estaba

guardando en ese momento—. ¿Qué hay de las huellas dactilares? El perpetrador no lleva guantes en el vídeo.

—Sí, pero eso no significa que no pudiera haber limpiado el chisme. En cualquier caso, uno de los empleados encontró el bote durante su ronda matutina y lo tiró a la papelera.

—Así que solo tenemos sus huellas, entonces —dijo Alex.

—Presumiblemente. Hemos tomado sus huellas, por supuesto, y veremos qué sale de ahí. Pero no os hagáis ilusiones.

—¿Algo más? —preguntó Emma.

—Un pequeño trozo de plástico —dijo Meyer.

Südhoff lo sacó del maletín de pruebas, sellado en una bolsa de plástico, y se lo lanzó a Meyer. Él lo atrapó con facilidad y se lo mostró a Emma y Alex. —Probablemente del trípode que tiraron. Estaba cerca de la entrada. Supongo que al perpetrador se le pasó por alto.

—Yo también lo supongo —dijo Emma.

—Nada de esto nos lleva a ninguna parte —dijo Alex, mirando las letras de la pared.

—Hay una cosa que no nos encaja del todo —dijo Meyer.

—¿Y qué es? —preguntó Alex.

—La teoría de los dos perpetradores. Porque no creo que entraran aquí descalzos o en chanclas.

—Es lógico —dijo Emma.

—Solo hemos encontrado un juego de huellas de calzado en toda la sala.

Capítulo 8

Los títulos de crédito del cortometraje, con el acertado título de *Slasher Queen*, fueron la única parte de la película que no perturbó a Emma. Nunca le habían interesado ese tipo de pelis. —Menos mal que hoy no he almorzado.

Alex soltó una carcajada. —Pues a mí me apetecería una hamburguesa ahora mismo.

—¿Debería preocuparme por eso?

—¿Acaso no tenías al típico chico en tu grupo de amigos que siempre iba cargado con todos esos vídeos prohibidos en VHS, por lo general una copia de una copia?

—No. Pero ahora entiendo por qué tienes dudas sobre la autenticidad de los otros vídeos. Esta película está muy bien hecha.

—Nuestras dudas, en realidad, se han disipado por completo —dijo Gerhard Neumann, uno de los dos enjutos especialistas en informática.

—Sí —confirmó Achim Schwarz, que estaba sentado a su lado. Ambos eran el cliché definitivo. Ropa descuidada, ojeras profundas y un tono de piel que se mimetizaba perfectamente con los pálidos escritorios.

Alex usó el mando para pausar la película en la pantalla de la oscurecida sala de reuniones. —Puedo ver paralelismos claros con los vídeos subidos a la red.

—Esos no los cuestionamos —dijo Neumann.

—Hay varias cosas que se pueden comparar —dijo Schwarz— para mostrarles las diferencias entre una cinematografía bien ejecutada y un metraje real.

—Me pica la curiosidad —dijo Alex, reclinándose mientras Schwarz conectaba su portátil al proyector. Inició el vídeo de la piscina al aire libre y avanzó rápido hasta el punto justo después de que la cámara

hubiera sido colocada de nuevo y Anna, en bañador y embadurnada con letras, reapareciera en el encuadre, que aún no se había enfocado. Pero se podía ver que se estaba frotando el brazo izquierdo. Justo antes de que la imagen ganara nitidez, soltó el brazo. —¿Ven eso? —Schwarz detuvo la grabación, hizo un zoom en la parte superior del brazo izquierdo y señaló el hombro—. Está ligeramente enrojecido. Es probable que el agresor la empujara contra los azulejos o le diera un empujón.

Schwarz lo tenía todo preparado meticulosamente e inmediatamente pasó al vídeo en el que Anna estaba a punto de ser colgada. No lo reprodujo, sino que hizo zoom también en su hombro. Ahora se podía distinguir una tenue coloración azulada. —Esperad un momento —dijo, aumentando el contraste para que la mancha fuera aún más visible—. Basándonos en el tiempo que tarda un hematoma en aparecer desde el momento del impacto hasta alcanzar este estado, asumimos que los vídeos no tienen ni dos horas de diferencia. O bien esos dos hicieron muy bien su investigación, o se trata de la progresión natural de tales lesiones y, por tanto, no es algo que estuviera en el guion.

—Podría haber sido un accidente —añadió Neumann—, y simplemente lo usaron para que pareciera más realista.

Emma miró a Alex. Aquello seguía sin parecer convencerle, pero Schwarz aún no había terminado con su presentación. Abrió de nuevo el cortometraje *Slasher Queen* y arrastró el cursor hasta el momento justo antes del final. Anna aparecía cubierta de sangre con una sonrisa en el rostro, cerniéndose sobre la actriz muerta, que miraba al techo con los ojos abiertos y el cuello torcido. A Emma le pareció convincentemente real, especialmente el primer plano de la mujer muerta que venía a continuación. Schwarz pausó el vídeo. —Observen la carótida —dijo, y lo reprodujo una vez más.

—Aún late —dijo Alex.

—Exacto. A menudo se ve eso en las películas. Por muy muerta que parezca una persona, si miras de cerca, todavía puedes ver el pulso en la arteria.

Schwarz pasó al vídeo del asesinato de Anna, que había sido fuertemente editado en términos de brillo y ahora mostraba los contornos de Anna con más claridad. Saltó a la parte en la que Anna colgaba muerta de la viga y amplió el cuello. —Por favor, observen la arteria aquí también.

Tras unos segundos, la grabación se detuvo por sí sola. Emma no había visto nada.

—No hay pulso —confirmó Schwarz—. Es más —arrastró el cursor hacia atrás unos segundos—, pueden ver cómo se le está decolorando la piel alrededor de la cuerda. —Lo dejó correr de nuevo. Debido al zoom extremo, era difícil de distinguir, y Emma solo lo veía ahora porque se lo habían señalado. Sabía que la estrangulación provocaba que los vasos sanguíneos del cuello reventaran y la piel se oscureciera en cuestión de segundos. Muy al contrario de un hematoma causado por un choque o un golpe. Y como estaba familiarizada con las características de tal muerte, también sabía qué prueba les mostraría a continuación.

Schwarz retrocedió unos segundos de nuevo y enfocó el zoom en los ojos de Anna. —En una estrangulación, la presión en la cabeza llega a ser tan alta que no solo se decoloran abruptamente las venas del cuello, sino que también revientan los finos capilares de los ojos. —Y eso era exactamente lo que podían ver ahora mientras reproducía la grabación otra vez.

Después de que el vídeo llegara al final por su cuenta, continuó. —Procesar digitalmente tales efectos en un espacio de tiempo tan corto es imposible. Especialmente porque no hemos podido encontrar ninguna prueba de edición.

—¿Y si prepararon estos efectos tan bien que funcionaron exactamente así durante el rodaje? —preguntó Alex.

—No —intervino Neumann—. Con el cuello, bien podría haber sido el caso, aunque creemos que es poco probable. Pero con los ojos no. Están en movimiento todo el tiempo, llenándose de líquido lagrimal. Además, ella parpadea varias veces. Lograr todo eso sin un corte, es

decir, en una sola toma, lo consideramos imposible dadas las circunstancias.

—Ninguno de los dos vídeos tiene un corte visible —añadió Schwarz.

—Si después de todo se hubieran utilizado cortes —reflexionó Alex —, entonces la posproducción habría tardado demasiado para que pareciera que no los había, ¿verdad?

—Precisamente —dijo Neumann.

—Mierda —dijo Alex, dándole a entender a Emma que ya no tenía dudas.

—Según la declaración de Melina, Anna desapareció en un taxi sobre la una y media —dijo Emma—. El primer vídeo se subió exactamente a las siete y media de esta mañana, el segundo a las ocho. ¿Es un intervalo de tiempo de quizás cuatro o cinco horas demasiado corto para hacer que tales vídeos parezcan reales?

—En realidad, estamos asumiendo un intervalo de tiempo aún menor. Más bien de dos a tres horas.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Estamos en junio. A las cinco ya hay luz. No hay tonos azules detectables en los vídeos que sugieran luz diurna. Las claraboyas de las duchas de la piscina están totalmente negras. En el granero o el ático —no sabemos exactamente cuál— tampoco penetra la luz del día.

—Han dicho granero o ático —dijo Emma—. Las granjas y los graneros no son precisamente escasos en esta zona.

—Por eso tampoco hemos podido estrechar el círculo de posibles ubicaciones —dijo Schwarz—. Podrían haberla llevado para la grabación final a un lugar a una hora de aquí. Del mismo modo, podría estar muy cerca.

—¿Por qué no pueden averiguar dónde está el móvil de Anna Nowak en este momento? —preguntó Alex.

—No es tan sencillo —intervino Neumann—. Pudimos rastrear la señal hasta Jöllenbecker Straße, a unos cuatro kilómetros y medio de la fiesta en cuestión. Luego desapareció de repente y no ha vuelto a aparecer desde entonces. Ni siquiera en el momento de las subidas.

—Podrían haber sido programados, por supuesto, de modo que se subieran antes y se publicaran más tarde. Pero el pequeño intervalo de tiempo no permite eso.

—¿Eso significa que el culpable debe haber llevado su teléfono allí y no solo ha desactivado los servicios de ubicación, sino que también ha logrado bloquear los mensajes SMS Silenciosos desde entonces? —preguntó Emma.

El SMS Silencioso es una función relativamente nueva que permite a la policía reactivar teléfonos móviles que han desactivado manualmente el GPS u otras opciones de rastreo, con el fin de localizar su ubicación. Y todo eso sin que el usuario se dé cuenta. Para evitar la recepción de un SMS Silencioso de especialistas como sus colegas, uno tenía que poseer una buena cantidad de conocimientos técnicos. Emma se preguntó si estaban tratando con alguien que sabía lo suficiente sobre el tema por sí mismo, o si tenían un cómplice que se encargaba de ello por ellos.

—Ninguna reacción —dijo Neumann—. O bien el teléfono fue destruido después de la subida del último vídeo, o estamos tratando con alguien que sabe manejarse con estas cosas. Al fin y al cabo, incluso consiguieron publicar dos vídeos desde el teléfono de Anna Nowak en varios perfiles de redes sociales sin dejar rastro.

—Bueno, hay rastros —dijo Neumann—, pero ninguno que nos ayude a avanzar.

—¿Qué tipo de rastros? —preguntó Emma.

—Aparte de enmascarar la dirección IP —lo más probable es que el autor pasara por docenas de servidores extranjeros—, se borraron los metadatos de los vídeos. Eso hace que nos sea imposible decir cuándo, dónde y con qué dispositivo fueron grabados o editados.

Tales cambios no pueden realizarse en un smartphone o una tableta. Tienes que usar un ordenador. Eso significa que los vídeos no fueron subidos desde un smartphone. Probablemente desde un PC o un Mac usando un emulador.

—Y con ello simplemente engañaron a Instagram y otras plataformas para que pensaran que se usó un móvil para la subida —añadió Schwarz—. Eso aumenta el alcance.

—¿Encaja eso en el marco de tiempo entre la grabación y la subida? —preguntó Emma.

—Claro —dijo Schwarz—. Si sabes cómo hacerlo, solo lleva unos minutos.

—Y supongo que también se pueden encontrar tutoriales para eso en la red relativamente rápido —conjeturó Emma.

—Si lo busca —confirmó Schwarz—, puede encontrar cualquier cosa.

—¿Hay algo visible en el segundo vídeo —preguntó Alex— que pudiera estrechar el radio de posibles ubicaciones? ¿O proporcionarnos otra información? ¿Qué hay del polipasto, por ejemplo? ¿Se puede ver el nombre de una empresa o algo similar en él? ¿Es nuevo o viejo? Si lo ha adquirido recientemente, podríamos preguntar en las tiendas que venden ese tipo de cosas.

—No es mala idea —dijo Emma.

Neumann hizo un gesto a su colega para que lo comprobara. Schwarz volvió al vídeo del asesinato y amplió la imagen del polipasto. Había algo escrito en él, pero no se podía distinguir. —Esperad un momento —dijo, trasteando con el contraste y el brillo hasta que el nombre de la empresa se hizo visible.

—Einhell —dijo Alex, decepcionado—. Esa marca está en todas partes.

—Y quizá justo al lado de la joven también —dijo Schwarz, desplazando el encuadre hacia el borde izquierdo de la imagen, donde se podía ver una pequeña parte de otro aparato en la viga,

aunque apenas era reconocible. Si era otro polipasto, eso concordaba con lo que el agresor había dicho en el primer vídeo. Emma estaba segura de que vendría a por la siguiente pronto.

Capítulo 9

—Ya hemos conseguido averiguar algunas cosas —dijo Achim Gräfe, el impetuoso forense que no solía recibir visitas en sus austeras dependencias. Por lo general, los colegas esperaban a que les enviaran los informes. Pero Emma prefería escucharlo de primera mano—. No todo todavía, fíjense, pero estoy seguro de que no esperaban eso. Con este tiempo, parece que todo funciona un poco más despacio, ¿verdad? Sí, por supuesto que sí.

Que se respondiera a sus propias preguntas no era nada nuevo para Emma. El sarcasmo de su voz, sin embargo, sí lo era. Aquí dentro había aire acondicionado y, si el trabajo de alguien no se veía entorpecido por el clima, era sin duda el suyo. —¿Y qué tenemos hasta ahora? —preguntó Emma.

—Bastantes más muestras de orina de las que me gustaría. Si yo fuera ustedes, dejaría de usar las duchas de las piscinas públicas.

—¿Nos sirve eso de algo? —preguntó Alex.

—Sí… no lo sé. Una muestra, en cualquier caso, no es humana. Así que no se trata de un mutante ni nada por el estilo. Supuestamente un animal. Si no es humano, es lógico, ¿no? Sí, claro que lo es. Miren aquí. —Apartó la vista del microscopio y pasó rápidamente junto a ambos hacia un escritorio con tres pantallas. Movió el ratón frenéticamente y las pantallas se encendieron. Al hacerlo, sus gruesas gafas de pasta se le resbalaron por la nariz. Se las volvió a colocar con el dedo meñique y señaló los resultados de las muestras en la pantalla, que se mostraban con un gran aumento—. ¿Ven? —Señaló la muestra de la derecha, que era solo una de las diez que aparecían.

—Ya veo —dijo Emma, aunque no era capaz de distinguir ninguna diferencia.

—Es obvio, ¿verdad? —dijo Alex, lanzando a Emma una mirada lateral cargada de sarcasmo.

—No tienen ni la más remota idea —dijo Achim Gräfe y se echó a reír—. Pero no pasa nada. Yo tampoco, porque, como he dicho, no sé de qué tipo de orina no humana se trata. Pero se está analizando en el laboratorio ahora mismo. Tendremos los resultados en cualquier momento. Al menos hemos encontrado sangre en la muestra, y ha resultado que no coincide con la sangre del tampón. ¿Están al tanto de eso? Sí, por supuesto. Después de todo, estaban allí. Así que… —Se giró hacia ellos, haciendo que su bata de laboratorio se abriera como una falda, y apoyó el trasero en el escritorio. Los monitores se tambalearon, pero eso no pareció preocuparle especialmente—. Creo —comenzó, subiéndose las gafas por la nariz antes de continuar— que la muestra de orina en cuestión proviene del bañador. ¿Por qué? Porque se encontró en el lugar donde cayó en el vídeo.

—Así que podemos descartar la obtención de rastros de ADN del perpetrador a partir de eso —concluyó Emma.

—Sí, en lo que a eso respecta —se golpeó los muslos con las palmas de las manos, exhaló ruidosamente y liberó al escritorio de su peso, ante lo cual los monitores volvieron a tambalearse—, yo no me haría demasiadas ilusiones si fuera ustedes.

Faltaría más, pensó Emma. *¿Qué si no?* Y con eso, quedó claro que no habían encontrado nada que pudiera ayudarles a avanzar.

Se fijó en que Alex estaba a punto de hacer la siguiente pregunta cuando el asistente de Achim Gräfe, Chris Wolf, un hombre dos cabezas más bajo que su jefe, deslizó una fina puerta metálica y salió de un pequeño laboratorio sellado para unirse a ellos. —Hola —dijo secamente, entregándole a Gräfe una hoja de papel antes de desaparecer de nuevo y cerrar la puerta con un estrépito.

—Interesante —dijo Gräfe, pasando la nota a los dos investigadores.

Capítulo 10

De vuelta en la comisaría, Emma y Alex revisaron los informes forenses preliminares y decidieron trasladar la reunión al exterior. Su despacho había estado expuesto al sol todo el día y era imposible aguantar más de cinco minutos allí dentro. Frente a la comisaría se encontraba la Universidad de Ciencias Aplicadas de Moda y Diseño, rodeada de una gran zona de césped donde estaban seguros de que encontrarían un lugar a la sombra bajo uno de los grandes robles.

Poco después, estaban sentados en un banco con vistas al modernizado edificio universitario. Con sus majestuosas columnas, se parecía más a un antiguo palacio de justicia. De vez en cuando, algún joven cruzaba su campo de visión. No había mucho movimiento; con este tiempo, la mayoría de los estudiantes probablemente habrían preferido irse a la piscina o al lago en lugar de sudar en un aula.

—Muy bien, ¿qué tenemos? —comenzó Alex, antes de enumerar los puntos—: Orina de gato en el lugar donde aterrizó el bañador. Luego, los rastros que apuntan a un solo perpetrador, a pesar de que sospechamos que son dos. Huellas dactilares en el bote de espray que pertenecen al empleado de la piscina que tiró el objeto. Un cabrestante de una marca que puede comprarse en cualquier ferretería o por internet, y ninguna pista técnica de los vídeos que nos lleve más allá. —Alex respiró hondo—. Con cada pista nueva, las posibilidades se expanden en lugar de reducirse.

—Esperemos a ver qué descubren los compañeros sobre el cabrestante. Quizá el culpable fue descuidado y lo pidió por internet o pagó con tarjeta en la ferretería.

—Seguro que todos los demás que han comprado uno hicieron exactamente eso. ¿Quién paga en efectivo hoy en día? Y solo porque pareciera nuevo en el vídeo no significa que lo haya comprado hace poco. Quizá el trasto llevaba años en su garaje. O lo compró en eBay, en un rastro, o se lo regaló un amigo que ya no lo necesitaba.

—De acuerdo, todas esas son opciones posibles. No obstante, tenemos que seguir la pista.

—No lo niego. Solo me fastidia que no tengamos absolutamente nada y que la pobre mujer probablemente siga colgando de una viga en alguna parte. Y no podemos descartar la posibilidad de que no vaya a ser su única víctima.

—No podemos determinar con exactitud qué era ese objeto del vídeo. También podría haber sido algo para reforzar la viga.

—Vigas como esa sostienen casas enteras. No hace falta reforzar nada ahí.

La idea de que pudieran seguir más vídeos, mostrando a mujeres jóvenes siendo estranguladas, hizo que se le revolviera el estómago. —Solo espero que estemos equivocados.

—Yo también lo espero.

—¿Tienes ya alguna idea sobre el móvil? Quiero decir, ¿qué hizo Anna que justifique lo que él le ha hecho?

—Analicemos todas las declaraciones que tenemos hasta ahora y la amenaza del vídeo de hacer público lo que ella ha hecho. Creo que puede haber menospreciado o manipulado a alguien tanto que el crimen ha sido una especie de acto de venganza. No me han hecho falta ni quince minutos para enterarme por boca de Beatrice van Drissen de que Anna la había hecho sentirse tan insegura y pequeña que estuvo a punto de abandonar la carrera. Quién sabe a cuántos otros les hizo lo mismo.

—Yo misma he estado pensando algo parecido —dijo Emma—. ¿Y si el incidente de la ducha es en realidad una cucharada de su propia medicina?

—¿Quieres decir que Anna obligó a alguien a ponerse un bañador empapado en orina y lo grabó?

—Para mí, esa es la única explicación lógica para ese vídeo.

—Y si asumimos que habrá más víctimas, puede que estuvieran involucradas en las acciones de Anna. Quizá se trata de una víctima

que sufrió acoso sistemático y fue grabada por Anna y posiblemente por otras personas.

—¿Así que buscamos a una víctima de acoso femenina y, por tanto, también a una perpetradora?

—O eso, o alguien se está vengando en su nombre —dijo Alex.

—Entonces también podría ser un perpetrador masculino —concluyó Emma.

—Ves, a eso me refiero. Con cada pensamiento, con la más mínima idea, se abren más posibilidades. —Alex exhaló con frustración. Emma no lo conocía así en absoluto. Normalmente él desempeñaba el papel de la calma, pero de alguna manera los papeles parecían haberse invertido hace un momento.

—Deberíamos interrogar a los padres de Anna de nuevo —sugirió Emma.

—Y a Melina y a Jan. Creo que esos dos saben más sobre ese tal Max de lo que admiten. Además, si la teoría del acoso es correcta, Anna no grabó los vídeos sola. Y si de verdad no hace nada sin Melina, lo lógico es pensar que ella sabe de los vídeos de acoso o que incluso estaba allí cuando se grabaron. Otra posibilidad sería que Anna poseyera vídeos de ese tal Max que lo comprometieran de alguna manera, y él quisiera evitar que los publicara asesinándola.

—¿Qué tipo de vídeos?

—Ni idea. Si es como Jan Hausmann y quizá registró su teléfono, podría haber encontrado vídeos incriminatorios y estar dirigiendo la investigación en la dirección equivocada grabando nuevas versiones de ellos para protegerse. Y la mató para ir sobre seguro. Si está muerta, ya no puede publicar nada.

—Pero entonces Melina también podría saber de esos vídeos que Max quiere mantener en secreto —dijo Emma—. Tiene que esperar que él vaya a por ella también.

—¿Pero por qué no ha dicho nada al respecto?

—Porque piensa que no decírselo a nadie es la forma de demostrarle al culpable que no revelará nada.

—Alguien como el perpetrador del vídeo no se conformará con eso —dijo Alex—. Además, no debemos olvidar la discusión y los años de tratamiento a los que, al parecer, Melina tuvo que someterse.

—Entonces deberíamos darle prioridad a ella.

—¿Como posible próxima víctima o como culpable?

—Ambas cosas. —Emma no estaba segura de si Melina era capaz de semejante acto. Pero algo en su historia y lo que habían averiguado sobre ella la hacía sospechar. ¿O podemos incluso llegar a sospechar que Melina podría haber inducido al perpetrador a cometer este acto?

—No creo que posea tal capacidad de persuasión. Claro, al parecer es bastante manipuladora, ¿pero de verdad puede conseguir que alguien llegue tan lejos por ella?

—¿Y si hace que parezca que al culpable se le ocurrió por su cuenta?

—Para ser sincero, no me sorprendería, visto cómo se comportan los jóvenes hoy en día —dijo Alex.

—¿Desde cuándo has empezado a pensar con semejantes tópicos? —preguntó Emma, esperando a medias que no lo hubiera dicho demasiado en serio y que no estuviera metiendo a todo el mundo en el mismo saco.

—Desde la época de MTV —dijo él en broma y le guiñó un ojo, lo que la alivió ligeramente—. ¿Vas a interrogar a Melina otra vez? —preguntó—. Entonces yo me encargaré del hípster modelo.

—¿De quién?

—De Jan Hausmann.

—¿Y qué hay de los padres de Anna Nowak?

—Démosles un poco más de tiempo. Casi con toda seguridad seguirán atendidos por los compañeros tras la noticia de que creemos que los vídeos son reales.

—Tendré que darle la noticia a su mejor amiga también.

—Y yo se la daré a su ex, que sigue enamorado de ella.

Capítulo 11

Emma esperaba en la entrada del Café *Lobo*, un edificio municipal tradicional en el número 11 de la Arndtstraße donde trabajaba Melina. Justo enfrente había una zapatería con unas Dr. Martens rebajadas en el escaparate. Tomó nota mental de la tienda, pensando que quizá podría pasarse el fin de semana... siempre y cuando este caso le permitiera tener un fin de semana libre. No terminaba de creerse que fuera a ser así.

—Venga, vayamos por la salida trasera —oyó decir a Melina detrás de ella. Melina no se había dado cuenta del pequeño respingo que había dado Emma; al menos, no mostró ninguna reacción, volviendo a entrar en la cafetería y pasando por delante del mostrador, con su gran vitrina de pasteles, hacia una puerta. Un hombre joven con barba espesa, que llevaba un delantal idéntico, estaba tras la caja y observó a Emma con solemnidad. Ella siguió a Melina, preguntándose si el hombre estaría molesto porque su colega le dejaba solo en el local abarrotado. Quizá fuera su jefe y ahora temiera que su empleada se hubiera metido en algún tipo de lío.

Cuando Emma cruzó la puerta, se encontró con Melina en el patio trasero, que estaba totalmente abierto a la calle. Habían levantado un andamio contra la fachada exterior que llegaba hasta el tejado de la quinta planta. Unos pintores hacían su trabajo en los niveles superiores. Con este calor sofocante, solo cabía esperar que no se desplomaran allí arriba. En el centro habían amontonado unos contenedores que rebosaban basura. El hedor a pintura y restos de comida le pinchó las fosas nasales a Emma.

—Por favor, que sea breve —dijo Melina—. Dependo de este trabajo y a mi jefe no le hace mucha gracia que me tome un descanso imprevisto.

—¿Su jefe es el joven de la barba? —preguntó Emma.

—Sí, aunque lo de «joven» no es del todo exacto. Ya ha pasado de los treinta y cinco.

Muchas gracias, pensó Emma. Al parecer, para los que rondaban los veinte, ella ya era oficialmente una anciana. —Siento tener que decirle esto —continuó de inmediato, ya que nunca hay una forma adecuada de dar este tipo de noticias—, pero los vídeos de su amiga han resultado ser reales.

—¿Qué? —Melina se apoyó contra el travesaño del andamio que tenía detrás. Estaba visiblemente conmocionada por la noticia—. ¿Está segura?

—Sí —dijo Emma con empatía. A menudo tenía que comunicar un fallecimiento; era parte del trabajo en la policía judicial. Pero con gente tan joven, y tratándose además de víctimas de asesinato, resultaba especialmente difícil. Aunque también había comprobado que, para los familiares, en el momento en que se enteran de la muerte de un ser querido, la causa es inicialmente secundaria—. Me temo que ya no cabe ninguna duda —añadió ahora.

—¿Ha muerto? —preguntó Melina casi de forma inaudible y con un deje de llanto.

—Por eso es tan importante que nos cuente todo lo que sepa.

—Oh, Dios, no me lo puedo creer —Melina empezó a llorar—. Ha muerto.

—Debe de ser un golpe muy duro para usted.

—¿Está de broma? —Melina estalló—. Era como una hermana para mí. Pues claro que es un golpe. —Ahora lloraba con más fuerza, apenas capaz de mantener la compostura.

—Lo siento —dijo Emma, esperando un momento hasta que Melina se calmó un poco. Luego añadió: —Creemos que ese tal Max podría acercarnos a la resolución del caso.

—No tiene ni idea —gimió Melina.

—¿Qué quiere decir con eso?

Melina se dejó caer al suelo; Emma se arrodilló a su lado y le puso una mano tranquilizadora en el hombro. Melina estaba literalmente temblando y se derrumbó llorando. Si estaba fingiendo, lo hacía

condenadamente bien. Emma empezaba a tener dudas sobre la personalidad de Melina tal como la habían descrito otros.

Emma le tendió un pañuelo, que Melina aceptó pero no usó. Era como si no estuviera segura de qué hacer con el objeto que tenía en la mano. Lo ideal sería que Emma llamara al servicio de atención a las víctimas, y lo haría en cuanto averiguara algo más sobre ese Max. Aunque ahora dudaba de sus propias teorías, intuía que Melina le estaba ocultando algo.

—¿Qué sabe de Max? —preguntó Emma con suavidad.

—Yo soy Max —sollozó ella, dándose cuenta por fin de qué hacer con el pañuelo.

—¿Estaba usted con Anna?

—No —dijo ella, como si la idea fuera totalmente absurda—. Anna quería... quería deshacerse de Jan. Era una lapa total y simplemente no se daba por aludido. Anna quería que la dejara. Siempre era igual. Llevaba a los hombres al límite para que rompieran con ella. Y ahora está muerta. —Volvió a sollozar, esta vez contra el pañuelo.

—¿Ha hecho cosas como esta de «Max» anteriormente? —preguntó Emma.

—Unas cuantas veces.

—¿Fue idea de Anna o suya?

—Fue de ella —se secó los ojos—. Pensamos que si Anna dejaba su teléfono por ahí cerca de Jan de vez en cuando, él aprovecharía la oportunidad para echar un vistazo. Funcionó con los otros. Pero con Jan, Anna tuvo que esforzarse un poco más. Él simplemente no pillaba la indirecta. Ella cancelaba citas, inventaba excusas que eran mentiras evidentes y cosas así. La semana pasada ya estaba harta. Se portó como una verdadera bruja, pero él no rompía con ella. Entonces planeó dejar el teléfono desbloqueado cerca de él otra vez mientras se iba a duchar, y yo debía enviarle varios mensajes en nombre de Max. Lo hice y, ni media hora después, Jan me contestó diciéndome lo que pensaba de Anna y de lo que había hecho.

—¿Contestó usted a eso?

—No. Habíamos conseguido lo que queríamos.

—¿Habíamos?

—Ella. Anna. Yo no —Melina miró a Emma con los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Tiene un segundo teléfono para eso?

—¿De verdad cree que podría permitírmelo? Se pueden enviar mensajes por internet con un nombre falso. —Lloró de nuevo—. ¿Qué se supone que voy a hacer sin ella? ¿Qué soy yo sin ella?

Libre, pensó Emma, recordando el comentario de que supuestamente solo era la sombra de Anna. Eso sería un móvil fuerte, y no precisamente poco frecuente. A Emma simplemente no le era posible calar a esta joven ni saber cómo interpretarla.

—¿Alguno de los exnovios de Anna le causó mala impresión? —preguntó ahora, en parte para dejar a un lado su propia confusión.

—Ninguno era adecuado para ella —sollozó Melina—. Solo servían para rellenar huecos, nada más.

—¿Pudo alguno de ellos sentirse tan herido como para hacerle algo a Anna?

—¿Quién haría algo tan terrible?

Todas sus fuerzas parecían haberla abandonado, y se limitó a quedarse allí sentada llorando. Ya no parecía registrar las palabras de consuelo de Emma ni sus siguientes preguntas, así que Emma contactó con el servicio de apoyo psicológico y esperó con Melina, que no pudo dejar de llorar en todo ese tiempo.

Capítulo 12

El equipamiento de la FMK era impresionante, a pesar de que Alex no tenía ni la más remota idea de cámaras, iluminación ni de nada de lo que estaba pulcramente ordenado en los estantes abarrotados. Incluso tenían una pequeña grúa de reserva, esperando al fondo del almacén para ser utilizada. Todo el material parecía bien cuidado; algunos elementos estaban como nuevos.

Le habían dicho que Jan Hausmann estaba allí. Alex no esperaba encontrarlo sentado en un banco de trabajo detrás de las estanterías del lado de la ventana. Estaba trasteando con una vieja cámara de cine analógica. En los estantes, Alex solo había logrado ver cámaras digitales. Por otra parte, estaba en una facultad de artes, así que no debería sorprenderle que algunos allí fueran un poco excéntricos.

—¿Sabe cómo funcionan esas cosas? —preguntó Alex.

Jan no levantó la vista de su trabajo al responder:

—La tecnología de cámaras es lo mío.

—¿Ha rodado alguna película con ella?

—Me habría gustado.

Al echar un vistazo a la marca de la cámara —era una Arriflex con su logotipo característico, las letras dentro de un hexágono—, Alex recordó haberlo visto al final de los créditos del sangriento cortometraje de Melina y Anna.

—¿Se usó una como esa para *Slasher Queens*? —preguntó Alex.

—Debes de ser de los pocos que ven los créditos hasta el final. Sí, se rodó con esta cámara. Por un profesional, por supuesto. —Esta última frase sonó como si la hubiera escupido. Así que no solo seguía enamorado de Anna, sino que ella también había herido su orgullo artístico. Una mezcla explosiva.

—Así son las cosas, ¿no? —continuó Jan—. Todo el mundo quiere a un profesional, y nadie parece entender que eso impide que los

principiantes lleguen a ser profesionales algún día.

Jan usó una pistola de aire comprimido para soplar por las pequeñas rendijas de la cámara. —Esos dos vídeos por los que probablemente has vuelto... yo podría haber hecho un trabajo mejor. —Sopló un par de veces más con la pistola en la cámara y luego la apartó—. Y hasta lo habría hecho gratis.

—Al menos puedo decirle que no hubo profesionales trabajando en esos clips.

Jan hizo una pausa un momento y luego miró a Alex por primera vez desde su llegada.

—Las imágenes son indudablemente reales, y nada de lo que sale es una actuación —dijo Alex.

Jan se desplomó en su silla y exhaló pesadamente. —No me lo creo.

—Lo que crea no cambia los hechos. Lo siento.

—¿Entonces está muerta?

—Eso es lo que suponemos.

—¿Y si se equivocan? —Un rastro de esperanza sonó en su voz, pero era tenue.

—Si hubiera la más mínima duda sobre la autenticidad de los vídeos, yo no estaría aquí.

Con esta última afirmación de Alex, la realidad pareció calar en Jan Hausmann. Pero quizá él también tuviera algo de actor. Desde luego, tenía motivos suficientes para humillar y matar a Anna. Después de todo, un artista bien podría considerar una gran humillación que se le niegue un trabajo para el que se cree destinado.

—No quería que las cosas terminaran así —dijo Jan ahora, con expresión perdida, mirando fijamente la cámara desmontada. ¿Era aquel el inicio de una confesión?— Si lo hubiera sabido... —Se interrumpió y miró a Alex. Tenía los ojos húmedos—. De verdad que no quería esto —dijo en tono gimoteante.

—¿Qué es lo que no quería? —preguntó Alex.

—Que le pasara algo así a ella. Si hubiera sabido lo que ese tipo tenía planeado para ella, la habría advertido. Sinceramente.

Alex estaba completamente perdido. —¿Qué tipo?

—Ni idea —siguió Jan con evasivas—. Ni siquiera sé si era un hombre.

—¿Lo vio cerca de la fiesta? —Alex detestaba tener que sacar las respuestas con sacacorchos, especialmente cuando el tiempo apremiaba.

—No, no exactamente. —Jan evitó la mirada de Alex, desviándola de la cámara hacia un póster de un gato colgado de un tendedero. Una imagen muy conocida, acompañada de un eslogan publicitario del libro sobre guionismo *Save the Cat*.

Apropiado, pensó Alex.

—La seguí —dijo Jan, recuperando la atención de Alex.

—¿Va a decirme a dónde? —Las pausas tras todas esas insinuaciones eran un poco más largas de lo que le gustaba, y empezaba a ser realmente irritante.

—A donde se grabó el primer vídeo.

Alex comprendía perfectamente por qué Jan había demorado esa declaración. Al fin y al cabo, lo catapultaba a lo más alto de la lista de sospechosos. —Pero no sé nada del segundo —dijo rápidamente, buscando en los ojos de Alex algún tipo de confirmación que este, por supuesto, no le dio—. De verdad, no sé nada.

—¿Por qué la siguió hasta el balneario? —preguntó Alex con naturalidad.

Jan se encogió ligeramente. Unas gotas de sudor perlaron su frente. —Porque supuse que se veía con alguien.

—¿Ese tal Max que mencionó?

—Exacto. Max.

—¿Entró Anna sola en el balneario?

—Sí. Yo estaba subido a un contenedor a la derecha de la entrada, mirándola. ¿No es patético? —De nuevo buscó la confirmación de Alex, pero no recibió nada parecido—. Así es como entró ella también en el balneario. Por encima de los contenedores, quiero decir. —Al parecer, Jan tenía predilección por las pausas dramáticas, sin sentido del límite. Sin duda, un narrador con talento.

—¿Qué vio entonces? —preguntó Alex, al quedar claro que Jan no iba a continuar por iniciativa propia.

—Una figura oscura esperándola frente a las duchas.

—¿Pudo distinguir quién era?

—No.

—¿Así que solo cree que era Max?

—Oh, ya no sé qué creer. Aquella noche, realmente pensé que se estaba reuniendo con él en secreto.

—¿Cómo se saludaron Anna y la figura oscura?

—¿A qué se refiere?

—¿Se dieron simplemente la mano, se abrazaron, quizá incluso se besaron?

—Nada de eso. Anna todavía estaba al menos a cinco metros de la figura cuando esta entró en la zona de duchas delante de ella. Anna miró hacia atrás una vez, como asegurándose de que nadie la observara, y si no me hubiera agachado a tiempo, me habría visto. Cuando volví a mirar sobre el muro, ya no estaba, y las salas de duchas seguían a oscuras.

—¿Es eso todo lo que vio?

—Había visto suficiente y tampoco quería oír nada. ¿Me entiendes?

Alex asintió. —¿Qué hizo entonces?

—Darme patadas a mí mismo por haberla seguido. Luego volví a mi coche... —Jan se interrumpió—. No había bebido tanto. De verdad. Todavía estaba en condiciones de conducir.

Alex no insistió en ello, aunque no le creía. —¿Notó algo más en la zona? ¿Un coche en doble fila, una furgoneta o algo parecido?

—Sí, había una furgoneta blanca. Una Mercedes, creo. No lo sé con exactitud. Estaba muy oscuro.

—¿Tenía la furgoneta algo distintivo: un logotipo, quizá, arañazos perceptibles, algún color particular?

—No, no me parece. —Entonces pareció ocurrírsele algo importante—. Espera. La matrícula. —Jan hizo otra de esas pausas.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Alex con paciencia.

—Empezaba por DN o algo así.

Alex no sabía qué se suponía que significaba aquello.

—Las matrículas con el código regional DN son de Hertz —explicó Jan—. Ya sabes, la empresa de alquiler. Nosotros mismos hemos alquilado furgonetas grandes allí a menudo para transportar nuestro equipo. Los grandes equipos de rodaje también lo hacen.

Eso realmente podría ayudarles, siempre que la furgoneta tuviera algo que ver con el secuestro de Anna y hubiera sido alquilada en Bielefeld. Se suponía que, desde el balneario, el perpetrador se habría llevado a Anna a la furgoneta y la habría conducido hasta el lugar donde la mató. Si el culpable hubiera cometido el error de tomar las rutas más directas, y si ya hubiera devuelto la furgoneta, podrían usar el kilometraje para determinar un posible radio alrededor del balneario. Eso seguiría dejando muchas posibilidades, pero estrecharía significativamente la búsqueda del escenario del último vídeo.

—Gracias —dijo Alex, guardando su bloc de notas.

—¿Hemos terminado entonces? —Jan lo miró con nerviosismo. Su pierna derecha rebotaba arriba y abajo rápidamente, como si estuviera increíblemente inquieto.

—¿Toca usted la flauta? —preguntó Alex.

—¿Qué? —Lo miró desconcertado.

—A los compañeros de la comisaría les encantaría que soplara usted un poquito para ellos.

Jan no iba a librarse de una prueba de alcoholemia. Aunque ciertamente habían pasado más de doce horas desde que bebió, Alex todavía quería saber cómo de borracho había estado Jan la noche anterior. Al fin y al cabo, el perpetrador del vídeo tampoco parecía estar en su sano juicio. Y quién sabía si la cámara solo se había caído porque el culpable había bebido un poco de más.

Capítulo 13

La sede central de la empresa de alquiler de coches Hertz estaba en el otro extremo de Bielefeld, así que Emma se había ofrecido a recoger a Alex en el FMK con el coche. Por el camino, habían comparado sus nuevos hallazgos. Mientras se bajaban del coche en el aparcamiento frente al servicio de información, ella se preguntaba si Anna y Melina habían hecho algo más que simplemente dejar a sus exnovios. De algún modo, Melina tenía que estar relacionada con el vídeo del club náutico. ¿Podría ser realmente que las dos le hubieran hecho tanto daño a alguien que la víctima se estuviera vengando ahora de ellas? ¿Y de esa manera? ¿Habían grabado quizá vídeos de los exnovios de Anna mostrando algo vergonzoso, tal vez incluso ilegal? ¿Habrían sido capaces ellas dos de algo así?

—¿En qué piensas? —Alex interrumpió sus pensamientos mientras caminaban hacia la entrada.

—No creo que fuera uno de sus exnovios. —Los dos se detuvieron frente a la entrada, para disgusto del personal, que detestaba ver cómo el aire acondicionado se escapaba por las puertas correderas automáticas.

—¿Solo porque Jan ya no tuviera rastros en la sangre? —preguntó Alex—. También podría haberlo hecho sobrio.

Emma le hizo una señal a Alex para que retrocediera unos pasos y así la puerta no siguiera abriéndose y cerrándose. —Tu idea de que el vídeo de las duchas de mujeres es un *remake* no encaja. Parece más bien una venganza planeada desde hace mucho tiempo, no una reacción espontánea de uno de sus ex. Sigo pensando que es más probable que Melina y Anna humillaran a alguien de la misma forma que en el vídeo del club náutico, y quizá no solo una vez. Y si alguien descubrió entonces que Max es en realidad Melina… De verdad creo que ella podría ser la siguiente.

—O ella es quien grabó los vídeos.

—¿Sigues pensando que es un montaje?

—No. Pienso que Melina estaba cansada de estar a la sombra de Anna. Jan Hausmann no sabía con quién se había citado Anna en el club náutico. Al principio pensó que era Max.

—Que ni siquiera existe.

—Exacto. Cuando los vídeos aparecieron en internet a la mañana siguiente, lo primero que pensó Jan Hausmann fue que había sido Melina quien había producido esas películas con Anna. Por eso no nos dijo nada al respecto. Quería ganar puntos con Anna manteniendo la boca cerrada.

—Para que, si todo resultaba ser una farsa, él quedara bien ante ella como cómplice.

—Tal vez. Por otro lado, por supuesto podría ser como tú dices. Que Melina sea la siguiente.

—Entonces deberíamos ponerla bajo protección policial.

—Averigüemos primero si ha alquilado una furgoneta.

—¿Y qué hacemos después?

—Después del papeleo, daremos el día por terminado.

Entonces Emma se acordó. —El concierto de esta noche.

—Justo lo que hace falta para desconectar.

—Lo intentaré.

Emma siguió entonces a Alex a través de las puertas correderas y una vez más recibió miradas de desaprobación.

—Creo que has progresado mucho en los últimos meses en lo que respecta a desconectar —dijo él de camino al mostrador de recepción.

—¿Debería tranquilizarme que sepas lo bien que desconecto en mi vida privada?

—Me has hablado suficientes veces de las reuniones con tus mejores amigas.

—Que también estarán allí esta noche, por cierto. Nina está soltera desde principios de año.

—Por favor, no intentes hacerme de celestina —dijo él divertido—. Acabáis de empezar a caerme bien.

—¿Solo «acabáis»? —preguntó ella con fingida indignación.

Alex sonrió y luego se dirigió a la joven que estaba tras el mostrador, que solo levantó la vista de su pantalla cuando Alex se presentó educadamente en nombre de la policía judicial de Bielefeld.

—Perdonen —dijo A. Wessel, como Emma pudo leer en la placa de bronce que llevaba en el pecho. El nombre estaba grabado, con las letras ligeramente desgastadas en algunos puntos. Probablemente llevaba tiempo trabajando allí—. Hoy es un caos absoluto. Y no solo por el calor. —Esbozó algo parecido a una risa agotada—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —Miró alternativamente a Emma y a Alex.

—Buscamos una furgoneta blanca —dijo Emma—. Una Mercedes que o bien haya sido devuelta esta mañana o siga todavía alquilada.

—¿Una furgoneta Mercedes blanca? —preguntó A. Wessel.

Alex asintió para confirmar.

—Un momento, por favor. —Tecleó a velocidad de vértigo y luego se desplazó con el ratón, para después detenerse—. Oh —fue lo único que dijo.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Alex, apoyándose en el mostrador e intentando echar un vistazo a la pantalla.

—Miren —dijo ella, girando la pantalla para que ambos pudieran verla. Aparecía una lista larga. Solo cuando A. Wessel señaló una de las filas inferiores, Emma se dio cuenta de lo que quería decir—. Uno de esos vehículos ha sido denunciado como robado esta mañana por la persona que lo alquiló.

Capítulo 14

Emma reflexionó sobre la nueva información que habían recibido de sus compañeros de investigación respecto a la furgoneta robada justo antes de terminar su turno. Ya habían interrogado al joven que la había alquilado y que, de hecho, tenía intención de utilizarla hoy para su mudanza. La furgoneta todavía estaba frente a su puerta ayer por la noche, y cuando quiso empezar a cargar a las seis de esta mañana, ya no estaba. Naturalmente, se había iniciado una búsqueda policial hace tiempo, pero Emma no creía que el autor la hubiera aparcado simplemente a un lado de la carretera hasta que partiera para su próximo crimen.

Como era de esperar, la noticia había conmocionado a los padres de Anna. Ha sido imposible realizar una entrevista por parte de los compañeros Klose y Möller. El padre de Anna lo había dejado bastante claro. No obstante, Emma intentaría hablar con ellos de nuevo mañana. Quizá entonces surja algo que pueda ayudarles.

El aplauso moderado la sacó de sus pensamientos y simultáneamente le provocó un sentimiento de culpa. Estaba en el concierto de Alex con sus amigas y en lo único en lo que pensaba era en el trabajo. Se unió a los aplausos, que bien podría haberse ahorrado, dado que solo alcanzó a dar dos palmadas. A partir de ahora se concentraría en la música y en Nina y Lisa, que se habían tomado una noche libre imprevista este miércoles.

—Gracias —dijo Alex, que estaba sentado junto a su amigo Torben en un taburete de bar sobre el pequeño escenario, en el que apenas cabían más de tres músicos. Quizá ni siquiera debería llamarse escenario. Era más bien una plataforma de la altura de un escalón. El pub en sí era pequeño y acogedor, y Emma se preguntó por qué nunca había estado en ese barcito, que estaba empapelado con viejos carteles y placas de metal. Gracias a Alex y sus conciertos, ha descubierto unos cuantos locales nuevos en los últimos meses. Este

se añadía a la lista de los que quería visitar más a menudo en el futuro.

—La siguiente canción es nueva y también la última de esta noche —dijo Alex.

—*Bittersweet Life* —anunció Torben, que parecía tan fibroso comparado con Alex que, sin una guitarra, no habría sido más que una extensión del taburete. Alex tocó los primeros acordes. Entonces su amigo se unió y empezó a cantar. Se turnaban en la voz y, aunque Emma siempre había preferido la voz de Alex hasta ahora, revisó su opinión durante la primera estrofa de esta canción y situó a ambos cantantes al mismo nivel.

—Tenías razón —dijo Nina, inclinándose hacia Emma de forma conspiradora—, tu nuevo compañero es bastante mono.

—Yo nunca he dicho eso.

—Quizá no con esas palabras.

—En absoluto. —Emma realmente no sabía de qué estaba hablando su amiga.

—¿Entonces no te importará si pruebo suerte?

—En lo más mínimo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Lisa—. ¿Chocándome con él con una bebida llena en la mano?

—¿Por qué no? Así tendría que quitarse la camisa.

A Emma le divertía el plan de sus amigas, aunque sabía perfectamente que ya eran demasiado mayores para ese tipo de cosas. En el pasado, sin embargo, sí que habían llevado a cabo tretas similares.

La canción terminó y el concierto acabó. Esta vez Emma fue de las primeras en empezar a aplaudir, y Nina no pudo resistirse a llamar la atención con fuertes silbidos y gritos pidiendo otra. Lisa se unió, aunque no con tanto estrépito como Nina. Así solía funcionar la cosa. Y Emma simplemente se quedó allí de pie, disfrutando del espectáculo.

Cuando las luces del escenario se apagaron y la iluminación normal bañó el bar en una penumbra agradablemente suave, Emma miró hacia las vigas de madera sobre el escenario donde estaban sujetas las luces del concierto y, por una fracción de segundo, vio a Anna balanceándose entre ellas.

—¿No te ha gustado? —preguntó Nina, devolviendo a Emma a la realidad.

—Sí —dijo ella, esbozando una sonrisa forzada—. Me ha parecido genial. —Lo cual era cierto, pero en ese momento estaba a kilómetros de distancia. Nina pareció notarlo y le lanzó a Emma una mirada de reproche, lo que solo hizo que Emma se sintiera peor. Volvió a mirar de reojo hacia las vigas y luego miró a Alex, que se acercaba a su mesa alta.

—Hola —dijo Nina.

—Buenas —dijo Alex, dirigiéndose directamente a Emma.

—Habéis estado genial —dijo Emma.

—A mí me has parecido el mejor —dijo Nina.

—Pido disculpas por ella —dijo Lisa—. En realidad habíamos planeado la rutina de la bebida. Ahora va ella y lo estropea todo.

—¿Qué rutina? —La confusión de Alex ciertamente no era fingida.

—Te lo contaré en otro momento —dijo Emma.

—¡Oye! —gritó Torben desde el escenario—, que no soy tu pipa.

—Disculpadme, tengo que recoger rápido. Nos vemos en un momento —dijo Alex, dándose la vuelta para ayudar a su amigo.

—No creo que le interese —dijo Nina. No sonaba para nada decepcionada y giró la cabeza hacia Emma con una expresión como si estuviera mirando a su rival a los ojos.

—Solo somos compañeros.

—Sí, por supuesto.

Emma aceptó que no saldría de esta fácilmente. Al fin y al cabo, no era la primera vez.

***

Alex estaba entre bastidores, o mejor dicho, en el almacén que hacía las veces de trastienda, donde apenas había espacio suficiente para sacar los instrumentos y accesorios por la entrada trasera hacia el coche de Torben. En realidad, ni siquiera era un patio propiamente dicho, sino un callejón estrecho donde estaba estrictamente prohibido parar. Alex había renunciado a sermonear a Torben sobre tales infracciones de tráfico; solo servía para volverlo más desafiante. Con el estuche de la guitarra en una mano y los accesorios del micrófono en la otra, Alex se apretujó por el estrecho pasillo, con cuidado de no arrancar ninguno de los viejos carteles de conciertos de las paredes.

No esperaba a nadie junto al coche, ya que Torben todavía estaba volviendo a colocar las mesas y sillas en el escenario para crear más asientos para los clientes. Aunque reservaría una mesa para él, Emma y Alex. Alex se preguntaba ahora si Torben habría previsto un cuarto asiento. Porque de pie junto al maletero abierto del Mercedes estaba Linda. La exnovia de Alex.

Se detuvo, sorprendido, y le resultó casi incómodo que el corazón le diera un vuelco. Durante los últimos meses, apenas había tenido que pensar en ella. Solo esta mañana, la historia de Jan le había recordado por qué había roto con ella. Era casi una broma perversa del universo que de repente estuviera ante él. Como si sus recuerdos la hubieran impulsado a aparecer hoy aquí.

—Hola —dijo ella con una sonrisa que parecía algo cargada de culpa.

—Hola —dijo Alex, esperando sonar lo suficientemente poco acogedor. Pero ella no se movió. En lugar de mirarla, se concentró en el maletero abierto, guardó los instrumentos y cerró el portón con más fuerza de la que pretendía. Luego se volvió hacia Linda. —¿Qué haces aquí? —preguntó.

Su sonrisa incierta se desvaneció y, en lugar de mirarlo a los ojos, miró a cualquier parte menos a él. —Lo siento. No sé qué me ha

pasado. Quería verte. Nada más. —Una vez dicho esto, volvió a mirarlo e intentó otra sonrisa.

Alex no sabía por qué, pero de repente sintió compasión, y no solo eso. Había algo más. Mucho más de lo que quería admitir. Tanto que había esperado que al mudarse de casa no se cruzaría más con ella, lo cual seguramente habría funcionado si ella no hubiera decidido por capricho aparecer en uno de sus conciertos.

—Has estado muy bien ahí dentro —dijo ella, asintiendo hacia la puerta trasera.

¿No se había limitado a esperarlo aquí fuera, sino que había visto el espectáculo? La cosa no hacía más que mejorar.

—¿Qué hace esta aquí? —preguntó Torben, que apareció inesperadamente en el umbral y fulminó a Linda con la mirada. Pero ni siquiera eso pareció hacer que se fuera.

—No pasa nada. Entro en un minuto —dijo Alex.

—Eso espero —dijo Torben, cerró el coche con el mando y volvió a entrar.

—Soy consciente de que no te caigo muy bien ahora —dijo Linda —. Quiero hacer las paces.

—¿Por qué? ¿Porque tu nuevo tipo te ha dejado? —Ella miró tristemente al suelo y Alex se sintió fatal, casi culpable por lo que acababa de decir—. Perdona, eso no ha sido justo.

—Yo probablemente habría dicho lo mismo.

—No, no lo habrías hecho.

Ambos intentaron repetidamente mantener el contacto visual, pero no tuvieron mucho éxito.

—Ya que estamos aquí parados con esta situación tan incómoda —dijo ella—, ¿podríamos hacerla aún más incómoda?

—¿Es posible superarla?

—Depende de lo que digas si te pregunto si podemos ir a tomar algo juntos.

—¿Ahora?

—Bueno, ya que estoy aquí...

—Mejor no.

—Vale, lo entiendo. En realidad solo quería decirte que lo siento. Por todo el asunto. Simplemente no era yo misma y no sabía lo que quería.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Sí —dijo ella, mirándolo profundamente a los ojos.

Alex creyó que estaba siendo sincera, pero aun así dijo: —No puedo borrar lo que pasó con un par de copas.

—Pero sería un comienzo.

¿El comienzo de qué? se preguntó él. *¿De que me vuelvas a engañar durante meses con otro?* —Ya te diré algo —dijo, aunque sabía que hacía mucho tiempo que había borrado su número y cualquier forma de contactar con ella. Principalmente por autoprotección, para no acabar enviándole un mensaje o quedarme mirando sus últimas fotos en Instagram, como había hecho poco después de la ruptura.

—Te enviaré mi número —dijo ella, sonriendo—. Si yo fuera tú, también lo habría borrado.

Alex no pudo evitar sonreír ahora él también. Ella le devolvió la sonrisa de forma un poco más abierta y un calor le recorrió, algo que no había sentido en mucho tiempo y que realmente no quería volver a sentir.

—Nos vemos —dijo él y caminó hacia la entrada trasera.

—Ha estado bien volver a verte —le gritó ella.

—Hasta luego —atinó a decir él, apenas audible, preguntándose por qué ese calor que tan brevemente lo había embargado había desaparecido de repente de nuevo.

Capítulo 15

—Quítate la venda —dijo él.

A Emma le resultaba duro ver la torpeza con la que Cecilia López lo conseguía. Él le había pegado las muñecas por delante del cuerpo con cinta americana. El hecho de estar desnuda no parecía molestarle tanto como a Anna, que había intentado cubrirse las partes íntimas constantemente.

Dejó caer la venda y soltó un jadeo al darse cuenta de que seguía sin ver nada. *¡En qué mundo vivimos, que hasta los asesinos tienen tantas posibilidades nuevas a su alcance!*, pensó Emma. Lo más lógico era suponer que el agresor llevaba gafas de visión nocturna. Al parecer, este tipo de dispositivos también estaban disponibles para teléfonos móviles. De lo contrario, Emma y los demás presentes en la sala de juntas habrían estado escuchando una radionovela. Emma no estaba segura de si eso hacía que todo fuera más llevadero o si las imágenes mentales habrían sido peores que la realidad. No creía esto último, aunque en ese momento se sintió transportada a su propio secuestro de hacía nueve meses. Entonces, Stefan Bauer también había jugado con sus víctimas, dejando a Emma a oscuras durante mucho tiempo con una mujer a la que habían apaleado hasta casi matarla. A diferencia de Cecilia, Emma no había sabido si Bauer había estado en la habitación todo el tiempo o no.

Emma apartó los recuerdos, pero las emociones que había sentido entonces permanecieron, volviéndose más insoportables con cada segundo que pasaba viendo el vídeo. Intentó concentrarse en hechos objetivos, como que esta vez él había colocado el teléfono más lejos. Quizás para que no volviera a volcarse por accidente. Estaba aprendiendo de sus errores.

—¿Dónde estoy? —preguntó Cecilia.

No recibió respuesta. El agresor parecía mantenerse en silencio. Como Stefan Bauer en aquel entonces. No pudo evitar recordar que

ni siquiera había sido capaz de oírle respirar, y de pronto él había aparecido frente a ella. Costaba creer lo mucho que tipos como su torturador disfrutaban viendo sufrir a sus víctimas. Aunque Emma lo estaba reviviendo todo emocionalmente, surgió en ella algo que no había podido sentir con Stefan Bauer hasta que este estuvo muerto. Ira. Deseó poder meterse en el vídeo para reducir al agresor y liberar a la joven. Porque había aprendido una cosa en el caso de Stefan Bauer: a veces hay personas que solo dejan de hacer daño a los demás cuando ya no están vivas.

—¿Hola? —preguntó ella con vacilación—. ¿Hay alguien ahí?

Una vez más, no recibió respuesta.

—Por favor, no me hagas daño —dijo ella, y Emma no pudo evitar pensar en lo inútil que era aquello.

—Bebe —dijo una voz distorsionada.

A Emma no le sorprendió que Cecilia se sobresaltara de terror; incluso ella sintió un vuelco nauseabundo en el estómago. El pánico afloró en su interior y luchó por no mostrar ninguna señal externa. Respiró lenta y profundamente por la nariz. En silencio. Tal y como le habían enseñado.

Cuando se sintió un poco más relajada, miró brevemente a los demás en la sala y comprobó con alivio que todos estaban concentrados en el vídeo.

—¿Qué? —preguntó Cecilia.

—Bebe —dijo la voz más fuerte—. Hay un cubo a tu lado. Bebe. —No le dijo si estaba a su derecha o a su izquierda. Tenía que descubrirlo por sí misma, y presumiblemente aquello formaba parte de su pérfido juego.

—No quiero —dijo ella, haciendo ahora lo que inicialmente la había diferenciado de Anna. Intentó frenéticamente cubrirse las partes íntimas. Además, empezó a llorar, lo que no hizo sino intensificar la compasión de Emma.

***

Alex se preguntó cuándo terminaría por fin el vídeo de la pobre chica. Al igual que con Anna, se había subido a través de las propias cuentas de la víctima. La única ventaja de aquello era tener un nombre de inmediato. El perfil de «CeciLo» se había identificado rápidamente como el de Cecilia López, gracias a los colegas de informática presentes en la sala esa vez. Tenía la misma edad que Anna. Sin embargo, aún no habían podido establecer una conexión. Sus perfiles no estaban vinculados y tampoco había ningún otro vínculo obvio entre las dos.

En el vídeo, le habían dicho varias veces a Cecilia que bebiera del cubo, pero no lo hacía. El agresor parecía tener todo el tiempo del mundo. Al menos, esa era la impresión que daba. Debido al distorsionador de voz, no era fácil percibir si había cambios en su estado emocional, si quizás se estaba impacientando o algo por el estilo. No se oía ningún ruido ambiental. Probablemente se encontraba en una habitación de sótano aislada, de forma similar al caso de Stefan Bauer, donde el asesino había torturado y asesinado a sus víctimas en el antiguo hospital psiquiátrico de Eckardtsheim, un conocido «lugar abandonado», el año pasado. Y donde la compañera de Alex casi se convierte ella misma en víctima. Alex no quería pensar en eso ahora y se obligó a seguir el vídeo en la pantalla.

A diferencia del agresor, Alex estaba ciertamente alterado, y como solía ocurrir en tales situaciones, el pitido de su tinnitus, normalmente apenas perceptible, se hacía notar. No le impedía filtrar los sonidos, pero le molestaba y le hacía perder la concentración si no lograba ignorarlo de algún modo. También tenía que bloquear todos los demás ruidos de la sala, aunque solo fuera un leve movimiento o el carraspeo ocasional de alguien.

—Si no bebes —dijo la voz distorsionada—, te mataré aquí mismo.

Era exactamente igual que con Anna. Sabían que iba a matarlas y solo podían retrasarlo si hacían lo que él exigía. Un juego perverso.

—Muévete —gritó la voz distorsionada ahora. Al parecer, no era tan paciente como Alex había pensado.

Cecilia se sobresaltó. Con cautela, se puso de cuclillas y tanteó a su alrededor en semicírculo con los brazos extendidos hasta que estuvo lo suficientemente agachada para que su brazo derecho chocara contra el cubo de hojalata. Se asustó, luego se giró hacia él y lo agarró con ambas manos. El agresor debió de tener en cuenta sus manos atadas. Si la circunferencia del cubo hubiera sido solo unos centímetros mayor, no habría podido asirlo.

Lo levantó y parecía pesar más de lo que esperaba. Alex esperaba que no la estuvieran obligando a beber orina. El pis de gato apestaba bastante. Aún lo recordaba. Alex solo tenía ocho años cuando le regalaron a su gato Timmy, un gatito minúsculo por aquel entonces, que al principio a veces se meaba en su cama. El hedor había sido insoportable.

Con el cubo en la mano, Cecilia volvió a levantarse torpemente. Miró en la dirección de donde suponía que procedía la voz del agresor. —¿Qué hay ahí dentro?

—Si te lo cuento, el juego ya no tendrá ninguna gracia.

¿Qué clase de juego enfermizo se suponía que era aquel?

—He visto el vídeo que filmaste. Deberías conocer las reglas mejor que nadie.

—Por favor, lo siento. ¿Vale? Yo no quería hacerlo.

—En ese caso, ¿quién fue?

—Mel. Melina.

Alex alzó las cejas con sorpresa. Así que ahora no solo tenían su conexión con Anna, sino también con Melina.

—Fue ella. Ella era la de las ideas enfermizas.

Sin embargo, aquello seguía sin ser una prueba clara de que Melina ya no pudiera ser considerada la culpable. Después de todo, bien podría ser que Melina apareciera enmascarada, además del distorsionador de voz y presumiblemente el mono aquel de los primeros vídeos, que a Alex le recordaba a Michael Myers de las películas de *Halloween*.

—Por supuesto. Siempre han sido los otros. Y tú simplemente seguiste el juego, totalmente inocente y todo eso.

Esta frase ahora sonaba mucho más a Melina que la forma habitual de hablar del agresor. También podría ser simplemente una estratagema para confundir a la policía. Tenían que asumir que el agresor había observado a sus víctimas el tiempo suficiente como para poder imitar bien su forma de hablar. Puede que incluso las conociera personalmente. Y ellos no tenían ni idea de a quién se enfrentaban.

—Por favor, no quiero beberme esto.

—Muy bien. Déjalo en el suelo y ven aquí para que pueda abrirte en canal.

—¡No! —gritó ella—. Lo haré. —Repitió la última frase varias veces en un susurro, levantando el cubo cada vez más hasta que el borde golpeó finalmente su labio inferior. Cerró los ojos con fuerza e inclinó el cubo apresuradamente. Un líquido oscuro le corrió por las mejillas. Tenía arcadas ya al segundo trago, pero luego se obligó a seguir bebiendo, inclinando más el cubo. Presumiblemente, esperaba que la mayor parte de lo que fuera que debía beber le corriera por el cuerpo hasta el suelo, a cualquier parte menos a la garganta.

Continuó hasta que algo la golpeó en la cara al resbalar fuera del cubo. Con arcadas y tos, soltó el cubo, que golpeó el suelo con un fuerte estrépito metálico. Allí yacía algo empapado en el líquido, que Alex reconoció como un gato muerto. Por tanto, el líquido debía ser sangre.

Sintió náuseas. Y pensó en su gato Timmy, al que habían encontrado mutilado de forma similar en la cuneta hacía años. Entonces vio que no era un animal real. Era un gato de peluche, uno de la película *Los Aristogatos*. Solo aquellos ojos grandes y saltones deberían haberlo delatado. Pero Cecilia, en su estado, obviamente no podía percibir aquello.

—¿Qué ha sido eso? —tosió ella más que hablar.

—Algo que has estado echando de menos desde hace unos días —dijo la voz distorsionada, y esta vez Alex estuvo seguro de que podía oír un trasfondo de alegría—. O más bien, a alguien.

Los ojos de Cecilia se agrandaron. Instintivamente, se llevó las manos atadas a la boca y gritó. No fue un grito largo; un momento después fue cortado por una oleada de vómito oscuro.

—¿Jerry? —preguntó ella entonces y se dejó caer de rodillas, alargando la mano hacia el peluche. En el momento en que lo tocó, se sobresaltó y retrocedió contra la pared. Lloró amargamente, repitiendo el nombre del gato una y otra vez. Se encogió y hundió la cara en sus manos, que estaban manchadas de sangre y de su propio vómito.

—Supongo que ganas tú —dijo la voz—. Has reconocido lo que te hemos preparado. No era una rata atropellada como en tu vídeo, pero creo que se le acerca bastante, ¿verdad?

Había querido hacerle creer que había matado a su gato. Al parecer, lo había secuestrado de antemano solo para escenificar este acto. Quizás no lo había matado. Tal vez era un amante de los animales en el fondo. Como uno de esos villanos de James Bond.

De espaldas a la cámara, la figura entró en escena, vistiendo el mismo mono oscuro de nuevo, como Alex había sospechado. En su mano derecha sostenía un spray, que agitó. El tableteo de la bola sonó fuerte a través de los altavoces. La tapa saltó y cayó ruidosamente al suelo. Cecilia intentó retroceder más, pero habría tenido que escapar a través de la pared. Era puro pánico lo que la impulsaba. La figura se agachó para rociar las letras a la altura de Cecilia. Las primeras se hicieron visibles, a la izquierda de Cecilia: «Sick». No pudo distinguir más.

Cuando el agresor terminó, se levantó de nuevo y dio unos pasos atrás para admirar su obra, bloqueando así la vista no solo de Cecilia, sino también de las letras.

—Así quedará bien. —Salió del encuadre y dejó que la escena calara en los espectadores. «Sickening» estaba escrito en la pared

de hormigón desnudo, y solo la «e» había sido rociada sobre Cecilia, que estaba sentada apoyada contra la pared de nuevo, llorando.

—Bueno, ¿a que ha sido divertido? —preguntó la voz, y al igual que en el vídeo de Anna, el rostro pasó fugazmente por el encuadre. Llevaba una máscara otra vez. Alex solo pudo ver el rostro representado en ella cuando el agresor se subió las gafas de visión nocturna. La imagen con los agujeros negros recortados parecía fantasmal. Además, debido al modo de visión nocturna de la cámara, solo se reflejaban las pupilas, brillando en plata. Como un pez de las profundidades marinas.

La máscara mostraba una foto de Cecilia, riendo con la boca abierta. Una vez más, el agresor la había desfigurado con maquillaje de payaso, incluso más que con la de Anna. Parecía que el Joker se hubiera quedado bajo la lluvia demasiado tiempo. El maquillaje se había corrido por completo.

—¿O tú qué opinas?

Poco después, la imagen se congeló.

Apenas ayer, la fiscal Aufderheide había asignado a un pequeño equipo la tarea de vigilar este tipo de vídeos en las redes sociales. Ahora apagó el proyector y quedó claro que no había visto este vídeo antes. Al igual que Emma, el inspector jefe Krüger, los colegas Paul Klose y Sabrina Möller, así como el joven perfilador Pilgrim, que acababa de viajar desde Münster esa misma mañana y a quien Emma y Alex habían conocido durante el caso de Stefan Bauer. Un especialista fiable y, además, muy avanzado para su edad.

—La conexión con Melina Wagner podría ser un gran paso adelante —dijo Emma.

—Suponiendo que sea Wagner —señaló Möller.

—Es lo lógico —terció Pilgrim, jugueteando distraídamente con el bolígrafo que tenía en la mano derecha—. Tienen la misma edad, se mueven en los mismos círculos y ambas han publicado vídeos cuestionables en sus cuentas. No me sorprendería que hubieran ido al mismo colegio.

—Después de este vídeo, resulta obvio —dijo Emma— que nos enfrentamos a alguien que busca venganza por algo que estas dos mujeres, presumiblemente junto con Melina, le hicieron.

—¿Se refiere a acoso escolar? —preguntó Aufderheide.

—Podría ser —respondió Emma.

—Está claro que las tres estaban relacionadas —dijo Pilgrim—. A Melina Wagner la describen como la sombra de Anna, alguien que nunca se separa de su lado. Si creemos lo que dijo Cecilia López, Melina es cualquier cosa menos la sombra de Anna.

—En realidad, ella es quien mueve los hilos —dijo Emma.

—Lo que también la convierte en un objetivo —dijo Alex.

—O en la culpable —apostilló Pilgrim.

Demasiadas vías de investigación, pensó Alex. ¿Pero con qué personal? Estaban crónicamente faltos de efectivos. Tal como estaba sucediendo en cualquier otra ciudad.

—Mírenlo de esta manera —continuó Pilgrim—. Tenemos aquí a una mujer joven que durante años fue simplemente la sombra de otra persona. Alguien que ella deseaba ser. Una auténtica personalidad. No se trata de popularidad o de buenas notas. Es el estatus lo que persigue. Los padres de Melina Wagner llevan años en la ruina. Ella tiene tres trabajos para mantener las apariencias, naturalmente solo para su propio beneficio. Todos los demás conocen su situación. Ese tipo de rumores corren rápido, porque aquí no hay tantas familias ricas como los Nowak, o como solían serlo los Wagner. Y si Melina cree en secreto que nunca escaparán de su situación real, que nadie le dará una segunda oportunidad, entonces es muy posible que a lo largo de los años haya desarrollado un odio hacia todo lo que tanto desea y sabe que nunca tendrá. A diferencia de otros. Que lo consiguen sin tener que mover un dedo.

—Anna y Cecilia —dijo Emma—. En ese caso, ¿podría ser que su objetivo sean mujeres jóvenes adineradas?

—Exacto —confirmó Pilgrim—. Por otro lado, si el culpable es simplemente una de sus víctimas o un familiar, el siguiente podría ser cualquiera.

—Y si es Melina Wagner —dijo el inspector jefe Krüger—, Cecilia podría haber sido su última víctima.

—A menos que haya más de su calaña —dijo Alex—. Melina podría querer vengarse de todos los que se han reído de ella o la han tratado de forma diferente desde que se quedó sin dinero.

—Son muchas posibilidades —dijo Aufderheide—. En cualquier caso, dispondré lo necesario para que Melina Wagner sea sometida a vigilancia las veinticuatro horas.

—¿Por qué no la llevamos a un piso franco? —sugirió el colega Klose.

—Porque entonces puede que nunca atrapemos al asesino —señaló Sabrina Möller.

—Pero —dijo Emma—, si ella es la asesina, evitaremos el próximo crimen.

—Ambas opciones son perfectamente realistas. Pero eso no lo hace más fácil —confirmó Pilgrim—. Desde luego, no soy partidario de instrumentalizar a las víctimas potenciales como cebo. Pero por ahora, no tenemos otra opción. Si solo la seguimos, de tal manera que ella lo note, y entonces no se produce ningún otro asesinato, podremos seguir investigando la pista que la sitúa a ella como culpable.

—Si nos equivocamos en eso —señaló Emma—, el verdadero asesino podría darse cuenta de que ella se ha ido de la lengua o de que estamos tras su pista. Eso podría llevarle a actuar de forma precipitada y matar a Melina en cuanto tenga la oportunidad, o bien a esconderse y esperar a que las cosas se calmen para volver a atacar.

—Deberíamos correr ese riesgo —dijo Krüger.

—Tomaré las medidas pertinentes —dijo Aufderheide—. Sigamos de todos modos con la teoría de la venganza de una víctima de acoso —añadió, dirigiendo la discusión en otra dirección—. ¿Qué lugares serían los candidatos principales? ¿El colegio, el club deportivo, la universidad? ¿Qué más? ¿Alguien tiene alguna idea?

—Creo que por ahora podemos acotar un poco eso —dijo Pilgrim —. La experiencia demuestra que los casos de acoso escolar en clubes deportivos salen a la luz rápidamente y, aunque el acoso ya ha llegado a las escuelas primarias, los estudios afirman que deja cicatrices más profundas en la psique de las víctimas en las escuelas secundarias. Especialmente durante la pubertad, ya que la mayoría de los adolescentes luchan contra las dudas sobre sí mismos durante ese tiempo de todos modos. Si a eso se le añade el acoso, puede proporcionar el móvil para el tipo de actos que hemos estado viendo desde ayer.

—Bien —dijo Aufderheide—. Klose y Möller, encárguense del colegio y la universidad. Divídanse. Si tenemos suerte, incluso encontraremos información sobre nuestro culpable allí. Bajetzky y Kuper, vuelvan a interrogar a Melina Wagner y pásense por ese club de tenis.

—¿De verdad podemos volver a interrogar a Wagner hoy? —preguntó Alex.

—Los servicios psicológicos no ven ninguna razón por la que no. De hecho, la señorita Wagner se recuperó relativamente rápido ayer e incluso pudo seguir trabajando.

Emma asintió. —De acuerdo.

—Revisaremos el vídeo de inmediato entonces —dijo Schwarz—. Quizá esta vez tengamos suerte con los metadatos, o podamos determinar desde dónde se filmó el vídeo a partir del material visual. Lamentablemente, no obtuvimos ninguna pista durante el primer visionado como ocurrió con el primer vídeo. ¿Y ustedes? —Miró alrededor de la sala; todos negaron con la cabeza.

Alex tampoco había notado nada especial. —¿Podría el culpable tener alguna relación con las localizaciones? —preguntó.

—Es probable —dijo Pilgrim—, si asumimos que se trata de una venganza. Pero para asegurarlo, sabemos demasiado poco.

—Solo nos queda esperar —añadió Neumann— que haya cometido algún error que no hayamos detectado en el primer visionado.

—No lo creo —dijo el perfilador Pilgrim—. No en esta etapa. Los primeros vídeos se subieron ayer, hoy ya tiene a la siguiente víctima, y no pasará mucho tiempo hasta que publique el vídeo de su muerte.

—¿Cree —preguntó Krüger— que llegará a eso?

—Para ser sincero, lo espero en cualquier momento. Parece haberlo planeado todo meticulosamente de antemano. De lo contrario, difícilmente sería posible secuestrar a dos mujeres jóvenes en dos días, filmar vídeos que potencialmente evocan actos anteriores y luego matarlas en un lugar diferente, y todo ello en una misma noche. Si Melina Wagner fuera su próxima víctima, todavía quedan dos posibilidades después de eso: o bien tiene planeados más asesinatos, o bien sucede algo que se observa a menudo con los asesinos en serie que involucran al público en sus crímenes.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Sabrina Möller.

—Recibe aprobación. Quiero decir, miren los comentarios. —Sostuvo su teléfono móvil en alto. Alex pudo ver que tenía el vídeo abierto en el perfil de Cecilia—. Más del doble de "me gusta" y compartidos que el primer vídeo. Comentarios como "Se lo merecía" o "Ojalá alguien hiciera eso por mí también" se amontonan y ya son más numerosos que los de Anna Nowak, a pesar de que ella no tiene ni la mitad de seguidores.

—¿Quiere decir —empezó Alex— que podría convertirse en algo así como un justiciero para el público general? ¿Una especie de Batman para las víctimas de acoso escolar?

—Si quieren llamarlo así —dijo Pilgrim, todavía sosteniendo el teléfono que justo en ese momento anunció una nueva subida con

un tono fuerte—. Oh.

Alex supo inmediatamente lo que eso significaba: el vídeo del asesinato de Cecilia acababa de ser subido.

—Si tenemos suerte, aún podemos rastrear la señal —dijo Schwarz. Los dos compañeros de informática, Schwarz y Neumann, se levantaron de un salto y salieron de la habitación casi a toda prisa.

—Me conectaré al proyector —dijo Pilgrim, incluso antes de que la puerta se cerrara tras los informáticos.

Krüger también se levantó de un salto. —Voy a ordenar protección para Melina Wagner de inmediato. O como sea que lo estemos llamando ahora.

—Hágalo —dijo Aufderheide.

Krüger salió apresuradamente.

Entonces empezó el vídeo en la pantalla.

***

Cecilia estaba subida a un taburete de ordeño, con restos de cinta cortada en las muñecas, esforzándose mucho por mantener el equilibrio. Se cubría sus partes íntimas, a pesar de que ya tenía una soga alrededor del cuello. Emma podía entenderlo perfectamente. Después de todo, en el momento de la grabación, Cecilia debía de saber ya que iba a morir y no quería perder el último ápice de su dignidad en el proceso.

—Todo fue idea de Melina —gimoteó Cecilia—. Por favor, créeme. Yo no tuve nada que ver.

Si seguía moviéndose así, no habría necesidad de accionar el cabrestante. Se estrangularía a sí misma y estaría muerta antes incluso de quedar colgada allí junto a Anna, que no era totalmente visible debido al foco dirigido a Cecilia. Sin embargo, el semicírculo del haz de luz era suficiente para ver el lado derecho de su cuerpo y sus ojos lechosos. Su cabeza estaba extrañamente inclinada por la

soga, y parecía como si su cuello se hubiera alargado unos centímetros. Miraba hacia abajo a Cecilia, y de algún modo a través de ella.

Una vez más, Emma sintió el impulso de saltar a la escena y salvar a Cecilia. Pero entonces se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. El vídeo era una grabación y Cecilia ya estaba colgando al lado de Anna.

El cabrestante empezó a moverse y las manos de Cecilia subieron disparadas hacia su garganta. Ahora su dignidad ya no importaba nada. Un reflejo natural, pero que no servía de nada. Y aunque Emma sabía que la joven llevaba tiempo muerta, sintió que la vida se le escapaba a ella junto con Cecilia.

El perfilador Pilgrim se desconectó del proyector cuando la imagen fija de una Cecilia muerta junto a Anna puso fin al vídeo. Emma desvió la mirada. Aquello se grabaría en su memoria junto con los otros recuerdos de los que nunca se libraría. El hecho de que Anna siguiera colgada de la viga no solo dificultaba increíblemente su investigación, ya que no tenían cuerpo que examinar; también era el colmo de la perversión. Nadie dudaría ahora de la autenticidad de los vídeos.

—El culpable sabe lo que hace —dijo Pilgrim—. Los vídeos no se parecen en nada a los que suelen borrarse rápidamente de las plataformas.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Aufderheide.

—Normalmente, los vídeos de autolesiones, grabaciones de torturas, decapitaciones...

—Creo —le interrumpió Aufderheide— que el punto está claro.

—Sí, perdón —dijo Pilgrim—. Parece una película bien hecha. La iluminación está bien colocada, los ángulos de cámara parecen escenificados para adaptarse a las localizaciones. Incluso la caída de la cámara en el primer vídeo parece como si todo estuviera planeado así. Tal vez incluso lo estuviera, para dar la impresión de que no son grabaciones reales. Están pensados para parecer cortometrajes que

muestran lo que podría o debería pasarles a los acosadores. Si se tienen en cuenta los comentarios de los espectadores, la mayoría parece verlo también así. Y si los operadores de las plataformas creen que se trata de historias ficticias y dramatizadas, no eliminan los vídeos; simplemente añaden una advertencia de contenido o establecen una calificación por edad adecuada.

—Además de que se propagan como la pólvora —dijo Aufderheide.

—Es cierto. Más de cien usuarios lo han guardado ya, miles han hecho clic en él y varios cientos han comentado —dijo Pilgrim, echando un vistazo a su teléfono—. Todo está sucediendo de forma increíblemente rápida.

—Evidentemente, nuestro culpable se ha adaptado al espíritu de los tiempos —dijo Emma—. Cuanto más veo esto, y teniendo en cuenta el corto espacio de tiempo, más dudo de que una sola persona pueda manejar esto sola.

—Probablemente no —confirmó Pilgrim.

Capítulo 16

Melina no se desenvolvía nada mal en la pista de tenis, eso era indiscutible, pero a Emma le pareció bastante descarado que siguiera en medio de un partido a pesar de que ella había avisado de su llegada. Ahora estaba sentada junto a Alex en uno de los bancos del lateral observando el juego. El entrenador de Melina era un auténtico charlatán; no dejaba de hablar ni siquiera mientras corría tras la pelota. Comentaba tal o cual partido, alguna táctica, diversas técnicas. Alex parecía estar mirando y escuchando con gran entusiasmo.

—No sabía que fueras un fan del tenis —le susurró ella.

—No lo soy. Solo me alegra estar sentado un momento y no tener que hacer ni pensar en nada.

—¿Estás cansado, entonces? —preguntó Emma en tono de broma.

—A veces pasa —respondió Alex con seriedad.

Emma estaba a punto de decir algo empático cuando Melina gritó: —Estaré en un… —se interrumpió para hacer un remate—… segundo con ustedes. —El entrenador devolvió el golpe con destreza y le arrebató el punto a Melina.

—¡Joder! —chilló ella, y Emma comprendió entonces por qué seguía jugando. Era su vía de escape. O bien porque estaba furiosa porque le seguían la pista, o bien lo hacía para sobrellevar toda la situación. Solo ayer se había enterado de la muerte de su mejor amiga, y hoy se había publicado otro vídeo del que seguramente ya estaba al tanto. Con suerte, el hecho de que estuviera bajo vigilancia policial le habría pasado desapercibido.

—Por hoy ya es suficiente —dijo el entrenador, quien, a diferencia de Melina, parecía que no acababa más que de calentar—. Bien jugado.

—Sí, sí —dijo Melina mientras se ajustaba la gorra y caminaba hacia Emma y Alex, que se levantaron casi al unísono. La bolsa de

deportes de Melina estaba junto al banco y ella lanzó la raqueta dentro—. Perdónenme —dijo sin mirarlos. Sacó una botella y la desenroscó—. Es de mala educación. —Dio unos cuantos tragos largos.

—No pasa nada —dijo Alex—. Te entiendo perfectamente.

—¿Usted también juega al tenis?

—No. Pero practico deportes de contacto, artes marciales mixtas. En cierto modo, allí también se devuelve el golpe.

—Eso no es para mí —dijo Melina—. No soporto ver la sangre.

Emma tampoco vería nunca un combate así. Sin embargo, a diferencia de Melina, ella sabía que Alex ya no competía en torneos y que solo participaba en los entrenamientos. —Sus películas sugieren lo contrario —dijo ella ahora.

—Esa sangre no es real.

—¿Ha visto el vídeo de Cecilia López? —Emma dirigió la conversación hacia lo esencial.

—Sigamos con esto en la cafetería —dijo Melina y se dirigió hacia la gran terraza adyacente a las pistas de tenis, que ofrecía una buena vista de todo el recinto.

Melina dejó su bolsa en una mesa vacía a la sombra de un gran toldo y se dejó caer exhausta en uno de los cuatro sillones. Emma y Alex se sentaron con ella.

—Sé por qué han vuelto —dijo, echando un vistazo a la carta de helados, cuyas fotos brillantes tentaban a Emma a probar cada uno de ellos—. Ceci me mencionó en el vídeo.

La llamó por su apodo, así que debían de conocerse bien. Sin embargo, no parecía especialmente conmocionada. Una reacción muy distinta a la que había tenido con respecto a Anna Nowak.

—¿Cómo la conoce? —preguntó Alex.

—Fuimos juntas al colegio. —Cerró la carta y se la tendió a Emma, quien declinó con un movimiento de cabeza. Alex hizo lo mismo. Melina la dejó caer sobre la mesa, se reclinó sobre su hombro

derecho y llamó al mostrador del interior—: Queremos pedir, por favor.

Una mujer mayor de aspecto adinerado, sentada a dos mesas de distancia, levantó la vista indignada de su periódico antes de pasar la página y volver a centrar la mirada en los titulares. Emma estaba a punto de hacer la siguiente pregunta cuando un joven camarero se acercó a la mesa. —Siento haberles hecho esperar.

—Tomaré un café —dijo Melina—. Y lo que ellos quieran.

Ninguno de los dos quería nada.

—¿Eran amigas? —Emma continuó con el interrogatorio.

—Ya que habla de ella en pasado, asumo que sus vídeos también son reales.

—Es de suponer que sí —dijo Alex—. Lo sentimos.

—Aunque me haga parecer sospechosa, no guardo luto por Ceci.

—¿Por qué no? —insistió Emma.

—Porque era una zorra traicionera.

—¿Porque la mencionó en el vídeo? —preguntó Emma.

—No.

—¿Por qué entonces? —presionó Emma.

—Éramos inseparables en el colegio. Hasta cuarto de la ESO. Luego se apartó de nosotras.

—¿Así por las buenas? —preguntó Alex.

—Desde luego, no la llamaría zorra traicionera por nada. De repente decidió que era superior a nosotras. Se buscó nuevos amigos con los que podía ser quien quería ser, sin tener que actuar.

—¿Cómo quería ser ella, entonces? —indagó Alex.

—Diferente a Anna y a mí. Las tres no éramos precisamente amables con la mayoría de la gente por aquel entonces. Especialmente si no pertenecían a nuestros círculos.

—Así que encarnaban lo que se espera de la gente rica —observó Alex.

Emma lo miró, indicándole que no echara más leña al fuego. Él le dedicó un asentimiento casi imperceptible y se reclinó en el asiento. Sabía que Emma no lo decía con mala intención. A veces el punk que llevaba dentro simplemente afloraba y entonces le tocaba a ella frenarlo.

—Si usted lo dice —replicó Melina.

—Pero hoy ya no pertenece a ese mundo y, sin embargo, sigue manteniendo las apariencias —dijo Emma, añadiendo leña al fuego de forma intencionada. Creía que podía provocar que Melina perdiera los estribos. Al parecer, hoy estaba de un humor algo irritable y no se controlaba tan bien. Un buen punto de partida para un interrogatorio.

—Es agotador, ¿verdad? —dijo Melina ahora, aunque con una calma que Emma no esperaba—. Pasé todos esos años forjando esta imagen, y ahora, durante los últimos cuatro años, he tenido que intentar mantenerla desesperadamente. ¿Por qué cree que tengo tres trabajos?

—¿Alguna vez ha pensado —empezó Alex— en mezclarse con la gente corriente?

—Quemamos demasiados puentes para eso.

—¿Se arrepiente? —preguntó Emma.

—Me arrepiento de que estemos en la ruina.

—¿Y sus padres?

—Se han resignado a su suerte. Al menos, actúan como si lo hubieran hecho. Creo que se dicen a sí mismos que están mejor así. Que toda la presión ha desaparecido y demás.

—¿Usted no les cree? —quiso saber Emma.

—No puedo imaginarme que estén contentos con esto. —Miró a Emma directamente a los ojos y bajó la voz—: Ya ha visto dónde y cómo vivimos.

En realidad no está tan mal, pensó Emma y, sin embargo, las palabras de Melina sonaron como si hubiera tenido que soltarlas a duras penas.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con Cecilia? —preguntó Emma.

Melina resopló con desprecio y esperó hasta que el camarero hubo depositado el café frente a ella. No fue capaz de articular un «gracias», a pesar de que el joven era realmente agradable. Emma tuvo la tentación de darle las gracias en su nombre, pero no lo hizo.

—Voy a ser muy directa —dijo Melina ahora, cuando volvieron a estar a solas—. Cuando nos dijo que no quería saber nada más de nosotras, simplemente empecé a tratarla como si fuera invisible. Para ser sincera, ya ni siquiera era eso para mí.

—Es una ruptura bastante radical —dijo Emma—. ¿No intentaron hablar de ello?

—¿Para qué? Fue muy clara.

—¿Qué dijo exactamente que fuera tan definitivo? —preguntó Alex.

—No me acuerdo.

—¿Algo que fue tan significativo y no dejó lugar a discusión, y no puede recordarlo? —Era obvio que Alex no se creía ni una palabra.

Ella lo miró, bastante enfadada, pensó Emma. —He pasado página.

—¿Había pasado página Anna también? —preguntó él.

—A ella le costó más. Tuve que recordarle constantemente qué clase de bicho era Ceci antes de que Anna lograra finalmente distanciarse de ella.

Claramente, Anna Nowak y Cecilia López habían compartido una amistad más estrecha. ¿Había sido Melina tal vez siempre el tercer plato, y Cecilia en realidad solo quería librarse de ella? ¿Podría ser que Cecilia hubiera intentado seguir siendo amiga de Anna?

Las suposiciones no llevaban a Emma a ninguna parte, así que insistió: —¿Cómo logró que Anna se distanciara de Cecilia?

—Simplemente le hice ver lo tóxica que era.

—¿De qué manera?

—¿Por qué es esto tan importante para usted? ¿No puede dejarlo correr?

—Podríamos —dijo Emma—. Si no fuera por la sospecha de que usted podría convertirse en la tercera víctima… *… o que usted es la culpable*. Pero Emma se guardó ese pensamiento para sí misma.

Melina soltó una carcajada amarga. —Oh, por favor… Pero sí, no me sorprendería que esas dos siguieran en contacto hasta su muerte y anduvieran metidas en quién sabe qué. Yo ya no tengo nada que ver con nada de eso.

—¿Nada que ver con qué exactamente?

—Con toda esa mierda del acoso. —Melina dio un gran trago. Emma pensó que lo hacía para evitar decir más de la cuenta. No había mencionado antes que hubieran acosado a nadie.

—Esa es una palabra muy fuerte —dijo Alex.

—No quería decir eso.

—¿Hubo alguien durante su etapa escolar a quien hicieran sentir especialmente que no estaba a su altura? —preguntó Emma.

—No.

—¿Está segura? —indagó Alex.

—Estoy segura de que aquí se me está acusando de algo, y me pregunto si no sería mejor llamar a un abogado.

—Normalmente, eso solo lo hacen quienes se sienten culpables —dijo Emma.

—Nunca he dicho que no me sienta culpable por lo que pasó en el pasado. Pero no tanto como usted pueda pensar.

—¿Entonces en la otra dirección? —preguntó Alex—. ¿Asesinó a Anna y a Cecilia porque tenía celos de su continua amistad?

Melina estalló en carcajadas. —Si tuviera la más mínima idea de cine, habría visto que los vídeos no son de mi estilo. Yo habría filmado eso mejor, incluso para un programa de telerrealidad. —Miró su reloj de pulsera—. Gracias por este agradable descanso. Tengo que ducharme y luego irme a trabajar. —Se levantó y cogió su bolsa —. Si quiere interrogarme la próxima vez, avíseme con tiempo para que pueda informar a mi abogado. —Con eso, entró rápidamente en el edificio sin despedirse.

—Hay algo que no encaja ahí —reflexionó Alex una vez que Melina estuvo fuera del alcance del oído.

—O es la culpable o la próxima víctima —dijo Emma—. Pero eso ya lo pensábamos antes.

—Tal vez sea solo culpable a medias. Podría ser la que observa o la que proporciona información al asesino.

—Incluso si solo observa, debe tener una buena razón para ello. Además, tendría que permanecer encapuchada o enmascarada todo el tiempo. De lo contrario, Cecilia se habría dirigido a ella directamente en el vídeo y no habría hablado de ella en tercera persona. Y Anna también la habría reconocido.

—Si Melina ha asumido hasta ahora que era la única mejor amiga de Anna —y ella misma ha dicho que tuvo que influir en Anna varias veces antes de que se distanciara de Cecilia—, entonces se le podría haber cruzado un cable cuando descubrió que Anna y Cecilia seguían siendo amigas.

—¿Pero por qué estos vídeos entonces? ¿Por qué estas humillaciones?

—¿Quizás ellas hicieron vídeos similares de Melina?

—¿Y cómo encaja eso con que Cecilia diga que todo fue idea de Melina?

—Yo tampoco lo sé.

El teléfono de Emma sonó. Era Schwarz, de informática.

—Hemos conseguido localizar el vídeo del gato.

Gracias por recordármelo, pensó Emma. Volvió a sentirse mal al pensarlo, aunque sabía que no había sido un gato real. Para Cecilia, había sido real.

—Fue grabado en el sótano del Instituto Adenauer.

—Buen trabajo —dijo Emma.

—No me lo agradezca a mí, déselas al conserje, que pensó que los grafitis y la sangre eran una broma pesada de algún estudiante y nos informó. El conserje ya sabe que vais para allá.

Alex asintió para indicar que lo había entendido todo.

—Gracias —dijo Emma.

—No hay de qué, Bajetzky.

Emma se levantó y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero.

—¿Ahora? —preguntó Alex.

—A menos que quieras seguir disfrutando del ambiente aquí.

—Ya me veo aquí sentado con una guitarra y un mate.

Emma sonrió y bajó de la terraza. Al menos volvía a estar de humor para bromear. No sabía explicar por qué había reaccionado de forma tan esquiva hacía un momento. ¿Quizás tenía problemas personales?

De camino al aparcamiento rodeando el edificio, Emma recibió un mensaje de texto que devolvió sus pensamientos al caso. El Instituto Adenauer no era solo la escena del crimen. También era el instituto al que habían asistido Anna Nowak, Cecilia López y Melina Wagner.

Capítulo 17

El Instituto Adenauer era el instituto de élite de Bielefeld al que enviaban a los futuros abogados, jueces, miembros de juntas directivas y a todo aquel que valorara pertenecer a las esferas más altas de la sociedad. Al margen de eso, el centro gozaba de una buena reputación y, naturalmente, no quería que se viera empañada. Esta era una responsabilidad que el conserje se tomaba muy en serio. Junto con la jefa de estudios, Vordersandfort, había recibido a los dos investigadores y los había guiado hasta el sótano, soltando comentarios despectivos por el camino.

—No hace mucho que estoy aquí —dijo la jefa de estudios Vordersandfort cuando le preguntaron por las tres antiguas alumnas —. Pero lo consultaré ahora mismo por usted.

En la habitación del sótano en cuestión, no lejos de las escaleras, el equipo de la científica acababa de abrir sus maletines y estaba a punto de empezar su trabajo.

—Pensar que ustedes aparecerían tan rápido como nosotros por una vez… —No cabía duda de que era Meyer quien estaba tras las gafas y la mascarilla—. Esto es para ustedes. —Señaló dos juegos de equipamiento completo, que consistían en un mono blanco, mascarilla, guantes y patucos.

Emma agradeció tener que inspeccionar la escena del crimen en un sótano fresco en lugar de en la última planta, donde seguramente se habría acumulado el calor. —Gracias —dijo.

—¿Lista? —le preguntó Meyer a su colega.

Ella hizo una foto con la cámara y comprobó la exposición. —Podemos empezar —dijo con un canturreo alegre. Su voz sonaba muy joven y, dadas las circunstancias, o bien tenía que ser increíblemente dura de pelar para abordar la tarea con tan buen ánimo, o bien tenía mucha más experiencia de la que Emma sospechaba. En cualquier caso, Emma no reconoció la voz. Quizá

fuera una nueva colega o alguien de la zona que estuviese disponible por casualidad.

—¿Quién haría algo así? —oyó Emma preguntar a la jefa de estudios Vordersandfort a sus espaldas.

Emma se subió la cremallera del traje blanco y se giró hacia ella. —Para eso estamos aquí, para averiguarlo.

—Eso suponía. Pero ¿desde cuándo se desplaza la policía judicial por un asunto tan trivial?

¿Realmente no sabía nada del vídeo, o estaba negando el hecho de que su instituto hubiera sido utilizado como localización de rodaje para algo así? Dada la velocidad a la que se difundían los vídeos por las redes sociales, Emma había dado por hecho que, a estas alturas, todo el mundo de su grupo de edad o más joven, como la jefa de estudios, debía de haberlos visto. —Sospechamos que este acto está relacionado con otros.

—Ya veo —dijo ella, acercándose con interés.

—Calculo que habremos terminado aquí en diez minutos —dijo Alex—. Si pudiera buscarnos los expedientes de las tres jóvenes mientras tanto, nos sería de gran ayuda.

Vordersandfort dudó un momento antes de comprender esta cortés despedida. —Por supuesto. Disculpen. Si me necesitan, estaré en mi despacho.

—Muchas gracias —dijo Alex con una sonrisa encantadora, que Vordersandfort le devolvió antes de marcharse.

Una vez completamente vestidos, entraron en la austera habitación.

—Cuidado —les advirtió Meyer, señalando al suelo frente a ellos. Emma tuvo que ajustar ligeramente su ángulo para ver la sangre seca sobre el oscuro suelo de hormigón bajo la tenue luz de la bombilla. Huellas de zapatos y de dedos individuales salían de la habitación y se desvanecían en el pasillo.

Aparte del sistema de calefacción junto a la puerta, no había nada en la sala. Dadas las temperaturas, el sistema estaba apagado y no lo habían notado en el vídeo. Las letras estaban situadas contra la pared opuesta a la puerta. Emma y Alex mantuvieron una distancia prudencial con las manchas de sangre.

El peluche yacía en un charco, tal como habían visto en el vídeo. El olor a sangre era intenso e hizo que a Emma se le revolviera el estómago por un momento.

—Dos pares de zapatos distintos —dijo Meyer a su móvil mientras se agachaba—. Interesante.

—La teoría de los dos perpetradores vuelve a estar sobre la mesa entonces —dijo Alex.

—Me temo —dijo el conserje con timidez— que un par es mío. Al principio solo me fijé en la pintada y pensé que lo que había en el suelo era pintura. Solo cuando estaba pisándolo me llegó ese hedor, y entonces supe que era otra cosa.

La contaminación en una escena del crimen, especialmente por parte de testigos, no era por desgracia nada nuevo. No obstante, Emma sintió una oleada de frustración.

—Anula la última grabación —ordenó Meyer a su móvil con fastidio y se puso en pie de nuevo—. Presumiblemente, algunas de las huellas son del conserje. —Meyer miró los rastros que se dirigían hacia la puerta—. ¿Esas también son suyas?

El conserje se encogió de hombros con las manos en los bolsillos.

—¿Nina? Sé maja y cárgale las huellas a este caballero, ¿quieres?

—Hecho. —Ella le entregó la cámara y Meyer se hizo cargo de su tarea—. Venga conmigo —le dijo al conserje mientras cogía su maletín—, mejor haremos esto en el pasillo.

—Lo lamento —dijo él arrepentido y la siguió.

Emma lanzó una mirada a la esquina izquierda. El bote de espray estaba allí tirado. —Probablemente tampoco encontremos huellas dactilares en eso.

—Probablemente no —dijo Meyer—. Sin embargo, las probabilidades son mejores que en la piscina. Calculo que, aparte del conserje, solo el autor y la víctima estuvieron en esta habitación. Y no parece que hayan limpiado por aquí después de terminar su cortometraje.

—Pero si el autor no tiene antecedentes y aún no está en el sistema, las huellas tampoco nos ayudarán mucho de todos modos —dijo Emma.

—Al menos así podríamos descartar gente —dijo Alex.

—Menos es nada —replicó Emma—. Y aquí tenemos un lugar que conecta a Anna Nowak, Cecilia López y Melina Wagner. Si se trata de una venganza, el autor también podría haber ido al instituto aquí, y entonces la piscina también podría haber sido un nexo de unión. Quizá el centro ofrecía clases de natación allí.

—¿Estando tan lejos del instituto? —preguntó Alex.

—Si era el único lugar con plazas libres, ¿por qué no?

—Vale. Y si se trata de un antiguo alumno que sufría acoso por parte de dos o tres de ellas…

—… entonces deberíamos revisar los registros de alumnos.

—Con un instituto de este tamaño, eso nos llevará varios días, incluso con refuerzos. Ni siquiera sabemos si realmente fueron al mismo centro que el posible autor. —Negó con la cabeza—. Todo esto está tardando demasiado. Han aparecido dos vídeos en dos días…

Lo que decía era cierto, y eso era exactamente lo que tanto molestaba a Emma. Era simplemente «vil», tal como rezaba la pared.

—Si hay una conexión entre las tres y un antiguo alumno —continuó Emma—, entonces Melina puede establecer un vínculo con estos y otros lugares. Y no puedo quitarme la sensación de que sabe más sobre los vídeos de lo que nos ha contado.

—O de lo que estaría dispuesta a admitir —puntualizó Alex—. No creo que nos cuente nada más hasta que tengamos pruebas. Sea lo que sea lo que eso signifique.

—Quizá la jefa de estudios pueda proporcionarnos algo que sea algo más que una corazonada.

Capítulo 18

—Adelante —los llamó la vicedirectora Vordersandfort después de que Alex llamara a la puerta. Él empujó la hoja y dejó que Emma entrara primero en el despacho bañado por el sol contiguo a la secretaría. Desde allí había una buena vista del casco antiguo y de la ornamentada estructura de hierro sobre el pequeño césped frente al edificio; Emma no tenía ni idea de qué se suponía que representaba. El ruido de la concurrida carretera principal se filtraba por la ventana abierta.

—Tomen asiento. Estaré con ustedes en un momento —dijo, de espaldas al escritorio donde Emma y Alex se sentaron. Vordersandfort sacó un tercer expediente de un armario y luego se giró a toda prisa hacia ellos. Se dejó caer en su silla, cuya suspensión cedió por un segundo, luego se deslizó hasta la mesa e inmediatamente extendió los tres expedientes; el último aterrizó sobre su teléfono. Hasta sus exámenes de selectividad hace cinco años, las tres chicas que mencionaron estaban en el mismo curso. Si eran amigas o de qué manera, no puedo decírselo. Solo llevo aquí dos años. Como ya he dicho. Sin embargo… —Hizo una pausa y miró como si estuviera a punto de sacar un conejo de la chistera en cualquier segundo—… una de las antiguas alumnas de su promoción está haciendo sus prácticas de magisterio aquí. Quizás ella pueda responder a sus preguntas mejor.

Antes de que Emma o Alex pudieran preguntar de quién estaba hablando, alguien llamó a la puerta y una joven rubia entró sin ser invitada con un tímido «Hola», como si hubiera estado esperando su señal al otro lado de la puerta.

—Señorita Hermeling, estos son la señora Bajetzky y el señor Kuper, de la policía judicial de Bielefeld. Pueden hablar tranquilamente al final del pasillo, en el aula de la 10B. No hay clase allí en este momento.

Emma se sintió como si estuvieran en la sala de reuniones de la comisaría, de lo estéril que era la decoración. Lo único que había en la pared detrás de la última fila de pupitres eran unos cuantos pósteres hechos a mano sobre energías alternativas y ecológicas. De alguna manera, no pegaban con aquella sala moderna, equipada con una pizarra blanca y proyector, y donde las sillas en realidad parecían bastante cómodas.

Se sentó junto a Alex en la primera fila. Vanessa Hermeling tomó asiento tras la mesa del profesor. No parecía la figura de autoridad que uno esperaría ver en una silla así. El hecho de que estuviera frente a dos investigadores de la policía judicial sin duda influía en ello. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja y entrelazó las manos sobre la mesa, luego miró a Emma directamente a los ojos, y la investigadora se dio cuenta de que se había equivocado con aquella mujer. Estaba mucho más segura de sí misma de lo que sugería su apariencia inicial.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿No le han informado? —preguntó Emma.

—No, simplemente me han sacado de clase.

—Estamos investigando un caso concreto que podría implicar a tres de sus antiguas compañeras de clase.

—¿Se refiere al Triángulo de las Bermudas?

—¿Perdone? —preguntó Emma.

—Anna, Ceci y Mel. Cualquiera que se interpusiera entre ellas era arrastrado al fondo.

—¿Usted también? —preguntó Alex.

—Lo intentaron, pero no dejé que me intimidaran.

—Eso demuestra un carácter fuerte —dijo Emma.

—Hace falta tenerlo aquí.

—Parece que no lo pasó bien —continuó Emma—. ¿Qué la trajo de vuelta aquí?

—Simplemente tengo el deseo de asegurarme de que otros no lo pasen tan mal como yo entonces.

—¿Acaso el estatus social juega un papel en eso? —preguntó Alex.

—¿Y dónde no lo hace? —replicó ella—. Conozco los vídeos, por supuesto —dijo entonces—. Todo el mundo los ha visto, ¿verdad?

—Hubo bastantes —dijo Emma.

—¿Siguen en internet? —preguntó ella, consternada.

—Al menos no en las redes sociales —le aseguró Emma.

—Una vez que algo está en la red, se queda ahí —reflexionó Vanessa Hermeling. Durante un breve instante, pareció perdida en sus pensamientos entre Emma y Alex antes de volver a hablar—. Es terrible lo que les ha pasado a las dos. Y, sin embargo, no siento compasión por ellas... algo que no me gusta de mí misma. No suelo ser así. Pero no puedo evitarlo.

—¿Tiene alguna idea de quién podría haberles hecho esto? —preguntó Emma.

—La pregunta de quién no habría tenido un motivo nos llevaría a una respuesta mucho más corta.

—¿Tan mala fama tenían? —preguntó Alex.

—Especialmente después del suicidio.

—¿Qué suicidio?

Los miró a los dos como si no pudiera entender que no supieran nada al respecto. —¿El suicidio de Kim Scholz?

—El nombre no me suena de nada —comentó Alex, y tomó nota.

—¿También estaba en su curso?

—No, estaba un curso por debajo de nosotras. Tampoco hay nada oficial; es solo una sospecha —se cubrió las espaldas Vanessa Hermeling—. Pero en aquel momento, di por hecho que se quitó la vida por culpa de esas tres. Los acontecimientos antes y después encajaban demasiado bien.

—¿Podría darnos más detalles, por favor? —solicitó Emma.

—Sé que Kim solía ser amiga de Mel, y de repente dejaron de serlo. Entonces Mel y las demás empezaron a atormentarla. En cada oportunidad que tenían.

—¿Partía eso de Melina Wagner? —preguntó Emma.

—No estoy del todo segura, pero creo que sí. Anna y Ceci no siempre fueron así. Claro, eran arrogantes y se creían mejores que nadie porque sus padres son ricos. Pero no eran como Mel. —Una vez más, pareció abstraída por un momento—. No sé cómo describirlo. Cara al exterior, nunca parecía que Mel hubiera tomado la iniciativa o empezado nada. Siempre parecía más bien una seguidora. Pero estoy segura de que incitaba a Anna y a Ceci a hacer todo aquello. Y no solo con lo de Kim. Hubo algunos otros que eran una espina clavada para Mel. Si alguien sacaba mejores notas que ella, seis meses después eso ya no volvía a ocurrir, y la persona en cuestión parecía un ser humano completamente distinto. Fue lo mismo con Kim. La conocía de la clase de arte. Kim era divertida, siempre estaba de buen humor y no era precisamente impopular. Todo lo contrario. A la mayoría de la gente le caía bien, y el éxito de su familia nunca había sido una razón para que se pusiera por encima de los demás. Se pudo ver en su funeral cuántos sentían lo mismo que yo.

—¿Cómo se suicidó? —preguntó Alex.

—Se ahorcó.

—¿Lo sabe con certeza? —preguntó Emma, que ahora creía firmemente que estaba en el camino correcto. Eso sería al menos la primera conexión con el *modus operandi*.

—Esa era la historia que circulaba.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó Emma.

—Hace diez años. —Nuevamente se sumió en sus pensamientos antes de salir finalmente de ellos. Habló con más cautela, y Emma pudo oír dolor y una honesta compasión en su voz—. Solo tenía trece años. Pensándolo bien, creo que hubo algunas señales que debería haber visto. Se había vuelto más callada, retraída, y al final

ni siquiera se la veía por ningún lado en el patio. Durante los recreos, quiero decir. Como si se estuviera escondiendo.

Emma sospechaba que esta historia era una de las razones por las que Vanessa Hermeling había vuelto allí. Para reconocer las señales en los alumnos a tiempo en esta ocasión y poder ayudarlos antes de que hicieran lo que Kim Scholz había hecho. —¿Hizo alguna declaración en aquel momento? —preguntó Emma, aunque no podía imaginar que sus compañeros hubieran omitido intencionadamente o simplemente olvidado tal información.

—No dije nada al respecto. No pude en aquel entonces. Les teníamos miedo. Alguien a quien todos conocíamos se había quitado la vida porque no vio otra salida. Muchos creían que les pasaría lo mismo si decían lo que les estoy contando ahora.

—Mencionó hace un momento —empezó Alex— que también lo intentaron con usted. ¿Cómo era aquello exactamente?

Vanessa Hermeling pareció incómoda con esa pregunta. —¿Es eso importante? —preguntó.

A Emma le habría gustado ahorrárselo, pero no era una opción. —Puedo entender que le resulte desagradable —dijo Emma con empatía—. Pero creo que su testimonio puede ayudarnos a nosotros y a las víctimas. Podría hacer hoy lo que no pudo hacer entonces.

—Tiene razón —dijo Vanessa—. Lo siento. Ha sido egoísta por mi parte.

—No lo ha sido —dijo Emma, a quien le habría encantado decirle que sabía cómo se sentía Vanessa. A Emma le resultaba igual de difícil hablar de su experiencia traumática de hacía nueve meses. Ciertamente se podría argumentar que para ella no había pasado tanto tiempo. Sin embargo, los agentes de policía no tenían la opción que tenían otras personas. No podían decidir por sí mismos cuándo ver a un terapeuta, y Emma sabía por experiencia propia que era mejor hablar de ello pronto que dejar que un trauma se encone durante años. Las sesiones obligatorias —como se llamaban internamente— habían quedado atrás hacía tiempo. Y aunque había

sido declarada apta para el servicio, no podía afirmar que hubiera procesado bien los acontecimientos. Incluso las citas semanales con su nuevo terapeuta solo la ayudaban a ir tirando de semana en semana. Ni siquiera Alex sabía que seguía en tratamiento. Sus otros compañeros no debían enterarse bajo ningún concepto; de lo contrario, podrían quitarle el caso y relegarla a tareas de oficina, lo que solo la haría sentir más desdichada.

—Yo era una de las mejores de mi promoción y habría seguido siéndolo si no les hubiera tenido tanto miedo. Había un chico en nuestro curso que era incluso mejor. El mejor. En todas las asignaturas. Curiosamente, las chicas lo dejaron en paz. A mí, en cambio, me hacían quedar como una tonta cada vez que tenían ocasión.

—¿Puede decirnos exactamente cómo era aquello?

—Nada bueno. Me hacían cosas que se ven en las películas de adolescentes americanas. Esconder mi ropa mientras me duchaba después de gimnasia, ponerme la zancadilla en el comedor. Cosas así. Duró unos meses hasta que me devolvieron los resultados de mis primeros exámenes malos. Después de eso, me dejaron en paz.

—¿No pudo hablar con nadie de ello? —preguntó Emma—. ¿Con los profesores o con sus padres?

—Quizás si mis padres hubieran aportado más dinero al fondo de desarrollo del colegio.

Emma miró a Alex, que se esforzaba por controlarse. Era raro ver que los músculos de su mandíbula se tensaran así. Emma podía entenderlo perfectamente; sentimientos negativos hacia los más pudientes de la sociedad empezaban a brotar en ella también. No debía permitir que eso ocurriera. No todos eran así.

—Bueno, hace mucho tiempo de eso y ya no importa —dijo la mujer.

Emma no se creyó ni una palabra. Solo estaba haciéndose la fuerte. Igual que Emma, que ahora casi sentía vergüenza por juzgar a Vanessa cuando ella misma intentaba desesperadamente

mantener esa coraza. Pero al igual que Vanessa, no tenía otra opción. Las circunstancias externas lo requerían, y ninguna de las dos podía hacer nada al respecto. —Y de todos modos —continuó Vanessa—, hoy en día no necesitas notas brillantes para estudiar magisterio. Estoy contenta con mi elección.

—Gracias por compartir eso con nosotros —dijo Emma.

—Hay una cosa más —dijo Vanessa Hermeling—. Ceci era una persona completamente distinta después de todo aquello. Y creo que a partir de cuarto de la ESO, más o menos, dejó de juntarse con Anna y Mel. Las dos le demostraron exactamente lo que pensaban de eso. Ella fue mucho más fuerte que yo o que todos los demás. Realmente no dejó que se notara y protegía a cualquiera que fuera tratado injustamente. Era como si quisiera saldar su deuda con Kim.

Capítulo 19

Los padres de Cecilia, Maike y Juan López, aún estaban recibiendo apoyo psicológico cuando Emma y Alex llegaron a su casa. Según el terapeuta, Tom Seidensticker, la madre había sido casi imposible de calmar. Llevaba casi media hora tumbada en el sofá, dormida.

—Le he puesto una inyección sedante —dijo el joven psicoterapeuta, que a menudo prestaba asistencia a la jefatura de policía. Siempre se mostraba colaborador y, por tanto, era la primera opción cuando se daban situaciones como esta. Presumiblemente, su esposa Louisa se estaba ocupando en ese momento del padre de Cecilia. Tom hizo una seña a Emma y Alex para que le siguieran a través de las grandes puertas dobles del salón hacia el fresco vestíbulo de la mansión—. Su marido está en el cuarto de la víctima ahora mismo —dijo en voz baja—. Louisa le está atendiendo.

—¿Cree que podemos hacerle unas cuantas preguntas? —preguntó Alex.

—Déjenme que lo consulte con mi mujer. Esperen aquí un segundo —dijo, y subió la amplia escalera semicircular de roble con la alfombra roja. Estaba a un mundo de distancia de aquella cosa desgastada en el pasillo que conducía al piso de los Wagner.

Emma se volvió hacia la puerta principal, donde un joven agente de uniforme estaba de pie, a pleno sol y con el equipo completo. Recordaba lo ingratas que eran esas situaciones, pues las había vivido ella misma cuando entró en el cuerpo. Si el compañero no hubiera estado dando un largo trago a una botella de agua grande, le habría traído algo de beber.

—Cuando terminemos aquí, deberíamos visitar de nuevo a Melina e interrogar a la familia de Kim Scholz —sugirió Alex.

—Sí. Melina Wagner tiene tantos motivos para matar a ambas mujeres como cualquier miembro de la familia Scholz, si es que realmente están relacionados con esto.

Tom Seidensticker apareció al final de las escaleras. —Pueden subir.

***

La habitación de Cecilia estaba al final del rellano. Era enorme y, por si fuera poco, contaba con su propio baño en suite, cuya puerta estaba abierta. El agradable aroma a lavanda llegó a las fosas nasales de Alex. Esto le daba a la estancia, muy aparte del diseño interior, una sensación completamente distinta a la del resto de la villa.

El cuarto era luminoso, con una gran cama con dosel y enormes ventanas de guillotina cuyos paneles izquierdos se habían abierto hacia dentro. La luz del sol, que entraba a raudales, realzaba el mobiliario coordinado por colores.

Juan López estaba sentado con Louisa Seidensticker en el espacioso sofá, flanqueado por dos lados por estanterías de libros y situado frente a la cama.

—Siento molestarle. Inspectora Bajetzky, de la policía judicial de Bielefeld —dijo Emma, ofreciéndole la mano al hombre de ojos surcados de lágrimas.

Él la miró y de repente pareció enfadado. —Si hubieran hecho su trabajo correctamente, ni siquiera estarían aquí.

Emma tardó un momento en procesar a qué se refería, mientras que Alex sabía exactamente por dónde iban los tiros. El padre de Cecilia buscaba a alguien a quien culpar. Ellos también buscaban a alguien, y mientras no tuvieran un sospechoso, Emma, Alex y toda la plantilla de la policía de Bielefeld tendrían que servir de blanco. Así era siempre, y así sería siempre.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Emma con una sonrisa, señalando los dos sillones frente a la pequeña mesa en forma de riñón.

—Si no les queda más remedio —dijo Juan López con resignación, apartando la mirada de ella y dirigiéndola hacia la ventana abierta junto a la estantería.

—Lamentamos de veras lo que le ha ocurrido a su hija y que tengamos que... en un momento como este.

—¿Lo que le ha ocurrido? —interrumpió él—. No ha tenido un trágico accidente de tráfico. Ha sido asesinada, y el mundo entero ha podido verlo.

—Queremos averiguar quién lo hizo —dijo Alex, intentando no enfadar más a Juan; de lo contrario, no conseguirían sacarle nada más—. Su declaración podría ayudarnos mucho en eso.

—¿Qué diferencia hay? Cecilia está muerta.

—Y Anna Nowak también —añadió Alex.

Juan lo miró, inquisitivo. —¿Anna ha muerto?

—Sospechamos que ha sido víctima del mismo autor que su hija. —Juan pareció anonadado por la noticia—. Ayúdenos a atrapar al asesino antes de que le haga algo a alguien más —añadió Emma con empatía.

Sugerir a los civiles que podían ayudar a atrapar a un culpable siempre era una buena forma de hacerles hablar.

—¿Creen que es un asesino en serie?

—En este momento, tenemos que suponer que sí —dijo Emma.

—¡Oh, Dios! —Juan rompió a llorar.

Louisa le habló con tono tranquilizador hasta que dejó de llorar, pero todo su cuerpo temblaba. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras decía: —No entiendo por qué ha tenido que ser mi niña. Nunca hizo daño a nadie.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Emma.

—Ayer por la tarde. Aquí, en su cuarto. —Miró a Louisa, y parecía como si estuviera mirando a través de ella—. Estaba leyendo y quería irse a dormir pronto. Esta mañana he ido a despertarla y ya

no estaba. Tampoco parecía que hubiera dormido aquí. Miren. —Señaló la cama pulcramente hecha—. Cecilia se la hace ella misma cada mañana, pero no así. Evgenia es nuestra asistenta y no llega antes del mediodía. Entonces siempre hace el cuarto de nuestra hija y su cama. Eso que ven ahí es obra de sus manos.

—Así que su hija estuvo fuera de casa durante la noche.

—Cosa que no entiendo. Nunca sale sin avisarnos.

—Quizá aceptó una cita improvisada y no quiso despertarlos —dijo Alex.

—No —dijo Juan con firmeza—. Mi niña no hace cosas así.

Alex se guardó para sí lo que hacían los hijos cuando los padres no miraban. Se levantó, caminó despreocupadamente hacia la primera ventana abierta y examinó el marco, por si alguien hubiera trepado desde el exterior y dejado huellas. Aunque le parecía improbable que alguien escalara la fachada como Spider-Man y secuestrara a Cecilia, hoy en día todo era posible. —¿Tenía novio?

—No.

—¿Un exnovio? —preguntó Alex, mientras inspeccionaba la siguiente ventana.

—No. Nunca ha tenido una relación seria.

Era posible que simplemente no se lo hubiera contado a sus padres; tal vez le gustaran las mujeres y no se atreviera a decírselo, o tuviera problemas de compromiso pero aun así se divirtiera de forma casual de vez en cuando. El padre, que creía conocer tan bien a su hija, no querría oír nada de eso.

En la cuarta y última ventana, Alex no pudo ver el menor rastro de allanamiento ni nada que indicara que alguien hubiera entrado desde el exterior o que alguien hubiera salido trepando desde el interior.

—Ahora que lo pienso —dijo Juan—, sí tuvo un novio una vez. Fue hace bastante tiempo y no duró mucho. Tenía catorce años. No recuerdo el nombre ahora mismo.

—¿Terminó ella la relación? —preguntó Emma, mientras Alex echaba una mirada escrutadora al cuarto de baño abierto. Había una ventana allí, pero habría sido demasiado pequeña para que un adulto pasara por ella. Luego había un estrecho tragaluz, pero nada más.

—No lo recuerdo.

¿Podría tener algo que ver con Kim Scholz?, se preguntó Alex de vuelta al sillón. *¿Fue incapaz de entablar una relación después de su muerte debido a la culpa?* Aquello sonaba un poco descabellado, y desechó la idea. En cualquier caso, podían descartar al ex vengativo.

—¿Se le ocurre alguien que no se llevara bien con Cecilia? —preguntó Emma.

—Se preocupaba más por los demás que por sí misma. Por eso no le iba tan bien en los estudios, porque siempre había gente que necesitaba su ayuda.

—¿Qué estudiaba?

—Psicología. Quería abrir su propia consulta y luego ocuparse principalmente de adolescentes. No de gente como nosotros. Aunque ciertamente habría ganado mucho dinero muy rápido de esa manera. No. Siempre decía que quería estar ahí para los que no pueden pagarse una buena terapia y nadie más ve. Hacía mucho trabajo voluntario. Una chica tan buena... Mi niña. —Más lágrimas se abrieron paso—. ¿Por qué tuvo que ser mi niña? —Empezó a llorar de nuevo.

Para Alex, todo cobraba cada vez más sentido. Cecilia estaba con un chico y rompió con él poco después del suicidio de Kim Scholz. Luego se distanció de Anna y Melina para enmendar sus actos. Había sentido remordimientos y se había propuesto como misión ayudar a los jóvenes, tal vez incluso salvarlos del suicidio. Por un lado, no era justo que se hubiera ido de rositas. Por otro, era un buen ejemplo de alguien que podía arrepentirse de sus actos y evolucionar hasta ser una persona mejor. Y ahora el karma la había alcanzado después de todo.

—¿Cree que la vocación de su hija estaba relacionada con el suicidio de Kim Scholz? —preguntó Alex.

Juan dejó de sollozar bruscamente y miró a Alex como si no entendiera por qué sacaba el tema. —¿A qué viene eso?

—Nuestras investigaciones hasta ahora han demostrado —intervino Emma— que su hija, junto con Anna Nowak y Melina Wagner, acosaron a Kim Scholz tan gravemente que pudo haber sido la causa de que se quitara la vida.

Juan hundió los hombros. —Sí, puede que tenga algo que ver con ello —dijo en voz baja.

—¿Lo sabía? —preguntó Alex.

—Mi hija y yo... tenemos una relación muy estrecha. No me lo contó inmediatamente, y su madre no sabe nada al respecto. Me gustaría que siguiera siendo así, por favor.

—De acuerdo —dijo Alex, viendo que Juan esperaba tal confirmación.

—Gracias... Me lo contó dos años después. No supe qué decir ni qué hacer. No podía ir exactamente a la policía ni a la familia Scholz. Lo que le pasó a su hija es espantoso. Y me temo que solo ahora entiendo lo que se siente cuando tu propio hijo muere, y cómo buscas desesperadamente a alguien a quien culpar. Y no puedo quitarme la sensación de que debería haber hecho algo. Que debería haber cuidado mejor de mi niña en lugar de viajar por el mundo para ganar más dinero del que podemos gastar. —Empezó a llorar de nuevo—. Mi niña. Mi pequeña. Por favor, perdóname. —Se derrumbó sobre sí mismo, gritando, llorando, sostenido por Louisa, que intentaba consolarlo. Ella asintió a Alex y a Emma para indicarles que era el momento de marcharse.

Alex sintió de repente una oleada de simpatía por este hombre y pudo comprender lo impotente que se sentía a pesar de todo el poder que había conseguido a través de su riqueza. Nada de eso importaba ahora.

Emma le dio un codazo a Alex. Él la miró, y pareció como si ella hubiera estado de pie a su lado esperando un rato. Alex se levantó, se guardó el cuaderno en el bolsillo y siguió a Emma fuera de la habitación. Aún podía oler la lavanda en el pasillo, y se preguntó cuánto tiempo perduraría el aroma en el cuarto y cuándo acabaría por desvanecerse. Al pensar que Cecilia, precisamente ella, que obviamente se había arrepentido sinceramente de sus actos y había querido arreglarlo todo de algún modo, nunca volvería a olerlo, sintió una oleada de ira: hacia el despiadado asesino y un poco hacia sí mismo por haber sido tan prejuicioso.

—¿Has encontrado algo en las ventanas? —preguntó Emma mientras bajaban por el rellano hacia las escaleras.

—No.

—Entonces debe de haberse escabullido para encontrarse con alguien.

—Tal vez sí tenía un novio al que quería ver, pero nadie sabía nada de él.

—O el asesino la atrajo fuera. Quizá porque sabía lo que le pasó a Kim y lo usó como chantaje.

—Entonces el asesino podría ser alguien a quien conocía.

Alex se detuvo al pie de la escalera y miró hacia el salón, donde la madre de Cecilia seguía durmiendo. Tendrían que interrogarla en otro momento. A través de la puerta principal abierta, Alex vio más allá del compañero uniformado hacia donde Tom Seidensticker estaba de pie, no lejos de la entrada, vapeando.

—No sé si vamos por el buen camino con Kim Scholz —dijo al salir. Justo antes de cruzar la dura línea que separaba la sombra de la casa de la brillante luz del sol, se puso las gafas de sol.

—¿Por qué no? —preguntó Emma, poniéndose a su lado.

—Es el factor tiempo. Claro, podrías decir que diez años es un número redondo, pero eso por sí solo no me basta. ¿Por qué esperar

tanto cuando sabes quién es el responsable de aquello de lo que quieres vengarte?

—¿Y si el asesino se ha enterado hace poco?

—¿Así de repente?

—A lo mejor no. Sabríamos más si pudiéramos echarle el guante a los datos de los teléfonos de Anna y Cecilia.

Se despidieron en silencio de Tom Seidensticker y caminaron por el ancho sendero de grava blanca hasta la gran puerta de hierro forjado transparente, que se abrió automáticamente unos metros delante de ellos.

—El equipo técnico no ha encontrado nada en sus cuentas en la nube hasta ahora que pueda interpretarse como acoso —dijo Alex.

—No me refería a eso —dijo Emma—. Podría haber sido simplemente una publicación en Insta o Facebook que parece inofensiva al principio. Solo el asesino podría haber visto algo en ella que le hiciera saltar.

—O incluso algo que finalmente le revelara que esas tres fueron las responsables de la muerte de Kim Scholz.

Capítulo 20

Emma estaba a punto de arrancar cuando recibió un mensaje en su teléfono del trabajo. Era el expediente de Kim Scholz, que había solicitado antes de su visita a la familia López. Una breve nota en una ventana emergente indicaba que los compañeros no habían podido encontrar nada más que aquello. Emma giró la llave de contacto y el aire acondicionado empezó a funcionar.

Apoyada en la consola central con el smartphone en la mano derecha, sintió que Alex se inclinaba hacia ella para poder echar un vistazo también al archivo. No sabía por qué, de repente, se encontró esperando que el desodorante no le estuviera fallando. Alex, por otro lado, olía de forma interesante; probablemente alguna fragancia masculina que ella no reconoció. Por un breve instante sintió un sofoco, que seguramente se debía solo al calor que hacía.

La foto de Kim mostraba a una chica guapa, solo que no estaba durmiendo; yacía sobre una mesa de autopsias. Hoy habría cumplido veinticuatro años. *Una verdadera lástima*, pensó Emma.

El rostro de Kim era un mar de pecas, con una nariz pequeña y labios finos, pero todo aquello había sido destruido. Los vasos sanguíneos reventados en su cuello apuntaban al estrangulamiento.

—La mitad de los suicidios se cometen por ahorcamiento —dijo Alex—. La otra mitad se quitan la vida con una sobredosis de pastillas o drogas.

—Lo sé —dijo Emma, y luego se dio cuenta de que él solo estaba pensando en voz alta. El calor les estaba afectando de verdad—. Aun así, es posible que el perpetrador sepa cómo murió Kim y que por eso esté colgando a las mujeres.

—Lo sabe porque o bien la conocía bien o bien se corrió la voz en su momento. Podría haber sido tanto un vecino como un familiar. O un profesor del colegio.

Emma deslizó el dedo por la pantalla para llegar a los datos de los familiares. Madre, Annika Scholz, de cincuenta y cuatro años. Padre, Frederik Scholz, con una nota suplementaria escrita a mano —presumiblemente por Schwarz, que tenía una caligrafía agradablemente legible—: fallecido por causas naturales hace dos años.

—¿Cómo de natural puede ser dejar este mundo a los cincuenta y cinco? —comentó Alex, y Emma estuvo de acuerdo con él.

Kim tenía dos hermanos, siguió leyendo Emma. Oscar Scholz, de veintiún años, y Lennard Scholz, de treinta y dos. Por lo tanto, la madre, Annika Scholz, solo tenía veintidós años cuando tuvo a su primer hijo.

Emma navegó hasta el informe que contenía los detalles del incidente y quién había encontrado el cuerpo. Puso el teléfono en posición horizontal y se desplazó lentamente por el texto. Alex leyó con ella.

—Para un momento ahí, por favor —dijo él.

—¿Voy muy rápido?

—No, no. Es que se me acaba de ocurrir algo al leer esto. —Señaló el texto con el dedo—. Aquí dice que se suicidó la noche en que sus padres se fueron fuera durante dos días. Se suponía que ella debía cuidar de su hermano Oscar, que tenía diez años en aquel entonces. En lugar de eso, se cuelga en el desván y su hermano se queda con ella durante dos días enteros hasta que sus padres lo encuentran acurrucado debajo del cadáver balanceante de su hermana. Eso es suficiente para traumatizar a una persona de por vida y permitir que se desarrolle un deseo de venganza con los años. Y entonces, después de exactamente diez años, le invade y deja volar su fantasía. Dos días. Y dos cuerpos que no baja de la viga. Al igual que a su hermana, los deja allí colgados.

Emma bloqueó el teléfono. —Entonces sigue quedando la pregunta de cómo descubrió quién empujó a su hermana al suicidio.

Siempre que fuera así como ocurrió y no fueran otras circunstancias, quizá familiares, las que la indujeran a hacerlo.

—¿Abuso?

—O presión por el rendimiento académico. —Eso ocurría más a menudo de lo que uno podría pensar, por desgracia. Ya se habían dado tres casos así en tres institutos de Bielefeld desde principios de año.

—También existe la posibilidad de que a Cecilia le remordiera la conciencia y le confesara todo a la familia Scholz en algún momento cercano al aniversario —aventuró Emma.

—Así podría ser como el hermano menor encontró a sus víctimas.

Capítulo 21

La familia Scholz, un hogar de abogados, había vivido durante nueve años en una casa pequeña y tranquila en Bielefeld-Quelle, uno de esos barrios de postal donde se había asentado la clase media-alta. Después de que sus hijos se mudaran y su marido falleciera, Annika Scholz vivía sola en la casa de hermosa fachada, jardín delantero bien cuidado y la valla blanca que la rodeaba. No se oía el ruido de la ciudad, solo el trino de los pájaros y el zumbido de un cortacésped a unas pocas casas de distancia. Por un momento, esto transportó a Emma de vuelta a su infancia, a la casa de sus padres en Berlín, que se encontraba al final de un callejón sin salida y donde el estruendo de la ciudad solo se escuchaba cuando el viento soplaba a favor.

Al abrir la puertecita del jardín, una cabeza tocada con un sombrero de paja asomó tras el rosal que había junto a la puerta principal.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó la mujer, mirando a los dos investigadores con su rostro pecoso. El parecido con Kim era asombroso.

—Bajetzky, y este es mi colega, el señor Kuper. Somos de la policía judicial de Bielefeld. ¿Es usted Annika Scholz?

—Lo soy. —Su expresión se ensombreció. Se puso en pie y se sacudió la tierra de las rodillas con los guantes de jardinería—. ¿Les pasa algo a mis hijos? —preguntó con ansiedad.

A Emma no le sorprendió que reaccionara así ante la llegada de la policía judicial. Al fin y al cabo, ya había perdido a una hija. Probablemente nunca se libraría del temor de que pudiera volver a ocurrir.

—No —dijo Emma en tono tranquilizador—. Solo nos gustaría hablar con usted.

—¿Es por Kim? —preguntó ella.

—Sí —respondió Emma.

—De acuerdo. Por favor, pasen al jardín. —Señaló el lado izquierdo de la casa, donde un estrecho sendero conducía a una terraza. Al dar la vuelta a la casa, el jardín se abrió ante ellos. Era una estampa de crecimiento silvestre ordenado. Todo parecía dispuesto con esmero, pero de forma natural. A excepción del césped cortado al milímetro y la pequeña fuente, donde tres chorros de distintas alturas murmuraban sin cesar.

Se sentaron en sillas de mimbre en la terraza pavimentada con piedra natural. Annika Scholz se agachó hacia una pequeña nevera situada junto a la puerta corredera del salón. —¿Quieren beber algo?

—Agua, por favor —dijeron Emma y Alex casi al unísono.

Rodeados de tantas plantas en un espacio tan confinado, la humedad en el jardín era sensiblemente mayor que en la parte delantera de la casa. *Probablemente más alta que en el resto de la ciudad*, pensó Emma. Ya se sentía pegajosa por todas partes, como si una película de humedad se hubiera posado de repente sobre ella.

—¿Hay alguna razón en particular por la que quieran preguntar por Kim después de diez años? —Colocó tres botellitas de agua sobre la mesa y las abrió con un abridor.

—Estamos siguiendo algunas pistas que podrían ayudarnos con un caso actual —dijo Emma.

Annika Scholz se sentó. Se tiró del vestido de verano antes de cruzar las piernas y cubrirse las rodillas sucias con el dobladillo. —¿Y qué tiene que ver un caso actual con mi hija?

—Se trata de antiguas compañeras de clase de su hija, a las que se vincula con algo que debió de ocurrir antes del suicidio de Kim. —Emma se dio cuenta de que había planteado la situación de forma muy vaga, especialmente para una abogada como Annika Scholz. Sin embargo, no quería revelar más información. Todavía no.

—¿Y creen que mi hija podría haber hablado de ello?

—Eso suponemos.

—Ella no me contaba mucho. Solo las cosas habituales que dicen los adolescentes cuando les preguntas qué tal el instituto.

—¿Y qué cosas eran esas?

Annika Scholz enarcó una ceja. —Bueno —dijo, como si todo el mundo debiera saberlo—. No se les saca mucho más. De todas formas, Kim se guardaba mucho para sí misma. Y era una persona tan encantadora… Siempre veía lo bueno en los demás y siempre tenía una sonrisa en la cara. Era popular en clase.

—¿En qué sentido se guardaba mucho para sí misma? —preguntó Emma, ligeramente sorprendida por la descripción espontánea de Annika Scholz. Sonaba ensayada.

—Pintaba mucho, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Conserva todavía los cuadros? —preguntó Alex.

Annika miró su botella de agua, pensativa. La giró milímetro a milímetro en círculo con el pulgar y el índice. —No. Pensamos que lo mejor era no conservar nada suyo tras la mudanza. Aquí nadie sabe siquiera de su existencia. Vive en nuestros recuerdos. Y eso ya es bastante doloroso.

—¿Cómo llevan ese dolor sus hijos? —preguntó Emma.

—Cada uno a su manera. Lennard, el mayor, hace lo que mi marido y yo hemos hecho todos estos años. Se vuelca en el trabajo para reprimir el duelo. —Soltó la botella y miró más allá de los dos investigadores, hacia la fuente—. Oscar es muy diferente. Se pierde en los videojuegos. —Miró a Emma, pareciendo algo decepcionada, tal vez de su hijo, tal vez de sí misma—. Desde que mi marido murió —continuó—, creo que ninguno de nosotros ha sido capaz de seguir reprimiéndolo con éxito.

—¿De qué murió su marido?

—Un infarto. Desde entonces, he reducido mi jornada en el bufete y solo voy dos veces por semana. Casos pequeños, ya nada importante. Lennard y nuestros socios se encargan de eso. Ojalá lo

hubiéramos hecho antes. Quizá mi marido seguiría vivo. Y Oscar… quién sabe.

—¿Tenían mucho estrés en el trabajo? —preguntó Emma.

—Sí, pero eso nunca nos molestó. Al contrario. Nos asegurábamos de que fuera así. Cuanto más estresante era, más satisfechos estábamos al final del día. Y menos pensábamos en nuestra hija. —Volvió a coger la botella y jugueteó con ella—. Kim era el mundo de mi marido. Eran muy parecidos, aunque físicamente se parecía más a mí. Estoy segura de que, con los años, fue cada vez menos capaz de sobrellevar la pérdida. Al final, ni siquiera podía mirarme a la cara.

Murió de pena, pensó Emma. Ella creía de verdad que algo así era posible. Quizá esa fuera la razón por la que su madre se había olvidado de su padre tan rápido después de que este desapareciera. Ese era su propio caso sin resolver. Durante casi veinte años, había creído que la policía de Berlín había sido descuidada y que su padre todavía estaba ahí fuera, en alguna parte… vivo. E incluso si no lo estaba, tenía que ser posible averiguar qué le había ocurrido. Esa era una de las razones principales por las que se había metido a policía. Quería hacer un mejor trabajo y encontrar la verdad por ella misma y por su madre, para que pudieran cerrar ese capítulo. Por supuesto, había analizado repetidamente cada posibilidad: que su padre fuera un agente secreto, un secuestrado, o un cobarde que había empezado una nueva vida sin su mujer ni su hija. Con los años, Emma había desarrollado cierto distanciamiento respecto al caso, pero no podía ni quería rendirse y limitarse a archivar el expediente como había hecho su madre. Algún día lo encontraría. Sin embargo, no había podido soportar más el comportamiento de su madre y se había ido de Berlín. Y para evitar que cada esquina le recordara a su padre.

—Desde que Frederik, mi marido, murió, Oscar está aún más retraído.

—Él fue quien la encontró entonces, ¿verdad? —preguntó Emma.

—¿Encontrarla? Estuvo con ella todo el tiempo. No se apartó de su lado ni un solo segundo. Durante dos días no comió ni bebió, solo se quedó allí tumbado, en el ático, hasta que nosotros… —Se quedó en silencio. La fuente seguía chapoteando, acompañando su silencio—. Deberíamos haber cuidado mejor de él —continuó Annika Scholz—. Así al menos seguiríamos teniendo contacto.

—¿Cuánto hace que no tienen contacto? —preguntó Alex.

—Un año y medio. —Suspiró profundamente—. No es que no sepa qué hace o por dónde anda. Lennard lo vigila y me cuenta cómo le va. Aunque también soy consciente de que Lennard suaviza un poco las cosas. Oscar ha sufrido muchísimo, y todavía sigue sufriendo.

—¿Estuvo en tratamiento psicológico? —preguntó Emma.

—Sigue estándolo a día de hoy. Las facturas de su psiquiatra llegan con regularidad. Parece que acude a las citas. Al menos eso es una constante en su vida.

—¿Dónde vive actualmente? —preguntó Alex.

—En un piso compartido de estudiantes cerca de la universidad. Creo que vive con otro chico y una chica. Hace tiempo que no le pregunto a Lennard por los detalles.

—¿Por qué ya no tiene contacto con Oscar?

—Como he dicho, es culpa nuestra.

—¿Se lo dijo él mismo?

—No. Desde la muerte de Kim, apenas habla.

—¿Se expresaba de otra manera? ¿Como su hija con sus cuadros?

—Juega a videojuegos. Por lo demás, no sé cuáles son sus intereses. —Sus ojos brillaron por la humedad.

—¿Ni siquiera ha intentado hablar con él? —insistió Emma.

—Sí, pero siempre me cerró el paso, y ahora ha pasado tanto tiempo… Llevamos tanto sin vernos ni hablarnos que ya no sé ni cómo intentar acercarme.

Emma sintió un nudo en el estómago ante aquella triste historia. ¿Se sentiría su madre igual? ¿Habría intentado ella también arreglar las cosas con Emma y solo la cabezonería de su hija había impedido la reconciliación hasta ahora? —¿Cómo describiría la relación entre Lennard y Oscar?

—¿De verdad se trata de mis hijos? —Annika Scholz se inclinó un poco hacia delante y miró fijamente a Emma. No cabía duda de que aquella madre estaba en modo defensivo y protegería a sus vástagos, sin importar de quién o de qué. Pero estaban hablando de hombres adultos, no de niños pequeños. Emma se preguntó si era posible que Annika Scholz hubiera descuidado tanto a sus hijos tras la muerte de Kim que ahora estuviera intentando compensar inconscientemente lo que debería haber hecho años atrás. —¿De qué compañeras de clase habla exactamente? —preguntó ahora, antes de que Emma pudiera reaccionar. Estaba actuando claramente como la abogada Annika Scholz, más que como la madre. Lo interesante era que no lo había hecho en relación con su marido o su hija. ¿Intentaba proteger a sus hijos? ¿Guardaba algún secreto de ellos? ¿O simplemente su instinto maternal estaba más a flor de piel debido a sus pérdidas de lo que habría estado en otra situación?

—Creemos que hay una conexión entre el suicidio de su hija y Anna Nowak, Cecilia López y Melina Wagner. —Cuando enumeró los nombres, miró deliberadamente a Annika, y solo al mencionar el nombre de Melina pudo detectar un destello de desprecio en su rostro, por breve que fuera.

—Melina fue la mejor amiga de Kim hasta que se juntó con esa tal Anna. De repente, Kim ya no era lo bastante buena.

—¿Cómo ocurrió eso?

—No lo sé. Kim no hablaba de ello. Ya me extrañaba que se pasara todo el tiempo encerrada en su habitación. Lo achaqué a una fase de la pubertad, hasta que una noche la oí llorar. Fui a verla. Fue apenas cuatro semanas antes de que ella… Dijo que no era nada y que quería estar sola.

—¿Volvió a preguntarle después de aquello?

—Sí. Pero se limitó a decir algo de cosas de adolescentes, un poco de malicia entre chicas, ese tipo de cosas.

—¿Conserva todavía su teléfono móvil? —preguntó Emma.

Empezó a decir algo, pero luego cambió de opinión. Finalmente, respondió con un simple «No». Se tiró del dobladillo del vestido y cruzó las piernas hacia el otro lado. —Como he dicho, nos deshicimos de todas sus cosas.

Aunque Emma no la creyó, lo dejó estar. No tenía sentido presionar ahora.

—¿Quizá sus hijos hayan guardado algún recuerdo de su hija? —preguntó finalmente Alex.

—Tendrían que preguntárselo a ellos. Aunque no creo que lo hayan hecho. En aquel entonces todos estuvimos de acuerdo.

—¿Ha visto a alguna de las tres mujeres mencionadas últimamente? —preguntó Alex.

—No. Ni siquiera sabría qué aspecto tienen hoy en día.

—¿Reconoce a esta mujer? —Alex le mostró una foto actual de Cecilia en su teléfono. Emma recordó la foto del perfil de Instagram.

—¿Quién se supone que es?

—Es Cecilia López —dijo él.

—Nunca la he visto. —Se levantó y empezó a recoger la mesa, colocando las botellas vacías en una pequeña caja debajo del banco de madera junto a la nevera—. ¿Le ha pasado algo, o por qué dirigen sus preguntas hacia ella?

—No podemos decírselo.

—Muy bien, pero entonces espero que tengan más éxito en su investigación, sea de lo que sea, del que tuvieron con mi hija.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó Emma.

—¿No es obvio? La empujaron al suicidio. Ella nunca se habría quitado la vida por iniciativa propia. Mi Kim no. —No pudo contenerse más y empezó a sollozar. En el proceso, una de las

botellas se le resbaló de la mano, cayendo con estrépito junto a la caja y quedándose quieta al pie del banco.

—Teníamos tantos planes juntas —dijo perdida en sus pensamientos, mirando la botella en el suelo—. Ella nunca lo habría echado todo a perder así como así.

Capítulo 22

—Tenemos que volver a interrogar a Melina Wagner —dijo Emma mientras Alex se sentaba frente a ella en la mesita de la acera de un puesto de kebabs en Kesselbrink, hincándole el diente a un plato de currywurst con patatas fritas—. Necesito saber por qué Melina y Kim dejaron de ser amigas de repente. Hay algo que no encaja, y creo que la madre de Kim sabe algo.

—Tengo la misma sensación —asintió Alex.

Por suerte, el sol ya había girado alrededor del edificio, ofreciéndoles un rincón a la sombra. Hacía tanto calor que Emma sentía que el olor de la comida se mezclaba con el aroma a plástico recalentado que emanaba de los muebles baratos.

—Por otro lado —continuó Emma—, probablemente sea mejor volver a interrogar a la madre de Anna antes de ir a ver a Melina. Me gustaría echar un vistazo a la habitación de Anna. Al fin y al cabo, fue elegida como la primera víctima. Lo cual tiene poco sentido si ella era realmente la responsable del acoso.

—¿Te refieres a que a los cabecillas se les suele liquidar al final? Podría ser. —Alex puso un pequeño tenedor de plástico frente a Emma y empujó su plato hacia el centro, a pesar de que ella le había dicho que no quería comer nada.

—Los perpetradores también lo hacen para inquietar a sus próximas víctimas —explicó Emma—. Puede que Melina sepa que ella es la siguiente. Quizá incluso haya recibido mensajes del asesino. Lo mismo podría aplicarse a Anna y a Cecilia. Creo que el asesino las engañó para que se reunieran con él. No hay señales de secuestro por ninguna parte. Estoy segura de que el equipo de forenses tampoco encontrará nada en casa de los López que sugiera lo contrario.

—Yo también lo creo. Lo que no me trago es que vayas a encontrar una carta o algo por el estilo en casa de Anna Nowak. El

asesino probablemente aún tenga su móvil.

—Pero hay una cosa que no hemos tenido en cuenta.

—¿El qué? —Alex pinchó un trozo de comida.

Emma observó a una madre joven empujando a su hijo que gritaba por la acera con un teléfono móvil pegado a la oreja. —Que hoy en día muchos jóvenes, especialmente los de familias ricas, tienen más de un teléfono.

—Buen punto —dijo él, y se metió unas patatas en la boca.

—Y como es probable que el asesino mantenga el ritmo, no tenemos más remedio que dividirnos.

—Sin problema. Yo me encargaré de los hermanos Scholz, entonces.

—Gracias —dijo ella, pinchando un par de patatas. Había desayunado hacía ya tiempo y, con este clima, no tardaría en sudar las calorías de todos modos.

—Puedo pasar la comida como gastos de representación. —Él mojó una patata en mayonesa.

Emma sonrió. —No sabe cómo la que te dan en la piscina.

—La currywurst se supone que se come con asfalto bajo los pies, no con cloro.

—No sabía que fueras un experto culinario de tal calibre.

Alex esbozó una sonrisa divertida y siguió comiendo, bajando el último bocado con un trago de Sprite antes de decir: —¿Crees que veremos más casos como este en el futuro?

—No lo sé. —Ella jugueteó con las patatas pensativa con el tenedor—. Todo este asunto es muy específico y elaborado. Un perpetrador que cubre tan bien su rastro digital no aparece a menudo. La mayoría de la gente carece de esas habilidades, y entonces se vuelve demasiado arriesgado. Se oye en todas partes: siempre se deja un rastro en internet. —Apoyó el tenedor en el borde del plato.

—¿No quieres más?

—Adelante, reclama el importe total. Así quedará más para la jubilación —bromeó ella. Alex se encogió de hombros, pinchó unas cuantas patatas con el tenedor y se detuvo. Miró a Emma. —¿Y si estamos buscando en el lugar equivocado?

—¿A qué te refieres?

—Volvamos a la teoría de los dos perpetradores. Quizás un hombre y una mujer.

—¿A dónde quieres llegar con eso?

—A la jubilación. A la madre de Kim.

—Ni siquiera ha llegado a los cincuenta y cinco.

—Ya, claro. Pero está prácticamente retirada. Trabaja dos veces por semana, se ocupa del jardín y reacciona de forma tan sensible cuando se trata de sus hijos. ¿Y te has fijado en que apenas dijo nada de su hijo mayor? Podrían ser madre e hijo vengándose por la muerte de Kim.

—No es de dominio público que Anna, Cecilia o Melina acosaran a Kim hasta el punto de que se suicidara. Solo lo sospechamos; no hay nada más. Además, dijo que tenía planes para Kim; probablemente se suponía que iba a entrar en el bufete. ¿Y si Kim tenía ideas completamente diferentes para su vida y creía que no podía detener el futuro que habían planeado para ella? La muerte podría haber sido su única salida.

—Podría ser. —Alex miró pensativo su tenedor—. Aun así, su reacción respecto a los hijos no me convence. Luego está la muerte de su marido, quien, por lo que entendí, murió de pena.

—¿Y qué hay de la confesión de Cecilia a su padre?

—Podría ser perfectamente que Cecilia pensara de la misma manera que nosotros. Que el Triángulo de las Bermudas empujara a Kim al suicidio.

—O fue a ver a Annika Scholz y se lo confesó todo —dijo Alex, aferrándose a su teoría.

—¿Entonces por qué no fue a la policía con eso?

—Porque no puede probar nada contra ellas. Una abogada sabría eso.

—Pero eso sigue sin explicar todo el despliegue técnico.

—El hermano menor parece tener tiempo de sobra para ello. Y la madre también.

—Entonces deberías ir a por Óscar Scholz primero.

—Antes de hacerlo, me haré una idea mejor de su estado psicológico, y parece que su hermano es probablemente quien mejor pueda ayudarme con eso.

Capítulo 23

—Gracias por reservarme un poco de su tiempo —dijo Alex, tras entrar en el despacho con el ventanal que daba a la Willy-Brandt-Platz en el bufete Scholz & Werning—. He tenido que emplear todo mi encanto para conseguir una cita con usted tan pronto.

—Si su placa emana tanto encanto, tengo que hacerme con una —dijo Lennard Scholz, estrechando la mano de Alex con cortesía por encima del escritorio. Eso le permitió a Alex echar un vistazo fugaz a la agenda abierta. La fecha de cada día estaba escrita a mano junto a cada número. Que los abogados tuvieran manías extrañas no era nada nuevo, pero Alex nunca había visto esa en concreto.

—Por favor —Lennard señaló con la mano abierta una de las sillas de cuero frente a él y cerró su agenda de un golpe con la otra—, tome asiento. ¿Qué puedo hacer por usted?

Hablaba con calma y eficacia. Ya fuera por costumbre o por mantener cierta distancia, a estas alturas seguramente ya sabría por su madre de qué iba todo esto. —Tengo unas cuantas preguntas relacionadas con su hermana —dijo Alex sin preámbulos.

Él sonrió, algo que a Alex le resultó desconcertante al principio. Luego pensó que Lennard, a diferencia del resto de la familia, podría haber hecho las paces con el pasado. O quizá era todo lo contrario. —Lo sé. Mi madre ya me ha informado de su visita —admitió.

—Espero que no la haya alterado demasiado.

Su sonrisa permaneció, pero ya no parecía auténtica. —¿Qué es lo que quiere saber sobre Kim?

Alex tenía que tener cuidado con lo siguiente que dijera. Al fin y al cabo, había venido para averiguar más sobre Oscar. No quería preguntar por él directamente. No podía estar seguro de quién era el autor o autores, o si estaban todos implicados. Alex sacó su libreta y pulsó su bolígrafo: fuera y dentro otra vez. Una costumbre que simplemente no podía quitarse.

—¿Cómo era su relación con ella? —preguntó Alex.

—No estábamos especialmente unidos. Nos llevábamos demasiados años de diferencia para eso. Hoy en día no importaría tanto, pero hay mundos de diferencia entre una chica adolescente y un joven de diecinueve años.

—¿No hacían nada juntos?

Sonrió con melancolía. —Nos gustaba ir al cine. Normalmente al *Astoria*. Era un pequeño cine de autor que ya no existe.

El cine de autor no era precisamente lo que más le gustaba a Alex. Por supuesto, también le gustaban las películas sofisticadas, especialmente los dramas. Pero prefería que explotara el mayor número de cosas posible. Así era como mejor desconectaba.

—Después, solíamos ir al McDonald's a filosofar sobre la película. Tuvo buen instinto para las historias desde muy temprana edad. Quién sabe adónde la habría llevado eso.

—Supongo que a los tribunales.

Soltó una risa breve. —Ni de broma.

Alex se sorprendió; su madre había insinuado algo distinto.

—Un espíritu libre como Kim nunca habría sido feliz donde estoy yo ahora.

—Una cosa no quita necesariamente la otra —dijo Alex, tomando notas.

—Claro, yo también tengo mis aficiones, pero Kim no pensaba en ese tipo de categorías. Pensaba como una artista, vivía como tal y pasaba cada minuto libre pintando, leyendo o viendo películas. A menudo iba al cine sola, a veces incluso cuando se suponía que debía estar en el instituto.

—Si le confiaba eso, entonces estaban más unidos de lo que dice.

—Eso no es nada comparado con Kim y Oscar. Esos dos eran inseparables, aparte de las salidas al cine. Al fin y al cabo, él solo tenía diez años por aquel entonces.

Alex pudo ver cómo la mirada de Lennard, que había permanecido fija en el cubilete de los bolígrafos durante su relato, se volvía cada vez más seria y parecía más triste. Luego parpadeó una vez, miró a Alex y pareció haber recuperado la compostura, al menos exteriormente.

—Supongo que su madre le ha informado de por qué estamos haciendo estas preguntas.

—Lo ha hecho. —Lennard sonaba amargado.

—¿Conocía a alguna de las tres mujeres jóvenes?

—A Melina Wagner. Era la mejor amiga de Kim.

—¿Sabe por qué dejó de serlo de repente?

—Kim tampoco supo explicármelo. O no quiso. No tengo ni idea. De un día para otro, Melina empezó a arremeter contra ella y a preguntarle de dónde había sacado siquiera la idea de que alguna vez hubieran sido amigas. Dijo que Kim no era más que un reemplazo temporal. De quién o de qué, no lo sé.

—¿No se lo dijo ella?

—No lo recuerdo. Supongo que lo hizo y puede que sea, como sospecha mi madre, que otros la empujaran al suicidio. Pero nunca vimos señales de ello. Creo que a mi madre le resulta más fácil vivir con ese pensamiento. Pero como he dicho, yo tenía diecinueve años, ella trece, y yo tenía mis propios problemas. El Bachillerato, que tenía que salir muy bien, la próxima mudanza a Paderborn para estudiar, la primera novia de verdad. Todo eso. Mi camino estaba claro y yo había decidido tomarlo.

O simplemente era lo que se esperaba de él, pensó Alex.

—Solo pensaba en mí mismo —continuó Lennard—. Si ella quería decirme algo y yo no tenía ganas de escuchar, se lo decía. Demasiado a menudo. No pasa un día sin que me arrepienta de ello.

Alex sabía por dónde iba esto. —Usted no podría haber evitado que hiciera lo que hizo.

—Tal vez no, tal vez sí. Supongo que nunca lo sabré.

Alex no pudo evitar pensar en Linda. ¿Se arrepentiría él también si no contactaba con ella y, por lo tanto, nunca descubría lo que quería? ¿Debería quizá escucharla, después de todo?

—¿Cuál cree que fue el motivo de su suicidio? —preguntó Alex, intentando distraerse. Normalmente, su vida privada no tenía cabida en su trabajo, pero se tranquilizó pensando que no había dormido lo suficiente últimamente y que ese debía de ser el único motivo por el que no estaba del todo concentrado.

—No lo sé —dijo Lennard Scholz—, y para ser sincero, tampoco quiero saberlo.

Para no correr el riesgo de cargar el resto de su vida con la certeza de que, después de todo, podría haber hecho algo. Ese era el caso de la mayoría de los familiares directos, incluso cuando había una nota de suicidio o indicios claros del motivo. No importaba lo claro o misterioso que fuera, siempre se culpaban a sí mismos.

—¿Ha dicho que su hermano tenía una relación más estrecha con su hermana?

—Sí, así es. —Apartó la mirada fija y se ajustó el chaleco, aunque no era necesario—. Pero no sacará nada de él. No habla de Kim y, desde luego, mucho menos de su muerte. —Bajó la mirada y apretó los labios—. Si tan solo hubiera estado allí. Entonces él no habría pasado todos esos días... —Se interrumpió.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Alex—. No obstante, me gustaría hablar con él.

—Por favor, no lo haga. Ya lo pasa bastante mal de por sí. Especialmente después de la muerte de nuestro padre.

—Soy consciente de lo difícil que debe de ser esto para todos ustedes, y lamento de verdad poner esta carga sobre su familia y reabrir viejas heridas.

—No le acuso de ninguna mala intención. Sé que solo hace su trabajo. Pero Oscar no sabe eso. Desde que Kim murió, apenas hemos dicho una palabra sobre ella. Por favor. Manténgalo al margen.

—Me temo que no puedo hacer eso. —Alex se odió a sí mismo por ello. Mientras que inicialmente había asumido que estaba hablando con un autor potencial, ahora veía ante él a un hombre que intentaba compensar a su hermano por lo que había descuidado con su hermana. Muy parecido a lo que Cecilia pretendía.

—Está bien, si es absolutamente necesario, le acompañaré —dijo él, volviendo a su tono profesional.

Capítulo 24

—Hay que reconocer que tiene agallas —fue el gélido saludo de Richard Nowak al encontrarse con Emma en la puerta principal—. Le dije que encontrara a mi hija. En su lugar, nos tenemos que enterar de que ha muerto.

—Lo sentimos sinceramente, y estamos haciendo todo lo posible para encontrar al responsable.

—Seguro que no lo va a encontrar aquí —hizo amago de cerrar la puerta, pero se detuvo cuando su mujer apareció tras él. —No pasa nada —le dijo ella a su marido—. Déjalas entrar, por favor.

Él vaciló un momento, luego soltó la puerta y desapareció del campo de visión de Emma. Escudriñando por la estrecha rendija, vio cómo Marie Nowak seguía con la mirada a su marido mientras este se perdía primero en el salón y luego salía al exterior.

Marie Nowak parecía algo abrumada. Quizá se debía al comportamiento de su marido, o quizá al de ella misma, cuya apariencia ya no conservaba ni rastro de la opulencia del día anterior. —Perdónenos. —Su voz sonaba cansada y agotada, apenas capaz de hablar con un volumen normal, y mucho menos con algún tipo de entonación. —Pasen.

La villa no había cambiado y, sin embargo, todo se sentía distinto a ayer. Hacía más frío y estaba más oscuro, a pesar de que el sol brillaba en un cielo sin nubes.

—Siento molestarla en un momento de tanto dolor.

—Solo está haciendo su trabajo —dijo ella, como en trance.

Emma se preguntó si siquiera era consciente de que la había dejado entrar en la casa.

—Si no le importa, me gustaría echar un vistazo a la habitación de Anna.

—¿A cuál de ellas? —se limitó a preguntar.

—¿A todas? —respondió Emma, con cierta incertidumbre.

—Sígame. —Se dio la vuelta hacia las escaleras y le indicó el camino.

Emma la siguió, casi tentada de preguntarle a Marie Nowak si necesitaba ayuda. Daba la impresión de que subir cada peldaño le suponía un esfuerzo agotador.

Por encima de la barandilla, que le llegaba al pecho, Emma vislumbró el salón a través del frente acristalado. El humo del cigarrillo que flotaba fuera del cristal era el único signo de la presencia de Richard Nowak.

En el piso de arriba, Marie siguió caminando hasta que entró bruscamente por una puerta abierta a la izquierda. —Esta es su sala de estar —dijo, deteniéndose en el umbral como si un hechizo le impidiera entrar en la habitación.

Emma pasó junto a ella y se encontró en una estancia inmensa que contenía los elementos habituales: un sofá, una televisión y un equipo de música. Además, había una zona retranqueada de al menos tres metros cuadrados forrada de cojines. También había un piano y seis bajos alineados en un soporte específico, rodeados por cinco amplificadores de guitarra diferentes. Emma no sabía nada de esas cosas, pero solo había visto equipos así en vídeos de grandes bandas de rock. A Alex le habría encantado.

—Le encantaba tocar —dijo Marie soñadoramente—. Y era muy buena. Pero nunca quiso estar en una banda.

—¿Por qué no?

—Simplemente no le interesaba —dijo.

—¿Se lo creía?

—Creo que era tímida, aunque no lo pareciera. —Ahora sí entró en la habitación, se acercó a los instrumentos y acarició el mástil de un bajo de color rojo manzana—. Este era su favorito. Un Fender, un modelo especial.

Emma pudo ver esa marca en la parte superior del mástil de otras tres guitarras. Las dos restantes solo estaban marcadas con una gran W, significara lo que significara.

—Para comprarlo, tuve que llevarla en coche hasta Múnich. Se lo compramos a un coleccionista; ya no los fabrican. —Retiró la mano de la guitarra, aunque su mirada permaneció fija en ella—. Después de haberlo comprado y de instalarnos en el hotel, quise llevarla a cenar fuera. Ya que estábamos allí, pensé que deberíamos ver un poco de la ciudad. ¿Sabe qué hizo ella toda la noche? —Emma podía imaginárselo—. Tocó el bajo, y yo pedí servicio de habitaciones y me quedé mirándola todo el tiempo. —Dejó que su mirada vagara por la habitación. Una lágrima le resbaló por la mejilla, pero no pareció darse cuenta—. ¿Qué demonios vamos a hacer con todo esto ahora? —Empezó a sollozar—. Por favor, discúlpeme —dijo, y salió corriendo.

Emma siguió mirando a su alrededor. Junto a la puerta había un gran tablón cubierto con docenas de fotos: fiestas, vacaciones, salidas nocturnas. En todas ellas, Anna se veía alegre, feliz y llena de vida. Melina aparecía en casi todas. Y muchas caras desconocidas. Cecilia no aparecía por ninguna parte. Ninguna de las fotos daba la impresión de que alguien se hubiera sentido incómodo en presencia de Anna. Lo que Emma veía aquí era todo lo contrario de lo que había oído sobre Anna hasta ahora. ¿Por qué hablaban todos tan mal de ella? ¿Eran celos o prejuicios solo porque era rica?

—Siempre le gustó estar rodeada de gente —oyó decir a Marie Nowak. Su voz ya no era tan monótona como antes, aunque ese tono no había desaparecido del todo. No obstante, parecía como si haber permitido que su dolor aflorara brevemente hubiera roto una presa. Emma había presenciado a menudo estos cambios de humor en los familiares de las víctimas. El llanto podía convertirse en una sonrisa en cuestión de minutos si los dolientes recordaban de repente un momento hermoso—. Pero también era feliz a solas con su música. Últimamente no tanto, pero solía dedicarle una hora al día. Antes, podían ser perfectamente seis.

Marie se puso al lado de Emma y se unió a ella para mirar las fotos. Durante un momento, ninguna de las dos dijo nada. Entonces Emma tuvo que plantear la pregunta por la que había venido, que había preparado en varias versiones. —Con tantos amigos, su teléfono no pararía nunca.

—Por eso tenía más de uno. Ayer hubo muchas llamadas y mensajes. Pero lo ignoré todo.

—¿Le importaría si les echara un vistazo? —Emma se volvió hacia Marie, que seguía mirando las fotos, sopesando al parecer si accedía o no—. Podría ayudarnos a avanzar —añadió Emma, con la esperanza de persuadirla.

—¿Cree que el asesino está entre sus contactos? —Ahora miró a Emma. Era casi una súplica, como si esperara que Emma respondiera que sí.

—No podemos descartarlo. En muchos casos, el perpetrador conoce a la víctima personalmente. A menudo forman parte incluso del círculo familiar.

—No nos queda mucha familia. Ciertamente no en la zona. —Miró soñadoramente más allá de Emma. Luego volvió a mirarla—. Venga. Le daré los teléfonos.

—¿Cuántos hay? —preguntó Emma, sorprendida.

—Tiene tres en total —dijo Marie mientras se dirigían a la puerta siguiente y entraban en una habitación más pequeña que era claramente el dormitorio de Anna. Al lado del vestidor había una puerta cerrada, que Emma supuso que conducía a un baño privado.

—Los puse aquí —dijo Marie— y los puse en silencio. —Abrió el pequeño cajón de la mesita de noche junto a la cama con dosel, sobre la que colgaban pósteres de Guns N' Roses, Led Zeppelin y Jimi Hendrix. El hecho de que conociera esa música, que era incluso más antigua que Emma, fue una pequeña sorpresa. Emma también era fan, lo que la hizo sentir una conexión repentina con Anna. A menudo se sentía así cuando profundizaba en la vida de las víctimas.

La última vez había sido con Zoe D'Amato, la primera víctima de Stefan Bauer.

Marie se volvió hacia Emma y miró inquisitivamente los dos iPhones que tenía en la mano. —Ayer ni me di cuenta. El 12 y el 14 —dijo, sosteniendo el más nuevo—. Este es en realidad su teléfono principal. Se lo lleva a todas partes. Los otros dos siempre los deja en casa.

—¿Cuál falta? —preguntó Emma, sacando una pequeña bolsa de plástico para pruebas de su bolso.

—El 10.

Emma mantuvo la bolsa abierta para Marie, que dejó caer los dos teléfonos dentro. Le dio las gracias y se los guardó en el bolso. —En cuanto hayamos terminado de analizarlos, se los traeré de vuelta inmediatamente.

—¿Por qué se habrá llevado el 10? —se preguntó Marie, más para sí misma, con su voz recuperando ese tono monótono inicial—. Es viejísimo. —Miró a Emma, pero era como si estuviera mirando a través de ella.

Buena pregunta, pensó Emma. Quizá el equipo de informática encontraría pistas en los teléfonos restantes. Por supuesto, tenía la tentación de mirarlos ella misma de inmediato, pero el reglamento dictaba que todo lo relacionado con la tecnología debía ser revisado por expertos.

—Me acabo de acordar: cuando estaba poniendo el teléfono en silencio, llamó Melina. Incluso estuvo aquí hoy. Richard no la dejó entrar. Tan antipático como siempre.

—¿Le dijo qué quería? —preguntó Emma.

—No hemos hablado entre nosotros desde ayer. Para cuando me enteré de que había estado aquí, ya habían pasado horas.

—¿Le habló Anna alguna vez sobre Melina?

—¿Está insinuando algo específico? —Marie sonó inesperadamente cortante.

—Hemos descubierto que su hija, junto con Cecilia López y Melina Wagner, formaba un trío que no era precisamente popular en su antiguo instituto.

—¿Mi hija era impopular? Entonces debería preguntar a todos los profesores y mirar sus notas. Tenía una media de notable alto en el bachillerato, además de todo ese trabajo voluntario... eso no hace que una persona sea impopular.

—¿Qué tipo de trabajo voluntario era? —Esta pregunta, con suerte, dirigiría la conversación en otra dirección. Emma estaba molesta consigo misma por haber sacado siquiera el tema de la popularidad. Naturalmente, la madre de Anna no quería oír nada malo sobre ella tan poco tiempo después de recibir la noticia de su muerte.

—Supervisión de deberes, tutorías en el instituto. Ese tipo de cosas. Si alguien era impopular, esa era Melina.

—¿Por qué?

—Era una mala influencia.

—¿Porque no tiene dinero?

—Eso no tiene nada que ver —dijo ella, como si Emma la hubiera insultado—. Siempre quería ser la jefa.

Interesante, pensó Emma. La madre de Kim le había dicho algo similar. Era de suponer que la actitud de Melina ya no le sentaba bien a Kim, y que esta había encontrado en Anna a alguien nuevo a quien poder dominar. Esa sería una buena razón para que una ególatra terminara una amistad de la noche a la mañana.

—¿Por qué no nos contó nada de esto ayer?

—De verdad pensé que los vídeos eran obra de Melina y Anna, y quería que ambas respondieran por ello personalmente.

Marie Nowak había reforzado la sospecha de que podría haber sido Melina quien asesinó a las dos mujeres, así que Emma presionó más: —¿De qué manera influía Melina Wagner en su hija?

—No tengo un ejemplo concreto. Solo lo sospecho. A veces oía a Melina sugerir algo que Anna no quería hacer. Media hora después, en su habitación, terminaba haciéndolo de todos modos. No le di importancia en aquel momento. Cuando eres joven, cambias de opinión rápido y por las razones más triviales. Mirando atrás, eso pasaba con bastante frecuencia.

Emma pudo ver cómo Marie procesaba esto y cómo aumentaba su indignación. Lo cual era perfectamente comprensible.

—¿Podría imaginar a Melina Wagner siendo capaz de algo como el acoso? —Esta vez, dejó deliberadamente a Anna fuera de la pregunta.

—No me sorprendería —dijo, con voz tajante y amarga.

—Si estaba casi siempre con Anna, y hubo una o más personas que tenían motivos para estar enfadadas con Melina, es de suponer que su hija podría haberse visto arrastrada a ello.

—Mi hija nunca hizo nada parecido. Ella era popular.

—No estoy sugiriendo que hiciera nada en realidad —dijo Emma, tratando de apaciguarla.

—Conozco a mi hija. Si alguien es capaz de algo así, es Melina.

El teléfono de trabajo de Emma sonó. Lo sacó torpemente del bolsillo trasero, se disculpó con Marie Nowak y atendió la llamada en el pasillo.

—Aquí Schwarz. Tenemos un vídeo nuevo. Pero es diferente de los otros.

Capítulo 25

LENNARD Scholz llamó con fuerza tres veces a la puerta del piso, en la cuarta planta, y abrió sin esperar respuesta.

—Soy yo, Lennard —dijo en voz alta al entrar.

Alex lo siguió al estrecho recibidor, del que salían dos puertas cerradas a la izquierda y tres a la derecha. Para tres residentes, eso dejaba una para la cocina y otra para el baño. El pasillo era angosto y, para alguien como Alex, que debido al entrenamiento regular tenía unos hombros cualquier cosa menos estrechos, el perchero atestado de ropa frente a la puerta abierta hacía que todo resultara un poco agobiante.

—Oscar, ¿estás ahí?

Nadie respondió. O bien los otros dos compañeros estaban fuera o seguían durmiendo. Tratándose de estudiantes, ambas cosas eran posibles. *El gato de Schrödinger en un piso compartido*, pensó Alex mientras cerraba la puerta del piso. Siguió a Lennard hasta el final del pasillo, hacia la puerta de la derecha.

Lennard llamó. —¿Oscar?

De nuevo, no oyeron nada.

Abrió la puerta y entró en una habitación a oscuras y con olor a cerrado donde la única fuente de luz era una gran pantalla de ordenador. Oscar estaba sentado frente a ella con unos auriculares puestos, jugando a un juego de estrategia que le obligaba a mantener el ratón en constante movimiento. Todo ocurría muy rápido en la pantalla y Alex, que no jugaba de forma intensa desde su juventud, fue incapaz de soportar mucho tiempo aquella velocidad y sobrecarga sensorial gráfica. Solo cuando Lennard se puso a su lado y chasqueó los dedos en su campo de visión, Oscar reaccionó. No se asustó ni se sorprendió. Lo miró casi con letargo, luego miró a Alex por encima de él y después volvió a la pantalla para seguir jugando.

Lennard le bajó con cuidado los auriculares hasta el cuello. —Oscar, he traído a alguien que quiere hablar contigo. ¿Te parece bien?

Oscar mantuvo el ratón quieto un momento y no hizo absolutamente nada más que mirar fijamente la pantalla. —¿Quién? —preguntó al fin, antes de seguir jugando.

—Este hombre es de la policía.

Oscar siguió concentrado en el juego.

—Tiene unas preguntas sobre Kim.

De nuevo, hizo una pausa. Detuvo el juego y se giró hacia ellos en su silla de *gaming*.

—¿Te parece bien? —preguntó ahora Lennard, lleno de preocupación.

—Está bien —dijo Oscar.

—¿Puedo abrir la ventana? —preguntó Lennard.

—Vale.

Lennard pasó por encima de la ropa tirada en el suelo para subir la persiana. La luz del sol hirió los ojos de Alex. A Oscar no pareció importarle. Su expresión permaneció inalterada. Lennard abrió la ventana de par en par, dejando entrar en la habitación el ruido sin filtros de la hora punta. El olor seguramente seguiría pronto, lo cual, por una vez, era una auténtica bendición.

Lennard se sentó junto a Oscar a los pies de la cama, apoyando los codos en los muslos para estar lo más cerca posible de su hermano.

Oscar se limitó a mirar fijamente a Alex. Lo miró a los ojos todo el tiempo. Incesantemente y con una vaciedad en la mirada que hizo que Alex se preguntara si la mente del chico seguía en su juego y si se había dado cuenta siquiera de que tenía delante a un agente de la policía judicial que quería hacerle preguntas sobre su hermana. En cualquier caso, Alex solo podría salir de dudas si empezaba a hablar.

—Me gustaría que me dijeras... no te importa que te llame Oscar, ¿verdad?

—Está bien —dijo Oscar de nuevo.

—No tienes que hablar con él si no quieres —dijo Lennard con suavidad.

—Lo sé —dijo Oscar. Parpadeó, probablemente por primera vez desde que se había apartado de la pantalla. Miró un instante por detrás de Alex, como si hubiera alguien más allí de pie. Luego volvió a mirarlo a él. Alex echó un vistazo por encima del hombro. No había nadie, y Alex no podía oír pasos ni ningún otro ruido que indicara que hubiera otra persona cerca.

—Tu hermano me ha dicho que tenías una buena relación con tu hermana —empezó Alex.

—Aún la tengo —dijo él.

Alex podía entenderlo perfectamente. Después de que su mejor amigo muriera de leucemia —Alex era algo más joven de lo que era Oscar ahora—, él también había tenido la sensación de que seguía conectado a él, de que seguía allí aunque Alex no pudiera verlo. Aunque no creía en fantasmas ni en el buen Dios y un magnífico reino de los cielos, a veces seguía teniendo la sensación de que había algo que nos esperaba después de la muerte. No sabía explicárselo a sí mismo y hacía tiempo que había dejado de cuestionárselo. Simplemente dejaba que fuera así. —¿Pasabais mucho tiempo juntos?

—Casi todo el tiempo. —Sonrió—. Me llevaba con ella a todas partes. —Luego la sonrisa se desvaneció lentamente—. Después ya no.

—¿A qué te refieres con después?

—Cuando llegó a la pubertad —intervino Lennard.

—Sí —confirmó Oscar.

Alex no dejó que eso lo disuadiera y continuó. —Nos preguntamos cuál pudo ser el motivo para que se ahorcara.

Lennard giró la cabeza bruscamente hacia Alex. Este tampoco se dejó intimidar por eso. Quería ver la reacción de Oscar.

—Ella no hizo eso —dijo Oscar pensativo.

—¿Quieres decir con eso —preguntó Alex— que no lo hizo ella misma?

—Exacto. No fue ella misma.

—¿Alguien la subió?

—No. Ella misma lo hizo. Pero no se mató ella.

La confusión de Lennard era auténtica, creía Alex, pues él mismo la sentía y no estaba seguro de cómo formular las siguientes preguntas. No se había ahorcado. ¿Lo decía en sentido figurado? ¿Que alguien más tenía la culpa? —¿Quién crees que es responsable de lo que le pasó? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Ella nunca hablaba de eso.

Lennard miró a su hermano y Alex pudo ver en su mirada el remordimiento que sentía por no haber hecho nada entonces. Por no haberla escuchado bien y por cargar, desde su punto de vista, con parte de la culpa de su muerte y del estado de su hermano. Con toda probabilidad, se atribuía algo más que una parte de la culpa. Oscar había pasado dos días a los pies de su hermana muerta, que presumiblemente había sufrido acoso por parte de sus compañeros de clase. Teniendo en cuenta las declaraciones recogidas hasta el momento, esta teoría era para él la más probable. Se le ocurrió pensar si algún mensaje en su teléfono podría haber sido el detonante final. Quizá también alguna foto, algo que le hubiera dado el impulso decisivo.

—Cuando estabas esperando a vuestros padres —realmente no podía decirlo con más delicadeza—, ¿llegaste a mirar su teléfono? —preguntó Alex—. ¿Llegó a tenerlo con ella?

—Estaba en su bolso. Se iluminaba de vez en cuando. No quería quitárselo. Era suyo, ¿verdad? Pero no paraba de iluminarse todo el tiempo. Incluso por la noche. Solo lo estoy guardando para ella. —

Repitió la última frase en un susurro apenas audible. Como si tuviera que recordárselo a sí mismo una vez más para no perder el contacto con la realidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lennard en tono de reproche, como si Oscar hubiera hecho algo prohibido, y Alex supo inmediatamente de qué se trataba—. ¿Aún tienes su teléfono?

—Sí, lo tengo —dijo Oscar con aire de culpabilidad, repitiendo sus palabras en voz baja una vez más.

—¿Lo has tenido todo este tiempo? —preguntó Lennard bruscamente—. ¡Lo buscamos por todas partes y lo has estado escondiendo todo este tiempo!

—Pero era de ella —dijo él a punto de llorar—. Y tú no estabas allí para apagarlo. Desprendía luz. —Se volvió hacia la pantalla—. Toda la noche —susurró y lo repitió.

No cabía duda de que el estado mental de Oscar era muy frágil y Alex tenía que tener mucho cuidado de no agobiarlo.

Lennard se dirigió ahora a Alex. —Lo siento. Sé que sus colegas preguntaron por él en su momento. De verdad que no tenía ni idea de que aún existiera.

Alex asintió para indicarle que no pasaba nada. —¿Oscar? —Con un ligero retraso, el joven respondió a su nombre y volvió a mirar a Alex. Su mirada triste conmovió profundamente a Alex. Parecía un niño pequeño cuyo mundo se hubiera derrumbado—. ¿Puedo ver el teléfono un momento? Yo también lo cuidaré muy bien.

—No sé si Kim querría eso —dijo él—. Si ella querría eso —repitió susurrando.

Lennard hundió la cara entre las manos un momento y luego volvió a mirar a su hermano. De repente parecía desganado y capaz de nada más que limitarse a observar como un testigo mudo.

—Tu hermana seguro que era una gran persona y muy atenta, ¿verdad?

—Sí. —Sonrió, soñador—. Siempre me ayudaba.

—Seguro que no solo a ti, ¿verdad? —Alex tomó deliberadamente el camino de usar preguntas inductivas. No estaba seguro de si eso resultaría prometedor con Oscar o si siquiera marcaría alguna diferencia. Sin embargo, Alex había descubierto que las personas que estaban tan conectadas emocionalmente con algo como Oscar podían ser encaminadas en la dirección correcta mediante preguntas de este tipo.

—No —dijo Oscar—. Cualquiera que necesitara su ayuda, la recibía.

—Me alegra oír eso. Porque hay alguien que realmente podría necesitar la ayuda de tu hermana. —Oscar lo miró con escepticismo —. Kim seguro que querría ayudar. ¿No crees?

—Sí, supongo que sí —dijo Oscar, pareciendo sopesar si debía acceder o no.

—Si Kim te confió sus cosas, seguro que fue con la idea de que el teléfono pudiera volver a ser importante.

—¿En qué sentido?

—Hay un caso que es similar al de tu hermana. Buscamos a un culpable y creemos que conocía a tu hermana.

La mirada de Oscar se ensombreció un poco. —¿Crees que soy yo?

Tras la confusión inicial, todavía parecía esconderse un joven alerta.

—No —dijo Alex con una sonrisa—. De lo contrario estarías arruinando la reputación de tu hermana. No harías eso, ¿verdad?

—Nunca.

—¿Me ayudarás entonces?

—¿Y quién ayuda a Kim?

—Yo.

—¿Y cómo? —preguntó él.

—Averiguando quién la mató. —Eligió estas palabras muy deliberadamente para transmitirle a Oscar que creía en su teoría y

que quería justicia para Kim. Esto último era algo que Alex realmente quería.

—¿Me lo devolverás? —preguntó Oscar.

—Por supuesto.

—No creo que sea una buena idea —dijo Lennard, haciendo de nuevo de abogado. Alex temió que todos sus esfuerzos hubieran sido en vano, pero entonces Oscar preguntó: —¿Por qué? —y se giró en su silla para mirar a su hermano. Él quiere ayudarla. ¿Qué tienes tú contra eso?

—Nada —dijo él con severidad, apoyándose fuertemente en sus muslos mientras se levantaba—. Pero sabes que mamá no quería que nos quedáramos con nada de Kim. Y nosotros no lo cuestionamos; lo respetamos.

—Pero el teléfono era de Kim.

—Esa no es la cuestión. —El tono de Lennard le recordó ahora a Alex al de un profesor de sus días de colegio con el que no se podía razonar y que solo aceptaba su propia opinión como la verdad absoluta—. No quiero a extraños hurgando en los mensajes privados de Kim. Y a mamá tampoco le gustaría. Especialmente porque le mentiste y ocultaste el hecho de que has estado guardando el teléfono de Kim todo este tiempo.

—Por eso no le dije nada.

—Ella no se enterará de nada por mi parte —terció Alex, ganándose una mirada gélida de reojo de Lennard, que sin embargo dejó a Alex indiferente.

—¿Ves? Podemos confiar en él. Es policía.

—¿Estás realmente seguro de que Kim habría querido eso? —señaló Lennard con énfasis.

—Si la hubieras conocido tan bien como yo, lo sabrías.

Lennard pareció afectado y perdió por un momento su postura de autoridad. Tiempo suficiente para que Oscar saltara de su silla con una energía sorprendente y se lanzara hacia el cabecero de la cama.

De debajo de la estructura, sacó con cuidado una caja de zapatos, la cogió con ambas manos y volvió a sentarse en el borde del colchón con ella. Se la colocó en el regazo como si hubiera algo frágil dentro. Lennard se sorprendió y, al igual que Alex, miró expectante la caja. Con cuidado, Oscar levantó la tapa y la dejó a su lado. En el interior había un montón de papeles doblados. Solo cuando Oscar los sacó pudieron ver los dos que un teléfono inteligente en una funda protectora opaca yacía sobre un montón de dibujos.

—Aquí está —dijo Oscar, ofreciéndoselo a Alex—. Siempre está cargado. Lo enchufo todas las noches.

Alex sacó una bolsa de plástico del bolsillo y se la puso en la mano para coger el teléfono. —Gracias —dijo—. Te lo devolveré lo antes posible. —Al meterlo en la bolsa, el teléfono se salió de la funda y se activó. Estaba en modo de espera, no apagado. Oscar lo soltó todo y dio un salto hacia atrás sobre la cama. Gritó y miró con los ojos muy abiertos la pantalla iluminada. Alex reaccionó de inmediato y se lo metió a toda prisa en el bolsillo del pantalón con la pantalla hacia dentro para que no brillara a través de la tela, mientras Lennard saltaba a la cama junto a su hermano e intentaba abrazarlo y calmarlo. Dijera lo que dijese, nada parecía ayudar.

—Está apagado —dijo Alex en voz alta y con calma, lo que hizo que Oscar guardara silencio. Temblando en brazos de su hermano, miró el bolsillo del pantalón de Alex. —Está apagado —repitió Alex suavemente, preguntándose si estaba en el lugar adecuado. Si aquellos dos eran realmente capaces de asesinar a alguien, cuando ambos tenían que reunir todas sus fuerzas solo para gestionar sus vidas diarias de alguna manera.

Capítulo 26

—Dios, si hasta se ha meado encima —Emma pudo oír la voz de una Anna Nowak más joven, que al parecer había hecho aquella grabación temblorosa con su móvil. Hacía una hora, se había subido al perfil de Instagram de Melina y ya contaba con innumerables «me gusta» y varios comentarios desagradables. Era un vídeo corto de once segundos y no tenía absolutamente nada que ver con los otros. Esa frase era también la única que podía entenderse con claridad. Por lo demás, se oían abucheos y risas, y algún que otro lamento de una joven Melina, que yacía boca abajo y en toples al borde de una piscina en la que acababa de vomitar. La música alta y las otras voces, pies y torsos inferiores que se veían en el vídeo sugerían una fiesta en la que Melina se había pasado claramente de la raya.

Tras terminar el vídeo, Alex pulsó el botón de bloqueo de su teléfono del trabajo y se lo metió en el bolsillo, mientras él y Emma observaban a Melina a través del amplio cristal de espejo de la sala de interrogatorios. Ella parecía esperar impaciente a que alguien se dirigiera por fin a ella. Estaba obviamente disgustada por haber sido escoltada hasta allí y, para colmo, por haber sido retirada de un turno de trabajo.

Este vídeo confirmaba que existía material con el que Melina podría haber sido chantajeada. A Emma y Alex les costaba decir que la suerte les había favorecido; las grabaciones eran más que humillantes. No obstante, demostraba que Melina Wagner tenía un buen motivo para deshacerse de Anna y Cecilia. Aunque a Cecilia no se la veía ni se la oía en el vídeo, Emma estaba convencida de que había estado allí. Al fin y al cabo, antaño habían sido el inseparable Triángulo de las Bermudas. A Emma no le sorprendía que estas tres jóvenes hubieran sido víctimas de su propia estela.

Bajo el pretexto de llevar a Melina Wagner a comisaría por razones de seguridad, el fiscal Aufderheide y el inspector jefe Krüger habían dado su conformidad. Emma y Alex habían dicho que creían que el

asesino había obtenido acceso a la cuenta de Melina y subido el vídeo para marcarla como su próxima víctima. No obstante, Emma estaba bastante segura de que Krüger y Aufderheide sabían que no habían citado a Melina para protegerla del agresor.

Mientras tanto, se habían analizado los teléfonos. Confrontarían a Melina con los resultados en el momento oportuno. Antes, sin embargo, tenían que conseguir que confesara el acoso del que ella, Anna y Cecilia eran acusadas, lo cual era más que una mera acusación dados los nuevos datos del teléfono de Kim Scholz.

—¿Vamos? —preguntó Alex.

Emma asintió y caminó con él desde la sala de observación hasta la sala de interrogatorios adyacente. —Buenas tardes —dijo Emma al entrar en la habitación con sus documentos. Alex iba justo detrás de ella y ni siquiera tuvo la oportunidad de saludar a Melina Wagner.

—¿Tienen idea de cómo reaccionó mi jefe cuando sus colegas me secuestraron?

—No la hemos secuestrado —dijo Emma con calma—. La hemos traído aquí por su propia seguridad.

—No es así como me imaginaba un piso franco. —Melina lanzó una mirada de desprecio a la espartana habitación.

—Hay muchas cosas que no cumplen con las expectativas. —Alex se apoyó contra el espejo, sumergiendo la parte superior de su cuerpo en la sombra. Podrían haber iluminado toda la sala, por supuesto, pero Emma y Alex necesitaban la separación visual por razones psicológicas. Emma se sentó frente a Melina bajo el foco de luz, sugiriendo el estrecho círculo de opciones que le quedaban. Dado cómo se había comportado Melina hasta el momento, tenían que asegurarse de que no se sintiera demasiado segura en este interrogatorio. Esto se lograba a menudo controlando las percepciones del entrevistado.

—¿Ha visto el vídeo que se ha subido a su perfil? —Emma se sentó a la mesa y colocó la carpeta con los documentos frente a ella.

—Sí, ¿y qué? Es solo un vídeo. Y antiguo, además.

—¿No le preocupa en absoluto?

—Internet debe de ser un territorio nuevo para usted. Cosas así son completamente normales y pasan. Ni siquiera sabía que la grabación aún existiera.

—¿Quién lo grabó?

—Anna. Quién si no.

—¿Estaba Cecilia López también presente en el momento de la grabación?

—¿Le parece que yo estuviera muy enterada de lo que pasaba?

Emma aceptó la respuesta y actuó como si estuviera tomando notas. En realidad, no lo hacía; de todos modos, todo se estaba grabando. Solo era parte de su táctica, ya que eran principalmente los culpables quienes se sentían inquietos cuando se tomaban notas sobre declaraciones aparentemente triviales. —¿Hay más vídeos de este tipo?

—Podría ser.

—¿De otras personas también?

—¿A qué se refiere?

—¿Hay vídeos en los que se vea a sus amigas en situaciones similares?

—No lo sé.

¿Había ahí un rastro de incertidumbre? —¿Sigue creyendo que todo esto es solo un juego de Anna?

—Quizá. O quizá no —dijo ella, derrotada—. Si no ha sido ella, entonces alguien más tiene su teléfono. Pero sigue sin asustarme.

Emma se preguntó cuánto tiempo podría mantener esa fachada de indiferencia. Ayer se había derrumbado ante sus ojos; hoy actuaba como si apenas le afectara.

—Si conociera a Anna, dudaría tanto como yo —añadió Melina.

—¿Cree que sigue viva? —Emma se dio cuenta de que quienes están de luto a menudo empiezan negando la muerte de un ser

querido. Para la mayoría, eso cambia a lo contrario en el funeral. Sin embargo, también podía ser que Melina estuviera fingiendo.

—Muéstreme su cuerpo. —Se apoyó sobre los antebrazos y se inclinó hacia delante de forma provocadora. Su mirada decía claramente que necesitaba urgentemente esa prueba para poder aceptar la realidad. Pero Emma no podía proporcionársela—. El vídeo la muestra completamente borracha, para colmo en toples, y fue subido desde su cuenta.

—¿Y desde qué teléfono?

—En cuanto a los otros vídeos, ya no es posible rastrear la fuente. Con este, parece que fue usted misma quien lo subió.

Melina la miró un momento más antes de relajar la postura y recostarse de nuevo. —Eso no es precisamente difícil de hacer. Mi cuenta ha sido pirateada varias veces, como tantas otras. Y mucha gente me ha visto en toples. Así que me da igual. Además, ni siquiera se me ven bien las tetas. Lo cual es una lástima. Estaban muy bien.

Emma ignoró estos comentarios frívolos e inapropiados y volvió a fingir que escribía algo. Por el rabillo del ojo, vio que Melina intentaba echar un vistazo a la carpeta, que Emma solo abrió por la esquina inferior derecha lo justo para que nadie pudiera ver lo que anotaba. —No creemos que Anna tuviera nada que ver con la subida. —Emma volvió a cerrar la carpeta.

—¿Quién si no, joder? Se está riendo de todos nosotros. Siempre lo ha hecho.

—¿No está llegando todo esto un poco demasiado lejos?

—Pero ese es precisamente el atractivo. Ha visto nuestro cortometraje. No fui yo quien quiso que fuera tan malditamente realista y sangriento. ¿Ha pensado alguna vez que Anna podría haber contratado a un equipo para los vídeos que cree que son reales?

—¿De dónde habría sacado el dinero para eso?

—¿Está de broma? Tiene acceso fácil a cien mil euros. Tampoco tuvo que pedirles a sus padres el dinero para nuestra película, y eso se tragó cincuenta mil.

Eso resolvía la cuestión de los medios económicos por el momento. —Hemos hecho revisar las películas en busca de posproducción —explicó Emma—. En esos cortos intervalos de tiempo, no habría sido posible producir tal material.

—Películas así han existido siempre. No hay más que pensar en *El proyecto de la bruja de Blair*. Solo costó treinta mil, y mucha gente creyó que era real. Si el equipo es lo bastante grande, tienes clips de unos minutos producidos y listos para emitir en un par de horas.

Emma se preguntó si habrían podido llamar a consultores profesionales en Berlín para un caso así, personas que estuvieran familiarizadas con las posibilidades de la producción cinematográfica. Pero confiaba en los colegas de informática. Si decían que el material cinematográfico no mostraba rastros de edición, es que era así.

—¿Se aplica eso también a Cecilia López?

—Yo qué sé. —Cruzó los brazos y miró más allá de Emma, hacia la oscuridad—. Creo que esas dos seguían en contacto.

—A pesar de que usted le prohibió a Anna verla.

—Yo no le prohibí nada.

—De acuerdo, simplemente la manipuló hasta el punto de que pareciera que era decisión de Anna.

—¿Por quién me toma? ¿Por Charles Manson?

—Si no le importa —dijo Emma—, nos gustaría revisar su teléfono.

—Sí que me importa, pero antes de que pregunte: eso no me convierte en una asesina ni en una maestra de la manipulación ni por asomo.

Eso realmente no probaba lo más mínimo. Las generaciones más jóvenes en particular, que apenas dejan el teléfono de la mano, lo veían casi como una agresión violenta si uno se arriesgaba siquiera a

mirar por encima de su hombro. Como si hubieran depositado en él sus almas, junto con sus secretos más oscuros. Teniendo en cuenta los vídeos de este caso, esto último parecía haberse convertido de hecho en una triste realidad.

—A mí me suena a que solo era amiga de Anna por ese vídeo.

—Crea lo que quiera.

—Basándose en eso, habría tenido un buen motivo para quitar de en medio a Anna —intervino Alex.

Melina no pareció intimidada ni especialmente sorprendida por esto. Otros habrían al menos respingado un poco, ya que la falta de visibilidad les habría hecho ignorar a la otra persona.

—O —especuló Alex—, se arrepintió de lo que le hicieron a Kim Scholz.

—¿Qué? —preguntó Melina, volviéndose hacia Alex.

—Usted era amiga de ella, ¿verdad? —dijo Emma.

—Y qué si lo era. ¿Qué tiene eso que ver con Anna y Ceci?

—Díganoslo usted. —Emma notó que Melina ya casi no podía mirarla a los ojos. La mirada incierta al espejo confirmó su creencia de que habían tocado un nervio. Quizá realmente había desarrollado sentimientos de culpa hacia Kim que, diez años después, la habían llevado a creer que solo podría encontrar la paz pidiendo cuentas a las demás antes de que Melina se quitara la vida. ¿Podría ser que planeara ahorcarse ella también? ¿Tal como había hecho Kim Scholz? Quizá incluso quería asegurarse de que nadie descubriera que ellas eran las culpables de la muerte de Kim. Quizá Melina solo quería ajustar cuentas por su cuenta. Pero ¿cómo encajaba en esto el hecho de que Anna poseyera al parecer vídeos comprometedores de Melina? Ella no podía querer que se publicaran. O los había subido ella misma para desviar la atención. Si era así, debía de haber esperado acabar justo aquí. ¿O no? Y su indignación no parecía fingida. Emma pensó en la teoría de Alex de que los cerebros de una historia así son siempre los últimos en caer. Eso hacía posible que ella no fuera la autora.

—¿Por qué iba a decirles nada más? —preguntó ahora Melina—. De todos modos, al final todo se reducirá a lo que me acusaron la última vez. Usted puede recordar los detalles muy bien, ¿no? ¿Ha olvidado que dije que no diría ni una palabra más sin mi abogado?

—Muy bien —dijo Emma—. Llámelo aquí, y entonces seguiremos hablando. —No estaba apostando precisamente fuerte al invitarla a hacerlo. Los Wagner estaban en la ruina y muy endeudados; además, Melina trabajaba en tres sitios solo para mantener las apariencias. Ciertamente no tenía dinero para un buen abogado.

Melina perdió su postura segura de sí misma, y su rostro se contrajo en una mueca de furia. —Es usted lo peor. Sabe perfectamente que no puedo permitirme uno.

—Entonces se le asignará uno de oficio.

—Prefiero representarme a mí misma.

—¿Es oficial?

—¿Tengo alguna otra opción?

—La tiene.

Melina se cruzó de brazos y miró con incertidumbre a Alex, que estaba apoyado en la pared a la izquierda de Emma, observando a Melina con atención. Él asintió a Emma, y ella supo lo que quería decir. Debía continuar el interrogatorio de forma que Melina quisiera decir la verdad. Tanto consigo misma como sobre lo que había hecho junto con Anna y Cecilia.

—Renuncio a mi derecho a un abogado.

—Muy bien —dijo Emma, informándola de sus derechos y retomando el hilo donde lo habían dejado—. Nuestras investigaciones han demostrado que fue amiga de Kim hasta los catorce años.

—Yo tenía catorce años. Kim era un año más joven. —Melina evitó todo contacto visual y de repente pareció triste—. Nunca pensé que ella... Nunca quise que le pasara algo tan terrible.

—Eso suena a que otra persona fue la responsable de su muerte. —Eso iba en la misma línea de lo que había dicho el hermano de Kim, Oscar. Emma se preguntó qué se suponía que significaba eso y quién más podía ser responsable de la muerte de la chica. ¿Podría ser incluso el mismo agresor? ¿Había cometido su primer asesinato hace diez años con Kim? Mucho más probable que esta historia de película, sin embargo, era que Melina hubiera matado a Anna y Cecilia ella sola, y que Kim realmente no hubiera conocido otra salida entonces que ahorcarse. Y la razón de ello fue el acoso que ahora pesaba tanto sobre los hombros de Melina. Y para no dañar más su ya escasa reputación debido a su situación financiera, mató a sus amigas. Especialmente porque poseían vídeos vergonzosos de ella, que también podrían haber sido una fuente de presión porque habían calado la verdadera naturaleza de Melina. ¿Podría ser que tuvieran miedo de ella y quisieran contratar una póliza de seguro, por si les pasaba algo? Quizá las dos habían anunciado también que iban a confesar e ir a la policía. Ese sería un motivo fuerte. Sin embargo, Melina no encajaba en la teoría del analista Pilgrim, que suponía que tras los primeros asesinatos, el perpetrador podría encontrar una nueva misión eliminando a otros acosadores. Melina no se arrepentía tanto de sus actos. Y Emma ciertamente no creía su afirmación de que no había querido que Kim se hiciera daño. Sobre todo cuando pensaba en los mensajes que habían encontrado en el teléfono de Kim.

—Si la muerte de Kim le afecta tan profundamente —dijo Emma—, ¿cómo explica los mensajes de texto que le envió el fin de semana que se ahorcó?

Con una expresión tensa, miró de Emma a Alex y luego volvió a mirar a Emma. Su respiración era audible ahora. Se le humedecieron los ojos, pero no parecía triste. Más bien parecía abrumada por la culpa. O por la rabia. Por haber sido descubierta.

—Nunca pretendí que ocurriera eso.

—Eso no es lo que se desprende de lo que escribió. —Emma sacó una hoja de papel del sobre.

—Por favor, no haga esto.

—«Espero que no te lo tomes solo en serio, sino mortalmente en serio, asquerosa zorra».

—Por favor, pare.

—¿Cuántas veces cree que Kim le suplicó exactamente eso? —preguntó Alex.

—Los tres mensajes siguientes no difieren mucho en contenido del primero —continuó Emma, imperturbable—. Pero este me parece muy interesante: «¿Ya no te atreves a contestar ni a leer los mensajes, eh? ¿Te has vuelto a quedar dormida llorando o estás otra vez con ese bañador meado admirándote en el espejo?».

—No sentía nada de eso. —Su voz era ahora apenas un susurro. Su postura se desplomó y Emma estuvo segura de que ya no tenía fuerzas para seguir interpretando el papel de la joven dura y segura de sí misma a la que nada ni nadie afectaba.

—Si no fue usted —prosiguió Emma—, ¿quién escribió esto por usted y lo envió en su nombre? ¿Alguien hackeó su cuenta y a usted no le importó? ¿Igual que hoy?

—No —dijo ella, derrotada.

—Así que usted escribió esos mensajes.

—Sí, pero no porque quisiera hacerlo.

—¿Quién lo quería entonces? —preguntó Alex, colocándose bajo el haz de luz detrás de Emma.

Melina guardó silencio. Apretó los labios como si quisiera hablar y, sin embargo, no lo hiciera. ¿Qué la detenía? ¿Daría pie aquello a una confesión mucho mayor?

—¿Se convirtió Kim en una víctima porque usted no quería serlo más? —Emma dirigió los pensamientos de Melina exactamente a donde quería.

—¿Qué se suponía que debía hacer? —le gritó Melina, poniéndose de pie de un salto—. ¡Lo habrían publicado todo!

—¿Ah, sí? —preguntó Emma con fingido asombro—. ¿Ese vídeo que supuestamente no le importa?

—Usted no lo entiende —dijo ella y empezó a caminar de un lado a otro. Como un depredador acorralado.

—Entonces explíquemelo —la desafió Emma.

—No cambiaría nada. No lo entendería. Porque simplemente no sabe cómo funciona nuestro mundo.

—Tal vez —sugirió Alex, señalando la silla vacía—, debería volver a sentarse y aclarar algunos de esos prejuicios.

Melina resopló con desdén. —Sé exactamente a qué se refiere. Niños ricos y mimados que miran a todo el mundo por encima del hombro y se lo hacen notar.

—¿Es que no fue así?

—Kim ni siquiera era tan pobre.

—Pero ni de lejos tan rica como usted o sus dos amigas.

Ella volvió a resoplar, luego los miró a ambos y puso una mueca como si acabara de comer algo asqueroso. —Oh, sí. Éramos todas tan ricas. Ricas en serrín en la cabeza. ¿De qué otra forma juzgaría mis mensajes?

—¿Admite que eran suyos? —preguntó Alex.

Melina fue a decir algo, pero se detuvo.

—¿Los escribió sola o había alguien más con usted? —preguntó Emma.

—¿Qué importa eso? No devolverá la vida a Kim. Además, no tenía ni idea de lo mal que lo estaba pasando ella, ni de lo mal que se pondrían las cosas. Ninguna de nosotras lo sabía.

—Casi nadie brilla por su altruismo o por una moral madura a los catorce años —dijo Alex—. Pero a esa edad, uno debería tener una noción clara de lo que está bien y lo que está mal.

—No es que no supiera que estaba mal. Es que no tuve elección.

—Podría simplemente haberla dejado en paz —dijo Alex.

—No, no lo entiende.

—¿No se da cuenta de hacia dónde va esto? —insistió Alex—. Sospechamos que ha asesinado a dos mujeres jóvenes.

—¿Cree que no lo he captado todavía? Da igual lo que diga. Ya han tomado una decisión y ahora lo malinterpretan todo. Solo quiero que me dejen en paz.

—Eso ya lo ha conseguido, ¿verdad? —Emma sacó del expediente las capturas de pantalla de las dos mujeres ahorcadas y las puso delante de Melina. Ella las miró fijamente y empezó a respirar con dificultad de nuevo, pero esta vez a Emma le pareció falso. Como si se sintiera obligada a reaccionar con la conmoción adecuada.

—¿Cuántos vídeos de usted tenían esas dos? —preguntó Emma.

—No lo sé.

—Cuando hoy se ha publicado el vídeo en internet, ¿por qué no lo ha borrado inmediatamente?

—Últimamente he tenido otras cosas de las que preocuparme además de que me troleen.

—Como planear asesinatos, por ejemplo —dijo Alex.

—Yo no he asesinado a nadie. Sus colegas deberían poder confirmarlo. ¿O de verdad se cree que no sé que me están siguiendo?

—Solo la siguen desde hace unas horas. No tiene ninguna relación con los asesinatos de Anna y Cecilia.

—¿Y qué hay de Kim? —insistió Alex—. ¿Quién es responsable de eso?

—Ya se lo he dicho, no quería que eso pasara.

—Eso no responde a mi pregunta. —Alex sonaba como si no le importara cómo se sentía Melina ante todo aquello. Naturalmente, al igual que Emma, quería encontrar un culpable pronto y cerrar el caso. Especialmente porque las dos jóvenes seguían colgando de una viga en algún sitio. Además, era muy probable que las hubieran matado en un ático donde el calor sería sofocante, lo que aceleraría

considerablemente el proceso de descomposición. Los familiares seguramente eran conscientes de ello, y Emma podía imaginarlos perfectamente viendo a sus hijas en sus pesadillas, hinchándose hasta convertirse en cadáveres putrefactos.

—¡Está bien, vale! —gritó ella—. Sé que nos portamos fatal con ella. Pero Ceci era realmente la peor. Y Anna... —De nuevo, apretó los labios. Luego desvió la mirada de las fotos y miró a Emma. Las lágrimas trazaban surcos sobre sus delicados pómulos—. No pueden imaginarse lo horrible que era. No solo nos controlaba a mí y a Ceci, sino a todo el mundo. ¿Y saben cuál fue su obra maestra? —No esperaba una respuesta de ellos—. Que consiguió que personas como sus padres creyeran que era yo quien la influenciaba negativamente de alguna manera.

—La madre de Kim también creía eso —señaló Emma.

—Vale, yo también era así antes. —Se volvió a sentar, abatida—. Kim era mi mejor amiga hasta que Anna decidió que ella iba a ocupar su lugar.

—¿Por qué quería eso?

—Porque nadie quería saber nada de ella. Era arrogante, distante y la mejor de la clase. Además de su posición económica... se creía superior a todos los demás. —Volvió a mirar la foto de Anna muerta.

—¿O sea que admite haber acosado sistemáticamente a Kim Scholz? —preguntó Alex, inclinándose hacia el cono de luz junto a Emma, lo que solo puso más nerviosa a Melina. Emma casi había esperado que se levantara de nuevo para poner distancia entre ellos. Pero no lo hizo. Siguió sentada allí, mirando fijamente a su amiga muerta.

—Quería que se mantuviera alejada de mí. Se pensó que era una broma cuando le dije que no quería saber nada de ella y todo eso. Anna amenazó con enseñárselo a todo el mundo... No solo tenía ese vídeo mío, y quienquiera que tenga ahora su móvil tiene todo un archivo de vídeos que podrían presionarme muchísimo.

—¿Le resultan familiares los lugares que se ven en los vídeos de sus amigas?

—Ceci no es mi amiga y no, no conozco esos sitios.

—Pero sabe lo del asunto del bañador —dijo Alex.

Ella lo miró como si hubiera esperado que se hubieran olvidado de aquello. —Sí. —Miró hacia otro lado, avergonzada—. Fui yo quien se meó en el bañador de Kim.

***

Emma y Alex observaban a Melina desde la habitación contigua, donde se encontraba el inspector jefe Krüger, que lo había visto todo. Ella estaba sentada con desánimo a la mesa, con la mirada clavada en las fotos que Emma había dejado atrás intencionadamente.

—Un caso difícil —admitió Krüger.

Realmente lo era. Especialmente porque estaban entrando en terreno inexplorado. Por lo que sabían, nunca antes había ocurrido nada comparable. Con suerte, seguiría siendo así y el asesino no inspiraría a nadie más. En las noticias aún no se decía mucho al respecto, excepto el diario Bild, por supuesto, que siempre era el primero en soltarlo. El titular le produjo dolor de estómago a Emma, y temió que surgieran imitadores que quisieran ser vistos como el «Robin Hood de las víctimas de acoso». Recibir comentarios positivos para un asesino en serie era lo último que necesitaban.

—¿Es capaz de hacerlo? —Krüger interrumpió los pensamientos de Emma.

—No estamos seguros —dijo Alex—. Pero basándonos en las declaraciones, muchos creen que es capaz de algo así. No hemos notado nada desde que está bajo vigilancia. Lo cual no significa que no cometiera los asesinatos, por supuesto.

—En principio —concluyó Emma—, no tenemos nada contra ella, solo sospechas.

—Háblenme de ellas. —Krüger dio la espalda a la ventana, apoyándose en ella y cruzando los brazos sobre su enorme pecho.

Alex presentó las dos teorías que identificaban a Melina bien como la autora o bien como la posible próxima víctima.

—Ambas parecen plausibles —dijo Krüger—. La cuestión es a qué posibilidad queremos dar prioridad.

—Eso depende de cuándo vaya el asesino a por su próxima víctima. Y si juzgamos correctamente sus métodos, eso no ocurrirá antes de esta noche.

—Bueno, entonces no tenemos prisa —dijo Krüger.

La expresión de Alex ni se inmutó. Los recién llegados solían quedarse desconcertados ante los comentarios sarcásticos de su jefe, pero cuando Emma lo pensaba, Alex ni siquiera había tenido problemas con ellos al principio. A diferencia de ella misma.

—Sugerimos —dijo Alex— mantener a Melina bajo observación, solo que no de forma tan discreta como antes.

—¿Por qué motivo? —preguntó Krüger.

—Eso nos da dos ventajas —dijo Alex—. Si ella es la próxima víctima y dejamos que el asesino sepa que la policía la vigila las veinticuatro horas del día, no atacará, lo que nos daría más tiempo para la investigación. Aún debemos suponer que su próximo vídeo estará en internet mañana. Si la propia Melina es la asesina, probablemente mantendrá un perfil bajo inicialmente si nota que estamos mostrando nuestra presencia abiertamente. En ambos escenarios, ganamos tiempo.

—¿Ya no les preocupa ahuyentar al asesino? —preguntó Krüger.

—No después de los datos que hemos obtenido en las últimas horas —dijo Alex.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó Krüger, volviéndose hacia Emma.

—Ya lo hemos discutido antes y creo que es una buena idea. Además, deberíamos dejar de lado el círculo inmediato de Melina por

ahora. Ella sabe cómo mantenerse entera, y sus arrebatos de hace un momento me han parecido un tanto demasiado artificiales. En los últimos años ha aprendido a mantener las apariencias. Esa es su máxima prioridad, y estoy segura de que solo Anna y Cecilia sabían cómo era ella en realidad.

—Ya veo —dijo Krüger.

—Deberíamos localizar a antiguos alumnos, incluidos los de la clase de Kim —dijo Emma—. Estoy segura de que hay alguien que se subió al carro del acoso. Suelen ser aquellos que, de otro modo, habrían sido ellos mismos el objetivo, y quizá entre ellos encontremos a alguien que pueda revelar la versión de Melina que sospechamos que se oculta en su interior.

Capítulo 27

Esta vez no había quedado ni un sitio libre bajo el haya que había frente a la universidad, justo al otro lado de la jefatura de policía. La ligera brisa que entraba por las ventanas abiertas del despacho de Emma no era digna de mención. El ventilador que Alex tenía detrás, sobre un archivador a la altura de la cintura, tampoco parecía querer llegar hasta ella, a pesar de que funcionaba a toda potencia. De algún modo, Emma tenía la impresión de que su investigación estaba igual. Todo iba a mil por hora, pero no conducía a ninguna parte. Con un poco de suerte, al menos tendrían esa lista de direcciones actuales de los antiguos alumnos que Klose y Möller debían haber terminado para el final del día.

Alex estaba echado hacia atrás en su silla con los auriculares puestos y los pies apoyados en el borde de su escritorio, pasando vídeos de la cuenta de Instagram de Anna. Con suerte, estaría teniendo más éxito con eso que Emma con los perfiles de Melina y Cecilia. Tantos vídeos y fotos. Emma necesitaba un descanso. Dejó el móvil frente al teclado y se quitó los auriculares. Se levantó, caminó hacia la ventana y observó a los estudiantes que leían libros a la sombra, se tumbaban en el césped al sol o se sentaban en grupos para hacerse selfis. Despreocupados, indiferentes y llenos de vida.

—Puede que tenga algo —dijo Alex.

Emma se giró hacia él y él se quitó uno de los auriculares. —Toma. —Alex deslizó su teléfono por el escritorio de ella. Emma lo cogió, se quedó de espaldas a la ventana y reprodujo el vídeo.

En él aparecían Anna y Melina de compras. Era un vídeo reciente, subido hacía apenas dieciocho meses. Anna, muy animada, posaba con un jersey ajustado frente al espejo mientras se grababa, mientras Melina permanecía al fondo con un montón de ropa sobre los brazos.

—Tampoco es nada del otro mundo —dijo Anna, mirando la etiqueta del precio que colgaba del dobladillo—. Basura barata. No me lo llevo.

Emma estaba apunto de preguntar por qué Alex le enseñaba precisamente ese vídeo, que era uno de tantos, cuando obtuvo su respuesta.

—Perdone —resonó la voz de una mujer joven, y las facciones de Anna adoptaron al instante una expresión de desdén arrogante. Con el móvil en la mano, se dio la vuelta, grabando automáticamente a la mujer que era el motivo de su cambio de humor—. Lo siento, pero no está permitido grabar aquí —dijo con una cortesía forzada.

—¿De verdad tenemos que pasar por esto otra vez? —preguntó Anna con tono molesto.

—No se permite grabar aquí. Apague la cámara o tendré que pedirle que se marche.

Emma no estaba segura de si lo que había oído a continuación era un susurro. Retrocedió unos segundos, subió el volumen y se pegó el teléfono directamente a la oreja izquierda. Se tapó la otra con la mano libre y volvió a reproducir la escena.

—¿Vas a dejar que te trate así? —oyó susurrar a Melina, apenas audible—. Tienes una... que mantener. —Lo que fuera que dijera entre medias se perdió para Emma. Presumiblemente, se trataba de la reputación de Anna o algo por el estilo.

Emma pausó el vídeo justo cuando la cámara iniciaba un rápido giro de 180 grados.

—El hecho de que Melina Wagner se comparase con Charles Manson durante nuestro interrogatorio ya no parece tan descabellado —dijo Emma.

—Estoy de acuerdo.

—¿Hay más intervenciones suyas de este tipo?

—Míralo hasta el final. Entonces verás por qué ni siquiera necesitamos más material.

Emma dejó que el vídeo continuara. La cámara completó el giro y se centró en Anna, que habló directamente al objetivo: —¿Os lo podéis creer? Me gasto varios cientos de euros aquí cada vez y ¿tengo que aguantar que me traten así? —Otro giro de vuelta hacia la empleada. Al fondo, se veía desenfocado a uno de los guardias de seguridad junto a la puerta, vigilando a las mujeres.

—¿Sabe tu jefe cómo habla a sus clientes? —preguntó Anna.

—Él puso las normas, y usted también tiene que cumplirlas.

—Muy bien —dijo Anna—. Pues me voy ahora mismo y me llevo mi dinero a una tienda donde aún sepan valorar a los buenos clientes. —Anna siguió grabando mientras pasaba por delante de Melina y la empleada—. Pero te arrepentirás de esto —dijo, grabándose a sí misma de nuevo mientras salía furiosa.

—Siento pena por sus padres —oyó decir a la joven empleada. Los ojos de Anna se abrieron de par en par y se volvió hacia la mujer. La cámara seguía apuntando a Anna.

Emma detuvo la grabación una vez más. —Parece que su enfado es puro teatro, ¿verdad?

—Yo también lo creo. Sobre todo porque durante un breve segundo no pudo mantener la fachada. ¿Te has fijado?

—Sí, yo también lo he notado. ¿Por qué hizo eso? ¿Es posible que en realidad no quisiera hacerlo? ¿Que no tuviera otra opción respecto a lo que estamos viendo aquí?

—La pregunta entonces es: ¿por qué se dejó influenciar tanto por Melina? —Alex parecía haber estado pensando en voz alta; siempre hablaba con ese tono monótono, casi cantado, cuando lo hacía. O quizá simplemente estaba cansado.

—¿Quizá porque Melina también tenía algo contra Anna para presionarla? —especuló Emma.

—Entonces al menos podríamos descartar la teoría de que iban a ir a la policía con la verdad sobre Kim Scholz.

—Yo no haría eso todavía —rebatió Emma—. Bien podría ser que Anna y Cecilia hubieran llegado a un punto en el que no les importaran esas consecuencias.

—Es posible —admitió Alex.

El vídeo continuó, mostrando de nuevo a la joven empleada. —¿Qué acabas de decir? —Sin esperar respuesta, Anna agarró algo que tenía al lado y se lo lanzó; parecía un paraguas pequeño. Golpeó a la mujer en la cabeza; ella retrocedió tambaleándose, llevándose la mano a la frente. La sangre brotó entre sus dedos.

Emma pudo oír el grito de horror ahogado que soltó Anna. Melina, que apenas era visible en el lado derecho del encuadre, no pareció capaz de reprimir una leve sonrisa. Anna se dio la vuelta para irse, pero el guardia de seguridad la detuvo.

—Déjame pasar o... —No llegó a terminar la frase. La grabación se congeló durante un segundo y luego siguió un corte brusco.

Furiosa, Anna se apresuraba por la galería comercial con la cámara apuntándola desde un ángulo bajo, de modo que ni siquiera los nombres de las tiendas por las que pasaba velozmente eran del todo visibles. No estaba claro si Melina la seguía, pero era probable.

—¿Os lo podéis creer? —escupió.

—Deberías denunciarla —le gritó la voz de Melina.

—Sí, quizá deba hacerlo. ¿Vosotros qué opináis?

Con esa última frase, miró directamente a la cámara y la grabación terminó.

Un escalofrío recorrió la espalda de Emma. El asesino de Anna y Cecilia terminaba sus vídeos de la misma forma. «¿Vosotros qué opináis?».

Emma se quedó mirando la imagen congelada un momento más, aún más convencida que antes de que Melina era la culpable. Miró los primeros comentarios y no podía entender por qué tantos de sus seguidores lo celebraban, y qué decía eso de esta generación. Los «me gusta» también eran significativos: más de veintisiete mil.

—Termina igual que los de nuestro asesino —dijo Alex, lo que hizo que Emma saliera de su trance y le devolviera el teléfono.

—¿Crees que él podría haber adaptado eso? ¿O Melina?

—Quizá el siguiente vídeo nos diga más.

Alex deslizó la pantalla un par de veces y luego volvió a entregarle el teléfono. Otro vídeo, unos meses después. Al parecer, la misma tienda. Empezaba fuera de la entrada. La imagen estaba borrosa, pero en el reflejo de las puertas correderas se veía a Melina sonriendo expectante. Anna, por el contrario, parecía bastante cansada y agotada.

—Veamos qué hace nuestra dependienta favorita. —Anna entró en la tienda, grabando por supuesto, y cuando la empleada del vídeo anterior la vio, la sonrisa que acababa de dedicar a una clienta que pagaba su compra desapareció. Sin miramientos, Anna se coló por delante de la clienta y se dirigió hacia la empleada. Se detuvo ante la caja. La mujer no dijo nada. No hacía falta para ver cómo rabiaba por dentro.

—¿Qué era eso de que tenía prohibido entrar en la tienda? —preguntó Anna.

—Por favor —dijo la dependienta, apenas audible—. ¿No me ha causado ya suficientes problemas?

—¿Ah, sí? No lo sé. Quiero decir, se me ocurren mejores cosas que hacer que perder mi tiempo en los juzgados.

—Ganó usted. ¿No es suficiente?

—No. ¿O es que acaso me has pedido perdón?

—Tengo que agradecerle esta cicatriz. —Señaló una línea blanca de quizás tres centímetros en su frente.

—El daño psicológico de Anna es mucho mayor —dijo Melina.

—No voy a pedirle perdón —dijo la mujer con firmeza.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó un hombre, que se colocó junto a la empleada poco después—. ¿Hay algún problema?

La dependienta bajó la mirada hacia la caja, derrotada.

—Sí, lo hay —dijo Melina—. Su empleadita aquí presente se niega a pedir perdón a mi amiga. Vamos, es lo menos que podrías hacer, teniendo en cuenta todo lo que tú ganas con nosotras aquí, ¿no crees? Con eso podrías pagar a tres como ella.

—Señora Jochen, por favor, pide disculpas a la señorita Nowak y asunto terminado.

—No lo haré.

—Entonces no volveremos a comprar aquí nunca más —dijo Melina —. Vamos, vámonos. —Las dos hicieron amago de salir de la tienda —. Y, por supuesto, tampoco os recomendaremos.

—Espere —las llamó el hombre—. Ella pedirá perdón.

—No lo haré.

—Adiós —dijo Melina.

—Estás despedida —dijo el hombre, que evidentemente era el dueño, y a Anna, que volvía a grabarse a sí misma, aquello no pareció gustarle nada. Melina, sin embargo, que se había metido en el encuadre junto a su hombro derecho, sonrió aún más ampliamente antes de darse la vuelta. Y con eso, la grabación terminó.

Emma no podía creer cómo era Melina en realidad, ni que se permitiera que algo así siguiera en internet y, para colmo, recibiera tanta aprobación. ¿Había sido la gente siempre así?

Emma le devolvió el teléfono a Alex y se desplomó en su silla. — Alguien como ella también podría tener una buena razón para querer hacer daño a Anna.

—Y a Melina.

—Correcto. Pero ¿cómo encaja Cecilia López en el panorama?

Alex se encogió de hombros, pero antes de que pudiera decir nada, llamaron a la puerta. —Adelante —dijo Alex, y Schwarz abrió la puerta con tal ímpetu que golpeó contra el perchero. No pareció importarle especialmente. Se limitó a agitar un pequeño fajo de

papeles que tenía entre las manos y explicó: —Extractos de los registros del chat de Instagram de Anna Nowak y Cecilia López. Eso llegaba en el momento justo. Los últimos son de hace apenas unos días.

Alex alargó la mano y cogió los papeles.

—¿Estaban en contacto regular? —preguntó Emma.

—A intervalos regulares. A veces también fuera de la red. Al menos en los chats acordaban encontrarse de vez en cuando.

—Eso imaginábamos —dijo Alex, entregándole a Emma la primera hoja, que ya había ojeado por encima, y centrando su atención en la siguiente—. Oh —dijo entonces, antes de que Emma pudiera echar un vistazo a su página. Ella lo miró y esperó su explicación.

—Sí —dijo Schwarz, señalando lo que Alex acababa de leer—. Es interesante, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Emma impaciente.

—Parece —dijo Alex— que Cecilia también estaba allí de compras.

Alex le entregó la hoja y Emma la leyó. Eran extractos de mensajes con fecha del mismo día que aquel primer vídeo en la tienda. Ella no había sido visible en él y, mientras leía, Emma comprendió por qué. Parecía haber estado ocupada en el probador y solo salió después de que Anna ya se hubiera marchado de la tienda. Los comentarios de Cecilia, que versaban exclusivamente sobre la pobre empleada, sorprendieron a Emma. Sentía lástima por la mujer y le había preguntado a Anna por qué siempre se dejaba incitar por Melina para hacer ese tipo de cosas. Anna solo había respondido: «Tú sabes perfectamente por qué». Anna no había respondido más a los mensajes posteriores de Cecilia, que trataban sobre querer deshacerse de Melina.

Capítulo 28

EMMA estaba sentada con Karin Jochen, la dependienta de la tienda de vídeos de Anna, en uno de los bancos al borde de un parque infantil que, sin duda alguna, no pasaría su próxima inspección de seguridad. A sus espaldas se alzaba una hilera de bloques de viviendas de protección oficial. Karin Jochen se había mudado recientemente a uno de ellos con su hijo. Lasse tenía cinco años y trepaba por una estructura que parecía una trampa mortal junto a otros dos niños. Daba la impresión de que no podía quedarse quieto en el mismo sitio ni dos segundos.

—Por supuesto que odio a esas chicas. Por su culpa estoy atrapada aquí y ya no trabajo en el centro —dijo Karin, sin quitarle el ojo de encima a su hijo—. Lasse, no hagas el salvaje —le advirtió al niño, que simplemente la ignoró. En los tres o cuatro minutos que llevaban sentadas allí, Karin le había regañado varias veces por una cosa u otra, pero el pequeño no había mostrado el más mínimo interés. Seguramente, la voz de su madre no era más que ruido de fondo para él, algo a lo que se había acostumbrado hacía mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó Emma.

—Seis meses.

—¿Tuvo algún contacto con Anna Nowak, Melina Wagner o Cecilia López después de que la despidieran? —quiso saber Emma.

—No, el proceso legal de aquel entonces me arruinó financieramente. ¿De verdad cree que me arriesgaría a otro? Quién sabe qué mentiras se inventarían esta vez para irse de rositas. Probablemente lleven haciéndolo toda la vida. Incluso si hubiera sabido con qué clase de profesionales me las veía —¡Lasse, ten cuidado!—, no habría hecho nada diferente. Soy una idiota rematada, ¿verdad? Y ahora soy una madre soltera joven pagando las consecuencias.

A sus veinticinco años, realmente era todavía muy joven. No obstante, a Emma no le pareció alguien que actuara sin pensar. Lo que había hecho en el vídeo era lo que cualquiera habría hecho, especialmente si se trataba de una norma que no permitía excepciones.

—¿Tiene trabajo en este momento? —preguntó Emma.

—Si tuviera a alguien que cuidara del niño, a lo mejor tendría uno.

—¿Por qué no lo lleva a una guardería?

—Con él no es tan sencillo. ¡Lasse, para ya!

Emma se preguntó qué se suponía que debía parar. Solo estaba jugando en la estructura para trepar. ¿Era posible que Karin no pudiera despegarse del niño? ¿Que siguiera creyendo que tenía dos años y era incapaz de apañárselas sin ella? Era madre soltera, estaba en el paro y no parecía haber nadie más en su vida aparte del pequeño. —¿Y no hay nadie que pueda ayudarla?

—Había alguien, hasta poco después de la vista judicial. De repente empecé a recibir mensajes de texto que hacían parecer que estaba teniendo una aventura. Mi novio —mi exnovio— los leyó, por supuesto. No me creyó cuando le dije que no conocía al tipo y que nada de eso era cierto, y me dejó.

Esto le sonaba familiar a Emma. ¿No había montado Melina una farsa similar con Jan Hausmann y los otros exnovios de Anna para conseguir que rompieran con ella? —¿Usaba algún nombre esa persona en los mensajes?

—Sí. Se hacía llamar Max.

Bingo. —¿Intentó quedar con él o respondió a los mensajes de algún modo?

—No llegamos a quedar. Quién sabe qué me habría pasado entonces. Además, creo que una de esas chicas estaba detrás de todo esto. No puedo demostrar nada, claro. Pero le conté mis sospechas a mi novio, y luego le escribimos a ese tal Max juntos, diciendo que mi novio me había dejado. Pero él solo respondió que

ahora ya nada se interponía en nuestro camino, y cosas así. Daba igual lo que escribiera yo mientras mi ex me miraba por encima del hombro, solo servía para empeorar las cosas. Y luego, al día siguiente, cuando escribí que ya había logrado su objetivo y que ahora estaba sola, no hubo respuesta. Nunca más.

—¿Todavía conserva los mensajes?

—Claro que no. ¿Quién guarda esas cosas?

Melina lo haría, pensó Emma, esperando que la declaración de Karin Jochen les diera la autorización para confiscar el teléfono de Melina. También tenían que averiguar si tenía varios contratos y, por tanto, varios teléfonos, si es que Alex no lo había considerado ya y no había presentado la solicitud. Si no, ella lo haría más tarde. Alex seguramente estaría ocupado un buen rato todavía, revisando los vídeos de las distintas cuentas. Sentía un poco de lástima por él, encerrado en aquel despacho cargado, pero se había ofrecido voluntario para la tarea y no tenían otra opción; tenían que repartirse el trabajo siempre que fuera posible. El tiempo no estaba de su parte. No es que lo hubiera estado nunca, pero en este caso, todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Emma estaba a punto de hacer otra pregunta cuando vio a un hombre al otro lado de la calle, tras el seto del parque. Llevaba una gorra de béisbol y gafas de sol, y la estaba mirando. A pesar del calor, a Emma se le puso la piel de gallina. *No*, se dijo a sí misma, *ese no es Stefan Bauer. Está muerto.* Ella había visto su cadáver. Y aun así, estaba segura de que era él. Irracional y completamente de locos.

Emma solo se tranquilizó cuando le vio agacharse con una pequeña bolsa de plástico negra en la mano y oyó a un perro ladrar a su lado. En cuanto el hombre volvió a incorporarse, siguió caminando y no intentó volver a mirar a Emma.

Al principio de su formación, había leído sobre cómo ciertos casos pueden perseguirte. Pero nadie le había dicho que podía convertirse en una especie de paranoia. Bueno, su historial era extremo, por supuesto. Y siempre se había sentido tan segura como policía que

no había previsto ser secuestrada y casi asesinada por un asesino de mujeres. Le estaba costando superarlo y recuperar su sensación de seguridad.

—¡Lasse, para ya, o entramos en casa! —la voz de Karin sacó a Emma de sus pensamientos—. Lo siento —le dijo a Emma, sin saber que esta agradecía la interrupción—. Es... difícil.

Emma no dijo nada al respecto. Quizá el niño fuera realmente difícil; ella no estaba en posición de juzgarlo. —¿Tiene alguna idea de cuál de las tres podría haber estado detrás de Max? —preguntó, aunque sentía que ya conocía la respuesta.

Karin pareció debatirse internamente entre responder o no. Finalmente dijo: —Quienquiera que fuera, creo que me estaba vigilando. De lo contrario, habría sido demasiada coincidencia que esos mensajes llegaran justo mientras yo estaba en la ducha y mi teléfono estaba justo a la vista de mi exnovio. Yo nunca me llevo el teléfono al baño.

—¿Por la humedad?

—No, los aparatos aguantan eso. ¿Nunca ha oído que los hackers pueden activar la cámara sin más? Desde luego, no quiero aparecer de repente en Pornhub.

Emma dudaba de que algo así pudiera pasar, pero se guardó sus reservas para sí misma. Todo sugería que Melina no solo movía los hilos. Si había destruido a esta joven de esa manera, y de eso hacía apenas un año, Emma ya no se creía su papel de arrepentimiento respecto a Kim Scholz. Y cuando Emma también consideraba que Anna y Cecilia seguían en contacto, a pesar de que Melina hubiera testificado que no sabían nada la una de la otra desde hacía años, surgían nuevas preguntas. Especialmente si Cecilia había estado implicada en el incidente de la tienda. ¿Y si Melina no había logrado separar permanentemente a Cecilia y a Anna, por mucho que quisiera a Anna solo para ella? ¿Se habría dado cuenta de que las dos podrían estar conspirando contra ella? ¿Y si Melina ya no encontraba satisfacción arruinando la vida de una madre joven? ¿O la vida de Jan Hausmann o Kim Scholz? También cabía la posibilidad

de que Melina simplemente tuviera envidia de Anna y Cecilia, que tenían todo por lo que Melina había tenido que luchar tan desesperadamente. Sabiendo que nunca volvería a estar a su nivel, su envidia se habría agriado hasta convertirse en un odio que la llevó a humillarlas y asesinarlas ante las cámaras.

Si tan solo una mínima parte de eso fuera cierta, Melina llevaba años planeando su venganza y podría haber elegido el décimo aniversario de la muerte de Kim Scholz simplemente para despistar a la policía con una pista falsa.

Capítulo 29

—¿Lo dicen en serio? —preguntó Emma con incredulidad mientras estaban en el pasillo comunitario frente al piso de Melina, donde solo habían encontrado a su padrastro.

—Me temo que sí —confirmó Alex, esperando que Emma no perdiera los estribos por completo. Si lo hacía, sería la primera vez; solía controlarse mucho, incluso cuando estaba muy alterada.

—¿Cómo demonios han podido perderla? —preguntó Emma, dirigiéndose a los dos jóvenes colegas que habían recibido el encargo de no perder de vista a Melina.

—Ni nosotros mismos podemos explicarlo. Entró en el piso hace una hora y no la hemos vuelto a ver desde entonces.

—Hace una hora —comenzó Emma, y Alex pudo ver que estaba echando humo—, según la declaración de su padrastro, ya se había vuelto a marchar. Apenas estuvo un minuto en casa. Eso le da una hora de ventaja porque ustedes se han quedado dormidos en los laureles.

—Probablemente haya desaparecido por el patio trasero —dijo el otro colega con aire avergonzado.

—¡No me diga! —siseó Emma, dándoles la espalda a ambos, que parecían tan culpables como perros que saben que han manchado la alfombra.

—Vuelvan a sus puestos —dijo Alex en tono pragmático, señalando a uno de los compañeros. Necesitaban nuevas instrucciones de inmediato, un plan. Estaba claro que un novato no siempre lo haría todo perfecto, pero cometer un error tan colosal como el de estos dos era algo que muy pocos lograban, y si alguien sufría algún daño por ello, Alex no querría estar en su pellejo—. Y usted, póngase cómodo detrás de la casa —le dijo al otro—. Y no se vuelva a quedar traspuesto —añadió, para que no pensaran que el asunto estaba

zanjado—. En cuanto aparezca la sospechosa, avísennos de inmediato.

—Lo sentimos de verdad —dijo uno de ellos, que parecía esperar la absolución, pues pasaron unos segundos antes de que hicieran lo que Alex les había ordenado.

—¿Sospechosa? —oyó Emma preguntar al padrastro desde la puerta abierta, atrayendo la atención de ambos investigadores.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar? —preguntó Emma, en lugar de responder a su pregunta.

—No. E incluso si lo supiera, no sé si debería decírselo.

—Claro que no —dijo Emma—. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a querer que salváramos la vida de mocosos ricos?

Esto se está caldeando demasiado, pensó Alex, sin estar seguro de si era prudente intentar que Emma levantara el pie del acelerador.

—Esperaré fuera —dijo ella, tomando la decisión por Alex. Pasó como un rayo junto a él escaleras abajo y sacó su móvil de trabajo del bolsillo trasero. Alex sabía que informaría a la comisaría sobre el fallo y pondría en marcha un rastreo.

—Existe la posibilidad de que esté en peligro —dijo Alex, notando que al padrastro le habría gustado añadir algo más en respuesta a la reacción de Emma—. Así que, si tiene el más mínimo indicio —dijo Alex, interrumpiéndolo— de dónde podría estar, es posible que le esté salvando la vida. —En realidad, Alex no se lo creía, ya que él, al igual que Emma, la consideraba la culpable. Después de todo, se había escapado a propósito. Y a estas horas de la noche. Quizás una compulsión por no romper el patrón. Típico de los asesinos en serie. O quizá ella era la siguiente víctima y la habían atraído con algo. Si fuera así, mañana habría otro vídeo. Pasara lo que pasara a continuación, ya podía olvidarse de acostarse temprano o de dormir decentemente.

—De verdad que no lo sé —dijo el padrastro ahora, y a Alex le pareció que decía la verdad.

—Si se le ocurre algo, o si Melina aparece, póngase en contacto con nosotros —dijo Alex.

—De acuerdo —dijo él, cogiendo la tarjeta de visita de Alex—. Espere un momento. Llamaré a mi mujer. Quizá ella sepa dónde puede estar.

—Gracias —dijo Alex, aunque no tenía muchas esperanzas. Desde el concierto, Alex ya no creía mucho en el éxito en ningún frente; ni en lo que respectaba al sueño que no había tenido desde entonces, ni en resolver este caso sin más víctimas… y entonces volvió a pensar en Linda. Sus palabras llevaban resonando en su cabeza desde la antepenúltima noche. ¿O había pasado más tiempo? De algún modo, había perdido toda noción del tiempo. Solo la voz de Linda lo acompañaba constantemente. A veces más fuerte, a veces más suave, y en momentos como este, no era más que un susurro apenas perceptible. Sin embargo, estaba ahí, minando sus fuerzas y, para colmo, jugando con sus emociones. Lógicamente, el caso hacía que durmiera demasiado poco, y cuando conseguía tumbarse y cerrar los ojos, la voz de Linda era cuando más fuerte sonaba. Visto así, el trabajo era lo único que lo mantenía en pie durante el día en este momento. ¿Debería enviarle un mensaje después de todo? ¿O sería mejor llamarla y pedirle una cita?

—Lo siento —dijo el padrastro de Melina, que había terminado su llamada telefónica—. Mi mujer tampoco sabe nada.

Al menos los padres de Melina no habían cambiado en una cosa: seguían más interesados en sus trabajos que en su hija, y aun así esos trabajos ahora no les aportaban más que el hecho de que sus superiores les robaran el tiempo. Esto último también era un riesgo laboral en el cuerpo de policía, y Alex se preguntó qué deberían hacer a continuación. ¿Tenía sentido solicitar una orden por teléfono para poner el lugar patas arriba? ¿O debían centrarse en la búsqueda? El hecho de que Melina hubiera huido sugería que no era inocente. Sabía que la vigilaban y seguramente esperaba que registraran el piso. Así que, o bien no encontrarían absolutamente nada que les ayudara, o bien hallarían algo destinado a despistarlos.

Tenían que intentarlo de todos modos. Así que Alex solicitó la orden, pero decidió no estar presente durante el registro.

Capítulo 30

La casa de Melina Wagner fue registrada en paralelo con la operación de búsqueda y, aunque lo primero probablemente terminaría pronto, Emma no creía que los resultados fueran a llevarlos mucho más lejos. Fuera cual fuese el desenlace, ella y Alex no tenían más remedio que esperar. Y aquello la estaba volviendo loca. Para ser justos, Emma había aprendido a apreciar el tiempo de inactividad después de su secuestro. Esto se debía en gran medida a su nuevo compañero, que la arrastraba a todas partes sin preguntar hasta que ella fue capaz de desconectar por sí misma. Hoy, sin embargo, parecía como si se le hubiera olvidado cómo hacerlo en un instante.

Con una copa de vino, de la que aún no había tomado ni un sorbo, estaba sentada en su espacioso sofá con las piernas encogidas. Absorta en sus pensamientos, miraba fijamente el escritorio que, bajo la luz de la pequeña lámpara retro, resultaba más tentador que el televisor de pantalla plana negro frente al sofá. Maldita fuera si se levantaba y abría el ordenador o echaba un vistazo a las copias de los expedientes, y desde luego no iba a coger su teléfono del trabajo, que descansaba peligrosamente cerca, sobre la mesa de centro.

Tenía que admitir que sus penas apenas le permitían distracción alguna después del trabajo; tendría que esforzarse en mejorar eso. Dio un gran trago de vino y se dio cuenta de que lo había dejado respirar demasiado tiempo.

La dependienta, Karin Jochen, que apenas dejaba respiro al pobre Lasse, volvió a cruzársele por la mente. No podía evitar preguntarse si la joven no sería sospechosa después de todo. Tenía un motivo clásico —dos, de hecho—, que había admitido abiertamente. Curiosamente, todo el mundo en este caso parecía hacer lo mismo. Incluso Melina no había ocultado su aversión por Cecilia y, en última instancia, por Anna. Y aunque la familia Scholz también tenía

motivos más que suficientes para vengarse de las tres, seguía en el aire la duda de si sabían, entonces o ahora, quién había empujado a Kim al suicidio. En teoría, Oscar Scholz podría haber leído los mensajes de Melina. Pero, por la forma en que Alex había descrito la situación en su casa, su trauma estaba ligado al teléfono de su hermana y, con seguridad, no se habría arriesgado a echarle un vistazo tras su muerte. ¿Pero y si lo hizo? Entonces lo sabría. Y si él lo sabía, quizá su hermano Lennard y su madre también. ¿Fue por eso por lo que destruyeron todos sus recuerdos? ¿Para deshacerse de tales pruebas?

Todo sonaba lógico y, a la vez, no. ¿Por qué esperar diez años? A los diecinueve, Lennard ya habría sido capaz de tales actos. Resultaba poco probable que la familia hubiera decidido esperar a ver cómo evolucionaban las redes sociales antes de utilizarlas para sus fines.

Emma se percató de que el cansancio, el calor y la desesperación estaban mermando gravemente su capacidad de juicio. Como había dicho Alex: cada vez se abrían más posibilidades, simplemente porque no tenían ni una sola prueba concreta. Intentar resolver un caso basándose solo en teorías vagas conducía a demasiados callejones sin salida, y Emma se sintió tentada de obligarse a no darles más vueltas. Pero su mente simplemente no se detenía y saltó de la familia Scholz al interrogatorio de la profesora en prácticas que había estado en el mismo curso que el Triángulo de las Bermudas. La antigua compañera de clase había dejado meridianamente claro que todas les tenían miedo y que, por lo tanto, no se habían atrevido a decir nada. Eso era una cosa. Luego estaba la forma en que la gente hablaba de Melina, cómo se mostraba en los vídeos y cómo se había presentado ante Emma y Alex. Todo gritaba «asesina en serie psicológicamente inestable».

Su teléfono la sacó de sus pensamientos de un sobresalto. Aunque el tono de notificación no procedía, definitivamente, de su teléfono del trabajo, primero miró el dispositivo silencioso sobre la mesa de delante. Luego cogió su teléfono personal del brazo del sofá y leyó el mensaje que le había enviado Alex.

—¿Tampoco puedes dejarlo estar?

Emma no sabía si contestar. Si lo hacía, o bien acabaría hablando con él sobre el caso o incluso quedando para tomar una cerveza. Decir que no le apetecía ninguna de las dos cosas sería mentira. Pero tenía que escribir algo y se decidió por: —El vino me está distrayendo y ayudando a coger el sueño. Deberías probarlo tú también. Una vez hubo enviado el mensaje, se preguntó si había sido demasiado presuntuoso enviar algo así a alguien que no bebía alcohol. —Deja de hacerme de madre —llegó la respuesta, junto con un emoji de un guiño. Emma sonrió y respondió con el mismo gesto.

Estaba a punto de dejar el teléfono cuando pensó en su madre, a la que todavía no había llamado. Eran las diez y media de la noche. Si su madre no había cambiado sus hábitos, seguro que aún estaría despierta. Miró de su teléfono al escritorio, que de repente parecía más acogedor de lo que había resultado unos minutos antes.

—Oh, genial —dijo, mirando su copa—. Se suponía que tú debías impedirme hacer esto. La colocó sobre el posavasos, dejó el teléfono al lado y caminó hacia el escritorio.

Capítulo 31

La insistente vibración de su móvil del trabajo, que destrozaba el ritmo de *Enter Sandman* de Metallica, sacó a Alex de su aturdimiento. Desorientado, miró a su alrededor y solo se dio cuenta de que se había quedado dormido en el sillón cuando vio la televisión, donde Netflix se había pausado y exigía una respuesta a la pregunta: «¿Sigues viendo esto?». Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón a tientas y contestó con un cansado: — ¿Diga?

—Aquí Avci —respondió una voz fatigada—. Siento si te he despertado, pero esto no podía esperar a la mañana. Tenemos un vídeo nuevo. Dos, quiero decir. Perdona. Ha sido otra noche larga.

—No te preocupes. ¿Sabemos ya quién es?

—Melina Wagner.

Alex se despejó de golpe. —¿Es la nueva víctima?

—¿Quién si no?

Sus pensamientos se aceleraron y, si su colega no hubiera hecho algún ruido de fondo al otro lado, Alex habría olvidado que seguía al teléfono.

—¿Lo sabe ya Bajetzky? —preguntó Alex.

—No lo creo. Te he llamado a ti primero.

—Gracias. —Alex colgó, se levantó del sillón y marcó el número de Emma. Ella respondió al segundo tono y, cuando habló, no parecía en absoluto cansada. Desde luego no había estado durmiendo, ni había intentado silenciar el caso y la voz de Linda en su cabeza, como él. Y si era sincero consigo mismo, se había pasado la mitad del tiempo mirando fijamente el número de Linda en lugar de seguir la serie de Netflix. El drama criminal ni siquiera había sido aburrido, especialmente una vez que la investigación había cobrado ritmo, pero se había preguntado cómo los guionistas se salían con la suya con tales fantasías y aun así los espectadores se lo tragaban todo. Y

aunque los personajes se complementaban muy bien y quería saber cómo terminaba la historia, se había quedado dormido durante el segundo episodio con el teléfono desbloqueado a su lado. Gracias a Dios no había tenido ninguna idea estúpida en su duermevela ni había marcado accidentalmente el número de Linda.

—¿La han encontrado? —preguntó Emma sin preámbulos.

—No de la manera que nos hubiera gustado.

—¿Qué quieres decir?

—Hay dos vídeos nuevos que deberíamos ver.

—Maldita sea. ¿Tan pronto? —preguntó Emma, y Alex solo entonces se dio cuenta de que aún no había mirado la hora. Lo hizo ahora y vio que eran casi las cinco de la mañana—. Inusual —dijo, y antes de que pudiera expresar otro pensamiento al respecto, la alerta de mensajes entrantes sonó tanto en su teléfono como en el de Emma. Alex miró la pantalla. Los mensajes eran de su colega Avci, que les había enviado a ambos los enlaces a los vídeos.

—Te llamaré a tu móvil privado —dijo Alex—. Así podremos ver los vídeos juntos.

—Me los descargaré directamente en el portátil —dijo Emma—. Ya tengo los ojos bastante cansados.

—Si yo me guiara por eso, tendría que proyectarlo en la pared.

Con el teléfono pegado a la oreja y conectado mediante auriculares al portátil sobre su regazo, Alex inició el primer vídeo.

Al igual que en los anteriores, la única fuente de luz provenía del teléfono, aunque estaba claro que se encontraban en algún lugar al aire libre. Esa no era la única novedad; la distancia entre la cámara y la víctima también había cambiado. Estaba significativamente más lejos que en las otras grabaciones. Debían de ser al menos cinco metros. Los brazos extendidos de Melina estaban atados por las muñecas al borde superior de una red de tenis. *Bridas, seguramente*, pensó Alex, aunque no estaba seguro.

Estaba desnuda. Con las piernas juntas, estaba sentada con el trasero desnudo sobre el suelo de hormigón, con la espalda contra la red, mirando con rabia más allá de la cámara, hacia la izquierda. No cabía duda de que tenía la vista fija en el agresor. Él prefería quedarse a la izquierda. ¿Significaba eso algo?

Alex oyó algo golpear el hormigón varias veces junto a la cámara. Era el mismo sonido cada vez. Luego vino un golpe seco y una pelota de tenis pasó volando junto a Melina a gran velocidad.

—He vuelto a fallar —dijo la voz distorsionada con una molestia fingida—. Soy principiante —añadió entonces, haciendo botar otra pelota—. Acertaré tarde o temprano. —Aquello pasó a un pelo de la cabeza de Melina—. Eso ha estado cerca. —La voz soltó una carcajada.

Melina apretó los labios, con aspecto de no poder contener más su rabia por más tiempo. Prácticamente estalló. —¡Pedazo de imbécil! ¿Quién demonios te crees que eres?

—No tan alto. —Volvió a hacer botar la pelota—. Despertarás a los muertos. —La siguiente pelota le dio en el pecho izquierdo. Ella ahogó un grito, como si quisiera negarle esa satisfacción. No le quitó los ojos de encima, ni siguió la pelota que había caído sobre su muslo tras el doloroso impacto, antes de rodar lejos de ella por el suelo para ser tragada por las sombras de la noche.

—¿Te das cuenta de por qué hacemos esto? —La siguiente pelota golpeó la red debajo de su brazo derecho.

—No, y me importa un bledo.

—¿Qué es lo que te importa en realidad? —El agresor volvió a hacer botar la pelota, esperando la respuesta.

—Dímelo tú —dijo Melina bruscamente—. Al parecer sabes mucho sobre mí.

—De acuerdo —dijo él.

La pelota golpeó a Melina en la frente y pareció haber sido lanzada con mucha más fuerza. Su cabeza se echó hacia atrás y

probablemente habría retrocedido aún más si la red no la hubiera amortiguado. Cerró los ojos con fuerza y necesitó un momento para recuperarse. Con la cabeza aún baja, abrió los ojos y volvió a mirar más allá de la cámara. Alex no habría pensado que pudiera parecer todavía más furiosa. Pero lo hizo al levantar la cabeza de nuevo. Parecía como si lo estuviera mirando por encima del hombro a pesar de su pose humillante. El hecho de que Melina siguiera siendo capaz de algo así incluso en esa situación la distinguía de Anna y Cecilia. Alex creía ahora lo que sospechaba desde hacía tiempo: Melina era la jefa final de esta historia. La titiritera. Aquella de quien emanaba todo el mal. Ella era la de las ideas, la selección de las víctimas y todo lo que ello conllevaba, y había hecho que pareciera que no era más que una seguidora.

Otra pelota voló hacia el suelo frente a ella y luego describió un arco alto sobre ella. —¿Todavía quieres seguir fingiendo que eres inocente?

Una pelota le dio en el estómago. Melina inspiró bruscamente, hizo una mueca y volvió a incorporarse tanto como le permitían las ataduras. Su expresión oscilaba entre el dolor y la rabia.

—Tan inocente como tus víctimas.

La pelota le dio de lleno en la cara. Su nariz empezó a sangrar de inmediato. Por instinto, echó la cabeza hacia atrás, lo que probablemente le causó dolor, así que volvió a bajarla. La sangre goteaba entre sus pechos. Respiraba con la boca abierta, y ya casi no se veía nada de su rabia. Pero el miedo no había ocupado su lugar. Parecía más resignada. Como si hubiera aceptado su destino. Como si de repente no le importara estar frente a su asesino, a pesar de que el dolor claramente le estaba pasando factura. Sus rasgos bajo la sangre fresca y la marca roja ahora visible en su frente estaban extrañamente distorsionados.

El siguiente golpe impactó de nuevo en su pecho sin previo aviso. Los impactos se sucedían ahora cada segundo. Si seguía así, pronto tendría hematomas por todo el cuerpo.

—Ahora al menos estás sintiendo físicamente cómo se sintió ella en aquel entonces. —Los botes eran más lentos de lo habitual. El agresor estaba saboreando el hecho de que Melina no pudiera hacer nada más que esperar a la siguiente pelota—. Cuando la invitaste a una sesión de prueba en tu pijo club de tenis y luego la dejaste en evidencia.

Le dio en la ingle. Melina se dobló de dolor y no pudo reprimir un grito.

—Le lanzaste las pelotas deliberadamente para que se fuera a casa cubierta de moratones. —El siguiente tiro también fue un impacto—. Y luego se lo contaste a todos tus amigos, y todos os burlasteis de ella. —Otro golpe, y más sangre corrió por su nariz—. Y lo único que ella esperaba era, por fin, integrarse.

—Nunca estuvo a nuestra altura —dijo Melina, intentando en vano suprimir el dolor. Pero este se abría paso con cada palabra que pronunciaba—. Nadie lo estaba.

—Sí —dijo la voz distorsionada y golpeó otra pelota. Esta se fue fuera, para alivio de Melina—. No ocultaste eso. —Un rápido triple bote, luego siguió otro disparo y otro impacto—. Y yo ya no oculto tus secretos.

—¿De qué hablas?

—Es una buena lista, ¿verdad? —preguntó la voz, y volvió a hacer botar la pelota con calma. ¿Cuántas más tenía el agresor? ¿Cuántas pelotas más aguantaría ella antes de que él se detuviera? —Creo que basta con que les digas a nuestros espectadores por qué estás aquí.

—¿Me dejarás vivir entonces?

—No.

—Entonces puedes decírselo tú mismo.

La siguiente pelota le dio de nuevo en la cabeza. Unos cuantos impactos atrás, Alex ya había dejado de creer que la persona con la raqueta —asumiendo que fuera un hombre, lo cual Alex daba por

sentado de momento— fuera un principiante. Podía acertar cuando quería.

Alex oyó cómo se accionaba un interruptor y un mecanismo se ponía lentamente en marcha. Sonó un zumbido constante y, por la expresión de Melina, que mostraba algo parecido al miedo por primera vez, Alex creyó saber de qué se trataba. Y cuando las primeras pelotas volaron por el encuadre a intervalos regulares hacia Melina, quedó claro que era una máquina lanzapelotas. Después de solo el tercer impacto, era obvio que no estaba cargada con pelotas. Eran piedras redondas que golpeaban el torso de Melina, haciéndola finalmente gritar de dolor. El agresor debía de haber orientado la máquina para que no le diera en la cabeza, seguramente para mantenerla consciente el mayor tiempo posible.

Alex sentía cada golpe y podía oír a Emma al otro lado gimiendo suavemente de horror al aparecer las primeras laceraciones.

La voz distorsionada se rió y, poco después, su rostro llenó casi todo el encuadre. Como en los otros dos vídeos, el agresor llevaba una máscara sonriente de su víctima, embadurnada con maquillaje de payaso. Esta vez, la oscuridad de las cuencas de los ojos le dio a Alex la impresión de que eran piedras negras, grandes y redondas, que sobresalían de la máscara. La imagen se enfocó en el agresor y reforzó la impresión. —No necesitáis saber cada secreto —dijo en voz alta, para ahogar los gritos de Melina—, pero deberíais saber que aquellos de vosotros que os creéis mejores que los demás y hacéis de sus vidas un infierno por capricho, sois los siguientes.

Soltó una risa juguetona, se volvió hacia Melina y despejó gran parte de la vista. Poco después de que la cámara se enfocara en la maltrecha Melina, la imagen finalmente se congeló. El vídeo había terminado. Pero los gritos de Melina aún resonaban en la cabeza de Alex.

—Es en el exterior, eso es nuevo —dijo Emma, sonando como si estuviera luchando por mantener la compostura—. El final también. Se sale del encuadre y despeja la vista.

—La distancia entre la cámara y la víctima también es mucho mayor que antes —añadió Alex—. Deben de ser al menos cinco metros.

—Un poco más, yo diría, si incluyes la distancia desde la línea de fondo de la pista de tenis hasta la red.

—¿Crees que los vídeos tratan únicamente sobre Kim Scholz?

—Espero que no. Si le hicieron todo eso a ella... —Emma no terminó el pensamiento. Para Alex, no cabía duda de que Anna, Cecilia y Melina debían rendir cuentas por sus actos. Pero no de esta manera, y sospechaba que Emma sentía lo mismo.

—¿Vemos el siguiente? —preguntó Alex, a pesar de que le habría encantado retrasarlo más.

—Sí —dijo Emma—. Acabemos con esto de una vez.

***

El impulso de saltar dentro de la grabación y salvar a la víctima era aún más fuerte esta vez que con las otras dos. A la derecha del encuadre, el cadáver colgante de Cecilia era visible, y Emma estaba segura de que Anna colgaba a su lado. Era difícil mirar con impotencia cómo otra mujer joven perdía la vida sin que Emma pudiera hacer nada. No importaba si Melina Wagner era realmente la culpable de la muerte de Kim Scholz o de cualquier otra persona. Merecía un castigo, pero no así. Que fuera capaz siquiera de mantener el equilibrio sobre el taburete de ordeño era un milagro, dadas todas las contusiones y heridas abiertas que cubrían su cuerpo, haciéndola parecer un melocotón demasiado maduro a punto de reventar. Como una funambulista ebria, intentaba mantener el equilibrio con los brazos extendidos.

—Cerdo asqueroso —consiguió articular Melina a través de sus labios hinchados y partidos. Todo indicaba que el agresor había corregido la trayectoria de las piedras tras el final del vídeo anterior —. Alguien te encontrará tarde o temprano. A ti y al resto...

Siguió un corte abrupto.

En la siguiente secuencia, Melina continuaba su danza sobre el taburete, amordazada y atada. Miraba con furia más allá del lado izquierdo de la cámara. La mucosidad sanguinolenta se había esparcido sobre la cinta americana plateada que cubría su boca. Debajo, parecía estar maldiciendo al asesino. Tenía los ojos desorbitados por la rabia. Al igual que Alex, Emma estaba segura de una cosa: Melina Wagner era la "jefa final". Y no rogaba ni suplicaba clemencia.

—Es imposible imaginar cuántas vidas no solo serán vengadas, sino salvadas por vuestras muertes. Vidas que aún no habéis destruido por completo y que volverá a valer la pena vivir sin vosotras.

Esta declaración confirmaba sus sospechas, pero no les hacía avanzar mucho más. Poco después, resonó el sonido familiar del cabrestante al activarse. Melina fue izada junto a las otras dos, y a Emma le pareció como si todo sucediera a cámara lenta. Como si la última víctima estuviera siendo elevada significativamente más despacio que las otras dos.

Emma intentó sacar las conclusiones correctas. Pero tuvo que contenerse para mantener un pensamiento claro y no llorar. Tenía ganas de hacerlo, pero no podía permitírselo. No porque Alex no fuera a entenderlo, sino porque ya no sería capaz de pensar con racionalidad. Una vez que este caso terminara, podría dejar fluir sus sentimientos. Y esperaba no estar sola entonces.

Melina pareció aguantar bastante más que las otras dos. Se debatió con tanta violencia que sus piernas golpearon a Cecilia, haciendo que el cadáver se balanceara y chocara contra ella. Pero ni siquiera eso provocó reacción alguna en Melina. Simplemente seguía furiosa. Sin duda no se había imaginado que su vida terminaría así, y tener a alguien allí abajo, junto a la cámara, destruyendo todo lo que ella había construido con tanto esfuerzo, era algo que claramente no estaba dispuesta a aceptar. No obstante, no pudo evitar que sus fuerzas fallaran. Sus espasmos se volvieron menos

frenéticos. Sus rasgos se desplomaron, pero aún había mucho odio en su mirada. Finalmente, sus hombros cayeron, limitándose a balancearse lentamente de un lado a otro, y Emma se sintió aliviada cuando el vídeo terminó por fin unos segundos después.

Nunca olvidaría esa expresión en el rostro de Melina. Incluso más allá de la muerte, ejercía un cierto poder que hacía estremecer a Emma. El Triángulo de las Bermudas se las había tragado a todas.

***

Aunque para Alex había estado perfectamente claro qué esperar de este vídeo, lo dejó sin palabras. Se sorprendió a sí mismo enfadándose y echando parte de la culpa a los agentes que habían dejado escapar a Melina, aunque de inmediato se prohibió ese pensamiento. Sí, no habían sido lo suficientemente cuidadosos. Pero Melina era astuta y probablemente habría escapado de cualquiera en un entorno que le resultara familiar. Para colmo, la casa en la que vivía Melina estaba conectada con los edificios colindantes por ambos lados, algo que no era inusual en Heeper Straße. Solo había que cruzar una de las puertas o usar las salidas traseras. Demasiadas rutas de escape para dos agentes.

—Han editado algo —dijo Emma, y solo entonces Alex recordó que ella seguía al teléfono.

—¿Qué? —preguntó él, distraído.

—El corte abrupto antes de que llevara puesta la mordaza.

—Sí, es cierto —dijo él, recuperando el hilo. Más o menos—. Probablemente estaba a punto de decir algo que nos habría puesto en la pista correcta.

—Si tan solo pudiéramos encontrar ese fragmento en alguna parte.

—El asesino no nos lo pondrá tan fácil. Especialmente no si, como dijo, tiene la intención de matar a más gente.

—Ya no lo verá mucha gente. Ha sido borrado.

—¿El vídeo? —Alex miró su teléfono. El contenido ya no estaba disponible.

—Los dos.

Alex miró la pantalla.—Ha sido rápido.

—Pero ha sido tiempo suficiente para casi quince mil "me gusta" y tres mil comentarios.

—Si proyectas esas cifras...

—Ni siquiera quiero imaginármelo —lo interrumpió Emma.

—En cualquier caso, tenemos que asumir que esas tres mujeres no han sido sus últimas víctimas.

—Y estábamos tan seguros respecto a Melina —dijo Emma con voz débil.

—Entonces deberíamos concentrarnos en lo demás que tenemos —dijo Alex.

—¿La familia Scholz?

—Y las pistas del vídeo del tenis. Dijo que Melina despertaría a los muertos.

—¿Así que podría haber estado cerca de un cementerio? —especuló Emma.

—O eso, o estaban cerca de las dos primeras víctimas.

—¿Y si fuera un cementerio? —preguntó Emma—. Podría ser que torturara a Melina —a quien claramente veía como la raíz de todo mal— cerca de la tumba de Kim Scholz.

—Nadie anda por un cementerio de noche tampoco.

—Siempre que esté un poco apartado. Pero claro, de esos hay bastantes. —Emma exhaló con resignación—. Esperemos a ver qué descubren nuestros compañeros de informática. Tengo los ojos demasiado cansados para detectar nada útil ahora mismo.

A diferencia de Alex, Emma ciertamente no había dormido. Aunque en su caso, Alex no podía llamarlo realmente sueño. La última vez que había visto a Emma así fue cuando investigaban a Stefan Bauer.

El asesino en serie los había mantenido a ambos despiertos durante noches enteras. Pero esta vez era diferente. Eran testigos de las atrocidades, y eso por sí solo bastaba para robarles el sueño. Alex dudaba que simplemente fueran a caer en la cama y dormir durante días una vez que este caso terminara.

—Asumiendo que esto trata exclusivamente sobre Kim Scholz —Alex apartó esos pensamientos—. Entonces alguien de la familia sería el candidato más probable.

—Estoy empezando a pensar que podría haber dos autores. La teoría sobre la madre y el hijo podría sonar más a historia sensacionalista que a un escenario real, pero sería posible.

—¿Por qué crees eso ahora?

—Por lo que dijo en el último vídeo: "Que vosotras tres seáis por fin castigadas por lo que nos hicisteis...". Además, el asesino no bajó a sus víctimas de la viga. Igual que con Kim en aquel entonces.

Alex ni siquiera se había percatado de que eso ya había surgido. Mierda, realmente debería pensar en tomar algo que le ayudara a dormir. —También podría haber estado hablando en nombre de todas las víctimas.

—Es posible. Pero la teoría de la familia Scholz sería más lógica.

—¿En qué sentido? —Le resultaba muy difícil seguir sus pensamientos. Con cada cosa que decía ella, se veía a sí mismo mirando una pared de hormigón en blanco en la que la información solo aparecía varios segundos después de que Emma la hubiera pronunciado.

—Lennard Scholz es abogado, al igual que su madre. Podrían tener contactos que les consiguieran información. Es más, saben cuáles son nuestras capacidades. Podrían haber investigado todo esto del encubrimiento digital, y si no lo hicieron ellos mismos, quizá alguien esté en deuda con ellos y pueda hacerlo, y se guardarían mucho de ir a la policía con ello. Siguiendo tu teoría de que cada uno solo mira por sí mismo.

—No lo veo de forma tan extrema, pero sé a qué te refieres, y no suena tan descabellado. Por otro lado, como acabas de decir, el hermano pequeño podría ser el asesino. Quizás solo esté interpretando el papel de joven traumatizado. Solo queda la cuestión de cómo las encontró a las tres.

—Lennard podría haber sabido lo del teléfono. En diez años, seguramente debió de surgir una oportunidad para echarle un vistazo y leer los mensajes que incriminan a Melina, Anna y Cecilia.

—Aun así, no sé por qué habría esperado diez años antes de atacar. ¿Realmente llevó tanto tiempo planearlo?

—Ciertamente no, y tampoco creo que fuera Lennard. Él se volcó en el trabajo para reprimirlo todo. Oscar también se escapa a otros mundos, pero si se asegura de que el teléfono esté constantemente cargado, entonces se enfrenta conscientemente a la muerte de su hermana cada día. Y cuando se dio cuenta de que después de diez años nada había cambiado para él, podría haber tomado la decisión de exigir justicia para Kim. Quizá solo reaccionó de forma tan violenta ante el teléfono porque sabe lo que hay en él.

—Posible. ¿Pero son estos diez años realmente un umbral que podría haber desencadenado todo esto en él? —Alex lo dudaba, y creía que Emma también. Seguramente, algunas personas tienen ideas extrañas en los aniversarios, y ha habido casos en los que las fechas desencadenaron algo en una persona para convertirla en asesino. No obstante, era raro, y normalmente también había algún detonante, un evento específico, de por medio.

—Podría haber sido algo bastante banal —Alex continuó sus pensamientos en voz alta, volviendo a ese canturreo monótono—. Una simple publicación en Facebook o Instagram, una frase en Twitter. Si has sabido durante diez años quién fue el responsable de la muerte de un ser querido, a lo mejor no hace falta más que eso. El evento desencadenante podría haber sido algo bastante discreto. Quizá una publicación que le hizo saltar, y entonces las espió a las tres, tal vez durante muchos años. Quizá se preguntaba

constantemente por qué a ellas se les permitía seguir viviendo y a su hermana no.

—Entonces deberíamos examinar más de cerca algunas de las publicaciones —sugirió Emma.

—No estamos pensando como el asesino y probablemente estemos pasando por alto lo que podría haberle provocado. Deberíamos dejar eso para el analista Pilgrim y centrarnos en la familia Scholz en su lugar.

Capítulo 32

Ni Emma ni Alex habían esperado que el equipo de informática localizara tan rápido el lugar donde se había filmado el vídeo de tenis con Melina. Sus colegas Schwarz y Neumann habían reconocido la vieja y torcida chimenea industrial, que solo era visible si se ajustaban el brillo y el contraste de forma adecuada. Sumado a la declaración del culpable, que le había dado a Emma la idea del cementerio, ambos se pusieron de acuerdo de inmediato sobre dónde se había grabado el vídeo. Fue una suerte que Schwarz y Neumann conocieran tan bien la zona.

El cementerio de Brackwede, situado tras los terrenos de la antigua fábrica donde Melina había sido lapidada, no tenía nada que ver con Kim Scholz. De alguna manera, Emma ya lo había presentido. Eso dejaba solo la teoría de que las víctimas del culpable se encontraban en el viejo edificio abandonado de la empresa. Muy a pesar de Emma.

Mientras estaba con Alex y la unidad de operaciones especiales frente a la entrada del edificio en ruinas de la antigua fábrica de piedra arenisca, afloraron en su interior recuerdos que realmente no necesitaba en este momento. No encontrarían nada relacionado con Kim Scholz aquí, ni creía que de pronto fueran a entrar en una sala donde tres cadáveres colgaran de una viga. El estilo arquitectónico podría permitirlo, aunque no habían podido divisar ningún entramado de madera expuesto a través de las ventanas. La tenue voz en su interior le recordó a Stefan Bauer y al antiguo hospital psiquiátrico de Eckardtsheim, donde la había mantenido cautiva con la intención de matarla. Un «lugar abandonado» justo como este, aunque ni de lejos tan ruinoso ni tan grande.

El ariete destrozó la puerta de cristal junto con los recuerdos de Stefan Bauer. Las primeras figuras enmascaradas y vestidas de negro entraron en el edificio. Sus pasos crujieron sobre el cristal de

seguridad hecho añicos hasta que, tras unos metros, se apresuraron en silencio por el edificio.

Emma y Alex los siguieron con las armas desenfundadas, pertrechados con chalecos antibalas. Con el calor, Emma sentía como si su peso se hubiera quintuplicado. Ya tenía todo el torso pegajoso y la tela de su camiseta le rozaba la piel de forma incómoda.

Al pasar por las puertas abiertas del pasillo, las primeras figuras negras ya estaban saliendo, indicando mediante señales manuales que las habitaciones estaban despejadas. Los grafitis y los cristales rotos eran lo habitual en los lugares abandonados, pensó Emma, echando un vistazo a la primera sala, donde no se veía más que escombros. Siguieron adelante y un equipo de tres hombres se dirigió a las salas del sótano, mientras otros dos iban a la nave industrial adyacente. Antes de que Emma se diera cuenta de lo que estaba haciendo, ella y Alex se habían unido al grupo del sótano, que encendió las linternas acopladas a sus subfusiles. Emma y Alex sacaron sus Maglites y las sostuvieron bajo la base de sus manos derechas, que empuñaban sus pistolas semiautomáticas. Tres haces de luz los acompañaron en el descenso, lo que normalmente le habría dado a Emma una sensación de seguridad, pero esta vez se volvía más asfixiante con cada paso. Para cuando llegaron abajo, el pánico la invadió y, de no haber sido consciente de la gravedad de la situación, se habría dado la vuelta para salir corriendo al exterior. Hasta ahora, los recuerdos de Stefan Bauer habían sido manejables, causándole nada más que un desasosiego ocasional. Pero nunca habían desencadenado el tipo de miedo frenético que sentía ahora, que empeoraba con cada paso en el oscuro pasillo.

El sótano era grande. Jodidamente grande, y mucho mayor que el del antiguo hospital psiquiátrico. Vaciló durante un momento que pareció una fracción de segundo. Que debió de ser más largo era evidente por la mirada inquisitiva que le dirigió Alex; de repente estaba a su lado, instándola a avanzar para no perder al grupo. Emma asintió, esperando que él no sacara el tema más tarde.

La mayoría de las puertas metálicas estaban abiertas. Miraron dentro, pero no había nada que encontrar allí abajo aparte de sudor frío y pánico. Emma temblaba de pies a cabeza. En un momento sentía un sofoco de calor y al siguiente tiritaba, y tuvo que emplear gran parte de sus reservas de energía solo para mantener la respiración constante. Principalmente, por supuesto, para asegurarse de estar lista ante un posible ataque, pero también para que sus compañeros no lo notaran. No podía permitirse que pensaran que no era apta para el servicio. Tendrían que entregar el caso, pero ya habían invertido mucho; ahora tenía que encontrar al culpable ella misma. Y tenía que hacerlo antes de que pudiera encontrar a otra víctima, porque estaba segura de que habría más.

En cualquier caso, no encontraron nada allí abajo que les ayudara. El pelotón regresó hacia ellos y, poco después, el equipo declaró el edificio despejado. Ellos tampoco habían tenido éxito. Subieron las escaleras de vuelta a la nave de la fábrica. Emma iba a la zaga, aunque sin pretenderlo.

—¿Todo bien? —preguntó Alex mientras enfundaba su arma. La unidad de operaciones especiales ya estaba unos metros por delante, inmersa en conversaciones privadas.

—Sí, todo en orden —mintió Emma. Debería alegrarse de salir por fin de allí, pero algo la retenía allí abajo, tirando de su piel humedecida por el sudor—. Voy justo detrás de ti.

—Vale —dijo Alex.

Emma pudo ver por su expresión que era reacio a dejarla sola, pero lo hizo de todos modos. No habría servido de nada imponerle su compañía; a estas alturas él ya lo sabría.

Mientras él subía los escalones, Emma se dio la vuelta una vez más, mirando hacia el vacío negro al otro extremo del pasillo, esperando que Stefan Bauer surgiera de él. Agarró con fuerza la empuñadura de su pistola. El cañón, junto con la Maglite, apuntaba al suelo, a su costado. Todavía sin el seguro. Todavía lista para disparar. Y entonces creyó ver algo en el negro profundo, a pesar de que la lógica le decía que era imposible. Vacilante, puso un pie

delante del otro, dio unos pasos, escuchó y entonces pudo oír algo que le llegaba desde la oscuridad. ¿Era un susurro? Sí, sin duda. Parecía el susurro de una mujer. Paradójicamente, Emma sabía que todo lo que tenía que hacer era iluminar con la Maglite frente a ella para ver qué había allí. Pero no podía, como si fuera imposible, como si violara alguna regla. No podía explicar por qué. Simplemente obedeció y caminó más hacia la voz, sabiendo perfectamente que la oscuridad la consumiría más con cada paso.

Entonces oyó la voz con más claridad.

—¿Hola? —preguntó Emma, pero en lugar de una respuesta, solo volvió a escucharse aquel susurro. Emma intentó distinguir qué decía la mujer y se detuvo cuando creyó que podía entenderlo mejor. Un escalofrío le recorrió la espalda y se le puso la piel de gallina al darse cuenta de que la voz le resultaba familiar.

—Por favor... ¡mátame! —llegó ahora con más claridad desde la oscuridad. Eso fue lo que la última víctima de Stefan Bauer le había dicho a Emma cuando estuvieron encerradas juntas en aquel sótano oscuro. Una y otra vez, le había suplicado que la liberara, que pusiera fin a su dolor. Emma tembló y, al oír aquellas palabras una vez más, pensó que la mujer estaba justo delante de ella. Emma retrocedió y levantó de golpe la pistola y la Maglite. Miró por el pasillo vacío hasta que cayó en la cuenta de que se lo había imaginado todo. Se relajó ligeramente, pero entonces oyó unos pasos silenciosos detrás de ella y se dio la vuelta rápidamente, con el arma en la mano.

—¡Eh! —dijo Alex, levantando las manos de inmediato.

—Mierda —dijo Emma, bajando la pistola—. Lo siento. Me ha parecido oír algo.

—¿Ya puedo bajar las manos?

—Por supuesto, perdón —dijo Emma, un poco molesta consigo misma, y pasó junto a él hacia las escaleras. *Eso no había estado bien, nada bien.* Había apuntado con su arma a su compañero porque había dejado que la paranoia la venciera. Tendría que

hablarlo con su terapeuta. Sin embargo, descartó el pensamiento tan rápido como había venido.

***

A excepción de la cámara, el culpable lo había dejado todo allí. En el gran aparcamiento junto a la empresa, había extendido una red de tenis entre dos bolardos oxidados. Delante de la red yacían las bridas cortadas que había usado para atar a Melina. Había piedras esparcidas por el centro de la red e, incluso a simple vista, Alex pudo detectar algunos restos de sangre. Solo cuando volvió a estar sobre el terreno, Alex notó que Melina no había sido marcada. No la había desfigurado con un aerosol como a las otras. ¿Significaba eso algo? Quizá sí, quizá no.

El sol caía sin piedad sobre sus colegas. Alex se alegraba de haber podido quitarse el pesado chaleco y de no verse obligado a embutirse en uno de esos trajes forenses de cuerpo entero.

El equipo técnico se había presentado hoy con cuatro efectivos. Con este calor, eso significaba que terminarían más rápido y no correrían el riesgo de sufrir un colapso. Había mucho que investigar aquí, pero nada que Emma y Alex necesitaran mirar de cerca. Había una vista despejada desde todas las direcciones, lo cual era suficiente para hacerse una idea de la escena. El equipo de forenses encontraría todos los detalles que solo se hacían visibles tras una inspección más minuciosa.

Miró a su compañera, por quien estaba seriamente preocupado. No se le había escapado que entrar en aquel edificio en ruinas le había provocado recuerdos. Él se sentía de la misma manera. Pero a él no le había secuestrado ni torturado un maníaco, ni había tenido que ver cómo atormentaban a una joven inocente casi hasta la muerte.

Mientras pensaba en ello, caminó por la pista de BMX —al menos eso le pareció a Alex—, que se extendía desde los terrenos de la fábrica hasta el bosque y limitaba con la improvisada pista de tenis.

Parecía llevar tiempo fuera de uso. Algunas de las estructuras hechas de losas de hormigón y tuberías daban la impresión de que no deberían pisarse más.

Se dirigió hacia Emma, que estaba sentada en un bloque de hormigón en una ligera elevación, con las palmas de las manos bajo los muslos, observando trabajar a sus colegas. Alex subió por la rampa de hormigón, que apenas era más ancha que él. Solo cuando se sentó a su lado, ella dejó de tener la mirada perdida.

—Hola —dijo él sencillamente.

—Hola —respondió ella, apenas capaz de mirarle a los ojos. Se sentía culpable, él lo sabía. Pero no era necesario y él simplemente habría olvidado el asunto si no supiera que ella no sería capaz de hacerlo tan fácilmente.

—Sobre lo de antes —dijo—, no te preocupes por eso.

Ella no dijo nada durante un rato y Alex compartió el silencio con ella. Dejó que sus piernas colgaran y observó la actividad de sus compañeros abajo.

—¿Crees que no soy apta para el servicio? —preguntó finalmente.

—Solo si hubieras apretado el gatillo. Pero no lo hiciste. Es normal llevarse un susto. De todas formas, no debí acercarme a ti sigilosamente.

—¿Eso es lo que hiciste?

En realidad, había caminado normalmente e incluso había pronunciado su nombre dos veces antes de que ella se girara hacia él. Pero prefirió guardárselo para sí mismo. —Como he dicho, lo siento. Y por si te lo preguntas... yo no habría reaccionado de forma diferente a como lo hiciste tú.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué.

Ella esbozó una pequeña sonrisa y relajó un poco su postura tensa. —¿Crees que lo encontraremos antes de que atrape a la próxima víctima?

—No lo sé.

—¿Qué están haciendo ahí? —preguntó una voz profunda detrás de ellos. Alex y Emma se dieron la vuelta y vieron a un anciano regordete paseando a dos terriers.

—Asuntos policiales —dijo Alex—. Somos de la Policía Judicial de Bielefeld.

—Vaya —dijo él, mirando a su alrededor con recelo antes de inclinarse ligeramente hacia delante y susurrar con fuerza—. ¿Han encontrado un cadáver?

—¿Deberíamos haberlo hecho? —preguntó Alex.

El rostro del hombre se descompuso. —Ehm, no. No lo sé. Es posible, ¿no? Si no, ¿por qué estarían aquí?

—Estamos siguiendo una pista.

—¿Necesitan ayuda con eso?

Alex miró de reojo a Emma, preguntándose si ella también pensaba que este hombre se estaba comportando de forma demasiado extraña. Eso podía significar mucho o nada en absoluto. Desde luego, no sería la primera persona en sentirse incómoda ante la presencia de la policía, incluso sin haber hecho nada malo. Aparte del hecho de que se encontraba en un lugar acordonado y rodeado de vallas de obra. Alex se volvió de nuevo hacia el hombre. —¿Saben que está prohibida la entrada a personas no autorizadas en estas instalaciones?

—Ehm, sí. Bueno, yo solo quería... Siempre doy mis paseos por aquí... con los perros... Mucha gente lo hace y al dueño de los terrenos le parece bien —añadió apresuradamente—. Lo siento. Les diré a los demás que hoy tendrán que pasear por otro sitio.

—Gracias —dijo Alex, observando al hombre mientras se alejaba sigilosamente.

Alex se levantó, se sacudió el polvo de la parte trasera del pantalón y miró a Emma. —¿Nos vamos?

—¿No deberíamos separarnos?

—No vendrá mal que tú también les eches un vistazo a los hermanos Scholz. Klose y Möller pueden encargarse de los padres de Melina Wagner.

Capítulo 33

Como Oscar Scholz no estaba en casa, y un compañero de piso somnoliento les había informado de que no lo veía ni sabía nada de él desde ayer, se sentaron en el despacho de su hermano, Lennard.

Emma recordó la descripción que Alex le había dado del hombre y le costó reconciliarla con el individuo que tenían delante. El Lennard cooperativo y amable claramente le había cogido aversión a Alex desde su visita conjunta a su hermano menor, un sentimiento que Emma intuyó que también se extendía a ella. —Gracias por sacar tiempo para recibirnos —dijo Emma, tratando de sonar lo más educada posible a pesar del gélido recibimiento.

—No tengo mucho tiempo —replicó él con brusquedad, sentándose tras su escritorio—. Y, por lo visto, una llamada telefónica no fue suficiente, así que supongo que esto se debe a información confidencial o a que simplemente quieren ver cómo reacciono a sus preguntas.

Emma pudo ver por la expresión de Alex que estaba desconcertado, como si se enfrentara a un total desconocido. A una persona completamente diferente. Y todo de un día para otro. A Emma le recordó a una película cuyo título no lograba recordar bien. Trataba sobre unas criaturas vegetales alienígenas que copiaban a los humanos mientras dormían y luego ocupaban sus lugares.

—Se trata de su hermano Oscar —dijo Alex.

—Faltaría más —dijo Lennard.

—¿Preferiría que se tratara de usted? —preguntó Emma.

—Dejen de jugar a estos juegos. He dicho que no tengo mucho tiempo. —Miró a Alex—. ¿Es una persona con TEPT un asesino por defecto?

—No —dijo Alex con calma.

—¿Entonces por qué están aquí, si no sospechan de él?

—Para averiguar más sobre él.

—Queremos ayudarle —dijo Emma.

—Ah, ¿así que están aquí en calidad de voluntarios?

—Escuche —dijo Alex, inclinándose hacia delante—, puedo entender su postura, pero no nos lleva a ninguna parte que cada palabra que digamos choque contra un muro. Hay tres mujeres desaparecidas y, por lo que parece, ya están muertas.

—¿Y creen que mi hermano hizo eso?

—Nuestra investigación ha revelado —intervino Emma— que Anna Nowak, Cecilia López y Melina Wagner acosaron sistemáticamente a su hermana Kim. Es más, hemos encontrado pruebas que sugieren que el autor se inspiró en los vídeos en los que aparecía su hermana. Vídeos en los que ella era la víctima.

Lennard la miró con aire evaluador, tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre el vademécum de cuero de su escritorio. Emma podía imaginarlo pensando que aquellas tres habían tenido exactamente lo que se merecían. Pensamientos así por parte de familiares de víctimas no eran raros, aunque muy pocos llegaban a actuar según ellos. Sin embargo, no podía descartarse.

—Incluso si hicieron eso, no se merecían algo así —dijo Lennard finalmente—. Solo eran crías. Quiero decir, Kim, ella... solo tenía trece años. ¿Qué sabes a esa edad? Desde luego, uno no piensa en las consecuencias. Además, hoy en día todo el mundo va a lo suyo. Todos son *personas especiales*. Todos únicos. —Su enfado disminuyó ligeramente—. Igual que Kim. —Fue solo un momento fugaz en el que se evadió, como sumido en sus pensamientos. Luego volvió a mirar a ambos—. Quienquiera que se la tenga jurada a esas tres, desde luego no es mi hermano.

—¿Le conoce lo suficiente como para estar tan seguro de eso? —preguntó Emma.

—Le conozco lo suficiente como para poder afirmarlo, sí.

—¿Con qué frecuencia va a verle? —preguntó Alex.

—Ya sé por dónde va esto. ¿Cómo puedo estar tan seguro si no estoy con él todos los días, verdad?

—¿Una vez a la semana? —preguntó Alex, impertérrito.

—Intento que sea más a menudo.

—¿Tiene algún otro contacto con él?

—Nos escribimos correos electrónicos.

—¿Su hermano no tiene móvil?

—Usted mismo vio cómo reaccionó ante la pantalla brillante.

—Eso fue específicamente por el teléfono de su hermana.

—Créame. Reacciona así ante cualquier teléfono. Por eso no le gusta salir durante el día.

—¿No sería más lógico que se quedara en casa por la noche, entonces? —preguntó Emma.

—¿Qué importa eso ahora? —preguntó Lennard.

—Solo me lo pregunto, ya que las pantallas brillantes de los móviles se notan mucho más en la oscuridad que durante el día.

—Buen apunte —admitió Lennard. Ya no parecía tan a la defensiva —. Si realmente posee un móvil, yo desde luego no lo sé.

—¿Así que lo considera posible? —insistió Emma.

—Hace una semana, habría dado un no rotundo. Pero el chico tenía cosas de Kim escondidas en su habitación, y nunca me habría imaginado que haría eso. Especialmente su teléfono, que sus colegas estaban buscando por aquel entonces. —Miró a Emma como si acabara de recordar algo importante. Algo que no le gustaba nada —. ¿Qué encontraron en él?

—Sabe que no estoy autorizada a decirle eso —dijo Emma, un tanto molesta por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Y sin embargo, espero una respuesta.

—Podemos decirle esto —intervino Alex—. Encontramos pruebas que respaldan nuestras suposiciones.

—¿Que mi hermano es un asesino?

—Que podemos obtener información vital del círculo de amigos y familiares de Kim.

—Vale, supongamos por un momento que mi hermano se dio cuenta de que esas tres jóvenes fueron el motivo del suicidio de Kim. ¿Cómo se supone que un hombre de veintiún años, que no hace más que jugar a videojuegos en línea, ha descubierto algo que ni siquiera la policía ha podido encontrar? ¿Creen que siguió las pistas correctas en *World of Warcraft*?

A Emma no le gustaba el modo en que les hablaba. Estaba ocultando algo. Estaba segura. O bien sabía lo de los asesinatos y estaba encubriendo a su hermano, o bien él era el responsable. Quizá se las había ingeniado para echar un vistazo al teléfono de Kim después de todo. Oscar podría haber estado en la ducha. O en el psiquiatra. Lennard tenía llave. Podía entrar y salir cuando quisiera. Y ninguno de los compañeros de piso se habría dado cuenta realmente, y mucho menos habría pensado nada al respecto.

—Lo que está sugiriendo es un disparate.

—¿De verdad que no sabía nada del teléfono? —preguntó Emma, y pudo ver por su expresión que estas nuevas acusaciones eran la gota que colmaba el vaso. Pero ahora no le importaba. Simplemente tenía que ver cómo reaccionaba. ¿Sería revelador? La gente reaccionaba ante las acusaciones de maneras muy diferentes, fueran ciertas o no. Si era sincera consigo misma, probablemente solo lo había preguntado para poner en su sitio a aquel idiota arrogante.

Lennard replicó de inmediato. —Realmente tengo que maravillarme de su enfoque tan poco profesional. Ustedes saben cómo funciona esto y, sin embargo, ¿tienen la audacia de acusarme de asesinato sin ser capaces de presentar ninguna prueba sólida?

—Basándonos en las pruebas, tenemos que considerar muchas opciones —dijo Emma.

—Si solo trabajan por instinto, les sugiero que se replanteen su dieta.

Pero qué pedazo de...

—Una vez que hayan conseguido realizar algún trabajo de verdad —interrumpió Lennard Scholz los pensamientos de Emma—, podemos concertar una cita. Hasta entonces, al menos dejen de impedir que uno de nosotros haga su trabajo correctamente.

Capítulo 34

—¿Señora Scholz? —llamó Emma, escuchando tras la puerta principal. Se oyó un golpe sordo y Emma miró por encima del hombro a Alex, quien asintió para indicar que él también lo había oído. Dio unos pasos atrás e intentó ver algo a través de las ventanas.

Emma volvió a tocar el timbre. —Señora Scholz, por favor, abra la puerta.

Se oyó otro golpe; Emma puso la mano sobre la cartuchera, pero entonces la puerta se abrió y apareció Annika Scholz. —Lo siento mucho —dijo con expresión avergonzada.

—¿Está todo bien? —preguntó Emma.

—Sí, por supuesto. Estaba en el baño.

Apenas había terminado de hablar cuando llegaron unos ruidos extraños del jardín. Sonó como si algo pesado se hubiera caído.

—Seguro que no ha sido más que un gato. —Annika Scholz parecía nerviosa y difícilmente podría haberse comportado de forma más sospechosa cuando se oyó otro estrépito. En ese momento su sonrisa forzada se desmoronó y Alex corrió de inmediato hacia la parte trasera de la casa. —¡Quieto ahí! —le oyó gritar Emma unos instantes después.

Emma miró a Annika con escepticismo, desenfundó su arma y siguió a su compañero.

—¡Por favor! —gritó Annika tras ella, presa del pánico—. No es más que un chico.

Entonces Emma supo que el gato era en realidad un joven perturbado de veintiún años que acababa de emprender la huida.

***

Aunque Alex no tenía problemas para salir a correr con semejante calor después de trabajar, hoy le resultó considerablemente más difícil perseguir a Oscar. El chico era malditamente rápido y saltaba las vallas de los jardines vecinos como una gacela. Alex se sentía más bien como un penco viejo y destartalado. Y torpe, además, especialmente cuando se golpeó y raspó la espinilla contra una valla de madera a la altura de la cintura por segunda vez.

—¡Detente ahí mismo! —le gritó de nuevo a Oscar, que cada vez ponía más distancia de por medio. Incluso el muro de dos metros de altura no supuso ningún problema para él. Saltó, se impulsó y se dejó caer al otro lado. Alex atravesó el parterre de rosas y luego el camino de grava, hacia el muro blanco.

—Oiga —le gritó alguien—, ¿cree que podrá con eso?

Fuera quien fuese, Alex no le prestó atención y saltó hacia el muro. Se encaramó y pasó al otro lado. Debió de entrar con demasiada velocidad; perdió el equilibrio y aterrizó torpemente sobre un seto de boj en un lecho de mantillo. Sintió un escozor en las palmas de las manos, pero se levantó a toda prisa y siguió corriendo. ¿Pero hacia dónde? Las propiedades colindantes no tenían vallas tan altas. Alex podía ver las siguientes parcelas adyacentes. No había ni rastro de Oscar. Miró al suelo, frente a él, pero no había huellas que pudieran ayudarle.

—Mierda —dijo, girando la cabeza hacia la izquierda. La puerta del jardín estaba abierta. Cruzó corriendo y se detuvo en la calle. Miró en todas direcciones, pero no pudo localizarlo por ninguna parte. Chalés independientes, coches aparcados y el sonido de un cortasetos, presumiblemente de la casa de enfrente. Ni un alma a la vista, a excepción de Emma, que venía corriendo hacia él. Llevaba el arma con ambas manos a un costado, apuntando hacia el bordillo.

—¿Dónde está? —le oyó gritar mientras él buscaba frenéticamente en todas direcciones.

—Ni idea. —Realmente no la tenía—. Joder.

Emma se detuvo junto a él y volvió a mirar a su alrededor; luego, deslizó el arma de nuevo en la funda.

—Era malditamente rápido —dijo Alex.

—No me lo habría esperado de un ermitaño.

—Desde luego no es ningún ermitaño. Además, ya nadie dice eso.

—¿Y qué se dice ahora entonces?

—¿Normal?

—Qué gracioso —dijo Emma.

—Ojalá pudiera reírme de esto.

—¿Estás bien? —La mirada de Emma viajó desde sus manos hasta su maltrecha espinilla derecha.

Alex también se miró entonces las palmas de las manos raspadas, que no merecían ni mencionarse. La espinilla, sin embargo, sí que necesitaba cuidados. Sangraba y la herida requería una limpieza, pero el dolor era soportable. Todos esos años practicando artes marciales de pleno contacto lo habían curtido.

—¿Quieres que te lleve al hospital? —preguntó Emma.

—¿No tienes un botiquín de primeros auxilios en el coche? —No tenían tiempo para más que eso; tenían que enfrentarse a Annika Scholz. Después de todo, la teoría de la madre y el hijo como autores de los crímenes volvía a cobrar fuerza.

***

—¿Qué han hecho con él? —preguntó Annika Scholz cuando los dos agentes regresaron con ella.

Emma esperaba que sacara la artillería pesada, pero simplemente sonaba como cualquier otra madre angustiada y preocupada por su hijo.

—Debería preguntarse qué se ha hecho él mismo a sí mismo al actuar así —dijo Alex.

—¿Perdone? —Ahí estaba, pues, la artillería pesada—. Mientras no tengan pruebas sólidas contra mi hijo, sea lo que sea en lo que supuestamente esté involucrado, no pueden limitarse a detenerlo.

—Resistirse a la autoridad es razón más que suficiente. —Alex dio un paso hacia ella—. Usted lo sabe perfectamente como abogada. Y sus vecinos también lo saben.

Annika miró a izquierda y derecha de la calle. —No me gusta lo que voy a decir, pero será mejor que entremos y sigamos hablando dentro.

—Como guste —dijo Alex.

Emma comprendía que resultaba frustrante que un sospechoso escapara. Pero que Alex estuviera así de enfadado no era propio de él en absoluto. Emma lo siguió al interior y se colocó a su lado en el espacioso recibidor. No hacía fresco, pero tampoco hacía tanto calor como fuera.

Ambos se volvieron hacia Annika, que echó un último vistazo al exterior antes de cerrar la puerta. Se giró hacia ellos y se cruzó de brazos. Parecía que tendrían que continuar la conversación en el pasillo.

Emma se percató ahora de que allí no había fotos familiares, ni siquiera láminas de Hundertwasser o cualquier otra cosa que la gente suele colgar en los pasillos para que parezcan menos austeros.

—Y bien —dijo Annika—, díganme por qué no debería presentar una queja formal ante su superior.

—¿Por qué no nos dice usted qué ha motivado a su hijo a huir de dos agentes de policía? —replicó Emma con otra pregunta.

—Presumiblemente por lo mismo por lo que están ustedes aquí.

—Es sospechoso del asesinato de tres mujeres jóvenes —dijo Emma. Sacar a relucir esta teoría era algo que había discutido con Alex mientras le practicaba las curas de urgencia. Esperaban que, al hacerlo, pudieran o bien ponerse sobre la pista del verdadero autor

o bien obtener información crucial que Annika Scholz les hubiera ocultado hasta el momento. Con esta afirmación audaz, de la que no tenían prueba alguna, esperaban que Annika Scholz les contara todo lo que querían saber para sacar a su hijo de la línea de fuego. Tras su huida, esta teoría ya no debería parecerle tan descabellada.

Emma estaba a punto de empezar con la siguiente pregunta cuando oyeron un coche acercarse a toda velocidad y frenar en seco. Por la postura defensiva que adoptó Annika Scholz, Emma intuyó que había informado a su hijo mayor. Poco después, una silueta apareció tras el cristal esmerilado de la puerta principal. Annika Scholz se hizo a un lado.

—¿Dónde está? —preguntó Lennard, incluso antes de terminar de abrir la puerta.

—A nosotros también nos gustaría saberlo —dijo Emma con dureza.

—Si le pasa algo, los consideraré responsables.

—Para empezar, no debería haber huido de nosotros —dijo Alex.

—¿Se les ha ocurrido pensar que lo hizo porque creía que venían a devolver el teléfono de Kim?

No habían pensado en eso, por supuesto, y antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Lennard ya estaba de nuevo fuera llamando a gritos a su hermano. Su voz se alejó rápidamente de ellos. Emma se preguntó si lo encontraría él o los compañeros del coche patrulla primero. El sonido de los rotores del helicóptero de la policía se acercaba cada vez más, mientras la voz de Lennard se desvanecía en la distancia.

—Si no tienen una orden judicial —y estoy segura de que no la tienen—, abandonen mi propiedad ahora mismo. Deseo cerrar la casa antes de salir a buscar a mi hijo.

Capítulo 35

A última hora de la tarde, el sol ya se había desplazado al otro lado de la casa. En la habitación de Oscar reinaba la penumbra. Una compañera del equipo de la científica registraba el armario con una linterna, mientras Alex inspeccionaba debajo de la cama con la suya propia. Sin embargo, lo único que encontró fueron cajas de accesorios informáticos, que fue colocando sobre la cama una a una para revisarlas con Emma. Salvo por las piezas de poliestireno, las bolsas de plástico y los manuales de instrucciones, las cajas estaban vacías. No había ni rastro de la caja en la que Oscar guardaba las cosas de su hermana. Embargado por la decepción, Alex se puso en pie. —¿Ha encontrado una caja de zapatos con dibujos dentro? —preguntó, mirando hacia la técnica de la científica que estaba junto al armario.

—¿Se refiere a la que llevamos buscando todo este tiempo? —dijo ella con sarcasmo, sin permitir que la pregunta interrumpiera su trabajo.

Alex se rascó la barba de tres días bajo la mascarilla. Ya era bastante difícil respirar con aquello puesto; con este tiempo, sentía unos deseos irreprimibles de arrancársela, junto con el mono blanco de la científica que ya se le pegaba a los antebrazos y las espinillas. Quizá deberían imponer como norma, al menos en verano, no ser siempre los primeros en llegar a la escena de cada incidente.

Miró a Emma y vio cómo los engranajes de su mente se ponían en marcha. Ella mantenía la mirada fija en los embalajes abiertos sobre la cama. Desde allí, miró hacia el armario y señaló algo que estaba en el suelo, en su interior. Él se dio la vuelta y vio un viejo monitor de ordenador. Un modelo de tubo de rayos catódicos que debía de tener al menos veinte años. Él había tenido uno de esos en su mesa al empezar el periodo de prácticas. Incluso por aquel entonces, cuando la mayoría de las oficinas ya se habían pasado a las pantallas planas. —¿Qué pasa con eso? —preguntó.

—No creo que Oscar se haya deshecho de las cosas ni que las haya escondido fuera de su habitación. Las pertenencias de Kim tienen que seguir en este cuarto. Pero como sabe que reconocerías la caja, ha buscado un escondite mejor.

—Ya veo. —Alex se acercó al monitor—. ¿Le importa si echo un vistazo? —le preguntó a su colega.

—Adelante —dijo ella, echándose a un lado.

Alex se puso de cuclillas y su compañera iluminó el monitor por encima de su hombro con la linterna. —Gracias —dijo él, inspeccionando el dispositivo. Luego le dio la vuelta y la carcasa trasera se soltó; era evidente que no estaba atornillada. Con cuidado, Alex la retiró y, en lugar de placas de circuitos, encontró no solo los dibujos que faltaban, sino también docenas de fotos que mostraban a Kim con vida.

***

—Mierda —masculló Alex—. Podría ser cualquiera de estos sitios.

El ventilador del despacho de los dos investigadores zumbaba a intervalos regulares, y su brisa hacía oscilar ligeramente las fotos de Kim prendidas en un tablón de anuncios. Había treinta y siete fotos en total: instantáneas tomadas en diversos lugares de toda el área metropolitana de Bielefeld. En trece de ellas, Kim Scholz parecía feliz; en las demás, se la veía más bien esquiva, como si se hubiera producido un cambio repentino en su estado de ánimo que se hacía más pronunciado cuanto más recientes eran las tomas.

—Solo este lugar puede vincularse con los de los vídeos, si se le echa un poco de imaginación —dijo Emma, señalando el museo agrícola al aire libre en el distrito de Olderdissen.

—Apuesto a que la patrulla no encontrará allí más que visitantes —respondió Alex.

—Con este tiempo, estarán todos en la piscina.

—Aun así, no sería un lugar seguro para dejar cadáveres colgados durante días y días.

—Supongo que no. —Frente a los grandes portones del granero, Kim, que tendría unos diez años, inmovilizaba a su hermano pequeño por el cuello. Lennard estaba un poco apartado de la escena, con aspecto de haber sido arrastrado a esa molesta excursión familiar contra su voluntad. La foto la había tomado el padre o la madre. A diferencia de las otras imágenes, donde uno de los progenitores aparecía siempre en el encuadre de la cámara, esta era la única en la que solo salían los niños.

—¿Y esta? —preguntó Alex, señalando una foto tomada en el gran jardín de una casa de entramado de madera rehabilitada—. ¿Es su antigua casa?

—Podría ser —dijo Emma—. ¿No la habían demolido?

—Sí, ahora hay un chalé nuevo allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Google Earth.

—¿Y si Oscar está allí de todos modos?

—¿Por qué iba a estarlo? —Alex sacudió la cabeza y volvió a mirar las otras fotos, con la esperanza de que algo pudiera llamar su atención y ayudarlos a avanzar.

—Al fin y al cabo, es el lugar que desencadenó su trauma —dijo Emma.

—Lo entiendo, pero se suele evitar lugares así, ¿verdad?

—La mayoría de la gente, sin duda. Pero fíjate en los soldados, por ejemplo: algunos regresan voluntariamente a la guerra tras experiencias traumáticas.

—O policías que vuelven al servicio a pesar de todo —añadió Alex.

Emma esbozó una sonrisa tensa y Alex la miró, de repente alarmado. Ella supo de inmediato que él no había estado pensando en ella en absoluto y que quería disculparse. Pero Emma fue más

rápida—. —No pasa nada. Creo que estamos en paz. —Emma dio unas palmaditas al arma reglamentaria en su cinturón.

Alex esbozó una pequeña sonrisa vacilante y volvió a centrarse en las fotos.

—Vayamos allí en coche —sugirió Emma, aunque no creía que fueran a encontrar a Oscar en ese lugar. De todos modos, tenían que esperar a ver qué arrojaba la búsqueda a gran escala ahora que Oscar era su principal sospechoso. Y aunque todos los lugares de las fotos ya estaban en la lista de búsqueda, quizá les serviría para despejar la mente y ver las cosas con un poco más de claridad. Sobre todo, esperaba que ayudara a Alex a calmarse un poco.

Estaban a punto de marcharse cuando la puerta se abrió de par en par y el inspector jefe Krüger se asomó al despacho, apoyando su peso en el pomo. —Antes de que se vayan a por helados, deberían interrogar a Annika Scholz. Acaba de llegar y quiere hablar.

—¿Con su abogado? —preguntó Emma.

—Si con eso se refiere a su hijo mayor, tampoco hay ni rastro de él ahora mismo.

Capítulo 36

—No sé qué les ha pasado. —En la sala de interrogatorios, Annika Scholz estaba mostrando una faceta que Emma y Alex no habían visto antes. Parecía cansada. No físicamente, sino emocionalmente. Dado que sus dos hijos estaban siendo vinculados a tres asesinatos y estaban huidos de la policía, no era de extrañar. Aunque, estrictamente hablando, eso no era cierto en el caso de Lennard. Él simplemente —y de forma extraña— se había esfumado con ellos.

—¿Tiene alguna idea de dónde podrían estar sus hijos? —preguntó Emma.

—Si lo supiera, ya me habría enfrentado a ellos hace tiempo, y desde luego no aquí.

O sabía exactamente dónde estaban y había venido aquí para ganarles tiempo, y quizás para dejar un rastro falso. Emma sacó una carpeta de fotos del expediente y la abrió. Colocó la imagen que mostraba a Kim en el jardín de la casa antigua frente a Annika Scholz. La mujer la miró con incredulidad, como si estuviera viendo algo totalmente absurdo. Los músculos de su cara se tensaron y sus ojos se humedecieron. Debía de ser la primera vez en muchos años que veía a su hija. —¿De dónde ha sacado eso? —preguntó con la voz quebrada. Su mano derecha se acercó a la foto, pero reprimió el reflejo cruzando los brazos sobre el pecho.

—Encontramos eso en la habitación de Oscar. —Emma sacó las otras fotos de la carpeta y puso el montón sobre la mesa—. Junto con estas. ¿Le resultan familiares?

—Solían estar colgadas en nuestro pasillo. Las tiré junto con los marcos. —Se quedó mirando las imágenes y no hizo ademán de revisarlas—. Oscar debió de haberlas sacado de la basura. —Ahí estaba de nuevo, esa voz dura y profesional.

—¿Culpa usted a su hijo? —preguntó Alex desde el rincón oscuro junto al espejo.

Pasó un momento antes de que ella pudiera apartar la vista de la foto que mostraba a su hija y a su hermano pequeño jugando felices en una piscina infantil en verano. Ella misma estaba sentada al fondo, en la terraza, leyendo un libro, mientras Lennard disparaba a los niños con una pistola de agua. —¿Culparle de qué?

—De la muerte de su hija.

—Por supuesto que no —dijo ella.

—Si hubiera pedido ayuda —continuó Alex—, ella podría seguir viva.

—No, no lo estaría.

—¿De verdad se cree eso?

—No estoy aquí para resolver cuestiones de culpabilidad, sino para encontrar a mis hijos.

—Entonces, ¿por qué no los busca usted misma? —preguntó Emma.

—Porque no sé dónde buscar.

—¿Tan mal conoce a sus hijos? —dijo Alex—. Apuesto a que si fuera un cliente, tendría una idea inmediata de dónde se esconderían.

—¿Me está juzgando *usted* por mi trabajo? ¿Va a decirme ahora que usted no tiene que hacer horas extras con regularidad también?

Alex se mordió la lengua y, aunque su rostro estaba en sombras, Emma pudo sentir que le habría encantado responder.

—¿Están mis chicos en alguno de los lugares de las fotos? —preguntó Annika Scholz sin rodeos.

—Por ahora no. ¿Hay algún lugar que debamos vigilar?

—No lo sé —dijo con resignación.

—Ni siquiera ha mirado bien las fotos.

—Recuerdo bastante bien lo que sale en ellas.

—¿Después de diez años?

—Lo recordaría igual dentro de cien.

—¿Por qué ha venido a vernos si no quiere ayudar? —preguntó Alex con impaciencia—. Tenemos que sacarle todo con sacacorchos.

—Se robó una furgoneta relacionada con este caso —intervino Emma—. ¿Sabe algo de eso?

—¿Qué más se supone que han hecho mis hijos? ¿Un atraco a un banco, quizás? ¿O un asesinato? Seguro que hay algunos otros casos sin resolver que pueden endosarles. Mis hijos no han cometido ningún delito. Tienen miedo.

—¿Qué le dijo su hijo Oscar antes de huir? —preguntó Emma.

—Nada.

—Oh, por favor —dijo Alex, molesto.

—Realmente no dijo nada.

—¿Por qué ha vuelto a verla ahora, precisamente ahora, después de dieciocho meses? —preguntó Emma—. ¿Y en una mañana poco después de que Melina Wagner fuera asesinada, nada menos? Y no me diga que ha sido porque ha tenido una pesadilla. —El tiempo apremiaba; tenía que ejercer presión. Emma, por supuesto, se había informado sobre la abogada, que no era conocida por ser un hueso duro de roer, pero sí muy ambiciosa y tenaz. Comprendería que resolver el caso era prioritario.

Annika Scholz estudió a Emma con una mirada severa, luego volvió a mirar la foto del jardín. —Vino a verme la noche anterior y se quedó a dormir.

Qué casualidad. Emma pensó en la teoría de Alex sobre que la madre y el hijo actuaban como cómplices. Alex también había cambiado de postura y se había acercado a ellos dos.

—Sé qué aspecto tiene esto —dijo Annika Scholz, y por un momento Emma se preguntó si debería poner un bote para que cada persona que dijera algo así durante la investigación echara una moneda. Al final, seguramente habría suficiente para una cena de

lujo—. Pero no tenemos nada que ver con los asesinatos de esas chicas.

—¿Por qué fue a verla?

—Por su colega.

Esa fue la señal para que Alex rodeara la mesa y se colocara junto a Emma. —¿Por mí?

Annika le miró a él, ignorando a Emma. —Me habló del móvil de Kim y quería pedirme perdón por no haber hecho lo que le dije entonces.

—¿Respecto a qué? —insistió Alex.

—Las cosas de Kim. Quería que lo tiraran todo.

—¿Y usted misma cumplió con eso?

—Cada día deseo no haberlo hecho.

—¿Por qué está aquí realmente? —preguntó Emma, harta de esa representación.

—Ya se lo he dicho.

—Y lo que ha dicho no tiene sentido.

—¿Usted qué va a saber?

—Está aquí para enterarse del estado de nuestra investigación —concluyó Alex—. ¿Quiere avisar a sus hijos o darles luz verde?

—Ya basta —dijo ella, levantándose—. Hemos terminado aquí.

Alex le bloqueó el paso. —No, no hemos terminado.

—¿Cómo se atreve? No tiene derecho a retenerme.

—Ha ayudado a huir a un sospechoso en un caso de asesinato. Sabe muy bien que tenemos el derecho.

—¡Mis hijos no son criminales!

—¿Por qué está aquí? —exigió Alex una vez más.

—¡Para convencerme de que mi creencia es correcta! —casi gritó. Luego explicó con más calma—: Quería oír si tenían alguna prueba

contra ellos, pero está claro que no la tienen. Y sin embargo, no puedo decir que esta certeza me haga sentir mejor.

Se hundió un poco. Sus fuerzas se habían agotado. —Solo quiero que mis hijos estén bien. Son todo lo que me queda.

***

—¿Alguna noticia ya? —preguntó Emma, mirando a través del cristal a la sala de interrogatorios vacía, donde en su imaginación proyectaba a Annika Scholz en una de las sillas, con la mirada perdida, abatida y agotada. Entonces esa figura triste se convirtió en el propio reflejo de Emma, lo que la impulsó a apartarse de la ventana.

—Los lugares de las fotos no han dado nada —dijo Krüger, apoyado en un aparador con las manos en los bolsillos. Sobre él había un viejo dispositivo de grabación que no se había usado en décadas. Al parecer, los técnicos no tenían corazón para desguazarlo.

—¿Qué hay de los padres de Melina Wagner? ¿Están ya en condiciones de hablar? —preguntó Emma.

—La madre, Regina Vorwerk, todavía está bajo tratamiento ambulatorio —dijo Krüger—. Su marido, Klaus Vorwerk, está con ella. En cuanto estén en condiciones de ser entrevistados, se lo haré saber.

—¿No deberíamos intentarlo de todas formas? —intervino Alex.

—Los agentes Klose y Möller todavía están allí, y no hace ni media hora que han informado de que Regina Vorwerk sigue fuertemente sedada.

—¿Y su marido? —preguntó Emma.

—Tampoco está en condiciones de hablar. Solo murmura para sí mismo, culpándose por haberla dejado salir.

—Tampoco estamos llegando a ninguna parte con Annika Scholz —dijo Alex, apoyando las manos en el borde de la mesa junto a la ventana de observación y mirando cansado sus Chucks.

—Sigo sin entender por qué estaba aquí —dijo Emma—. ¿Solo para averiguar el estado de la investigación? Eso sería demasiado obvio —respondió a su propia pregunta—. Tiene que haber algo más.

—O tal vez no —dijo Alex—. No puedo dejar de pensar en esa foto. La del jardín. Sé que el lugar ya ha sido revisado. —Se apartó de la mesa y se volvió de nuevo hacia Emma y Krüger—. Pero creo que deberíamos echar un vistazo más de cerca a los alrededores más amplios.

—¿Y eso por qué? —preguntó Krüger.

—En solo unos días, ha convencido a tres mujeres jóvenes para que abandonen sus casas y se reúnan con él. La declaración de Jan Hausmann sugiere que hizo eso con todas ellas. ¿Correcto?

Krüger asintió.

—Para conocer sus hábitos, debe haberlas vigilado desde la distancia durante mucho tiempo para saber cuándo estaban en casa —dijo Alex.

—También podría haberlas rastreado a través de sus móviles —señaló Emma.

—Sí, podría. Pero si no es así, bien podría ser que esté regresando al lugar donde murió su hermana y donde una nueva familia vive ahora una vida feliz en una casa nueva. Si nuestro perpetrador ha vigilado a esta familia el tiempo suficiente, los celos y la rabia hacia aquellos que tienen a su hermana sobre su conciencia podrían haber crecido tanto que se sintió obligado a arrebatarles su vida feliz y protegida.

—Entonces ese lugar podría ser el manantial del que saca su motivación —dijo Emma.

—Y como ha anunciado que las tres no serán las últimas, podría estar sentado en algún lugar detrás de un seto allí, reponiendo sus reservas.

Capítulo 37

En un radio de un kilómetro y medio alrededor de la antigua propiedad de la familia Scholz, varios coches patrulla y compañeros de la unidad de operaciones especiales estaban en posición. Cuatro de ellos formaban pequeños equipos de búsqueda con Emma y Alex respectivamente. Para avanzar más rápido, se habían dividido, pero mantenían contacto constante por radio.

—Sin rastro por ahora —la voz de Emma chisporroteó en el oído de Alex.

—Recibido —dijo Alex, y los demás compañeros repitieron lo mismo—. Sigo avanzando en paralelo a la carretera objetivo por Ehlentruper Weg. —Con precaución, con el cañón de su arma apuntando al suelo, trotó junto a un seto alto mientras Emma y los otros compañeros seguían comunicando sus posiciones exactas por la radio. Se detuvo ante una puerta de madera pintada de blanco que daba al jardín delantero de una casa de ladrillo. Miró a su alrededor y se preguntó si alguien podría estar apostado en el gran roble de enfrente, que tal vez tuviera vistas por encima de la casa de ladrillo hacia la antigua propiedad de los Scholz, que debía de estar situada justo detrás.

El árbol sobresalía por encima de los tejados, era frondoso y estaba a pleno sol. Alex lo observó un momento, buscando algún reflejo que pudiera provenir de unos prismáticos o algo similar. Pero no se veía absolutamente nada. Ni movimiento ni señales de un observador. No obstante, quería examinar el árbol más de cerca.

Alex miró a ambos lados de la calle antes de cruzarla. Al pie del árbol, miró hacia arriba y comprendió que tendría que trepar, ya que las ramas gruesas le bloqueaban la visión. Estaba a punto de empezar cuando se oyó un fuerte crujido sobre su cabeza.

***

—Objetivo a la vista —susurró Emma, transmitiendo su posición exacta. A excepción de Alex, recibió la confirmación y las actualizaciones de los demás, y ya alcanzaba a ver a uno de ellos acercándose hacia ella—. ¿Alex? —habló Emma por la radio, pero no obtuvo respuesta. Una sensación de inquietud empezó a extenderse por la boca del estómago. Lo intentó de nuevo, sin recibir contestación. Se estaba poniendo nerviosa.

—Nosotros nos encargamos —dijo una voz nueva por la radio, probablemente perteneciente a la unidad de reserva. Aunque estaba segura de que llegarían pronto a la última posición de Alex, aquello no la tranquilizó. Se preguntó si debía ir a buscarlo o seguir avanzando. —El noreste está despejado —llegó la voz por el transmisor. Emma intentó concentrarse. Tenía que registrar la zona y forzó su vista cansada hacia las propiedades vecinas. En ninguna parte había un punto de observación o un árbol que fuera lo bastante grande como para ofrecer una buena vista del nuevo chalé.

—Sureste despejado —chisporroteó en el oído de Emma.

—Noroeste despejado.

—¿Lo han localizado? —preguntó Emma.

—Negativo. No está en la última posición.

Emma hizo una señal con la mano al compañero de la unidad de operaciones especiales, que estaba a pocos metros de ella, para indicarle que ocupara su puesto. Cruzó la calle corriendo y luego avanzó por un sendero estrecho. Tras unos metros, divisó a dos compañeros al final, mirando a su alrededor. Detrás de uno de ellos había un roble enorme y frondoso que se alzaba sobre los tejados.

Emma debía de estar más o menos en la última posición de Alex. Pero no había ni rastro de él. Los dos compañeros seguían buscando, y Emma se sentía cada vez más inquieta. Estaba a punto de llamarlo por radio otra vez cuando algo se movió en la copa del gran roble. Con el arma apuntando al árbol, cruzó la calle, lo que alertó a los dos agentes de patrulla, que la siguieron con cautela.

Al llegar al tronco, miró hacia arriba pero no lograba distinguir si había alguien allí o no. Se movió un poco hacia un lado cuando algo crujió bajo su pie. Miró hacia abajo y encontró el auricular de la radio de Alex. El pánico la inundó y levantó la cabeza de golpe al oírse otro susurro y un leve crujido.

—Se tienen unas vistas muy buenas desde aquí arriba —oyó gritar a Alex con despreocupación, y aunque comprendió que era él quien trepaba por las copas de los árboles, la sensación de pánico de Emma no remitió hasta pasado un momento. Y entonces se enfadó —. ¿Estás bien? —preguntó ella hacia arriba.

—Lo siento, me he resbalado y he perdido la radio.

—¿Te has hecho daño? —preguntó ella.

—Ahora también me he raspado la otra pierna.

Emma guardó el arma en la funda. —Como sigamos así, vas a tener que comprarme un botiquín nuevo.

—Lo que necesitamos aquí es a la científica. Mi sangre no es lo único que hay aquí arriba. También hay restos secos de barro con el dibujo de una suela de zapato.

—Lo comunicaré —dijo Emma.

—¡Mierda! —oyó decir a Alex antes de que ella pudiera informar a los compañeros.

—¿Te has vuelto a resbalar?

—El coche de Lennard está arrancando en el cruce de ahí atrás, hacia el noreste, en dirección al centro.

Capítulo 38

—¿Acaso es un delito ahora simplemente dar una vuelta en coche? —preguntó Lennard Scholz.

—Salga del vehículo, por favor —dijo Emma a través de la ventanilla abierta del conductor.

Lennard se quedó mirando el coche patrulla que tenía delante, con las luces azules reflejándose en sus gafas de sol. Luego echó una mirada furtiva al espejo retrovisor, pero el coche de Emma le bloqueaba el paso. No quedaban rutas de escape. Alex se había desplazado hacia el lado del pasajero, con la mano apoyada ya en el arma de su funda, igual que Emma, que estaba de pie en el lado del conductor.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —gritó una voz desde la casa de enfrente.

—Por favor, vuelva adentro —dijo Alex por encima del hombro.

—Están ustedes en mi propiedad.

—Y usted está obstruyendo ahora mismo una operación policial.

El hombre pareció desconcertado, pero luego se retiró al interior de la casa.

—Y usted —Emma se volvió de nuevo hacia Lennard—, salga ahora. Despacio, si es tan amable.

—Está bien —rezongó él, manteniendo las manos bien visibles delante de sí en cada movimiento.

Emma dio un paso atrás para permitirle bajar del coche.

—Es consciente —dijo Lennard— de que lo que están haciendo aquí se utilizará contra ustedes, no contra mí, ¿verdad?

—Deme las llaves —le ordenó Emma.

—No tengo intención de fugarme.

—¿Por qué se escondía de nosotros, entonces?

Él le entregó las llaves y ella usó el mando para abrir el maletero. Alex rodeó el coche y echó un vistazo al interior. —Nada.

—¿Pensaban que le había obligado a meterse en el maletero a gatas?

—¿Por qué estaba cerca de su antigua propiedad?

—Por el mismo motivo que ustedes. Estaba buscando a mi hermano.

Alex cerró el maletero de nuevo y se colocó detrás de Lennard. —¿Y por qué no contactó con nosotros? —preguntó Alex.

—Porque quería encontrarlo antes que ustedes.

—¿Para ayudarle a pulir su declaración? —preguntó Emma.

—¿O quería esconderlo de nosotros? —añadió Alex.

—Ninguna de las dos cosas. Quería protegerlo y prepararlo para sus preguntas. —Se volvió hacia Alex—. Usted mismo vio cómo reaccionó ante usted y sus acusaciones. Tiene miedo, y por eso huye. Quiero decir, sinceramente, no pueden creer de verdad que él tenga algo que ver con estos asesinatos.

—Le ha avisado de que veníamos —dijo Alex—. Hace un momento. He encontrado su escondite en el árbol; algunos de los rastros aún estaban frescos.

—Sí, lo encontré allí, pero no le sugerí que huyera. Quería hablar con él, pero echó a correr otra vez.

—¿Entonces por qué no lo siguió a pie? —preguntó Emma.

—Porque conoce a su hermano y sabe adónde irá después —dijo Alex—. Y estoy seguro de que estará encantado de enseñarnos dónde es eso.

***

En el apacible y pequeño cementerio de Bielefeld-Quelle, un lugar protegido por su interés histórico no lejos de la antigua residencia de la familia Scholz, pudieron ver a Oscar desde la acera. Estaba

sentado con las piernas cruzadas frente a una tumba, mirando hacia la estatua del ángel que se erguía sobre ella.

—Ahí es donde está Kim —susurró Lennard—. Habla con ella a menudo. Por favor, dejen que hable yo con él primero.

—Tiene tres minutos —dijo Emma.

Lennard caminó hacia su hermano, despacio y con cautela, como si temiera que este huyera de nuevo si alguien se acercaba demasiado deprisa. Los otros agentes ya estaban en posición, simplemente esperando la señal de Emma para interceptarlo.

Lennard estaba a mitad de camino cuando Oscar lo vio. —¿Estás bien? —preguntó Lennard con suavidad, y pareció como si hubiera traído a Oscar de vuelta a la realidad. Oscar no reaccionó con alivio ni alegría; en su lugar, entró en un pánico absoluto. Un sonido bajo y dolorido escapó de su garganta antes de darse la vuelta e intentar alejarse gateando a toda prisa. Lennard lo alcanzó rápidamente.

—Todavía no —transmitió Emma por radio.

—¿Estás segura? —susurró Alex.

—Mira —dijo ella.

Lennard agarró a Oscar por detrás justo cuando este se había levantado de un salto y estaba a punto de salir disparado. Oscar lo soportó un momento. Parecía que Lennard le susurraba algo al oído. Unos segundos después, Lennard lo soltó y levantó las manos como en señal de rendición. Oscar se quedó allí de espaldas a él, miró por encima del hombro a su hermano y no se movió.

—Está bien —gritó Lennard—, no se resistirá.

—Intervengan, pero con suavidad —transmitió Emma por radio y salió de su escondite junto con Alex.

—No pasa nada, hermano —dijo Lennard.

—Claro que sí pasa —dijo Oscar entre lágrimas, y mientras Emma se acercaba a él y le ponía las esposas mientras Alex y tres de sus colegas lo mantenían encañonado con sus armas, añadió—: Lo

siento. De verdad que no quería huir. Pero tenía que hacerlo. Por Kim.

La forma en que lo dijo le dejó a Emma una sensación de inquietud. De algún modo, no podía evitar pensar que Lennard podría haberle dicho algo que saboteara sus avances en el caso.

Capítulo 39

La idea de Alex de dejar a Annika Scholz y a Lennard al margen por el momento, para así poder interrogar a Oscar en el módulo de preventivos de la prisión de Brackwede, no había sido fácil de coordinar. Naturalmente, la familia Scholz había insistido en contar con un abogado, que resultó ser un amigo de la familia y alguien a quien Emma conocía. Alex, por su parte, tenía el placer de tratar con Karl Hohenfelde por primera vez, por no hablar de su primera experiencia interrogando a un sospechoso de asesinato en la cárcel.

—A mi modo de ver —comenzó Karl Hohenfelde, mientras entraba en la sala y dejaba que el guardia cerrara la puerta tras él—, han arrestado a un hombre inocente.

—Permítanos discrepar —dijo Emma.

—Entonces es que no están al tanto de las últimas novedades. —Sacó un smartphone de grandes dimensiones del bolsillo interior de su americana y lo colocó, desbloqueado, sobre la mesa de metal frente a Emma y Alex. Oscar estaba sentado frente a ellos, esposado a un soporte en el borde de la mesa. Hohenfelde tomó asiento al lado de su cliente y le lanzó una mirada penetrante—. No diga ni una palabra.

Hohenfelde señaló su teléfono. —A Osayi Mutlu no se la ha visto desde el mediodía de hoy, hasta que hace media hora se ha subido este vídeo a su perfil. En un momento en el que mi cliente ya estaba bajo custodia. Salgan y véanlo con calma. Necesito hablar con mi cliente.

Emma miró la hora de publicación y supo que las cartas habían vuelto a barajarse; tendrían que liberar a Oscar a menos que lograran condenarlo de alguna manera. Ya no cabía duda de que habían dado con el hombre adecuado y, sin embargo, de repente, las dudas empezaron a aflorar en su interior. Pero no era más que un presentimiento; no podía respaldarlo con ningún hecho.

Emma cogió el teléfono y fue a la sala contigua con Alex. Allí, tras el espejo unidireccional, esperaban Krüger y la fiscal Aufderheide. Emma puso el dispositivo sobre la mesa. La imagen fija mostraba a la joven Osayi Mutlu, con el rostro surcado por el maquillaje corrido por las lágrimas. Con un dedo tembloroso, Emma inició el vídeo.

***

—¿Por qué estoy aquí? —gimoteó la joven. Le costaba respirar, sin duda debido a que el agresor le había esposado los brazos por encima de la cabeza a un anclaje en el techo. Los kilos de más en sus caderas seguramente ejercían una presión inmensa sobre sus articulaciones y músculos, impidiéndole respirar correctamente. Lo mismo le ocurría a Emma. Temblaba con cada inspiración y, si inhalaba demasiado profundamente, sentía un tirón agudo que se irradiaba hacia sus hombros tensos.

—¿No eres tú Ozzy347? —preguntó la familiar voz distorsionada.

Osayi Mutlu se sobresaltó por el susto. O bien él no le había hablado antes, o era la primera vez que usaba el distorsionador de voz. ¿Podría ser que solo lo usara para los vídeos? Y si fuera así, ¿podría significar algo? No, no tenía sentido. Si ese fuera el caso, Anna y Cecilia lo habrían reconocido. ¿Verdad? Melina parecía haberlo reconocido. Emma apartó esos pensamientos; no llevaban a nada más que a una mayor confusión.

—¿Qué he hecho? —Su cuerpo desnudo estaba cubierto de sudor, que brillaba bajo la luz de la cámara del móvil.

—No tenemos mucho tiempo y deberíamos centrarnos en lo esencial. ¿Acaso has pasado por alto mi mensaje de estos últimos días? Sería extraño, teniendo en cuenta que le diste a «me gusta» a cada uno de los vídeos.

Sus ojos se agrandaron, algo que Emma pudo ver a pesar de la pequeña pantalla del teléfono.

—¿Los vídeos son reales? —preguntó, conmocionada, y empezó a llorar—. Oh, Dios. Por favor, no. Se lo compensaré. De verdad.

—¿Habrías hecho eso si no estuvieras aquí, sino en casa, burlándote de tu compañera de clase anoréxica en Instagram y TikTok? He rastreado tu cuenta; debo admitir que no he podido verlo todo, pero he visto suficiente. Lo suficiente como para librar al mundo de ti.

—Por favor, no. De verdad que se lo compensaré todo.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que podría haber una razón para su anorexia? ¿Que podrías compartir parte de la culpa? No, por supuesto que no. Ninguna de vosotras piensa en esas cosas.

—¿Ninguna de nosotras?

—Vosotras, las mujeres.

Emma se preguntó dónde se habría filmado el vídeo. Parecía que estaban en algún tipo de contenedor de carga. A juzgar por la pintura roja del interior, desconchada y parcialmente agrietada, seguramente se trataba de uno fuera de servicio. No entraba luz del exterior. Y si se había filmado alrededor del mediodía, el sol habría estado golpeándolo sin piedad todo el tiempo. Emma ya creía oler el hedor que debía de haberse acumulado en el interior.

—Los hombres no son mejores —le espetó ella ahora—. Pero eres demasiado cobarde para enfrentarte a ellos.

—Los hombres gestionan las cosas de otra manera. Nos pegamos un puñetazo en la cara y asunto terminado.

Ha dicho "nos", pensó Emma. Así que el autor era definitivamente un hombre.

—Pero vosotras, las mujeres —continuó él—, sois capaces de arruinar la vida entera de alguien, y si es necesario, durante décadas.

—No me lo creo —empezó a llorar de nuevo.

—Espero que Janina disfrute de este vídeo. Ese era su nombre, ¿verdad? Tu compañera de clase anoréxica a la que tanto disfrutabas atormentando. Eso se acaba ahora. Sé que lo que viene a continuación no será agradable para ti, y no es que yo mismo esté

disfrutando. Solo que ha sido lo único que se me ha ocurrido con tan poco margen para llamar la atención sobre el *body-shaming*.

Sonó como si alguien estuviera desenvainando una espada larga. Eso no podía ser correcto. Solo cuando el perpetrador entró en el encuadre con el cuchillo largo, Alex dijo: —Un cuchillo de kebab —, y Emma supo a qué se enfrentaban todos ahora, especialmente la pobre Osayi Mutlu.

—Si sirve para cortar limpiamente un pincho de kebab —dijo la voz distorsionada—, entonces ciertamente funcionará con esos michelines que llevas con tanto orgullo y exhibes por todas partes.

***

Lo que acababan de presenciar superaba su imaginación, y Emma dudaba de que Oscar fuera capaz de algo así. Se quedó mirando un momento más el rostro emborronado que ocultaba casi por completo a la víctima mutilada al fondo. Entonces, el rostro sonriente de la víctima con el maquillaje corrido apareció en el encuadre —la máscara que llevaba el asesino—, pero en lugar de decir nada, se hizo a un lado. Emma vio a la víctima en la imagen ahora estática en su totalidad ante ella. Enfocada y sin censura. Krüger bloqueó rápidamente el teléfono y la pantalla se quedó en negro. Sin embargo, la imagen permaneció grabada en la mente de Emma.

Durante un momento, nadie dijo una palabra. Emma miró a Oscar y a su abogado, que le hablaba incesantemente. Lo que decía, por supuesto, no podían oírlo. Oscar se limitaba a asentir levemente de vez en cuando, manteniendo la mirada fija en sus manos atadas.

—¿Cómo podemos estar seguros —rompió el silencio Krüger, señalando con la cabeza hacia Oscar— de que tenemos al hombre adecuado?

—Eso va a ser difícil —dijo la fiscal Aufderheide, que llevaba americana a pesar del calor. Al menos su atuendo era un poco más transpirable que el de Hohenfelde—. Aunque sabemos que las

publicaciones se pueden programar, creo que ahora podemos asumir que no fue Oscar. Osayi Mutlu ha estado desaparecida desde el mediodía, y ustedes arrestaron a nuestro principal sospechoso aproximadamente a esa misma hora. No quiero descartar por completo que el chico sepa algo que pueda ayudarnos, o que incluso pueda darnos pistas sobre el culpable. Pero es imposible que haya cometido el acto en sí.

—Si hay dos —dijo Emma, que aún tenía la imagen fija de Osayi ante sus ojos—, entonces el otro culpable podría haberlo cronometrado deliberadamente para que tuviéramos que dejarlo ir.

—Cierto —asintió Aufderheide—. La cuestión es simplemente quién ha sido. Su hermano estaba con ustedes durante el arresto, y Annika Scholz todavía estaba en la comisaría en el momento en cuestión. Según mi información, Lennard Scholz recogió a su madre y la trajo aquí. Por lo tanto, no estuvieron fuera del radar ni un minuto. Simplemente no tuvieron tiempo de llevar a cabo lo que acabamos de ver.

—Su abogado también alegará todo eso. Vamos a tener que soltarlos a todos —dijo Alex.

—No necesariamente —dijo Aufderheide—. Aún tenemos algo de margen. Después de todo, Oscar Scholz huyó de ustedes, provocando una persecución en la que un agente de policía resultó herido. Por no hablar de la huida a través de los jardines, lo que añade allanamiento de morada y daños a la propiedad a la lista. Eso es suficiente para seguir interrogándolo por ahora.

—¿Entonces no se nos permite vincularlo con los asesinatos?

—No directamente. A menos que consigan que empiece a hablar de ellos por iniciativa propia.

—Tengan cuidado con Hohenfelde —advirtió Krüger—. Sopesará cada palabra y, si le dan un motivo, se asegurará de que no le saquen ni una sílaba más a Oscar Scholz.

—Tal vez sea mejor que hables tú con él —le sugirió Emma a Alex.

***

—¿Por qué sigue detenido mi cliente? —preguntó Hohenfelde, con un tono que sugería que no había escuchado ni una sola palabra sobre las acusaciones.

Alex repitió pacientemente lo que había dicho la fiscal Aufderheide. La respuesta de Hohenfelde fue brusca y expeditiva: —Bien. Haga sus preguntas. Yo responderé.

Emma y Alex se sentaron frente a los dos hombres.

—Por supuesto —dijo Alex, dirigiéndose directamente al abogado —. ¿Por qué huyó de nosotros?

El abogado vaciló, pareciendo algo irritado. Esa era exactamente la reacción que Alex esperaba provocar. —Solo estoy hablando con usted, ¿no es así?

—No se extralimite —dijo Hohenfelde tajante—. Asustaron a mi cliente. Por eso huyó.

—¿De qué tenía miedo exactamente? —Alex miró a Oscar.

—De que fueran a devolver el teléfono móvil de su hermana a la madre de mi cliente. Al fin y al cabo, usted le prometió que lo haría después de que él se lo entregara.

—En ese caso, se lo habría llevado a él, no a su madre.

—Mi cliente supuso que habían ido a verle a él primero y, como no lo encontraron allí, condujeron hasta casa de su madre.

—¿Ah, sí? —preguntó Alex, mirando a Oscar.

—Sí —dijo él secamente. E incluso ante esa única palabra, Hohenfelde le hizo una señal con la mano para que no dijera nada más a partir de ese momento. Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. Alex, que estaba sentado en diagonal frente a él, hizo lo mismo, girándose un poco más en su dirección.

—Escuche. Tengo perfectamente claro que mi cliente está retenido aquí por otro motivo.

—¿Ah, sí? —preguntó Alex con fingido asombro, algo que Hohenfelde caló de inmediato—. Entonces, ¿por qué cree que estamos aquí sentados juntos?

Hohenfelde esbozó una sonrisa astuta y se echó hacia atrás tanto que solo las palmas de sus manos permanecieron sobre la mesa. Alex, sin embargo, no se movió.

—Si no tiene más preguntas, deberíamos terminar con esto ahora mismo. —Hohenfelde hizo una señal al guardia de la puerta para que soltara las sujeciones de Oscar. Mientras el guardia obedecía, Hohenfelde cogió el maletín que había dejado junto a la silla y se levantó—. Mi cliente está cansado. —Lo tomó del brazo; Oscar Scholz se puso en pie y se dejó conducir hasta la puerta por el abogado y el guardia—. Mi cliente merece estar en una cama de verdad, no en uno de estos trastos de mala muerte.

Oscar soltó una carcajada. —Seguro que las camas de aquí son más cómodas que la de la cabaña del bosque.

—Esperen un momento —dijo Alex, avanzando hacia los tres, pero Hohenfelde soltó a Oscar y le bloqueó el paso. Al hacerlo, ocultó casi por completo su visión de Oscar, que miró hacia atrás por encima del hombro con una sonrisa incierta.

—Manténgase alejado de él a partir de ahora —dijo el abogado—. Las cuestiones que debían aclararse ya han sido tratadas. —Y con eso, salió de allí con el joven.

Alex sabía que no podía hacer nada más que pensar en lo que Oscar podría haber querido decir con lo de la «cabaña del bosque».

—Puedo ver cómo te da vueltas la cabeza incluso de espaldas —dijo Emma, acercándose a él.

—¿A ti no?

—Sí, pero la pista es demasiado imprecisa.

—Mierda, lo sé. —Alex se giró hacia ella, captó un fugaz reflejo en el espejo y tardó un momento en reconocer a aquella aparición cansada como él mismo. Miró a Emma—. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo te diré lo que vais a hacer —ladró la voz de Lennard desde el umbral.

Maldita sea, pensó Alex, girándose hacia él. —¿Cómo ha entrado este aquí? —preguntó, alzando la voz para que Krüger y Aufderheide, tras el cristal, se dieran cuenta de que Alex estaba a punto de echar a Lennard Scholz sin contemplaciones. Y eso por decir algo suave. Nada le habría gustado más que darle una patada en el trasero. Antes de que la imaginación de Alex pudiera volar demasiado lejos, la puerta de la sala contigua se abrió de golpe.

—Solo he tenido que enseñar mi carné —dijo Lennard, entrando en la sala de interrogatorios.

Aufderheide y Krüger lo siguieron, flanqueándolo. Un guardia intentó intervenir, pero Krüger le indicó con un gesto que no era necesario.

—¿Por qué exactamente está tan empeñado en obstruir nuestra investigación? —preguntó Krüger.

Lennard sonrió, con los ojos clavados en Alex. —Estoy preocupado por mi hermano. Y como sé cómo la policía puede hacer pasar un calvario incluso a personas inocentes, quiero evitar que le hagan eso a mi hermano pequeño.

—¿Es posible que nos diga algo que usted no quiere que sepamos? —preguntó Emma.

—Hay ciertas cosas que, sencillamente, no son de su incumbencia. Pero eso vale para todo el mundo, ¿no es así?

—¿De qué cabaña en el bosque hablaba Oscar? —preguntó Alex. Por una fracción de segundo, creyó ver un destello de incertidumbre en los ojos de Lennard, y no pudo quitarse de encima la sensación de que ocultaba algo. Maldita sea, toda la familia ocultaba algo.

—No lo sé. No tenemos ninguna cabaña en el bosque ni nada por el estilo. Pueden comprobarlo si quieren.

—Seguro que lo planeó tan bien como el vídeo —dijo Alex—, que casualmente se publicó mientras toda su familia estaba bajo la

vigilancia de la policía.

—¿De verdad va a utilizar preguntas capciosas? —replicó Lennard.

—Eso no era una pregunta, era una afirmación —aseveró Alex.

—¿O una acusación, entonces?

—Caballeros —intervino Krüger—, por favor, mantengan la calma. Estoy seguro de que...

—¡Mantener la calma! —estalló Lennard—. ¿Cuando mi familia está siendo aterrorizada por la policía?

—No sea tan dramático —dijo la fiscal Aufderheide, cortándole las alas—. Ya sabe de qué acusamos a su hermano y, como es un abogado tan bueno, también sabe que no tiene defensa contra ello.

—Y ustedes no tienen nada para demostrarlo de forma concluyente. Mi hermano no es ningún asesino.

—No me refería a eso, y también debería saber que usted y su madre han ido demasiado lejos.

—¿Qué? —ladró él, mirando a Aufderheide.

Alex temió que pudiera lanzarse a su cuello en cualquier momento y se preparó para intervenir si era necesario. Krüger también estaba en alerta máxima.

—Su madre viene a la comisaría con pretextos endebles y, en lugar de ayudarnos con nuestra investigación, resulta que solo estaba allí para ganar tiempo para sus hijos. Luego aparece usted aquí y monta un espectáculo que plantea nuevas preguntas. Si solo ha venido aquí para obstruir también nuestra investigación, debería tener claras las consecuencias. Puedo entender el motivo de su madre. ¿Cuál es el suyo?

—Proteger a mi hermano. Y a mi madre.

—¿Quién ayudó a planear los asesinatos? —Alex simplemente no pudo contenerse más. Sintió la mirada severa de Krüger y supo que habría repercusiones, pero no le importó.

—Ya basta —dijo Lennard—. Mis abogados se encargarán de esto y se asegurarán de que usted se dedique al trabajo de oficina hasta que se jubile.

—Entonces podremos compartir despacho —dijo Alex.

Lennard lo fulminó con la mirada, se dio la vuelta y salió de la habitación pisando fuerte.

Alex echaba humo de rabia, e incluso los agentes de alrededor debieron de darse cuenta. Normalmente, Krüger le habría llamado la atención de inmediato. En cambio, lo miró con gravedad y dijo con un tono calmado y forzado: —Debería descansar un poco. Hablaremos de esto mañana. —Y con eso, desapareció.

Aufderheide miró con simpatía primero a Alex, luego a Emma, antes de volverse de nuevo hacia Alex. —Sé que la forma en que está yendo todo esto no es correcta. Veré si puedo encontrar algo que nos permita vigilar a la familia Scholz durante un tiempo.

—¿De verdad cree que podrá? —preguntó Emma.

—No —dijo Aufderheide, decepcionada—. Pero lo intentaré de todos modos. —Los dejó a solas.

Alex sintió la mano cálida de Emma en su hombro, y solo entonces notó cuánta tensión aún recorría su cuerpo. Solo se relajó ligeramente cuando ella dijo en voz baja: —Vamos. Salgamos a tomar una copa.

Capítulo 40

ESTABAN sentados en uno de los bancos junto al sendero peatonal, con vistas a la universidad. La fresca brisa de la tarde sentaba bien, pensó Emma, mientras tendía la botella de Coca-Cola Zero que había sacado de la máquina expendedora de la cafetería de la policía para que Alex brindara con ella. Él golpeó su botella de Sprite contra la de ella hasta que tintineó, pero no bebió. En su lugar, se quedó mirando con cansancio la luz de la zona de entrada de la universidad, donde los focos bañaban las columnas de la fachada de cristal con un tono relajante. Emma dio un sorbo y luego tapó la abertura con el pulgar. Con todos los mosquitos y otros insectos que pululaban por allí al anochecer, igual que los estudiantes durante el día, se había convertido en un instinto. Alex, en cambio, sostenía la botella con ambas manos, con los antebrazos apoyados en los muslos, aparentemente indiferente a los bichos que revoloteaban por dentro. Emma nunca le había visto con un aspecto tan fatigado y agotado.

—Si no tiene cuidado, se va a montar una fiesta en la piscina ahí dentro —dijo Emma, señalando con la cabeza la botella de Alex. Esperaba aligerar un poco el ambiente, aunque ella tampoco estaba para bromas. Lo hizo porque sabía que Alex lo necesitaba en ese momento. Con un ligero retraso, la comisura derecha de la boca de él se curvó hacia arriba, pero eso fue todo. Al menos puso el pulgar sobre la abertura.

—Simplemente hemos dejado que se vaya —dijo él finalmente.

Emma quiso decirle que no fuera tan negativo, pero no pudo. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado en los últimos días y lo que habían descubierto, la esperanza de atrapar al verdadero culpable se había vuelto casi irreal. La familia Scholz había sacado a Oscar del centro de detención preventiva bajo fianza mediante una solicitud de urgencia, justo después de que Lennard terminara su actuación en la sala de interrogatorios. Probablemente ya estuvieran de camino a casa. Los contactos de alto nivel, contra los que la

policía y Aufderheide no habían podido hacer mucho tan rápido, estaban dando sus frutos claramente. Además, no había pruebas sólidas de que ningún miembro de la familia Scholz fuera responsable de los asesinatos. Evidentemente, la jueza Falk estaba de acuerdo, ya que había fijado la fianza en unos irrisorios quinientos euros antes de marcharse a su merecido fin de semana.

—A mí tampoco me hace gracia —dijo Emma—. Me encantaría vigilar a toda la familia yo misma. Pero no podemos estar en tres sitios a la vez, y necesitamos dormir al menos unas horas. Solo nos queda esperar que nuestro asesino mantenga un perfil bajo y que no nos despertemos con otro vídeo mañana.

—Sea como sea, podemos olvidarnos de librar este fin de semana. De todas formas, no sería capaz de relajarme. —Se quedó mirando su Sprite y empezó a juguetear con la etiqueta—. Quizá debería volver a beber.

—Eso solo lo empeorará.

—¿Acaso puede ir a peor? —Dio un sorbo y lo escupió en la hierba, a su lado—. La fiesta en la piscina ya estaba en pleno apogeo.

—¿No le da eso un toque más auténtico a un punk?

Él volvió a sonreír. Y esta vez fue una sonrisa genuina. —Solo si fuera una lata de cerveza Hansa.

—Seguro que tienen alguna en la tienda de la esquina de ahí abajo.

—¿Está intentando tentarme?

—Solo intento que deje de darle vueltas a las cosas.

—Gracias —dijo él, mirándola. En sus ojos, ella pudo ver una cierta sinceridad junto al cansancio. Y una pizca de tristeza que Emma no alcanzaba a comprender del todo. ¿De verdad le estaba afectando tanto el caso, o había problemas personales de los que no quería hablar? —Aparte del caso —dijo Emma—, ¿se encuentra bien?

Alex frunció los labios y volvió a apartar la mirada. —No. Pero eso no es importante ahora mismo.

—Si quiere hablar… —Su teléfono del trabajo sonó antes de que pudiera terminar la frase. Respondió.

—Siento volver a autorizar horas extras —dijo la voz cansada de Krüger—. Pero tenemos un vídeo nuevo que deberían ver.

Emma miró por encima del hombro hacia la comisaría y vio a su jefe de pie junto a la ventana de su despacho, observándolos a los dos.

Capítulo 41

—Rebobínelo otra vez hasta el momento justo después de que empiece a girar el cabrestante —le dijo Alex a Aufderheide.

—¿Quiere encargarse usted? —se ofreció ella.

—Claro. —Alex se apoyó en la mesa, trasteó con los controles de la consola de mezclas y volvió a reproducir el vídeo.

El sonido del cabrestante combinado con los ruidos que emitía Osayi Mutlu le chirriaron a Emma en los oídos.

Alex detuvo el vídeo. —Espere un momento, por favor —dijo, y ajustó de nuevo los controles antes de dejar que la escena continuara. Los ruidos seguían siendo insoportables, pero sonaban bastante más graves.

—Debería ocurrir en cualquier segundo —anunció Alex, y entonces Emma también pudo oírlo. Era un tañido de campanas apenas perceptible. De repente, todos los presentes en la sala se espabilaron. Emma incluida. Nadie dijo una palabra; todos contaron las campanadas. Si aquello les proporcionaba la hora exacta, sería la primera pista real sobre el momento preciso en que se había grabado el vídeo. Las campanas se desvanecieron y Alex escuchó un momento más para asegurarse de que habían cesado antes de pausar la imagen.

—Once veces —dijo.

—Un momento —dijo Krüger—, ¿el vídeo de su asesinato se grabó esta mañana y acaban de subirlo?

—Eso significaría —dijo Emma, empezando a alterarse— que este vídeo se grabó al mismo tiempo que nosotros seguíamos buscando a Oscar y a Lennard.

—Annika Scholz vino a la comisaría sobre las diez y media —dijo Alex—. ¿Cuándo se denunció exactamente la desaparición de Osayi Mutlu?

Emma no lograba recordarlo. Estaba sencillamente demasiado cansada; abrió la carpeta y tuvo que entornar los ojos un momento para leer lo que decían sus notas al respecto. —La llamada de su madre entró a las trece treinta y cinco.

—Para entonces, ya llevaba muerta dos horas y media —dijo Aufderheide.

—¿Por qué llamó la madre tan pronto, de todos modos? —la voz del analista de perfiles Pilgrim sonó detrás de Emma—. Quiero decir, que una chica de diecinueve años no vuelva directamente a casa después de clase a esa hora del día no es algo inusual.

—¿Podría haberla informado el perpetrador? —preguntó Krüger.

—Sería la conclusión obvia —dijo Pilgrim—. Y encaja con la teoría de que la familia Scholz podría haberlo orquestado todo.

—Me juego lo que sea a que la llamada se hizo desde aquí —dijo Emma, momento en el que todos los demás en la sala la miraron con curiosidad—. Lennard Scholz estuvo aquí durante ese tiempo.

—Y poco después de que interrogáramos a Oscar Scholz... bueno, en realidad antes de que pudiéramos interrogarlo debidamente, aparece el primer vídeo de Osayi Mutlu.

—De acuerdo —dijo Aufderheide—. ¿Alguien sabe de dónde podría proceder ese tañido de campanas?

Emma no lo sabía. Aunque llevaba bastante tiempo viviendo en Bielefeld, no sabría decir qué campanas pertenecían a qué iglesia. Todas le sonaban igual. Eso le recordó lo que Oscar había dicho sobre las camas de la prisión, que eran más cómodas que las de la cabaña del bosque. En Bielefeld, había una zona boscosa en Sennestadt con casas pequeñas que se podían alquilar a los propietarios sin contratos formales. Perfectas para cometer actos así. Y no muy lejos de allí, había una gran iglesia protestante.

***

Varias unidades estaban registrando la zona boscosa en Bielefeld-Sennestadt. Llamaban a la puerta o al timbre de cada casa, estrechando el radio continuamente. Por la radio entraban informes constantes indicando en qué propiedad estaban entrando y que no había incidentes ni pistas sospechosas. Annika y Oscar Scholz estaban demostrablemente en su casa, pero de Lennard, una vez más, no había ni rastro. Y como su teléfono móvil salía directamente al buzón de voz y nadie parecía saber dónde estaba, habían dado la descripción de su coche a los compañeros por protocolo. Hasta el momento, sin embargo, no se había producido ningún avistamiento con éxito, y Emma ya empezaba a dudar de que encontraran algo en absoluto.

Llevaban media hora recorriendo los senderos, caminos por los que se podría haber circulado fácilmente en coche, pero todo estaba tan cubierto de maleza y oculto que podrían haber pasado por alto alguna que otra cabaña. El sol ya estaba bajo en el cielo y el atardecer apenas proporcionaba luz, así que tenían que iluminar los caminos con sus linternas.

Emma y Alex subieron por una pista estrecha y se encontraron frente a una pequeña cabaña, rodeada de espesos árboles. No había luces encendidas en el interior y no parecía que nadie hubiera estado allí en meses. No obstante, enfocaron con sus linternas a través de las turbias ventanas de estilo rústico. Dentro, había muebles polvorientos. Inquietante, de alguna manera. El escenario perfecto para una película de terror. Emma apuntó con la luz al suelo, que no parecía que nadie hubiera pisado recientemente a través del polvo acumulado.

Alex se apartó de la casa y enfocó con su linterna a lo largo de la pista. Juntos, se dispusieron a caminar de vuelta hacia la carretera. En las inmediaciones de este pequeño vecindario, ni siquiera había nombres de calles. Ese anonimato inquietaba a Emma, y estaba segura de que nunca caminaría por allí sola. Especialmente no de noche. Y aunque Alex estaba con ella, se sentía intranquila y vulnerable. De cada arbusto oscuro, de cada seto enmarañado y tras cada grueso tronco de árbol, alguien podría estar acechando, listo

para abalanzarse sobre ellos. Y aunque sabía que posiblemente se debía a su cansancio y a la paranoia que le hacía sospechar peligros por todas partes, seguía creyendo ver siluetas de aspecto humano a su alrededor. Figuras sombrías que solo cobrarían forma en cuanto entraran en el haz de su linterna. Era absurdo, pero aun así mantenía su Maglite apuntando al suelo frente a ella.

Al mismo tiempo, recibieron un mensaje en sus móviles de trabajo. Emma, que ya sentía náuseas, tuvo un presentimiento de lo que la esperaba. Un enlace del compañero Schwarz, de informática, con un mensaje breve: —Mirad esto.

Emma hizo clic en él y se abrió una transmisión en directo en el perfil de Instagram de una tal Sienna Collins. La imagen daba tirones y se entrecortaba —la conexión allí era sencillamente demasiado mala—, pero bastaba para ver que su perpetrador tenía una nueva víctima. Esta vez, al parecer, no había habido ningún vídeo previo de humillación. Y había montado un temporizador en un nuevo elevador: su nueva víctima sería izada en dos horas y cincuenta y tres minutos.

—Maldita sea —dijo Alex, quedándose allí plantado mirando su teléfono.

—Quizá debería haberlo hecho así desde el principio —dijo la voz distorsionada. La calidad del audio dejaba mucho que desear, pero parecía que Alex tenía mejor recepción que ella. Emma cerró el vídeo y marcó el número de Krüger mientras seguía mirando el teléfono de Alex.

—¿Bajetzky? ¿Kuper? —sonó por la radio.

Alex cogió la radio. —Adelante.

—Creo que hemos encontrado el coche de Lennard Scholz. Os envío mi posición.

En cuanto se transmitió la ubicación, Emma y Alex se pusieron en marcha. Llegaron a una de las últimas casas que aún figuraban en la lista. A su alrededor, los haces de las linternas bailaban entre los árboles y los arbustos. Había compañeros por todas partes

dirigiéndose hacia allí, y ninguno de ellos sentía el pánico que subía por el interior de Emma con cada paso.

—Es el suyo —confirmó Alex cuando estuvo frente al coche.

Alex iluminó el interior y luego los neumáticos. Se detuvo en el lado del conductor, alejó la luz hacia la carretera y luego volvió al dibujo de la rueda trasera. —Este dibujo es diferente al de las huellas. Haré una foto y pediré que lo comparen con los de la furgoneta robada.

—De acuerdo —dijo Emma y se volvió hacia el compañero de patrulla—. ¿Han entrado ya en la casa?

—No. Solo hemos echado un vistazo con las linternas desde fuera. No parece haber habitaciones ocultas y no parece que haya nadie dentro.

—Hecho —dijo Alex, guardando su teléfono del trabajo—. Entremos.

—Bien. Nosotros entraremos por delante, usted quédese aquí —le dijo al compañero que les había avisado, luego se volvió hacia otros dos agentes—: Y ustedes dos vayan por detrás.

—Entendido.

Emma y Alex desenfundaron sus armas. Alex estaba a punto de echar la puerta abajo de una patada cuando se detuvo de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma.

—Espera un segundo.

—Mantened la posición —comunicó Emma por radio y recibió confirmación inmediata.

Alex usó la Maglite para inspeccionar el marco, y entonces ella comprendió lo que estaba haciendo. Buscaba una alarma o, en el peor de los casos, trampas explosivas.

—Despejado —dijo él finalmente.

—De acuerdo —dijo Emma—. Que quede claro: no tenemos orden de registro.

—Nos quedamos sin tiempo —dijo Alex, mirando de la puerta al coche de Lennard y luego de nuevo a la puerta—. Hemos visto el coche, hemos oído un ruido en la casa y no hemos recibido respuesta.

—Y hemos tenido que entrar para asegurar que nadie estuviera en peligro.

—Exacto —asintió Alex.

—Entramos —comunicó Emma por radio. Apenas había terminado la frase cuando Alex derribó la puerta de una patada.

Emma irrumpió en el interior. —¡Policía!

Alex la cubrió y, mientras ella aseguraba el lado derecho de la sala de estar, él se encargaba del izquierdo. —Despejado —dijo Alex.

Recibió el mismo informe por radio de los otros dos compañeros, que entraron en la amplia sala de estar a través de un rincón de la cocina. Una escalera de caracol a la izquierda subía a la planta superior. Alex fue por allí, mientras Emma abría la estrecha puerta corredera de fuelle del baño. —Despejado.

—Despejado —llegó el grito desde arriba.

Así que Lennard no estaba allí. Emma enfundó su arma y pensó desesperadamente. Su coche no estaba aparcado frente a la puerta por casualidad; tenía que haber alguna pista, por el amor de Dios. Aparte de un sofá espacioso, un televisor inteligente, una mesa de comedor y otros muebles poco espectaculares, no había absolutamente nada más allí. Caminó hacia el sofá y desde allí tenía una buena vista de la cocina, que estaba ordenada y limpia. La mesa del comedor estaba impecable, no se veía ni una marca de agua. Estaba casi demasiado limpia para un lugarcito normal, y entonces percibió el olor a lejía. Emma miró al suelo y pensó que nadie limpiaría así un parqué con lejía a menos que fuera absolutamente necesario.

—¿Puedes subir aquí? —oyó llamar a Alex, y solo entonces se dio cuenta de que él aún no había vuelto a bajar con ella. Asintió a los

dos agentes, que volvieron a salir al exterior por la puerta trasera de la cocina.

En la planta superior, incluso Emma tuvo que llevar cuidado para no golpearse la cabeza bajo el tejado de fuerte pendiente. A la izquierda de la escalera había una cama que ni el servicio de habitaciones de un hotel habría podido dejar mejor hecha. Solo faltaba el bombón sobre la almohada. ¿Era aquella la cama incómoda que había mencionado Oscar?

A su derecha, vio a Alex arrodillado frente a una configuración en forma de U de tres escritorios, bajo los cuales se encontraba una gran torre de ordenador con la que estaba trasteando. Tenía tres monitores conectados. En los bordes de la izquierda y la derecha había flexos sujetos con pinzas; sus bombillas de luz diurna habrían iluminado seguramente toda la estancia de no haber estado orientadas hacia abajo para dar luz a Alex.

En condiciones normales, habrían tenido que informar al departamento de informática y esperar a que llegaran para encargarse de los ordenadores. Pero no tenían tiempo. —¿Qué esperas encontrar? —preguntó Emma, acercándose a él.

—El fragmento del vídeo de Melina Wagner.

—¿Te refieres a la parte que él eliminó al editarlo?

—Exacto —dijo él, accionando un interruptor en medio de la jungla de cables enredados. La máquina arrancó. Momentos después, las pantallas parpadearon al encenderse. Alex se puso de pie de nuevo y orientó el flexo hacia el escritorio.

El escritorio cedió ligeramente bajo el peso de Alex mientras este se apoyaba con las manos. Más le valía no ponerse erguido si no quería arriesgarse a una colisión con el caballete del tejado. Emma se situó detrás de él y se quedó mirando los monitores; todos mostraban un escritorio negro. A Emma le pareció inquietante, de algún modo. ¿No tenía todo el mundo algún tipo de imagen o al menos un fondo de color?

—¿Qué es esto? —Emma señaló la única carpeta, que no tenía nombre, en la pantalla de la derecha.

Alex movió el cursor hacia la carpeta pero entonces se detuvo. —¿Crees que es realmente tan fácil?

—No creo que el cacharro nos explote en la cara si abres la carpeta.

—Esperemos que no. —Alex hizo clic y apareció una ventana emergente en la pantalla central.

—Protegida por contraseña —dijo Emma—. Genial.

Alex no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente la ventana y la barra vertical que parpadeaba en el campo de entrada.

—¿En qué piensas? —preguntó Emma.

—Si optamos por el enfoque clásico, podría ser una fecha.

—Algo relacionado con Kim Scholz.

—Podría haber más de lo que sabemos.

—Espera. —Emma sacó su teléfono del trabajo del bolsillo trasero y consultó de nuevo el expediente de Kim Scholz—. Tenemos la fecha de nacimiento, la fecha de la muerte, la hora aproximada de su fallecimiento...

—Y el aniversario de la muerte de su padre —dijo Alex.

—Entonces, ¿qué introducimos? —preguntó él—. Seguro que no tenemos un número infinito de intentos.

—¿Qué tal la fecha de hace dos semanas?

—¿El décimo aniversario? —Alex introdujo los números—. ¿Separo la fecha con puntos?

—Pruébalo así primero.

Alex confirmó la entrada con la tecla Intro. La ventana emergente tembló por un segundo y luego apareció un mensaje en el recuadro sobre el campo de entrada: «Contraseña incorrecta. Solo quedan 2 intentos».

—¿Con puntos? —sugirió Emma con incertidumbre.

Alex corrigió la entrada y la confirmó.

«Contraseña incorrecta. Solo queda 1 intento».

—Tiene que ser otra fecha —dijo Emma—. Prueba con el cumpleaños.

—No —dijo Alex, como si acabara de ocurrírsele algo—. Cuando estuve en el despacho de Lennard por primera vez, vi de reojo su agenda sobre el escritorio al estrecharle la mano. Tiene la costumbre de escribir los números con palabras. En su agenda, lo hacía a mano para cada uno de los días.

Alex tecleó la fecha escrita completa con letras y confirmó. La ventana emergente desapareció y la carpeta se abrió.

—Vaya —dijo Alex, y Emma vio de inmediato a qué se refería. Dentro de la carpeta había docenas de vídeos y fotos. Muchos más de los que habían visto hasta ahora. En la barra de menú no aparecían las fechas de los archivos. Tenían que echar un vistazo rápido a todo para encontrar la información que necesitaban. Y si tenían suerte, matarían dos pájaros de un tiro: descubrirían dónde estaba la próxima víctima y hallarían pruebas claras para desenmascarar a Lennard como el autor. Y quién sabía a quién más. En este caso, cualquier cosa era posible.

—Este podría ser el correcto —dijo Alex. Emma se abstuvo de mencionar que ya habían pensado eso de la docena de vídeos anteriores. Él hizo clic y se abrió una ventana nueva en la que el vídeo se inició automáticamente.

—Cerdo asqueroso —soltó Melina entre sus labios hinchados—. Acabarán encontrándote. A ti y al resto de tu p***a familia. ¿Y sabes qué? Aunque muera hoy, no me importa. Mejor de lo que puedas imaginar. Me esforcé tanto en destruir a tu hermanita... y nunca pensé que lograría arruinar a una familia entera.

—Cierra la boca —dijo la voz distorsionada—. ¡Cierra la p***a boca!

—¿Y si no lo hago? Vas a matarme de todos modos. ¿Verdad, Lennard?

—¡Te he dicho que cierres la boca!

Ya tenían la primera de las dos pruebas. Solo faltaba la pista sobre el lugar donde Melina y los demás habían sido asesinados.

—¿Creías que no te reconocería bajo esa máscara ridícula? —Se rió con desprecio—. Probablemente pensaste que me asustaría. —Se rió aún más, casi incapaz de recomponerse—. ¡Ay, Dios mío! ¡Esto es increíble!

—¡Cierra la p***a boca!

Lennard se lanzó hacia ella y le propinó un fuerte puñetazo en la cara. Su risa se extinguió, pero no su mirada despreciativa y provocadora. —Y no me sorprende que hayas montado todo esto. Esta casa te pega. La verdad es que es un desván bastante agradable para morir. —Miró hacia arriba, a los dos cadáveres colgados, como si no fueran más que decorado insignificante—. Debe de ser la misma altura a la que se ahorcó tu hermana. ¿Qué es eso? ¿Tres metros?

—¡Para ya!

Él salió disparado fuera del encuadre; los ojos de ella siguieron sus movimientos, y cuando él volvió a entrar en plano con un rollo de cinta americana, ella volvió a sonreír. —Venga, adelante. Amordázame. Silénciame. He dicho lo que quería decir. He terminado contigo. He terminado y soy feliz.

—Cállate. —Bajó lo suficiente la cuerda del cabrestante para que ella perdiera el equilibrio sobre el taburete de ordeñar y apenas pudiera mantenerse erguida cuando sus pies tocaron el suelo. La cuerda se tensó. Solo podía evitar la estrangulación intentando mantenerse de pie de puntillas.

No se resistió mientras él le tapaba la boca con la cinta y le inmovilizaba las manos a la espalda con ella. Se mantuvo calmada, buscando constantemente su mirada.

Cuando sonó un timbre, Lennard perdió la paciencia.

—No me lo puedo creer.

Salió de plano a pisotones y pudieron oírle bajar por una escalera de madera, seguido al poco por el sonido de una puerta al abrirse. El eco de unas voces amortiguadas subió hasta allí, pero era imposible distinguir lo que decían. Aunque Melina ya había aceptado su muerte, empezó a hacer ruido por instinto. Gritaba tras la mordaza y golpeaba con fuerza el suelo de madera, que estaba cubierto de paja vieja.

Emma y Alex escucharon con atención, pero no se oían más que fragmentos inconexos porque Melina estaba haciendo demasiado ruido. Solo el portazo de abajo pudo acallar sus gritos. Si aquel vídeo se había grabado en un desván tan grande y cubierto de paja o heno, tenía que ser una antigua granja, y la puerta debajo de ella probablemente era de madera pesada.

Lennard volvió a entrar en plano, dudó y se giró hacia la cámara. Ya no llevaba máscara. Era él. Maldiciendo, caminó con paso pesado hacia la cámara. Entonces la apagó, y el ruido de Melina cesó de golpe. Su rostro borroso miraba fijamente a la cámara. Un fotograma congelado aterrador que hizo que Emma se estremeciera aún más que con todo lo anterior.

—Parece que llegó alguien —dijo Emma—, pero ese alguien no ayudó a Melina.

—¿Crees que pudo ser Oscar? ¿O la madre? —preguntó Alex, mientras trasteaba de nuevo con la mesa de mezclas digital.

—Apuesto por el hermano. Lo siguió, lo encontró allí y se enfrentó a él.

—Por eso Lennard tenía tanto interés en sacarlo de la cárcel. No quería que se fuera de la lengua. Ya se había ido demasiado de la boca con aquel comentario sobre la cabaña del bosque. —Alex rebobinó hasta el momento poco después de que Lennard bajara las escaleras y reprodujo el vídeo de nuevo. Realzó las frecuencias bajas

y bajó la pista de audio de Melina; ahora era más fácil entender lo que se decía abajo.

—...haces aquí? —resonó la voz airada de Lennard.

—...tío Ber... seguro que no es bueno. —Aquel era Oscar, sin ninguna duda.

—Lárgate... no es asunto tuyo.

Siguió una secuencia imposible de entender, luego la voz de Oscar volvió a alzarse: —¿...de verdad lo has hecho?

—...tenía que hacerlo. ...no tienes agallas...

—Deja que ella...

—¡Lárgate de aquí o te colgaré a ti al lado de ella! —gritó finalmente Lennard. Luego no se oyó nada durante un rato hasta que se escuchó cómo se cerraba de golpe la puerta de abajo. Alex detuvo la grabación.

—¿La casa pertenece a algún tío? —preguntó.

—Lo cual no significa necesariamente que sea un pariente.

—Si descubrimos de quién es la casa, puede que aún lo encontremos antes de que se agote el tiempo.

—Y Oscar va a ayudarnos con eso —dijo Emma.

—O nos llevará por el camino equivocado —añadió Alex.

—Más nos vale averiguarlo rápido —replicó Emma.

—¿Por qué tantas prisas entonces? —preguntó Alex, echando un vistazo a su teléfono—. Aún nos quedan unos buenos setenta y un minutos.

El hecho de que volviera a ser capaz de hacer uno de sus comentarios en una situación así era una buena señal y le dio a Emma una pizca de esperanza de que encontrarían a Sienna a tiempo.

Capítulo 42

Annika Scholz estaba de todo menos contenta cuando Emma y Alex llegaron a la casa acordonada de la familia Scholz. Esta vez no habían querido arriesgarse a que Oscar utilizara la puerta trasera y saliera huyendo, motivo por el cual se habían apostado allí dos agentes uniformados.

Annika rodeaba con el brazo a su hijo, que apoyaba la cabeza en el hombro de su madre en el espacioso sofá.

Tony, un veterano compañero de la comisaría local e hijo de un oficial de la Royal Air Force destinado anteriormente en Bielefeld, custodiaba la puerta del pasillo. Conocía a Emma y la saludó con un gesto cuando ella entró en el salón. —Han estado tranquilos —susurró—, aunque no precisamente colaboradores.

—Gracias —dijo Emma, echando un vistazo a la joven agente que estaba junto a las puertas correderas del patio antes de que ella y Alex se sentaran frente a la pareja.

—¿Es usted consciente de que está poniendo en peligro su carrera con esto? —preguntó Annika Scholz sin soltar a su hijo.

—Y usted es consciente —empezó Emma— de que todos irán a prisión si encubren a un asesino en serie.

—Oscar no ha matado a nadie —escupió ella entre dientes.

—No estamos hablando de Oscar.

—¿De Lennard? —Annika se mofó—. Él jamás haría algo tan terrible. Es abogado, y si sigue lanzando tales acusaciones, será usted quien termine en prisión.

Alex estaba preparado para este momento; sacó su móvil de trabajo y lo dejó sobre la estrecha mesa de centro sin mediar palabra. Annika miró la pantalla. No hicieron falta ni dos segundos para que lo que vio allí le restara todas sus fuerzas. Era una captura de pantalla tomada justo antes de que Lennard apagara la cámara.

Gracias a los filtros de nitidez, ya no estaba borrosa y ahora se podía identificar claramente. Al fondo, se veía con total nitidez a Melina Wagner amordazada; el filtro hacía que sus contornos parecieran dibujados con un rotulador de punta fina.

Annika se alejó de Oscar, quien solo pudo echar un vistazo fugaz a la pantalla antes de volverse para observar, por detrás de Emma, el destello de las luces azules en la calle.

—No —susurró Annika, llevándose la mano a la boca. Un instante después, volvía a ser la abogada implacable—. Ese no es mi hijo. ¿De dónde ha sacado este montaje?

Alex no perdió el tiempo hablando y deslizó el dedo por el teléfono. Un clip de vídeo sustituyó a la captura. Alex reprodujo el vídeo en el punto justo antes de la visita inesperada.

Annika estaba a punto de protestar cuando oyó el timbre en la grabación. El sonido le resultó familiar.

—¿Sabe usted dónde es eso? —preguntó Alex.

En lugar de responder, Annika siguió viendo el vídeo. Oyó las voces y pareció reconocerlas a pesar de los ruidos que hacía Melina. Lentamente, volvió la cabeza hacia Oscar. Emma pudo ver que él sentía su mirada clavada en él, e instantáneamente se puso inquieto. Entonces se levantó de un salto y le gritó a su madre: —¡Se lo merecían!

Tony se acercó un poco más, dispuesto a intervenir. Emma se levantó con suavidad y le hizo una señal a su colega para que mantuviera la calma. Él asintió y ella se centró únicamente en Oscar. —Sabemos que no fue usted —dijo Emma.

Oscar giró la cabeza hacia ella. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Bufó. —Yo no quería esto. Al principio sí. Pero luego... simplemente fue demasiado.

Su postura tensa se desplomó de repente y se hundió más en el sofá. Annika intentó estrecharlo entre sus brazos para consolarlo de nuevo, pero Oscar se negó con vehemencia. Ella se retiró, mirando a su hijo con tristeza, incapaz, al parecer, de decir nada más. Él miró

el teléfono y la grabación, que había llegado a su fin. Alex lo bloqueó pero lo dejó allí encima.

La mirada de Oscar permaneció fija en el dispositivo mientras decía: —Se suponía que iba a ser muy distinto.

—¿Dónde ha matado su hermano a las mujeres? —preguntó Alex. Tenían que encontrar a Sienna, a la que no le quedaba mucho de vida. A la joven le quedaban cincuenta minutos. Los motivos y demás tendrían que discutirse más tarde.

Oscar se mordió el labio inferior.

—No tienes por qué decirles nada —intervino Annika Scholz.

—Una palabra más y haré que la detengan inmediatamente —la amenazó Alex.

Agotada, ella se dejó caer hacia atrás y empezó a llorar, lo que puso a Oscar en alerta máxima de inmediato. Se giró hacia ella y le cogió la mano. —Lo siento mucho, mamá. Pero se lo merecían. Y sabes que un tribunal nunca las habría condenado. No con todo el dinero que tienen.

Un lamento escapó de su garganta. Al mismo tiempo, retiró la mano y se apartó de su hijo.

—¡Mamá, por favor!

Pero ella no le respondió; en su lugar, lloraba sobre sus palmas, que apretaba contra su cara.

Oscar miró a Emma y a Alex por turnos. —Destruyeron a nuestra familia.

—Eso lo habéis conseguido tú y tu hermano solitos —dijo Alex.

—¡No! —gritó él.

—Si nos dice dónde está Lennard ahora, al menos podrá ayudar a su madre —dijo Emma.

Él miró a su madre llorosa, con los labios temblándole mientras decía: —Lo siento mucho. —Emma no sabía a quién iba dirigido aquello: si a su madre, a su hermano o a las víctimas. Luego volvió a

mirar a Emma.—Está en casa de nuestro tío —susurró débilmente, antes de romper él también en llanto.

Con el teléfono de Alex pegado a la oreja, él y Emma corrieron hacia su coche. Krüger respondió al primer tono. —Estaba a punto de llamarles —dijo—. Hemos podido rastrear la emisión en directo.

—¿Sigue en línea? —preguntó Emma.

—Teníamos que asegurarnos.

—Eso no era necesario —dijo Emma mientras subía al coche—. Tenemos su dirección y vamos de camino de vuelta a Sennestadt.

—Esa no es la dirección correcta —dijo Krüger—. La unidad de operaciones especiales se está desplegando ahora mismo en Olderdissen.

Ella miró a Alex, que probablemente estaba tan confundido como ella. —Eso no puede ser correcto —dijo Emma—. Su hermano nos ha asegurado...

—¿Se cree a un miembro de la familia que nos ha estado obstaculizando todo este tiempo?

—No creemos que esté mintiendo.

—Prefiero creer a nuestros especialistas que al hermano de un asesino. Van a Olderdissen. Les enviaré la dirección. —Antes de que Emma pudiera replicar, él ya había colgado.

Emma se quedó mirando su pantalla oscura.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alex.

—Si Krüger tiene razón, la unidad de operaciones especiales llegará antes que nosotros. Si no, Sienna muere.

—La cobertura es bastante mala aquí. Me ha parecido oírle decir que deberíamos comprobar la casa del tío.

—Eso es lo que he oído yo también —dijo Emma, y arrancó el coche.

Capítulo 43

No andaban muy descaminados con lo de las campanas de la iglesia de Sennestadt. La casa que pertenecía a su tío, Bernhard Hummels, se encontraba al otro lado de la iglesia, apartada en una gran parcela privada en mitad del bosque, a menos de diez minutos en coche de la cabaña forestal. Ningún vecino habría oído jamás un grito allí. Y aunque el tiempo apremiaba, pensaron que sería más prudente acercarse sin sirenas ni luces, así que aparcaron el coche a un lado de la carretera y subieron a pie por el camino de entrada. Emma consultó su reloj. A Sienna Collins le quedaban dos minutos antes de que el cabrestante se activara.

El único hermano de Annika Scholz llevaba varios años viviendo en Múnich y ahora solo utilizaba la casa para alojarse en Bielefeld en ocasiones especiales o para venir aquí unas semanas a recuperarse. Rodeada de árboles que superaban al edificio en varios metros, la propiedad estaba encajonada. En el interior, las luces estaban encendidas y, cuando Emma y Alex rodearon la casa hacia el patio, vieron la furgoneta robada aparcada frente a una gran puerta de granero que conducía al vestíbulo de la casa de entramado de madera, que ya desde fuera parecía bastante ruinosa. Junto a ella, divisaron un viejo contenedor de transporte. ¿Había grabado allí dentro su último acto de tortura? ¿Acaso ya no quería arriesgarse a elegir un lugar específico para ello? Alex comunicó por radio la nueva prueba. Pero no podían esperar a los refuerzos.

Emma y Alex se posicionaron ante la puerta del vestíbulo. Asaltar una casa en pareja no era una buena idea, pero dadas las circunstancias, no tenían otra opción. A Sienna le quedaba menos de un minuto de vida.

***

Sienna estaba cansada. Podía verlo en ella. Y yo también. Quedaban dos minutos, y esperaba que pudiéramos seguir

conectados ese tiempo. Ya me sorprendía que la emisión solo se hubiera interrumpido una vez. Había esperado muchas más interferencias. Pero el hecho de que todo transcurriera tan bien solo me confirmaba que estaba haciendo lo correcto. Que esto era lo que la mayoría de la gente quería.

¿Habría rastreado ya la policía mi señal falsa y estarían quizás asaltando una casa en la otra punta de la ciudad con una unidad de operaciones especiales en este preciso instante? Con casi toda seguridad. Porque no tenían ninguna otra pista, y Oscar no se iría de la lengua.

Me alegraba de que Kim pudiera ver lo que había hecho por ella. Solo desearía que me hubiera hablado de su teléfono mucho antes. Aquello me dio toda la información que necesitaba. Melina quería destruir a mi hermana; los vídeos y mensajes del teléfono de Kim me lo habían revelado todo. Y luego lo que esa zorra nos dijo poco antes de morir... Sí, lo he hecho todo bien, y han recibido su justo castigo. Todas ellas.

A Sienna le quedaba exactamente un minuto antes de que ella también se enfrentara a la justicia. Casi tres millones de visualizaciones. Probablemente ya salía en las noticias, y los influencers más hambrientos de sensacionalismo, que perseguían cada clic, se habrían conectado hacía tiempo.

Una sesión de cine con sus seguidores.

En principio, todos ellos merecían lo que estaba a punto de suceder.

***

Alex abrió la puerta de una patada, cubrió a Emma mientras ella abría paso y la siguió al interior del gran vestíbulo, del que salían varias habitaciones en la planta baja.

Dirigieron la mirada hacia arriba. A izquierda y derecha había dos puertas de madera a cada lado, que presumiblemente conducían a algo parecido a un altillo. Al frente había una escalera que llevaba a

una especie de balcón, desde donde también se podía pasar por dos puertas. Él podía estar acechándolos detrás de cualquiera de ellas. Mientras avanzaban hacia las escaleras, aseguraron las puertas del nivel superior y las del inferior con las armas desenfundadas.

De repente, el sonido del cabrestante. Lo había puesto en marcha antes de que se acabara el tiempo. Ambos miraron al techo, a cinco metros sobre ellos. ¿Aún sería posible abrir la gran trampilla que probablemente habría servido de puerta para el pajar en el pasado? Tenían que ser rápidos, aunque eso significara que Lennard pudiera lanzar un ataque sorpresa o tal vez incluso escapar si se escondía en otra parte de la casa. Subieron rápidamente las escaleras; Emma iba delante, mientras Alex seguía cubriéndola.

***

Un fuerte estallido me sacó de mis pensamientos, y cuando me di cuenta de que había sido un disparo, mi expectación se desvaneció. Al final me habían encontrado. Y podía oír cómo entraban en la casa.

Pude ver cómo la esperanza de ser rescatada empezaba a brotar en los ojos de Sienna.

Kim no necesitaba decir nada.

Sin vacilar, salté, golpeé el botón verde con la palma de la mano y activé el cabrestante. Le arrebaté la esperanza con la misma rapidez con la que le había llegado. Si tenía suerte, esos dos investigadores demasiado entusiastas habrían venido solos. Mientras el sistema de poleas izaba a Sienna, cogí mis gafas de visión nocturna de una de las balas de paja que tenía al lado y alcancé la pistola. La amartillé, apagué todas las luces, aunque eso significara que mis leales espectadores no vieran nada, y apunté con el arma hacia la pequeña abertura en el suelo, el único acceso a nuestro lugar de justicia.

***

La puerta del ático se abrió y se toparon con el calor que hacía allí arriba como si chocaran contra un muro. Emma fue a la izquierda, Alex a la derecha. Bajo el haz de sus linternas, pudieron ver estanterías pequeñas y cajas llenas de todo tipo de cosas. El techo era aún más bajo que el de la cabaña forestal, y tenían que tener cuidado de no golpearse la cabeza con las vigas de madera.

—Aquí —dijo Alex, apenas audible. Señaló el hueco junto a la puerta. Emma miró por encima del hombro de él y vio una pequeña escalera de madera que conducía a una abertura sobre ellos. Presumiblemente, hacia el armazón del tejado.

Si realmente estaba allí arriba esperándolos, lo más probable era que hubiera apagado las luces. Emma recordó las gafas de visión nocturna que había usado en el vídeo con Cecilia López, y sintió miedo; miedo de lo que pudiera acecharlos en la oscuridad. Un abismo hacia la nada. Se sintió arrastrada hacia el Triángulo de las Bermudas de su paranoia. Inspiró profundamente, aunque aquello no cambió absolutamente nada. Al contrario. Solo lo empeoró todo.

Mientras se acercaban lentamente a la abertura, cada fibra de su cuerpo le ordenaba retroceder. Era como si una fuerza invisible tirara de ella, tratando de impedir que se adentrara más en las tinieblas. En cualquier momento, Emma esperaba que el repugnante hedor de los cadáveres en descomposición le golpeara la nariz. En su lugar, solo detectó un penetrante olor a lavanda. ¿Estaba tratando de enmascarar el olor a putrefacción con eso?

Emma miró hacia las tablas de madera del suelo que tenía encima. No podía ver nada a través de las grietas, pero sentía como si la estuvieran observando a través de cada una de ellas por innumerables ojos. Ojos de par en par, maníacos. Como los de Stefan Bauer.

A un metro de la trampilla, puso la mano en el hombro de Alex para indicarle que se detuviera. Buscaba apoyo, deseando por encima de todo aferrarse a él. Si Lennard Scholz estaba usando gafas de visión nocturna, ellos estaban en clara desventaja. Además, tenían que asumir que estaba armado.

Alex miró a Emma por encima del hombro y pareció comprender lo que intentaba decirle. Se movió en semicírculo alrededor de la trampilla, intentando divisar algo. Tenía que arriesgarse y enfocó su linterna hacia arriba. Pudieron ver las tejas del tejado y parte de la estructura de vigas de madera. Pero no había cuerpos. Sin embargo, eso no significaba nada; el ático tenía al menos tres metros de altura.

Alex volvió a bajar la linterna y se posicionó frente a la escalera. Emma estuvo a punto de protestar cuando él le hizo una señal para que mantuviera la calma. Nada parecía más lejano para Emma que la calma y la compostura. En aquel momento, incluso dudaba de que volviera a ser capaz de sentir tales emociones alguna vez.

Alex avanzó a tientas; sujetando la linterna frente a él, hizo amago de subir por la escalera. Cuando su mano tocó el peldaño superior, sonó un disparo. La bala le rozó la mano e impactó en el travesaño que había junto a la abertura. Fragmentos de madera y polvo llovieron sobre ellos. Ahora, al menos, podían adivinar dónde estaba Lennard. Alex sujetó la Maglite bajo su arma, tomó aire, puso el pie derecho en el peldaño inferior y subió lo más rápido que pudo. Solo pudo efectuar dos disparos antes de perder el equilibrio, caer de espaldas desde la pequeña escalera y golpearse la nuca contra un travesaño. Se efectuó otro disparo. Alex retrocedió tambaleándose, y el aire se le escapó al impactar contra las tablas desnudas del suelo. Décadas de polvo se levantaron y lo envolvieron como una niebla.

Emma se sobresaltó. Le habían dado.

—¡Mierda! —se oyó el grito desde el ático en ese momento. Era Lennard, gimiendo de dolor.

—Estoy bien —dijo Alex, y en ese instante Emma pudo ver que la bala había impactado en el chaleco. Tosiendo, se incorporó a la fuerza. Hubo un golpe seco en el ático, y luego sonó como si algo estuviera siendo izado a mano con una polea oxidada que necesitaba aceite desesperadamente. Con cada tirón, más luz penetraba por la trampilla bajo el armazón del tejado. Emma se arriesgó a echar un vistazo y pudo ver a Lennard abriendo la gran

trampilla del pajar sobre el vestíbulo. Emma le disparó, pero falló. Lennard se agachó para cubrirse tras la trampilla abierta y devolvió el fuego. Emma se agachó justo a tiempo. Las balas impactaron en la madera sobre ella.

Se oyó un quejido y un gemido, y luego otra vez el chirrido del cabrestante.

—Se escapa —dijo Emma.

—¿Por dónde?

—¡Por el suelo!

—¿Qué?

Alex se puso en pie. —Mierda —dijo, y salió disparado hacia la escalera. Emma lo siguió de inmediato y vio que Alex, en lugar de seguir a Lennard hacia abajo, estaba junto a una viga pulsando botones desesperadamente. Emma enfocó con su linterna sobre las vigas, y solo cuando se dio la vuelta vio a las mujeres colgadas en fila. Al fondo del todo estaba Sienna, retorciéndose y dando patadas. —¡Mierda! —gritó Alex, y Emma se preguntó por qué no disparaba al cable. Entonces comprendió por qué. Era un cable de acero, tan grueso que no se le clavaría en la garganta a la mujer al soportar su peso.

Emma subió y, mientras Alex buscaba frenéticamente algo para liberar a Sienna, vio a través de la gran trampilla a Lennard salir cojeando por la puerta abierta del vestíbulo. Ahora que podía estar segura de que nadie les dispararía más, enfundó su arma. Salvar a Sienna era la prioridad ahora.

—¡Arriba la pierna! —gritó Alex.

Emma se apresuró hacia él. En cuanto entrelazó los dedos, él se apoyó en su hombro y saltó hacia la viga. Se agarró en el primer intento y se izó sin esfuerzo. Sujetándose al caballete del tejado, propinó una patada al cabrestante que había izado a Sienna. —¡Vamos! —gritó, y se balanceó una segunda vez, luego una tercera, y se desplomó al suelo junto con el mecanismo y Sienna. La silla a la que estaba atada se hizo añicos. Emma también fue derribada, y las

tablas del suelo bajo ellos crujieron y cedieron parcialmente. Emma rodó junto a unas balas de paja y aterrizó pesadamente sobre sus rodillas, clavándose varias astillas dolorosas. Aflojó la soga del cuello de la inconsciente Sienna y le arrancó la cinta de la boca. Emma no sentía pulso ni respiración.

—Por favor, no —dijo, y como si Sienna la hubiera oído, de repente inspiró profundamente.

Alex volvió a ponerse en pie, corrió hacia la trampilla del pajar y recogió las gafas de visión nocturna que Lennard debía de haber perdido por el camino.

—¿Estás bien aquí? —preguntó Alex, mientras se ajustaba el dispositivo a la frente, listo para bajárselo sobre los ojos si era necesario.

—Sí. Emma quiso gritarle que tuviera cuidado, pero él ya se había lanzado hacia la cuerda y estaba bajando.

***

El aterrizaje fue duro. Alex se sentía molido, y le dolía todo el costado izquierdo. Aunque la bala que le había dado en el pecho había sido detenida por el chaleco, el impacto ya era dolorosamente evidente con cada respiración. No podía preocuparse por eso ahora; Lennard seguramente tenía una buena ventaja. Era igual de probable que Lennard estuviera esperando en algún lugar fuera de la casa a que Alex saliera a la oscuridad para abrir fuego. Así que Alex se bajó las gafas de visión nocturna, apagó las luces del vestíbulo y se dio cuenta de que estaban dañadas. Solo funcionaba el ojo izquierdo. Tendría que bastar.

Con el arma desenfundada, salió disparado de la casa. La furgoneta seguía allí. Se acercó a ella y descubrió manchas de sangre en la puerta del conductor. Parecía que Lennard había intentado entrar. Alex alumbró el interior. Vacío. Probó la puerta y vio que estaba cerrada con llave. ¿Acaso Lennard había perdido las llaves junto con las gafas de visión nocturna? Quizá aquello también

se aplicara a su arma, pensó, pero descartó la idea de inmediato. Tanta suerte de golpe desequilibraría el universo.

Alex dirigió la mirada al suelo. Un rastro de sangre conducía desde la casa hacia el bosque. Lo siguió, sin dejar de mirar a su alrededor mientras lo hacía. Lennard podría estar acechando en cualquier parte. Además, Alex tenía que suponer que conocía la zona a la perfección.

Cuando Alex dejó de ver la casa a través de la espesura de los árboles, temió haber perdido la orientación y el rastro. Pero entonces se produjo un repentino crujido en la maleza detrás de él. Se dio la vuelta, apuntó y se detuvo. Casi le había disparado a un ciervo, que ahora huía. Alex bajó el arma pero volvió a levantarla inmediatamente cuando se oyó otro chasquido. Se giró en esa dirección y se dio cuenta de que solo estaba apuntando a los árboles. —Mierda —susurró. Entonces oyó un disparo. La bala siseó junto a su cabeza, fallando por un pelo, e impactó en el árbol más cercano. Alex se lanzó de inmediato al suelo cubierto de hongos y musgo tras un gran abeto. Tres balas volaron sobre su cabeza. Alex contó mentalmente cuántos disparos había efectuado Lennard. Dos contra él y tres contra Emma en la casa, cuatro aquí. Nueve en total. Para una semiautomática, dependiendo del modelo, podían efectuarse de doce a quince disparos. Así que le quedaban al menos tres balas. Grandes perspectivas.

Durante un momento, Alex permaneció inmóvil. Luego hubo un crujido a las diez; Alex se levantó y divisó a Lennard huyendo entre los árboles delante de él.

—¡Alto! —gritó Alex. La figura se giró ligeramente mientras corría y disparó dos veces más. Alex se lo esperaba y se había lanzado a cubierto de inmediato. Al no producirse un tercer disparo, Alex persiguió al fugitivo tan rápido como pudo.

Le ardían los músculos. Le ardían los pulmones. Le dolía el pecho. Pero se estaba acercando a Lennard. Estaba herido, y sus fuerzas parecían estar fallándole. Alex lo alcanzó rápidamente, algo que Lennard también notó. Sujetó su arma hacia atrás sin darse la

vuelta. Alex se arrojó al suelo una vez más. Un disparo, seguido de un clic. El cargador estaba vacío. Alex se levantó de un salto y continuó hacia Lennard, que al parecer intentaba cambiar el cargador en plena carrera. Entonces tropezó, pero no llegó a caerse. Alex aceleró de nuevo, obligando a su cuerpo —que sentía que podía explotar en cualquier momento— a seguir adelante.

—¡Las manos arriba! —gritó Alex cuando solo los separaban unos metros, pero Lennard no se detuvo ni soltó el arma. Alex ya se estaba preparando para abalanzarse sobre él cuando Lennard consiguió introducir el nuevo cargador. Giró en semicírculo, montando la corredera de la semiautomática. Pero justo antes de que Alex viera la boca del arma apuntándole, chocaron. Se produjo un disparo mientras caían al suelo. Alex aterrizó con las rodillas sobre el pecho de Lennard y no esperó a que este recuperara el aliento tras la caída sobre su espalda. Alex se incorporó, inmovilizó a Lennard contra el suelo con la mano izquierda, echó hacia atrás la derecha y se detuvo. Lennard tenía los ojos en blanco. Una señal de que ya se había desmayado.

Entonces los ojos de Lennard se abrieron de golpe y el brazo que aún sostenía su arma volvió al ataque. Pero Alex fue más rápido. La derecha era su mano fuerte de golpeo, y solo necesitó ese impacto para asegurarse de que el cuerpo de Lennard permaneciera relajado durante las próximas horas.

Capítulo 44

Emma se sentó en uno de los grandes troncos que se amontonaban junto a la entrada para vehículos. Detrás de ella, en la casa, los técnicos forenses y los investigadores de la policía científica estaban ocupados encargándose de los cuerpos de las jóvenes. Emma había evitado mirarlas demasiado de cerca mientras esperaba en el desván con Sienna a que llegara la ambulancia. El hecho de haber sentido su presencia constantemente ya había sido bastante malo y le proporcionaba material de sobra para sus pesadillas.

Y ahora todo había terminado, pero no sintió nada parecido al alivio hasta que vio a Alex emerger del bosque bajo el resplandor de las luces azules intermitentes. Dos paramédicos, que bajaban de una segunda ambulancia, pasaron junto a Alex y se hicieron cargo de Lennard, a quien dos agentes de policía sacaban de la espesura siguiendo a su colega. Poco después, la primera ambulancia partió para llevar a Sienna al hospital más cercano lo antes posible. Sobreviviría, pero la herida del cuello causada por el cable de acero le dejaría una cicatriz que la marcaría para el resto de su vida.

—Hola —dijo Alex, sentándose junto a Emma.

—Hola —respondió ella—. Buen trabajo.

Alex se soltó el chaleco antibalas e hizo una mueca de dolor.

—Deja que lo haga yo —dijo Emma—. De lo contrario, acabarás rompiéndote algo.

—No me vendrían mal unas semanas de baja.

—Simplemente sáltate el gimnasio mañana por la mañana; así estarás en forma para el lunes.

Ella terminó de soltar el resto de los cierres de velcro y le ayudó a quitarse el chaleco con cuidado. Y entonces, gradualmente, todo el peso de los últimos días empezó a desaparecer de sus hombros. El nudo en su pecho se aflojó, y entonces ocurrió por fin lo que había contenido durante tanto tiempo. Se le humedecieron los ojos y se

dio la vuelta rápidamente para quitarse su propio chaleco. Pero le temblaban tanto las manos que no conseguía agarrar bien el velcro.

—¿Quieres que te ayude a quitártelo? —preguntó Alex.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. —No te tomes tantas confianzas —replicó Emma, intentando sonar bromista mientras se limpiaba la cara.

Alex le tendió una servilleta. —¿Ha sido demasiado?

—No —dijo ella—. Gracias.

No fue hasta que la desdobló cuando notó el logotipo de McDonald's. No pudo evitar echarse a reír, y entonces se rompieron las presas. Las lágrimas brotaron de sus ojos y no pudo detenerlas. Alex no dijo nada. La miró con una sonrisa cálida, le dio una palmadita rápida en el hombro y luego se inclinó hacia atrás, apoyando las manos en el tronco.

Poco a poco, Emma se fue calmando; dejó su chaleco al lado, se sonó la nariz y miró al cielo por encima del tejado de la casa. Era una noche clara y estrellada y, tras el calor del día, soplaba un frescor inesperado. Sentaba bien.

—Me temo —dijo Alex— que si cierro los ojos ahora, me quedaré frito.

—Entonces será mejor que vayamos a tomar algo.

—Y a comer algo.

—¿Quién paga?

—Bueno, me acabas de invitar tú.

Emma sonrió. —Eso sí, dudo que nos den mesa en un restaurante ni siquiera enseñando la placa, con el aspecto que tenemos y, probablemente, cómo olemos.

—Para eso se inventó el McAuto. —Se puso en pie y se arregló la ropa.

Emma le sonrió. Tenía la sensación de que él siempre estaría ahí para ella. Y de que estaba dispuesto a ayudarla a espantar el sueño

y las pesadillas, a pesar de que ambos necesitaban descansar desesperadamente.

Capítulo 45

No estaba seguro de si debía sentirme honrado por estar sentado en una de las celdas del ala de alta seguridad de la prisión de Bielefeld, donde los terroristas de la RAF pasaron tantos años. En realidad, no creía que eso aumentara mi gloria. Además, seguramente yo había logrado mucho más de lo que la RAF consiguió jamás. He motivado a más gente a dejar de aguantar las cosas y no tengo motivos para sentirme culpable. Al fin y al cabo, no he matado a ningún inocente. Y aunque estaba convencido de haber hecho lo correcto, Kim se ha mostrado un tanto triste desde mi arresto en el bosque.

Durante este último año, hemos compartido mucho más que esta celda sombría donde ni siquiera puedo abrir la ventana. Para ser sincero, la mera presencia de Kim siempre me había calmado y dado fuerzas. Cuando apareció inesperadamente junto a mi cama una noche hace nueve meses, todavía le tenía miedo. Y luego tuve miedo de mí mismo. De verdad pensé que me la estaba imaginando. Cuando me di cuenta de que no era así y de que realmente, solo por mí, había regresado de entre los muertos después de todos esos años, pude por fin volver a ser feliz. Ella me animó en todo esto después de asegurarse de que encontrara su teléfono móvil cuando Oscar no estaba en su piso compartido; apenas seis meses antes de que la policía nos descubriera. Cuando vi los mensajes antiguos en el teléfono de Kim, me habría encantado matarlos a los tres en ese mismo instante. Pero Kim dejó claro que ese no era el camino correcto. Debían pagar por lo que le habían hecho a ella y a tantos otros. Debían sufrir y que se los tragara la tierra de vergüenza mientras el mundo entero miraba. No sé si fue intencionado que ocurriera en el año del décimo aniversario de su muerte, o si todo encajó por pura casualidad. No me importaba, mientras Kim tuviera su venganza. Así, otro año más sin ella se convirtió en un aniversario que no se olvidaría como una tarjeta de agradecimiento en un cajón.

A pesar de todo, a Kim seguramente le habría gustado que yo continuara, que siguiera ahí fuera y les pidiera cuentas a todos. Entonces habría sido feliz para siempre. Tal como lo había sido siempre en las vigas del techo cuando pulsábamos juntos el botón verde del cabrestante.

Estaba deseando que llegara esta noche y apenas podía esperar a que por fin se apagaran las luces. Entonces sacaré de debajo de mi colchón el nudo corredizo improvisado que he trenzado con partes de mis sábanas. No esperaba que mis contactos siguieran siendo de utilidad incluso en prisión. Pero el vigilante nocturno no ha revisado mi celda durante la inspección diaria con tanto rigor como las de los otros reclusos. Según lo acordado, ha mezclado en mi comida un pequeño triángulo de metal, del tamaño de una púa de guitarra. Solo he tenido que remover un poco el guiso y allí estaba. Funcionará bien como destornillador para que pueda quitar la tapa de la lámpara del techo según lo previsto, con el fin de sujetar la soga a la estructura que hay debajo. En una hora apagarán las luces, y Kim volverá a ser feliz.

Para siempre.

FIN

¿Te apetece seguir leyendo?
Descubre los últimos libros de **Gunnar Schwarz** aquí**:** https://www.amazon.es/stores/Gunnar-Schwarz/author/B08ZYXVTW1

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@gunnarschwarz.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.